



de

# El Tributo

Un cuento de hadas moderno

HOLLY BLAKE Lectulandia

Kaye es una adolescente desarraigada que viaja de aquí para allá con su madre, una cantante mediocre con ansias de celebridad. Kaye no es una chica como las demás. Sus amigos opinan de ella que es un poco rara, y a menudo no encuentran explicación a las cosas misteriosas que le suceden. Cuando era pequeña, Kaye recibía la visita de las hadas y otros duendes, aunque ahora, años después, cree que todo aquello sólo fue fruto de su imaginación.

Un día, inesperadamente, las hadas vuelven a llamar a su puerta, necesitan ayuda. La Corte Oscura va a llevar a cabo El Tributo: el cruel sacrificio de un humano bondadoso. Si lo consigue, las hadas solitarias perderán su libertad durante siete años. El equilibrio del universo mágico peligra. Pero ¿por qué acuden a ella? ¿Qué tiene de especial? Kaye descubrirá que la realidad que conocía no era más que un espejismo.

**Lectulandia**

Holly Black

# **El Tributo**

**Un cuento de hadas moderno**

ePub r1.0

Titivillus 24.07.17

Título original: *Tithe. A modern faerie tale*  
Holly Black, 2004  
Traducción: Mercedes Núñez

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



# El Tributo

Un cuento de hadas moderno

Para Heidi,  
mi hermana pequeña



## PRÓLOGO



La malta justifica mejor que Milton  
los caminos de Dios para con los hombres.

E. Housman Terence  
*This Is Stupid Stuff*

Kaye dio otra calada al cigarrillo, y lo introdujo en la botella de cerveza de su madre. Era una buena forma de comprobar hasta dónde llegaba la borrachera de Ellen. Quién sabe, igual esta vez ni se daba cuenta.

Ellen, Lloyd y los demás componentes de Stepping Razor seguían en el escenario. La actuación había sido desastrosa y, al ver cómo destrozaban el equipo, Kaye comprendió que ninguno de ellos había quedado satisfecho. No importaba mucho, la verdad, pues el sistema de sonido estaba demasiado alto, casi chirriaba; además, el público no había parado de beber, fumar y gritar. Lo más probable era que al agente de la banda le importase un bledo. Incluso hubo quien bailó al ritmo de la música.

El camarero de la barra miró otra vez a Kaye de forma lasciva, y le ofreció una bebida «a cuenta de la casa».

—Leche —contestó Kaye con una sonrisa burlona, al tiempo que echaba hacia atrás su despeinada y rubia melena. Cuando el camarero se dio la vuelta, Kaye se metió en el bolsillo un par de estuches de cerillas.

En ese momento la madre de Kaye se plantó junto a ella, dio un largo sorbo de la botella de cerveza y acto seguido escupió sobre la barra.

Kaye apenas pudo reprimir la carcajada que escapó de sus labios. Su madre se quedó mirándola con incredulidad.

—Ve a cargar el coche —le ordenó, con voz ronca tras la actuación.

Ellen se alisó con los dedos el cabello empapado y lo retiró de la cara. El carmín casi le había desaparecido de los labios, pero aún quedaban restos en las comisuras. Parecía cansada.

Kaye se bajó de la barra y, de un salto, subió al escenario.

Mientras recogía al azar los objetos esparcidos, Lloyd la fulminó con la mirada, por lo que Kaye se limitó al reunir las pertenencias de su madre. Los ojos de Lloyd se veían vidriosos.

—Oye, niña, ¿llevas dinero encima?

Ella se encogió de hombros y sacó un billete de diez dólares.

Tenía más; acababa de regresar de Chow Fat, y Lloyd debía de saberlo. Servir comida china a domicilio no resultaba muy rentable, pero se ganaba más que actuando con un grupo musical.

Lloyd recogió el billete y se dirigió a la barra, seguramente con la intención de



pedir unas cervezas.

Kaye terminó de recoger las cosas de Ellen y se fue abriendo camino entre la multitud, que se apartaba para dejarla pasar. Al salir del bar, el aire fresco del otoño resultaba un alivio, a pesar del desagradable olor que despedían los tubos de escape y los pasos subterráneos. Kaye siempre tenía la impresión de que la ciudad apestaba a metal.

En unos minutos cargó el coche. Entonces, regresó al bar con la intención de sacar de allí a su madre antes de que alguien rompiera la ventanilla y robase todo lo que había dentro del vehículo. En Philly no se podía dejar nada en el interior de los automóviles. La última vez que habían abierto el coche de Ellen había sido para robar un abrigo de segunda mano y una bolsa con toallas.

Esta vez, la muchacha que comprobaba los documentos de los clientes a la entrada del bar miró a Kaye con detenimiento, pero la dejó pasar. De todas formas, ya era tarde, casi había llegado la hora de la última ronda. Ellen seguía junto a la barra, fumando y bebiendo, ahora *whisky*. Lloyd estaba hablando con un tipo de pelo largo y oscuro. Aquel hombre parecía fuera de lugar, demasiado acicalado quizá; pero Lloyd le pasaba el brazo por los hombros. Kaye captó un fugaz destello en los ojos del extraño. Era un resplandor amarillo, como de ojos de gato, que se reflejaba en la barra oscura. Kaye sintió un escalofrío.

A veces, veía cosas extrañas; pero había aprendido a ignorarlas.

—Ya está todo en el coche —le dijo a su madre.

Ellen asintió con un gesto, sin apenas prestarle atención.

—Dame un cigarrillo, tesoro.

Kaye rebuscó en su mochila militar de segunda mano y sacó dos cigarrillos. Le pasó uno a su madre y encendió el otro.

Ellen se acercó a Kaye, y ésta notó aquel olor a *whisky* y cerveza que le resultaba tan familiar como a otras personas un determinado perfume.

—Beso de cigarrillo —dijo su madre de esa forma tan pueril que resultaba embarazosa y tierna al mismo tiempo, y juntó el extremo de su pitillo con el de Kaye; entonces, aspiró con fuerza. A la segunda calada, el cigarrillo se encendió.

—¿Preparadas para volver a casa? —preguntó Lloyd.

Kaye dio un respingo. Sabía que Lloyd estaba allí, pero le asustó el tono de su voz. Sonaba aterciopelada, un tanto sórdida. No era la voz habitual de Lloyd. En absoluto.

Al parecer, Ellen no advirtió nada raro. Se acabó de un trago el resto de su bebida.

—Claro que sí.

Un instante después, Lloyd levantó el brazo como si fuera a golpear a Ellen por la espalda. Kaye reaccionó sin pensarlo, y le dio un empujón. Sólo gracias a que él estaba totalmente borracho Kaye fue capaz de hacerle perder el equilibrio. El cuchillo cayó al suelo con un ruido metálico.

El rostro de Lloyd se mostraba totalmente inexpresivo carente de toda emoción.

Tenía los ojos abiertos de par en par y las pupilas dilatadas.

Frank, el batería de Stepping Razor, agarró a Lloyd del brazo.

Éste sólo tuvo tiempo de darle un puñetazo en la cara antes de que otros clientes lo redujeran y alguien llama a la policía.

Para cuando llegaron los agentes, Lloyd no recordaba nada; pero estaba fuera de sí y no paraba de gritar e insultar a Ellen. Los policías condujeron a Kaye y a su madre hasta el apartamento de Lloyd y esperaron hasta que la muchacha hubo terminado de meter la ropa y las pertenencias de ambas en bolsas de basura. Ellen hablaba por teléfono, intentando encontrar un sitio donde pasar la noche.

—Tesoro —dijo, por fin—, no nos queda más remedio que ir a casa de la abuela.

—¿La has llamado? —preguntó Kaye, mientras metía sus discos de vinilo de Grace Slick en una caja de naranjas vacía.

No habían visitado a su abuela ni siquiera una vez desde que abandonaron New Jersey, seis años atrás. Ellen apenas cruzaba un par de palabras con su madre en las fechas más señaladas, y enseguida le pasaba el teléfono a Kaye.

—Sí, la he despertado —la voz de Ellen sonaba a oído de Kaye más cansada que nunca—. Será por poco tiempo. Podrás visitar a esa amiga tuya...

—Janet —interrumpió Kaye.

Kaye albergó la esperanza de que Ellen se refiriera a Janet.

Confiaba en que su madre no empezara otra vez con rollo de las hadas. Si volvía a escuchar otra historia sobre Kaye y sus amigos imaginarios, le iba a dar algo...

—A la que escribes por correo electrónico desde biblioteca. Dame otro cigarrillo, tesoro —Ellen lanzó un puñado de discos compactos a la caja de naranjas.

A continuación, Kaye recogió una cazadora de cuero de Lloyd que a ella siempre le había gustado y encendió un cigarrillo para su madre en el fogón de la cocina. No había necesidad de malgastar cerillas.



# CAPÍTULO UNO



Opresivas como el coma, frágiles como una flor, las insinuaciones de tu amanecer inverso impregnan el ser; cada una de tus células se convierte en duende.

Mina Loy

«*Moreover, the moon*», *the lost lunar baedeker*

Kaye avanzaba girando como una peonza sobre los desgastados tablones grises de la pasarela. El aire era denso y despedía el penetrante olor de los mejillones puestos a secar y la corteza de sal que cubría los malecones. Las olas se arrojaban contra la orilla y, a medida que regresaban lentamente hacia el mar, arrastraban arena y grava entre la espuma.

La Luna emitía un pálido resplandor desde lo alto, mientras que el Sol estaba a punto de desaparecer.

Kaye pensó que era estupendo poder respirar aquel ambiente.

Adoraba la serena brutalidad del océano, la energía que la embargaba cada vez que aspiraba el aire, húmedo y salobre. Volvió a girar sobre sí misma, ya algo mareada, sin aportarle el hecho de que el vuelo de su falda dejase al descubierto las medias negras, que le llegaban hasta los muslos.

—¡Basta ya! —le gritó Janet mientras saltaba por encima de la cuneta, atiborrada de hojas, de la calle que discurría junto a la pasarela de madera. Estuvo a punto de perder el equilibrio a causa de sus altos zapatos de plataforma plana. Su maquillaje nacarado relucía bajo la luz de las farolas. Expulsó una bocanada de humo azulado que dibujó en el aire figuras fantasmagóricas; entonces, dio otra calada al cigarrillo—. Te vas a caer.

Kaye y su madre llevaban más de una semana viviendo en casa de su abuela y aunque Ellen insistía en que pronto se marcharían, la muchacha sabía que no tenían adónde ir. Pero se alegraba. Le encantaba la vieja casa familiar, llena de polvo y de bolas de naftalina.

Le gustaba que el mar estuviese tan cerca, y que el aire no le irritase la garganta.

Los hoteles baratos frente a los que pasaban Janet y Kaye llevaban tiempo cerrados y abandonados, y las piscinas estaban vacías y agrietadas. Incluso los centros comerciales habían cerrado sus puertas, y todavía podían verse letreros con precios a través de los sucios escaparates. Sobre la fachada de un establecimiento desmantelado había unas marcas de óxido que esbozaban las palabras «Dulce de azúcar».

Janet metió la mano en su diminuto bolso y sacó una barra de brillo de labios con

sabor a fresa. Kaye llegó a su lado dando vueltas, con su abrigo de imitación de leopardo batiendo en el aire y una carrera en las medias. Tenía las botas húmedas, con pegotes de arena.

—Vayamos a nadar —propuso Kaye.

El aire de la noche la embriagaba, la hacía arder como la Luna incandescente. Se percibía un olor húmedo y salvaje, como el que suele preceder a las tormentas, y Kaye deseaba correr, ágil y entusiasta, más allá de los confines de su vista.

—El agua está helada —replicó Janet con un suspiro—, y tu pelo tiene un aspecto desastroso. Kaye, cuando lleguemos tienes que parecer presentable. No debes mostrarte excéntrica. A los chicos no les gustan las excéntricas.

Kaye se quedó quieta y pareció escuchar atentamente. Sus ojos, perfilados de negro, miraban a Janet con recelo.

—¿Qué aspecto debo mostrar?

—No me refiero a un aspecto determinado. ¿Es que no quieres ligar con un chico?

—¿Por qué habría de querer? Vayamos a buscar Ícubos.

—¿Ícubos?

—Sí, demonios... —Kaye bajó el tono de voz con aire conspirador—. Se pueden encontrar con más facilidad nadando desnudo en el océano Atlántico. Y una semana antes de Halloween, mucho mejor que en cualquier otra ocasión.

Janet puso los ojos en blanco.

—¿Sabes a lo que me recuerda el Sol? —prosiguió Kaye.

Tan sólo quedaba una pequeña línea roja en el punto donde el mar y el cielo se encontraban.

—No. ¿A qué te recuerda? —se interesó Janet, al tiempo que le pasaba a su amiga el brillo de labios.

—Parece que fuera sangre derramada sobre el agua. —¿Qué cosas dices!

—Y la Luna está observando. Observa cómo muere el Sol.

—Kaye...

Kaye soltó una carcajada y empezó a dar vueltas de nuevo.

—¿Por qué siempre te inventas cosas así? Eso es lo que yo llamo ser excéntrica.

Janet hablaba en voz alta, pero Kaye apenas podía oírla a causa del viento y de su propia risa.

—Vamos, Kaye. ¿Te acuerdas de aquellas hadas sobre las que contabas historias? ¿Cómo se llamaba...? —¿Cuál de ellas? ¿Spike o Gristle?

—Exacto. ¡Te las inventabas! —exclamó Janet—. Siempre andas inventándote cosas.

Kaye dejó de girar, ladeó la cabeza y se metió los pulgares en los bolsillos.

—Nunca lo he negado.

La vieja barraca del tiovivo llevaba años prácticamente abandonada. Los ventanales rotos estaban divididos por angelicales rostros de plomo, rodeados por una

corona de rayos. Todo el frente había estado acristalado, y ahora podía verse el suelo de tierra y la basura del interior. Allí había una rampa para monopatines fabricada de madera contrachapada, el único vestigio del intento por utilizar la caseta con fines comerciales durante la última década.

Kaye escuchó voces que resonaban en el aire y llegaban hasta la calle. Janet arrojó el cigarrillo al desagüe, que se apagó con un sonido silbante y de inmediato fue transportado por el agua, flotando en la superficie como si fue una araña.

Kaye subió de un salto al reborde exterior de la caseta y pasó las piernas por encima. Hacía tiempo que la ventana había desaparecido, pero, al deslizarse hacia adentro, los restos de cristal que quedaban en el marco le hicieron otra carrera en las medias.

Las antaño intrincadas molduras del interior de la barraca aparecían cubiertas por gruesas capas de pintura. La rampa que ocupaba el centro de la estancia estaba llena de pintadas, carteles publicitarios de grupos musicales y garabatos hechos con bolígrafo. Y allí estaban los chicos.

—Kaye Fierch, te acuerdas de mí, ¿no? —dijo Doughboy con una risa ahogada. Era un muchacho alto y delgado.

—Creo que me arrojaste una botella a la cabeza cuando estábamos en sexto curso. Doughboy se rió otra vez.

—¡Es verdad! Se me había olvidado. ¿Sigues enfadada?

—No —respondió Kaye, pero su talante alegre la había abandonado; se encontraba agotada y nerviosa.

Janet subió hasta lo alto de la rampa para monopatines donde estaba sentado Kenny, que parecía un rey con su cazadora plateada y observaba lo que ocurría más abajo. Atractivo, con pelo oscuro y ojos aún más oscuros. A modo de saludo, levantó una botella medio vacía.

Marcus le pasó a Kaye la botella de la que estaba bebiendo e hizo un gesto en broma, como si se la fuera a lanzar. Sobre la manga de la camisa de franela del muchacho derramó un poco de líquido.

—Bourbon. Cuesta una pasta gansa.

Kaye forzó una sonrisa mientras sujetaba la botella, incluso agachado, Marcus era muy corpulento. La piel oscura del cráneo le brillaba, y Kaye observó una marca donde probablemente se había cortado al afeitarse la cabeza.

—Te he traído algunas chucherías —dijo Janet a Kenny, y le ofreció palomitas caramelizadas y chicles de cacahuete.

—Te he traído chucherías —se mofó Doughboy con voz alta y chillona, mientras subía por la rampa—. Venga, dame a mí también —exigió.

Kaye recorrió a pie el perímetro de la estancia. Era magnífica, antigua y decadente; también muy hermosa. La lenta quemazón del *bourbon* en su garganta encajaba a la perfección con aquel lugar. Era el tipo de bebida que podría saborear un hombre vestido con traje de verano, siempre tocado con un sombrero.

—¿Qué clase de asiática eres? —preguntó Marcus.

El olor intenso y dulzón del cigarro de él casi hizo que Kaye se atragantase.

Dio otro trago de la botella e intentó hacer caso omiso de la pregunta.

—¡Kaye! ¿Me escuchas?

—Soy medio japonesa —respondió Kaye, y se llevó la mano al cabello, rubio como el de su madre. Era el color de su pelo lo que desconcertaba a la gente.

—¡Vaya! ¿Has visto los dibujos animados que hacen los japoneses? Salen chicas con coletas y todo ese rollo, vestidas con uniformes de colegio, con minifalda. Deberíamos tener aquí esos uniformes. ¿Los has llevado alguna vez?

—Cierra el pico, estúpido —terció Janet, riéndose—. Kaye fue a la escuela primaria con Doughboy y conmigo.

Kenny agarró a Janet por el cinturón y la atrajo hacia sí para besarla.

—Vale. Maldita sea —Marcus soltó una carcajada—. Anda, hazte unas coletas de esas, sólo será un segundo.

Kaye se negó con un gesto. No pensaba hacerlo.

Marcus y Doughboy empezaron a jugar dando patadas a una botella de cerveza vacía. Se la pasaban de uno a otro y el vidrio no se rompía, sino que emitía un sonido hueco. Kaye dio otro sorbo largo de *bourbon*. Notaba un agradable zumbido en la cabeza, y tarareaba al ritmo de una melodía de tiovivo imaginaria. Se adentró más en la oscura sala, hasta llegar a unos carteles viejos que anunciaban palomitas y cacahuetes por cinco céntimos de dólar el paquete.

En la pared del fondo se veía una puerta destartada, de color negro. Kaye la empujó y la puerta se abrió con cierta dificultad. La luz de la Luna que entraba por las ventanas de la sala principal sólo dejaba entrever una oficina con un viejo escritorio y un corcho en la pared, donde aún seguían pinchados menús amarillentos. Kaye entró, a pesar de que el interruptor de la luz no funcionaba. Palpando en la oscuridad encontró el pomo de otra puerta. Ésta conducía a una escalera iluminada tenuemente por la débil luz que llegaba desde arriba. Kaye subió con pasos lentos, mientras las palmas de las manos se le cubrían de polvo al deslizarse sobre la barandilla.

Estornudó ruidosamente, y al rato volvió a estornudar.

En lo más alto había una pequeña ventana iluminada por la Luna asesina que brillaba, madura y gigantesca, en el firmamento. En las esquinas se apilaban cajas con aspecto interesante. Entonces, sus ojos se posaron en el caballo, y Kaye se olvidó de todo lo demás. Era magnífico y relucía a causa de su color blanco nacarado y los diminutos pedazos de espejo que lo recubrían. La cara estaba pintada de rojo, púrpura y oro, e incluso tenía una fila de blancos dientes y una lengua coloreada de rosa que dejaba el hueco suficiente como para introducir un terrón de azúcar. Debían de haberlo abandonado, porque las cuatro patas y parte de la cola estaban destrozadas. En donde antes estuvieran las extremidades, colgaban astillas.

«A Gristle le habría encantado». Kaye había pensado lo mismo en muchas

ocasiones desde que se marchó de la costa, seis años atrás.

«A mis amigos imaginarios les habría encantado esto». Lo pensó la primera vez que vio la ciudad, iluminada como una Navidad interminable. Pero mientras Kaye residió en Filadelfia sus amigos nunca fueron a verla. Y ahora, con 16 años, se sentía como si la imaginación se le hubiera agotado.

Intentó enderezar el caballo sobre sus destrozados muñones. El animal se tambaleó, pero se mantuvo erguido. Kaye se quitó el abrigo a toda prisa, lo arrojó al suelo cubierto de polvo y, después, colocó al lado la botella de *bourbon*. Paso una pierna por encima del lomo del corcel, se colocó sobre la silla de montar y apoyó los pies en el suelo para no caerse. Acarició las crines del caballo, talladas en forma de rizos dorados. Pasó la mano por los ojos pintados de negro y por las orejas desportilladas.

Kaye imaginó que el blanco corcel se elevaba, inestable, sobre las patas traseras. Los largos rizos de sus crines de oro se notaban frescos al tacto, y sentía el tronco del animal, cálido y real. Entrelazó los dedos entre las crines y se sujetó con fuerza, ligeramente alerta por una sensación de hormigueo que le recorría las piernas. El caballo relinchó suavemente, listo para saltar a las aguas frías y negras. Kaye echó la cabeza hacia atrás.

—¿Kaye? —una voz suave interrumpió su fantasía.

Kenny estaba de pie cerca de las escaleras y la miraba con ojos inexpresivos. Por unos instantes más, Kaye mantuvo su actitud arrebatada. Entonces, notó que las mejillas le ardían.

Bajo la luz tenue podía ver a Kenny con más claridad que en la planta inferior. En los lóbulos de sus orejas brillaban dos gruesos aros de plata. Su cabello corto de color canela estaba peinado con gomina y ligeramente ondulado, a juego con la incipiente barba. Bajo la cazadora, su estrecha camiseta blanca marcaba la clase de músculos de quien ha nacido con ellos.

Kenny avanzó hacia ella, alargó la mano y después se quedó mirándola de forma extraña, como si no recordara haber hecho tal movimiento. Entonces, acarició la cabeza del caballo, lentamente, como si estuviera hipnotizado.

—Te vi —dijo Kenny—. Vi lo que hiciste. —¿Dónde está Janet?

Kaye no sabía bien a qué se refería el muchacho. Si no fuera por la seriedad de su rostro, por su lentitud al hablar, habría pensado que Kenny se estaba burlando de ella.

Kenny acarició las crines del animal.

—Janet estaba preocupada por ti —indicó. Kaye se sentía fascinada por la mano del chico, no podía evitarlo. Daba la impresión de que se enredaba en pelo imaginario—. ¿Cómo lograste que hiciera eso? —¿A qué te refieres?

Kaye empezó a sentirse asustada. Asustada y halagada al mismo tiempo. El rostro de Kenny no mostraba señal alguna de estar de broma. La miraba con tanta intensidad que parecía como si su capacidad de expresión se hubiese agotado.

—Vi cómo se levantaba.



La voz de Kenny era tan baja que Kaye casi pudo simular que no lo oía bien. Él dejó caer la mano sobre el muslo de Kaye. Aunque ella era consciente del lento avance de la mano, la caricia la cogió por sorpresa. Se quedó paralizada por un instante. Entonces, se bajó de un salto del caballo y, al hacerlo, éste se desplomó y volcó la botella de *bourbon*. El oscuro líquido se derramó sobre su abrigo y humedeció la base de las cajas polvorientas, como si de una marea nocturna se tratara. Kenny la sujetó con fuerza y, antes de que Kaye pudiera darse cuenta, la agarró por el cuello de la blusa. Ella dio un paso atrás, perdió el equilibrio y cayó al suelo. Su blusa se rasgó dejando su cuerpo al descubierto.

Entonces, se escucharon pisadas que subían los escalones.

—¿Qué pasa aquí?

Marcus estaba en lo alto de la escalera con Doughboy y se disponía a averiguar qué estaba ocurriendo.

Kenny negó con la cabeza y miró inexpresivamente a su alrededor mientras Kaye se acercaba gateando hasta su abrigo empapado de *bourbon*.

Los dos chicos se apartaron, y allí estaba también Janet, mirando la escena fijamente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Janet, que miraba, confundida, a uno y otro.

Kaye pasó de largo precipitadamente mientras se echaba el abrigo por encima y metía un brazo por la manga.

—¡Kaye! —gritó Janet.

Ignoró la llamada de su amiga y bajó los escalones de dos en dos, a pesar de la oscuridad reinante. No tenía explicación alguna para lo que había sucedido.

Kaye oyó cómo Janet gritaba:

—¿Qué le has hecho? ¿Qué narices le has hecho?

Kaye atravesó corriendo la sala del tiovivo y saltó por encima del alféizar. El cristal que antes había esquivado le hizo esta vez un fino corte en la parte exterior del muslo al caer sobre el suelo arenoso.

Sintió alivio al notar el viento frío sobre su cara ardiente.

Cornelius Stone recogió la caja llena de piezas viejas de ordenador y la metió en su habitación para ponerla junto a las otras.

Con frecuencia su madre regresaba del mercadillo con un monitor rayado, un teclado atascado o, sencillamente, montones de cables...

Entonces, ella ponía esa cara expectante que tanto exasperaba a Cornelius. La mujer era incapaz de entender la diferencia entre un 286 y un ordenador cuántico. No llegaba a comprender que la era de la ingeniería de andar por casa había terminado, que ya no era suficiente con ser un maldito genio. Había que ser un maldito genio rico.

Soltó la caja en el suelo e, irritado, le dio tres patadas. Después recogió su cazadora vaquera con la cabeza del diablo en la espalda y se encaminó hacia la puerta.

—¿Te sirve lo que te he traído, cariño? —su madre estaba en el cuarto de Janet, doblando los vaqueros de segunda mano que le había comprado. Sujetó en alto una camiseta con figuras de gatos realizadas con diamantes de imitación—. ¿Crees que le gustará a tu hermana?

—Gracias, mamá —dijo Corny apretando los dientes—. Tengo que irme a trabajar.

Pasó junto al marido, que estaba agachado, sacando una cerveza de la caja situada bajo la mesa de la cocina. La gata blanca se contoneaba sobre la encimera, con la tripa hinchada por otro embarazo, y maullaba pidiendo comida enlatada, o encurtidos con helado, o algo parecido. Corny le frotó la cabeza a regañadientes, pero antes de que el animal pudiera devolverle la caricia, el muchacho salió al exterior.

El fresco aire de octubre resultaba agradable en contraste con el ambiente cargado de humo de tabaco que se respiraba en la casa.

A Corny le encantaba su coche. Era un Chevrolet, con la carrocería repleta de manchas de óxido y un forro interior que colgaba del techo como si de piel flácida se tratase. Corny era consciente de su propio aspecto físico: de nariz afilada, alto y esmirriado, con pelo pobre y pésimo cutis. Apropiado para su nombre. Cornelius. Corny. Un adefesio. Pero en su coche, no. Dentro de su automóvil, Corny era un ser anónimo.

Durante las últimas tres semanas, Corny había salido un poco más temprano rumbo al trabajo. Iba al supermercado y compraba algo de comida. Entonces, daba vueltas en el coche, pasaba lentamente junto a los tugurios de la ciudad e imaginaba que se deshacía de toda aquella gente a la que no soportaba.

—¡Bang! —decía en voz baja, con las ventanillas subidas, mientras un chico de cabello castaño, con aspecto fornido y una gorra de béisbol colocada hacia atrás, se acercaba corriendo hasta unas muchachas que reían nerviosamente tras los cristales de una furgoneta roja—. ¡Bang, bang!

Aquella noche compró una taza de café y un paquete de regaliz negro. Se paró a hojear un libro de bolsillo con un dragón metálico grabado en la portada y leyó las primeras frases, con la esperanza de que alguna suscitara su interés. El juego empezaba a aburrirle. Peor aún, le hacía sentirse más patético que nunca. Quedaba poco más de una semana para Halloween; era el momento en el que un auténtico maníaco conseguiría una pistola. Dio un sorbo de café, y estuvo a punto de escupirlo. Demasiado dulce. Bebió un poco más, e intentó ignorar el sabor. Repugnante.

Corny salió del coche y arrojó el café al suelo del aparcamiento.

El líquido salpicó contra el asfalto. Entonces, entró de nuevo en el local y se sirvió otra taza. Desde detrás del mostrador, una mujer de aspecto robusto y maternal, con cabello rojo y encrespado, lo miró de arriba abajo y señaló su cazadora.

—¿Quién se supone que eres? ¿El diablo?

—Ojalá —dijo Corny, mientras dejaba el dinero sobre el mostrador—. Ojalá.



## CAPÍTULO DOS



Las piedras eran cortantes y el viento golpeaba mi espalda.  
Caminaba por la carretera, avanzando lentamente, como un gato.

Theodore Roethke  
*Praise to the end!*

El viento lanzaba diminutas gotas de lluvia sobre el rostro de Kaye. El agua le congelaba las manos, le empapaba el cabello y se deslizaba bajo el cuello de su abrigo. Tiritando de frío, Kaye caminaba con la cabeza gacha, mientras daba patadas a la basura que se había arremolinado en los arcones cubiertos de hierba de la carretera. Una lata de refresco aplastada fue a caer sobre un ramo de crisantemos que había sido colocado para marcar el lugar de un accidente de tráfico. En aquel lado de la carretera no había edificios, tan sólo una larga extensión de bosque que conducía a una gasolinera. Kaye se hallaba a medio camino de casa.

Al pasar sobre el asfalto, los coches emitían una especie de silbido. El sonido resultaba reconfortante, recordaba a un suspiro profundo.

«Te vi. Vi lo que hiciste».

Kaye notaba cómo el horror le revolvía el estómago. El horror y la rabia. Sentía deseos de destrozar algo, de golpear a alguien. ¿Cómo había podido hacerlo? Siempre que había intentado que las páginas de una revista pasasen solas o que un penique lanzado al aire cayese por un lado determinado, había fracasado. ¿Cómo había logrado que Kenny viera moverse un caballo de tiovivo con las patas mutiladas?

También tendría que convencerse de que Spike, Lutie y Gristle sólo habían sido, efectivamente, producto de su imaginación. Llevaba en casa dos semanas y no había recibido señal alguna de ellos, a pesar de que los había llamado innumerables veces, les había dejado cuencos de leche a la puerta de la casa y había bajado una y otra vez al riachuelo.

Aspiró profundamente, y la lluvia le entró por la nariz, como si estuviera llorando.

Los árboles parecían formar con sus ramas un entramado de plomo en el que faltasen las vidrieras. Kaye sabía lo que su abuela le iba a decir cuando llegase a casa apestando a alcohol y con la blusa rasgada. Se pondría furiosa. También meditaba sobre lo que le diría a Janet al día siguiente. No había modo alguno de explicar lo que había sucedido sin admitir parte de culpa. La mano de Kenny sobre su pierna era lo que haría enfadar a su amiga —eso, y que Kaye había permitido que permaneciera allí, aunque sólo fuera por unos instantes. Podía imaginar lo que Kenny, excitado,

furioso y borracho, le estaba contando a Janet en aquel mismo momento. Pero por burda que fuera la mentira, siempre sonaría mejor que la realidad.

«Vi cómo se levantaba».

Pero incluso aunque Kenny no hubiese llegado a tanto, ¿quién iba a creer que la había acariciado a propósito, pero que había rasgado la blusa de Kaye por accidente? No, seguro que Kenny había contado una historia bien distinta. ¿Qué se suponía que tenía que decir cuando Janet la interrogase sobre lo que había ocurrido? Janet ya la consideraba una mentirosa.

Kaye aún sentía el calor de la mano de Kenny, un latigazo de fuego que le subía por el muslo, en contraste con su piel empapada.

Otra ráfaga de lluvia le golpeó las mejillas, y con ella llegó un alarido que procedía del bosque. El grito fue breve, pero indicaba dolor. Kaye se detuvo en seco. No se escuchaba ningún sonido, con excepción de la lluvia, que siseaba como una interferencia estática.

Entonces, en el mismo instante en el que pasaba un camión levantando una nube de llovizna, Kaye escuchó otro sonido. Éste era más tenue, tal vez se asemejaba a un quejido. Procedía del interior de la arboleda.

Kaye bajó por el talud del arcén de la carretera y se adentró en el bosque. A su paso se topó con las ramas empapadas de un olmo y tuvo que sortear matorrales de brezo. El suelo estaba cubierto por hojas de helecho. La maleza le rozaba las pantorrillas, dejando trazos de lluvia. El cielo, iluminado por la tormenta, bañaba el bosque de plata. De pronto, pisó un montón de hojas del que emanó un penetrante olor a tierra, el olor dulzón propio de las plantas en proceso de descomposición.

Allí no había nadie.

Kaye se giró en dirección a la carretera, que aún podía ver desde donde se encontraba. ¿Qué estaba haciendo? Seguro que aquel sonido había sido arrastrado por el viento y procedía de las casas situadas tras el riachuelo que discurría al fondo de la arboleda. Nadie sería tan estúpido como para aventurarse por el bosque empapado en medio de la noche.

Kaye volvió sobre sus pasos, intentando sortear los charcos del camino. Las medias se le habían llenado de espinas, y se agachó para quitárselas.

—No te muevas.

Kaye dio un respingo. Aquella voz tenía un marcado acento extranjero, aunque pronunció las palabras con precisión.

A pocos pasos de Kaye, un hombre yacía sobre el barro y asía en una mano una espada curvada. La hoja brillaba como una medialuna en la nebulosa oscuridad. El cabello, largo y de color gris metálico, se le pegaba al cuello y enmarcaba su rostro, alargado y anguloso.

Regueros de lluvia corrían por la negra coraza articulada que llevaba puesta. Tenía la otra mano sobre el corazón, y agarraba una rama que le salía directamente del pecho. Alrededor de su mano, la lluvia adquiría un tinte rosáceo a causa de la

sangre.

—¿Fuiste tú, muchacha? —el hombre respiraba con dificultad.

Kaye ignoraba por completo a qué se podía referir, pero hizo un gesto de negación con la cabeza. Aquel individuo no parecía tener mucha más edad que ella. Desde luego, no era lo bastante mayor como para llamarla «muchacha».

—Entonces, ¿no has venido a terminar con mi vida?

Kaye negó otra vez. El hombre tenía las piernas largas. De pie, resultaría alto. Más alto que la mayoría de la gente, más aún que ningún ser fantástico que Kaye hubiera visto jamás —estaba convencida de que aquel individuo procedía del mundo de las hadas, aunque sólo fuera por las orejas puntiagudas que sobresalían a través del cabello empapado—, y su hermosura era fascinante.

El extraño ser se pasó la lengua por los labios. Estaban manchados de sangre.

—¡Lástima! —dijo con un hilo de voz.

Kaye dio un paso hacia él, y éste adoptó de inmediato una postura defensiva. A pesar de encontrarse herido, se movía con sorprendente agilidad. Por la cara le caían mechones de pelo; pero sus ojos, brillantes como el mercurio, estaban clavados en Kaye.

—Eres un ser fantástico, ¿no es así? —preguntó Kaye en tono conciliador, al tiempo que alargaba las manos para que él pudiera verlas. Lutie-loo le había relatado historias sobre los caballeros de las cortes de las hadas, pero Kaye nunca los había visto. Quizá aquel ser fuera uno de ellos.

Él permaneció inmóvil. Kaye se acercó un poco más y extendió una mano con cautela, como si se tratase de un animal fascinante y peligroso.

—Déjame ayudarte.

El cuerpo del ser mágico temblaba por la tensión. Sus ojos no se apartaron un solo instante del rostro de Kaye. Sujetaba la empuñadura de su espada con tanta fuerza que los nudillos se veían transparentes.

Kaye no se atrevió a dar otro paso adelante.

—Vas a desangrarte hasta morir.

Ambos permanecieron inmóviles unos minutos, y entonces él se incorporó e hincó una rodilla en el barro. Se inclinó hacia delante, agarró las hojas muertas del suelo y comenzó a escupir sangre. Las pestañas, empapadas, cubrían sus ojos medio cerrados y eran tan plateadas como un alfiler.

Kaye avanzó dos pasos y se arrodilló junto a él mientras se agarraba los brazos con manos temblorosas. Al estar tan cerca, se percató de que la armadura era de cuero rígido y estaba tallada con motivos de plumas.

—No puedo quitarme la flecha yo solo —dijo con voz suave—. Están esperando a que me desangre un poco más antes de venir a atacarme con sus espadas. —¿De quiénes hablas?

Resultaba difícil imaginar que alguien le hubiera alcanzado el corazón con la rama de un árbol, pero eso era lo que aquel ser fantástico daba a entender.

—Ayúdame, por favor. Arranca la flecha —sus ojos se empequeñecieron, e hizo un gesto de negación con la cabeza—. Si no lo logras, empújala lo más hondo que puedas; confío en que así puedas matarme.

—Perderás aún más sangre —dijo Kaye.

Él soltó una carcajada no exenta de amargura.

—Claro que perderé sangre, tanto si arrancas la flecha como si la empujas hacia adentro.

Kaye advirtió la desesperación en el rostro que tenía delante. Sin duda, aquel ser creía que Kaye formaba parte de un plan para matarlo. Con todo, se arrastró hasta quedar apoyado en el tronco de un roble, y se sujetó con fuerza los brazos, como esperando ver cómo actuaría Kaye.

Ella recordó las hadas que había conocido siendo niña. Eran seres ágiles y traviosos que nunca le hablaron de guerras, flechas mágicas ni enemigos. En ningún momento se mencionaron palabras como mentira o traición. El extraño con forma de hombre que se estaba desangrando junto a ella le había demostrado la percepción tan equivocada que había tenido hasta entonces sobre aquel mundo fantástico.

Sin que Kaye pudiera evitarlo, sus dedos se contrajeron al acercarse al pecho del guerrero. Cuando clavó la vista en la espantosa herida, los pulmones se le convirtieron en hielo.

—No soy capaz de hacerlo.

Él habló con voz suave.

—¿Cuál es tu nombre?

—Kaye —contestó ella.

Durante unos instantes reinó el silencio, y Kaye notó el vapor de su respiración al pronunciar el nombre.

—Yo soy Roiben —los seres del mundo de las hadas no accedían con facilidad a decir su nombre, ni siquiera parte de él, por motivos que Kaye ignoraba. Roiben intentaba demostrarle que confiaba en ella; tal vez lo hacía en desagravio por las sospechas que anteriormente había albergado—. Dame la mano.

Kaye permitió que tomase su mano y la guiase hasta la rama. La mano de Roiben se cerró sobre la suya. Al igual que la de Kaye, estaba helada y empapada. Los dedos eran inusitadamente largos, comparados con los de un ser humano, y estaban llenos de callosidades.

—Sólo tienes que agarrar la rama con la mano. Después, déjame tirar a mí —dijo Roiben—. No es necesario que mires. Tal vez logre extraerla, siempre y cuando no la toque con mi propia mano.

Kaye se sintió avergonzada. Se había ofrecido a ayudarlo, él estaba sufriendo un dolor insoportable. No era momento para remilgos.

—Yo lo haré —dijo Kaye.

Roiben le soltó la mano, y ella dio un tirón brusco. Aunque el rostro de él se contorsionó de dolor, Kaye sólo logró sacar una pequeña parte de la rama. ¿Habría

realmente otros seres fantásticos en el bosque, esperando a que Roiben estuviera lo suficientemente débil como para acabar con él? Kaye pensó que, de ser así, aquél era el momento ideal para que lanzaran su ataque.

—Otra vez, Kaye.

Esta vez Kaye se fijó en el ángulo de la armadura, y cambió de posición para que la rama no quedase atrancada en una de las planchas. Se incorporó al tiempo que se apoyaba sobre una rodilla; contuvo el aliento y, acto seguido, se puso de pie, tirando de la rama con todas sus fuerzas.

Roiben soltó un grito desgarrado cuando la rama salió de su pecho. La punta de hierro estaba teñida de rojo. Se palpó la herida, e inmediatamente levantó los dedos, pegajosos por la sangre, como si de repente no diese crédito a que le habían herido casi de muerte.

—Muy valiente —dijo mientras posaba sus dedos húmedos sobre la pierna de Kaye.

Ella arrojó la rama lo más lejos que pudo. Estaba temblando, y en la boca notaba un ligero sabor a sangre.

—Tenemos que cortar la hemorragia. ¿Cómo se quita esta armadura?

En un primer momento dio la impresión de que Roiben no la entendía. Tan sólo la miraba con expresión de incredulidad. Entonces, se inclinó hacia ella y dejó escapar un gemido.

—Correas —acertó a decir.

Kaye se colocó tras la espalda de Roiben, y palpó la bruñida armadura en busca de hebillas. Un repentino soplo de viento hizo temblar las ramas que tenían sobre ellos y arrojó un chaparrón de gotas de lluvia, lo que hizo recordar a Kaye la relación entre las hadas y los árboles. Sus dedos se movían torpemente por causa de la prisa.

Si aquellos seres fantásticos todavía temían a Roiben, en poco tiempo no tendrían por qué preocuparse, pues Kaye estaba convencida de que de un momento a otro el herido se desmayaría.

Logró retirar la pechera separándola de la coraza de la espalda y desabrochando las hebillas situadas en los hombros y los costados; también había correas que la conectaban con las hombreras y las perneras de la armadura. Cuando por fin consiguió ver su piel desnuda, ésta se encontraba cubierta de sangre.

Roiben echó hacia atrás la cabeza y cerró los ojos.

—Deja que la lluvia limpie la herida.

Kaye se quitó el abrigo y lo colgó de una de las ramas del árbol.

Su blusa ya estaba rasgada, se recordó a sí misma mientras se la quitaba. Rompió la prenda en tiras largas, y comenzó a enrollarlas alrededor del pecho y los brazos de Roiben. Él abrió los ojos al notar el tacto de las manos de Kaye. Sus ojos se encogieron y, al instante, se dilataron. Tenían un color fascinante.

Roiben se incorporó, horrorizado.

—Ni siquiera escuché cómo rasgabas la tela.



—Tienes que mantenerte despierto —las mejillas de Kaye estaban ardiendo, y la lluvia fría resultaba reconfortante—. ¿Existe algún lugar donde puedas acudir?

Él negó con la cabeza. A tientas, recogió del suelo una hoja y la restregó por la parte interior de la pechera de su armadura. La hoja se tiñó de un rojo intenso.

—Deja caer esta hoja en el arroyo. Allí hay un kelpie. No estoy seguro de poder controlarlo con este tiempo lluvioso, pero al menos quiero intentarlo.

Kaye asintió con la cabeza rápidamente. Aunque no tenía ni idea de qué podría ser un kelpie, se dispuso a tomar la hoja en sus manos.

Roiben no la soltó de inmediato.

—Estoy en deuda contigo. Me disgusta no saber cómo compensarte.

—Tengo preguntas...

Roiben le entregó la hoja.

—Contestaré a tres de ellas, con tanto detalle como me sea posible.

Kaye asintió. Como un cuento de hadas. Estupendo. De todas formas, en realidad no deseaba nada de él.

—Cuando dejes caer la hoja sobre el agua, di que Roiben de la Corte Oscura solicita ayuda. —¿A quién se lo digo?

—Sólo pronuncia las palabras en voz alta.

Kaye asintió otra vez, y se dirigió corriendo hacia el agua. La orilla inclinada del riachuelo estaba repleta de vegetación y de cristales rotos. Las raíces, ahora despojadas del barro que debiera cubrirlas, se asentaban sobre la orilla como cestas boca abajo, o bien se extendían por el suelo como pálidos brazos de cadáveres a medio enterrar. Kaye intentó reprimir tales pensamientos.

Se puso en cuclillas y colocó la hoja, con la sangre hacia abajo, sobre la superficie del agua. La hoja se quedó allí flotando, y al momento se giró ligeramente. Kaye pensó que tal vez estuviera demasiado cerca de la orilla, y empezó a soplar para alejarla.

—Roiben de la Corte Oscura solicita ayuda —dijo Kaye, con la esperanza de haber pronunciado las palabras correctas. No sucedió nada. Kaye repitió la frase, esta vez más alto, sintiéndose ridícula y asustada al mismo tiempo—. Roiben de la Corte Oscura solicita ayuda.

Una rana salió a la superficie y empezó a moverse en dirección a Kaye. ¿Tendría algo que ver con un kelpie? ¿Qué clase de ayuda podía provenir de un riachuelo sucio y poco profundo?

Entonces, Kaye comprendió que se había equivocado. Lo que había tomado por los ojos de una rana eran en realidad dos cavidades huecas que temblaban ligeramente a medida que algo atravesaba el agua nadando hacia ella. Kaye deseaba salir corriendo, pero la fascinación que la embargaba y el sentido del deber la mantuvieron inmóvil. Las cavidades resultaron ser las ventanas de la nariz de un caballo negro, que surgió de las aguas como si hubiera sido creado por ellas. Por sus lomos se deslizaban trozos de musgo y también barro; poco a poco, el animal giró la

cabeza para observar a Kaye con sus resplandecientes ojos blancos.

La muchacha no fue capaz de mover un músculo. Perdió la cuenta del tiempo que transcurrió mientras observaba aquellos flancos moteados de gris, suaves como la piel de foca, y aquellos ojos que emitían un brillo imposible. La criatura inclinó el cuello.

Kaye dio un paso hacia atrás e intentó hablar. No acertó a articular palabra.

El animal se acercó, resollando, hasta Kaye. Sus pezuñas se clavaban en el barro y aplastaban las ramas. Desprendía un olor a agua salobre. Con sumo cuidado, Kaye dio otro paso hacia atrás; pero tropezó.

Tenía que decir algo.

—Éste es el camino —logró balbucear finalmente, y señaló a través de los árboles—. Roiben está allí.

El caballo se movió en la dirección que Kaye señalaba, y empezó a trotar. Kaye se dispuso a seguirlo. Se sentía tan aliviada que comenzó a temblar. Cuando llegó al claro del bosque vio a Roiben ya montado a lomos del caballo. Alguien había abrochado torpemente la pechera de su armadura. Kaye soltó de repente el aire que, sin darse cuenta, había retenido en los pulmones.

Roiben vio a Kaye aparecer por debajo del entramado de ramas y sonrió. A la luz de la Luna, los ojos de aquel extraño ser parecían más oscuros.

—Si estuviese en tu lugar, de ahora en adelante me mantendría alejado del mundo de las hadas. Somos gente caprichosa, con poco aprecio por los mortales.

Kaye lo miró otra vez. En su armadura había arañazos; que no recordaba haber visto antes. ¿Lo habrían atacado? Poco antes, Roiben apenas había sido capaz de levantar la cabeza. Era imposible pensar que se hubiese enfrentado en combate.

—¿Qué ha ocurrido?

La sonrisa de Roiben se intensificó, y el cansancio se le borró del rostro. Sus ojos centellearon.

—No malgastes tus preguntas.

Entonces, el caballo inició la marcha. Sus movimientos eran diferentes a los de cualquier otro animal. Pasaba velozmente entre los árboles, con agilidad y elegancia sobrenaturales. Las hojas revoloteaban a su paso y la luz de la Luna se reflejaba en él.

Antes de que pudiera darse cuenta, Kaye se encontró sola en el bosque. Sola, temblorosa y orgullosa de sí misma. Hizo un movimiento para recoger el abrigo, y percibió un destello metálico: la flecha.

Se arrodilló y recogió la rama con la punta de hierro. Con un dedo, tocó la rugosa corteza y el metal, aún caliente. Un escalofrío le recorrió el cuerpo, y arrojó la flecha sobre el barro. De repente, el bosque adquirió un aspecto amenazante, y Kaye empezó a caminar hacia la carretera tan rápido como podía. Pensó que si empezaba a correr tal vez no se sentiría capaz de parar.

Kaye hincó los pies en el desnivel enfangado que marcaba el extremo del césped de casa de su abuela, y se impulso hacia arriba.

Pasó junto al abarrotado contenedor de basura, el Ford Pinto averiado y las latas de café oxidadas que, unidas con cable, servían de valla al marchito jardín de hierbas medicinales.

Parecía que todas las luces de la casa estuvieran encendidas y resaltasen las cortinas mugrientas. En la sala de estar, donde se encontraba el televisor, parpadeaban luces azuladas.

Kaye abrió la puerta trasera, y entró en la cocina. En el fregadero se apilaban cazuelas y sartenes con restos de comida. Se suponía que Kaye tenía que lavarlas. Sin embargo, se dirigió al armario y sacó un cuenco; lo llenó de leche y añadió un mendrugo de pan blanco.

«Será suficiente», pensó mientras abría con cuidado la puerta y colocaba el cuenco en el escalón. Después de todo, lo más normal era que sólo vinieran a por la leche los gatos del vecindario.

Kaye entró en la sala de estar sin hacer ruido.

Al otro lado de la escalera, Ellen estaba sentada frente al televisor tomando una de las chocolatinas que la abuela había comprado para dar a los niños que se presentasen la noche de Halloween.

—Déjame en paz de una puñetera vez —murmuró Ellen con los ojos fijos en la bebida que tenía ante sí.

—Te crees que yo no sé nada. De acuerdo, tú eres la inteligente —dijo la abuela con esa voz melosa que tanto irritaba a Kaye—. Ya que eres tan lista, ¿cómo es que estás completamente sola? ¿Cómo es que tantos hombres se aprovechan de ti y después te dejan tirada? ¿Cómo es que la única persona que te acoge es tu vieja y estúpida madre?

—Ya he oído la misma cantinela un millón de veces.

—Bien, pues vas a oírlo otra vez —replicó la abuela de Kaye—. ¿Dónde ha ido tu hija esta noche? ¡Es casi la una de la madrugada! ¿Te ha importado alguna vez que ande campando por ahí, quién sabe en compañía de quién, esforzándose por parecerse a...?

—¡No te metas con mi hija! —exclamó la madre de Kaye con inusitada vehemencia—. Está perfectamente. Déjala en paz.

Kaye inclinó la cabeza y empezó a subir las escaleras lo más rápida y silenciosamente posible.

Vio su propio reflejo en el espejo del vestíbulo. En las mejillas y debajo de los ojos tenía churretes de maquillaje; daba la impresión de que había estado llorando. El carmín de los labios se había corrido y embadurnaba su mejilla izquierda. Kaye debía de haberlo arrastrado con la mano.

Se giró y miró furtivamente a la sala de estar. Ellen captó su mirada, puso los ojos en blanco y, con la mano, hizo un gesto clandestino hacia la parte superior de las escaleras.

—Mientras Kaye viva en esta casa tendrá las mismas normas que tú tuviste a su

edad. No me importa que haya pasado los últimos seis años en un apartamento plagado de ratones, conviviendo con tu novio de turno. A partir de ahora esa chica va a ser educada de manera decente.

Kaye subió en silencio los últimos escalones y entró en su dormitorio. Cerró la puerta con el mínimo ruido posible. El diminuto tocador de color blanco y la cama, demasiado corta, parecían pertenecer a otra persona. Sus ratones, Isaac y Armageddon, se movían en la pecera colocada en lo alto del viejo cajón de los juguetes.

Kaye se quitó la ropa y, sin importarle el barro ni el agua que le cubrían el cuerpo, se metió en la minúscula cama. Se envolvió con una manta y encogió las piernas, que le sobresalían del colchón. Kaye conocía bien lo que era la obsesión. Había visto cómo su madre anhelaba ardientemente la fama y se entregaba a hombres que la trataban como a basura. Kaye no quería amar a nadie que no pudiera conseguir.

Sin embargo, sólo por aquella noche, se permitió pensar en él, en el modo solemne y formal en que se había dirigido a ella, tan distinto al de cualquiera que Kaye hubiese conocido. Se permitió recordar sus ojos centelleantes y su sonrisa burlona.

Entonces se sumió en un profundo sueño, y sintió como si el agua la rodeara y envolviese su cabeza.



## CAPÍTULO TRES



Un cigarrillo es el ejemplo perfecto de placer perfecto: es exquisito y te deja insatisfecho. ¿Qué más se puede pedir?

Oscar Wilde  
*El retrato de Dorian Gray*

Kaye se encontraba de pie junto a un riachuelo, sujetando su muñeca Barbie por la rubia melena mientras el agua fresca le hacía cosquillas en los pies. Notaba el calor del Sol en la espalda, y percibía el olor de las plantas y del lodo, propio del verano. Tenía nueve años.

En el sueño, todo parecía adquirir sentido, aunque Kaye era consciente de que no había sucedido exactamente así. El cálido y agradable recuerdo procedía de una época anterior. En este sueño construido a retazos, Spike estaba sentada sobre el tapiz de musgo que cubría la orilla, ocupada en confeccionar con hojas un vestido de muñeca y un bolso a juego. Lutie se sentaba a horcajadas sobre la cintura de un muñeco Ken, y sus iridiscentes alas de mariposa temblaban ligeramente mientras entonaba groseras canciones que hacían reír y sonrojarse a un tiempo a aquella Kaye de nueve años de edad.

Aunque me imagine que es de carne y hueso, me voy a entristecer cuando lo desnude.

Un suave torso de plástico no comprensaba el resto, hasta un muñeco ha de hacer que una muñeca suspire. Gristle permanecía de pie en silencio, al lado de Kaye. Con la risa en los labios, ésta se giro hacia él. Gristle hizo ademán de hablar, pero lo único que salió de su boca fue una piedra blanca, que cayó en el río con un chapoteo. Fue a parar al fondo, junto al resto de guijarros que brillaban con un extraño resplandor.

Un chico de plástico no es un juguete de verdad.

Toda muchacha tiene una perlita.

Un graznido provocó que Kaye levantase la mirada de repente.

Un cuervo se había posado sobre el árbol. Sus negras alas brillaban como manchas de gasolina sobre una superficie de agua. Cuando el cuervo ladeó la cabeza quedaron a la vista sus ojos, tan blancos como la piedra.

No importa que no puedas encontrarla. ¡Él ni siquiera encuentra su cosita!

El cuervo se arrastró por la rama, y al momento se dejó caer en el aire. Un instante después, Kaye sintió el arañazo de las garras del pájaro y la mordedura del pico, mientras le arrancaba de la mano su muñeca Barbie y la elevaba por los aires.

La niña empezó a gritar con histeria infantil, y se agachó con la intención de recoger algo que pudiera arrojar al cuervo. Agarró una piedra y la lanzó sin pensarlo.

dos veces.

El pájaro cayó en espiral sobre la mullida copa de un árbol, y Kaye corrió hacia él. El bosque que la rodeaba se volvió borroso y, de repente, la muchacha se encontró observando una figura negra.

Estaba inmóvil, y la brisa mecía sus plumas. Allí también estaba su muñeca. Yacía algo alejada del cuervo inerte, y en el espacio que los separaba se veía una piedra blanca y lisa. Era la piedra que había salido de la boca de Gristle.

Entonces, Kaye se despertó.

Su madre se encontraba de pie junto a la puerta del dormitorio y sujetaba en la mano un teléfono inalámbrico.

—Te he estado llamando sin parar desde el piso de abajo. Janet está al teléfono. —¿Cómo?

Kaye parpadeó. Tenía alrededor de los ojos la costra del maquillaje del día anterior. Al estirar las piernas, golpeó el picero de la diminuta cama.

El Sol estaba vivo otra vez y brillaba resplandeciente en venganza a los trucos urdidos por la señora Luna la noche anterior. Llamadas de luz amarillenta amenazaban a Kaye con un dolor de cabeza en caso de que abriera los ojos.

—¿Mala noche? —Ellen se apoyó contra el marco de la puerta y dio una calada a su cigarrillo.

Kaye se frotó los ojos. Los nudillos quedaron negros y brillantes.

—Janet está al teléfono —al repetir el mensaje, la voz de la madre de Kaye adquirió un tono enojado y divertido a la vez—. ¿Le digo que la llamarás más tarde?

Kaye negó con la cabeza, y agarró el teléfono.

—¿Sí? —su voz sonaba áspera y densa.

Ellen abandonó el umbral de la puerta, y Kaye escuchó cómo bajaba pesadamente las escaleras.

—¿Qué ocurrió anoche?

Kaye tardó unos segundos en comprender de qué estaba hablando Janet.

—Ah, nada. Kenny intentó atraparme... y me rasgó la blusa. —¡Kaye! ¿Cómo es que saliste corriendo de aquella manera?

Pensé que te había hecho algo horrible. Nos pasamos la noche entera peleando por esa razón.

—Pensé que no me creerías —dijo Kaye con voz inexpresiva.

Janet debió de interpretar tal comentario como señal de arrepentimiento por parte de su amiga, porque su tono se suavizó:

—Venga, Kaye. Claro que te creo.

Kaye se esforzó por encontrar algo que decir ante un indulto tan inesperado.

—¿Estás bien? —preguntó Janet.

—Anoche me encontré con alguien en el camino de vuelta a casa.

Kaye se incorporó, y cayó en la cuenta de que se había quedado dormida sin quitarse el sujetador, la falda ni las medias. Ahora entendía por qué se encontraba tan

incómoda.

—¿En serio? —Janet parecía sorprendida y algo escéptica—. ¿Un chico?

—Sí —respondió Kaye. Quería decirlo en alto, aferrarse a ello. Su recuerdo de Roiben ya palidecía por la luz del Sol, de la misma forma en la que un sueño se desvanece si no se escribe en un papel—. Tenía ojos grises y pelo largo. —¿Cómo un músico heavy metal?

—Más largo aún —replicó.

Kaye se acomodó sobre los hombros la colcha de color rosa desvaído, que, como todo en su dormitorio, era demasiado pequeña.

—Qué extraño. ¿Cómo se llama?

—Robin —contestó Kaye, esbozando una sonrisa. Se alegraba de que Janet no pudiera verla en aquel momento; seguro que la felicidad que sentía la hacía parecer una tonta.

—¿Como Robin Hood? ¿Lo dices en serio? ¿Le gustaste?

—Sólo conversamos —respondió Kaye.

Janet suspiró.

—No te encontraste con nadie, ¿verdad? Te lo estás inventando.

—No, existe de verdad —dijo Kaye.

Efectivamente, Roiben era real, el ser más real que Kaye había conocido en mucho tiempo. Más que real.

—Bueno, el caso es que la fiesta fue un fracaso. Me moría de ganas de dar una patada en el culo a una chica estúpida. Dough no paraba de decirme que me calmase, pero yo estaba furiosa. Ven a verme, y te contaré lo demás.

—Vale, de acuerdo. Tengo que vestirme.

—Muy bien. Hasta luego.

El teléfono emitió un leve chasquido cuando Janet colgó. Kaye lo apagó, y lo arrojó sobre la colcha. Entonces, recorrió la habitación con la mirada. Su ropa estaba esparcida en montones por el suelo, casi toda aún en las bolsas negras de basura. Los muebles del dormitorio eran los mismos de cuando tenía cuatro años. Muebles infantiles de color blanco, paredes en tono rosa y un recriminatorio ejército de muñecas con ojos de cristal colocado en las estanterías.

«Tengo que encontrar a Gristle y a Spike». Nunca antes Kaye se había visto en la obligación de llamarlos. Siempre habían estado cerca cuando los había necesitado. Pero en aquel tiempo Kaye era una niña, y creía en toda clase de fantasías. Entonces sus piernas no sobresalían de la cama ni tenía que inclinarse para mirarse en el espejo del tocador. Suspiró. Imaginaba que ya no poseía la pureza del unicornio. Tal vez eso fuera importante.

Kaye se desvistió y encontró un gastado par de pantalones vaqueros y una vieja camiseta azul de las Fuerzas Armadas Especiales. Entró al cuarto de baño y, mientras se lavaba la cara con agua fría y se quitaba los últimos restos de maquillaje, se examinó detenidamente. Las mechas color púrpura que se había aplicado en el



cabello apenas se distinguían ya. Kaye miró fijamente sus ojos rasgados y las delgadas mejillas. Por primera vez, se preguntó de dónde procedían tales atributos. No había visto a Roiben con claridad bajo la luz de la Luna, pero sí pudo distinguir que también tenía los ojos rasgados. Podría parecer asiático de no ser por su nariz aguileña.

Kaye suspiró otra vez, y se peinó con coletas. Tal vez, sí volvía a adquirir el aspecto de los diez años, las hadas amantes de los niños acudirían a hablar con ella.

Su abrigo de imitación de leopardo estaba demasiado empapado como para ponérselo. Kaye se enfundó la cazadora de cuero de Lloyd.

Examinó el contenido de los bolsillos. Encontró un par de recibos arrugados, una púa de guitarra de imitación de concha y varias monedas. Kaye retiró la mano como si algo la hubiera picado.

Allí, clavada en la yema del dedo, había una delgada espina de color marrón. Era de esperar que Lloyd tuviera en el bolsillo algo desagradable. Kaye se sacó la espina y chupó el diminuto punto rojo que le había quedado en el dedo; entonces, la arrojó sobre el tocador y bajó por las escaleras.

La madre de Kaye estaba hojeando una revista, sentada ante la mesa de la cocina. Había una botella sin tapón en la que quedaba una quinta parte de ginebra. En un plato ardía un cigarrillo ya casi consumido.

—¿Vas a casa de Janet? —preguntó Ellen.

—Sí.

—¿Quieres un café antes de irte, tesoro? No pareces muy despierta.

—Estoy bien. A la abuela le va a dar un ataque cuando vea ese plato —Kaye ni siquiera se molestó en mencionar la ginebra.

La madre de Kaye se echó hacia atrás, sobre el respaldo de la silla de madera.

—No actúes como si fueras la madre de tu madre —protestó Ellen.

Sólo entonces Kaye se percató de la forma en la que su madre arrastraba las palabras.

—¿Has tenido noticias de ese idiota de Lloyd?

Ellen negó con la cabeza.

—Qué va. Llamé a un par de antiguas amigas de Sweet Pussy, pero ahora todas llevan una vida respetable.

Kaye soltó una carcajada. Se acordaba de Liz, pegando botes en el escenario con su increíble malla de color púrpura, como si de una diva del *rock and roll* se tratase. Resultaba difícil imaginarla con aspecto respetable.

—¿Vais a reuniros?

—Puede ser —replicó Ellen, como sin darle importancia—. Sue y Liz tienen una pequeña tienda de discos en Red Bank.

—Eso es genial.

Ellen suspiró.

—Puede que sí. Me pregunto desde cuándo no han sujetado una guitarra en las

manos.

Kaye negó con la cabeza. Era inútil pretender que su madre abandonara la idea de regresar a la gran ciudad pero sin poder evitarlo, la muchacha aún albergaba esa esperanza.

—Dile a la abuela que no volveré tarde.

—Puedes volver a casa cuando quieras. Tu madre soy yo.

—Gracias, mamá —respondió Kaye, y salió por la puerta. El viento formaba remolinos de hojas de color carmín sobre el césped. Kaye aspiró profundamente el aire frío.

—Lutie-loo —susurró al viento—. Spike, Gristle... Regresad, por favor.

Os necesito.

«Iré andando hasta casa de Janet. Iré a casa de Janet, como hemos acordado, y después trazaré un plan».

Janet vivía en un parque de caravanas situado junto a la carretera principal, a espaldas de la gasolinera en la que su hermano llevaba trabajando desde que Kaye partiera hacia Filadelfia por primera vez.

Mientras atravesaba el aparcamiento, Kaye saludó a Corny con la mano.

Corny sonrió a regañadientes. Su cabello parecía un estropajo de color marrón: demasiado corto por delante y excesivamente largo por detrás. Llevaba una cazadora vaquera y unos pantalones mugrientos, también vaqueros. Tenía la cara cubierta de eczemas. Era tal y como Kaye lo recordaba, sólo que más alto.

Kaye rodeó la parte posterior de la pequeña oficina y los aseos de la gasolinera, atajó a través de un seto, y llegó al parque de caravanas. Éstas no eran vehículos propiamente dichos. Ninguna tenía ruedas, y casi todas contaban con vallas y porches anclados con acero y cemento. Kaye caminó por un sendero de grava en dirección a la casa de Janet.

Una muchacha de cabello castaño, que rondaba la edad de Kaye, estaba tendiendo ropa recién lavada. Detrás de ella, un hombre obeso estaba tumbado en una hamaca, y entre las cuerdas entrecruzadas asomaban trozos de carne. Tres perros ladraban sin cesar, mientras se perseguían unos a otros a lo largo de una valla formada por cadenas.

Kaye llegó a la puerta de tela metálica y llamó con los nudillos.

—¡Entra! —gritó Janet.

A través de la tela metálica, Kaye veía los pies de su amiga, que sobresalían por el borde de un viejo sofá de color azul. Janet acababa de pintarse las uñas de color oscuro. Se había colocado pequeñas bolas de papel higiénico entre los dedos, para que no se rozasen.

La puerta chirrió desagradablemente cuando Kaye abrió. Parte del esmalte blanco había saltado y el óxido había obstruido las bisagras. La habitación principal de la caravana era oscura, y las ventanas estaban cubiertas con cortinas. La luz llegaba, parpadeante, desde la puerta, la cocina y el televisor. En la pantalla, dos mujeres se

gritaban una a otra en un estudio de televisión abarrotado de público.

Una de ellas llevaba las cejas decoradas con diamantes falsos.

—¿Te quieres pintar las uñas? —preguntó Janet—. Tengo un esmalte azul precioso.

Kaye hizo un gesto de negación con la cabeza, aunque seguramente Janet no lo vio.

—¿Puedo hacer un poco de café?

—Claro, haz también para mí —Janet se incorporó y estiró los dedos de los pies, con sus rutilantes uñas de color marrón, al tiempo que arqueaba la espalda. Llevaba una camiseta interior de chico y bragas de algodón con motivos de margaritas—. Tengo una resaca monumental. —¿Dónde están los demás?

—Mamá y su marido han ido al mercadillo. Corny volverá del trabajo en cualquier momento. No te vas a creer lo que me trajo mi madre la última vez: una camiseta con gatos dibujados con diamantes de imitación. ¿Dónde podría encontrarse algo así?

Kaye se carcajeó. La madre de Janet coleccionaba toda clase de objetos pintorescos, sobre todo artículos relacionados con Star Trek.

Las paredes de la caravana estaban llenas de platos para coleccionistas, ilustraciones enmarcadas y estanterías con miniaturas de pistolas y dispositivos que aparecían en la serie. Una colección de almohadones a punto de cruz con motivos referentes a Spock competía con Janet por el espacio en el sofá.

—He visto a Corny cuando venía hacia aquí. Creo que no me reconoció.

—Es un tonto del culo. Se pasa el día encerrado en su habitación... me imagino qué es lo que hace.

Kaye eligió dos tazas del estante y las llenó con agua del grifo.

—A lo mejor es que ahora tengo un aspecto diferente.

Kaye pulsó el botón del microondas y metió las tazas. Una vez colocadas sobre la grasienta bandeja de cristal, empezaron a dar vueltas.

—Puede ser —Janet fue cambiando de canal, y al rato se paró.

—¿Qué ocurrió anoche? —Kaye sabía que a Janet le agradaría su interés.

Efectivamente, Janet se alegró de la pregunta. Se incorporó hasta quedarse sentada, y bajó el volumen del televisor.

—Bueno, llegamos a casa de Fátima, y Aimee se puso a jugar con el cabello de Kenny, ya sabes, le pasaba la mano todo el rato y decía lo suave que estaba. Debía de saber que Kenny y yo nos habíamos enfadado.

—Lo siento.

—Da igual —Janet se apretó contra el pecho un almohadón con la leyenda «Larga y próspera vida»—. El caso es que me acerco a ella y empiezo a pasarle la mano por la cabeza diciendo que me encanta su cabello, que es increíble, y va Marcus y se echa a reír. Ya conoces esa risa tan rara y estridente que tiene Marcus. Esas malditas y escandalosas risotadas. —¿Qué hizo Kenny?

Kaye se preguntó si Kenny intentaba liarse con todas las chicas que conocía. Aún sentía vergüenza por haberle permitido que la acariciara. A veces, Kaye pensaba que había en ella algo enfermizo que la hacía desear que los chicos más populares se fijaran en ella.

Las manos de Kenny eran sorprendentemente suaves.

—Nada. Le encanta que las chicas se peleen por él —Janet negó con la cabeza como si estuviera hablando acerca de un chiquillo incorregible—. Así que Aimee empieza a llamarme psicópata y tortillera, y se niega a retirar los insultos alegando que sólo era una forma de hablar.

Kaye asintió con la cabeza.

—¿La pegaste?

El microondas emitió un pitido. Kaye añadió café instantáneo al agua de las tazas y removió el líquido. En la superficie surgió una fina capa de espuma blanca. Janet asintió con un gesto.

—Me lancé contra ella, pero Dough me paró. Kenny contuvo a Aimee. Entonces llegó Fátima y empezó a decir que había sido un malentendido y todo ese rollo, a pesar de que ella no había estado presente. Lo que no quería era que le destrozáramos la casa.

Kaye se quedó mirando el interior de la taza, y le pareció estar viendo el agua oscura e inmóvil del arroyo. Del repente, sin motivo alguno, su corazón empezó a latir desbocado. Roiben, el ser fantástico más hermoso, sorprendente y peligroso jamás soñado, le había dicho que se verían otra vez. Kaye notó cómo la alegría le estallaba en el pecho.

—¿Me estás escuchando? —preguntó Janet.

—Aquí está tu café —dijo Kaye, y removió el azúcar y la leche en polvo antes de pasarle la taza a Janet—. Sí, sí, te estoy escuchando...

Kaye sonreía y asentía con la cabeza mientras Janet hablaba, pero en su imaginación sólo tenía presente a Roiben, empapado de lluvia y de sangre, con una flecha que casi le atravesaba el corazón.

Las bisagras emitieron un chirrido cuando Corny abrió la puerta y entró en la caravana dando pisotones. Fulminó con la mirada a las dos chicas, se dirigió a la nevera, la abrió y bebió unos tragos de refresco de naranja directamente de la botella.

—¿Que demonios te pasa? —pregunto Janet.

Una gata blanca, con la tripa hinchada por el embarazo, se había colado en la caravana cuando Corny abrió la puerta. Kaye bajó la mano, y le acarició la cabeza.

—El muy cabrón no ha aparecido esta mañana. He estado trabajando desde la medianoche.

Kaye se fijó en que en la espalda de la cazadora de Corny aparecía la cabeza de un demonio. En el bolsillo de atrás de su pantalón, se averiguaba la forma de su billetera, unida con una cadena a la trabilla delantera.

—Mamá odia que bebas de la botella —le espetó Janet.

—¿Y qué? —replicó Corny. Deliberadamente, dio otro trago—. ¿Se lo vas a contar? ¿Y si yo le cuento que necesitas tu propio vomitorio, que eres una bulímica?

—Cierra el pico, idiota —Janet agarró el teléfono de la cocina y empezó a marcar números a base de golpes. Mientras marcaba, se acercó a su habitación.

Corny miró a Kaye de reojo. Kaye apartó la mirada y se subió al regazo a la gata, pesada y suave. El animal ronroneó como un enjambre de abejas.

—Tú eres esa chica que cree en las hadas, ¿verdad? —preguntó Corny.

Kaye se encogió de hombros.

—Soy Kaye.

—¿Quieres un refresco? Aún no los he echado a perder —Corny se secó la boca con la manga.

Kaye negó con la cabeza. Algo parecido a un pequeño guijarro le rebotó en la rodilla.

Las ventanas estaban cerradas. Kaye elevó la vista al techo, pero no encontró nada que indujera a pensar que el objeto había caído de la lámpara. Tal vez procediera de uno de los estantes. Cuando Kaye miró al suelo, lo único que vio junto a sus pies fue una bellota. En el exterior de la caravana se encontraban muchas en aquella época del año, procedentes de un árbol cercano, que rodaban por todo el césped. Kaye recogió la bellota, y de nuevo miró por la ventana. El fruto apenas pesaba, y Kaye descubrió una diminuta raya blanca que sobresalía bajo la caperuza.

Corny se estaba limpiando la cara con una toalla húmeda. Kaye estaba convencida de que él no había tirado la bellota, pues en el momento en que le cayó encima ambos estaban hablando.

Kaye dio un ligero tirón a la caperuza, y ésta se separó de la cáscara. Dentro, el fruto había desaparecido y sólo quedaba un espacio vacío en el que se veía un pedazo de papel enrollado. Kaye lo sacó con mucho cuidado y leyó el mensaje, escrito con tinta de color rojizo: «No vuelvas a hablar con el caballero negro. No le digas tu nombre a nadie. Todo corre peligro. Gristle se ha ido. Necesitamos tu ayuda. Nos encontramos mañana por la noche. L. y S.». ¿Qué significaba «Gristle se ha ido»? ¿Adónde? ¿Y el caballero negro? ¿Podía tratarse de Roiben? Kaye no había hablado con nadie más que respondiese a esa descripción. ¿Qué significaba «todo está en peligro»?

—Kaye —dijo Janet asomándose desde detrás de la puerta de su habitación—, ¿te apetece ir al centro comercial?

Sin apartar la mirada de Janet, Kaye se metió la bellota en un bolsillo.

—Supongo que esperas que os lleve —dijo Corny—. ¿Sabes una cosa? Casi todo el mundo que va de compras lleva dinero.

—Cierra el pico, estúpido —replicó Janet, y condujo a Kaye hasta su cuarto. \ Kaye se sentó en la cama. La habitación estaba abarrotada de muebles desaparejados: una cómoda de madera con pomos de cristal, un tocador blanco de madera contrachapada y una cama de metal negra, abollada. La habitación estaba tan

desordenada como la de Kaye: las prendas de ropa colgaban de los cajones abiertos o estaban tiradas por el suelo, pero el caos de Janet resultaba más atractivo. La ropa de Kaye consistía en camisetas de algodón y ropa de segunda mano procedente de décadas pasadas, mientras que Janet tenía faldas de color rojo bordeadas de plumas y blusas en tonos azul y oro que brillaban como escamas de pez. El tocador y la cómoda estaban abarrotados de estuches de sombra de ojos, relucientes pasadores para el pelo, botes de loción corporal y tubos de gomina. En las paredes blancas, los pósteres de grupos musicales competían con los mensajes de colores escritos con rotuladores fosforescentes. «Janet y Kenny, amor eterno» aparecía con tinta de purpurina sobre la puerta.

A Kaye le dio la impresión de que había restos de otro nombre diferente debajo del de Kenny.

—¿Qué me pongo? —preguntó Janet, y levantó un top afelpado de color rosa que a duras penas le llegaría por debajo del pecho—. ¿Me congelaré con esto?

—Necesitas una minifalda a juego.

Kaye se sentó en la cama, y se echó hacia atrás, apoyándose en los cojines. En el bolsillo de su cazadora, la bellota permanecía inmóvil junto a la cálida piel de su mano; el diminuto extremo puntiagudo le pinchaba en el pulgar.

—¿Qué te vas a poner tú?

—Esto —Kaye señaló con un gesto su desvaída camiseta y sus vaqueros.

Janet suspiró e hizo una mueca de desesperación.

—¿Sabes que muchas chicas matarían por tener rasgos asiáticos y el pelo rubio?

Kaye negó con la cabeza, y adoptó una expresión arisca. Lo que a los chicos les atraía de las asiáticas eran cosas raras. Había quien encargaba una esposa oriental por correo; también estaban los amantes del kung-fu.

—¿Qué tal si te pones esto? —Janet sostuvo en alto un top negro de tela brillante. Como un biquini, se ataba al cuello y la cintura, y la espalda quedaba al descubierto.

—De ninguna manera —replicó Kaye.

Esta vez Janet se limitó a soltar una carcajada.

Entraron al centro comercial a través del acceso a la sala de cine.

En los escalones se congregaban grupos de chicos y chicas, esperando su turno para dar una vuelta en coche o en moto, o bien fumando un cigarrillo antes de que empezase la película. Janet pasó junto a ellos como si fuera una diosa, sin mirar a nadie, con el cabello impecablemente rizado y el carmín resplandeciente, como si no le supusiera ningún esfuerzo. Kaye se preguntaba dónde habría aprendido Janet a arreglarse con tanto esmero. De niña, siempre llevaba los rizos despeinados y las zapatillas deportivas desabrochadas.

Kaye observó su propio reflejo en un escaparate, y no pudo evitar una mueca de disgusto. Su camiseta estaba confeccionada con fino algodón de color desvaído, e incluso tenía un par de agujeros de tanto abusar de la lavandería. Los pantalones vaqueros los había heredado de su madre, y le colgaban de las caderas; de vez en

cuando se los tenía que subir, pues le daba la impresión de que iban a resbalar hasta las rodillas.

—De acuerdo —dijo Janet—. ¿Me enseñas ahora esas habilidades de las que alardeas?

Kaye sonrió. Uno de los temas sobre los que se escribían por correo electrónico era el valor de las cosas que robaban en las tiendas. Lo más importante que Kaye había robado era una pareja de ratones. No eran caros, pero el hecho de introducirse en el bolsillo un animal que no paraba de retorcerse era más difícil de lo que parecía a simple vista.

Kaye asintió con un gesto.

—Vas a escuchar los «Principios del buen ladrón», de los que yo soy la autora. ¿De acuerdo?

—Estás de broma, ¿no? —dijo Janet cruzándose de brazos.

—Escucha. Nunca en comercios familiares. Sólo en cadenas de grandes almacenes o hipermercados; pueden permitirselo, y al personal que trabaja allí le importa un bledo. ¡Ah!, tampoco en tiendas en las que los dependientes sean amables.

—No puedo creer que tengas reglas.

Kaye asintió con solemnidad.

—Trato de minimizar el daño a mi karma.

Unas horas más tarde se encontraban sentadas en bordillo de la acera, dispuestas a examinar el botín. En sentido estricto, no estaban lo suficientemente alejadas del centro comercial como para encontrarse a salvo, pero tenían la impresión de ser intocables.

Mientras Kaye se probaba un lápiz de ojos de color gris, pasándolo una y otra vez por debajo de las pestañas inferiores, Janet daba sorbos a un batido de frambuesa.

Kaye rebuscó en los bolsillos de sus vaqueros hasta encontrar cerillas, y encendió un cigarrillo. Dio una calada profunda, se echó hacia atrás y expulsó el humo, dejando que se alejara y formara remolinos. Levantó la mano perezosamente para cambiar la forma de las volutas. Al tocarlas, se movieron de inmediato, y Kaye vio cómo se convertían en figuras danzarinas. No, en realidad no estaban bailando, estaban combatiendo. Eran espadachines que se batían en duelo entre el humo ascendente.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte en la ciudad? —preguntó Janet.

Kaye bajó la mano. Había olvidado dónde se encontraba.

—Imagino que un par de meses.

—Es raro, ¿sabes? Seguir siendo amigas después de tanto tiempo, estando tan lejos y todo eso. Anoche lo estuve pensando.

—¿En serio? —preguntó Kaye con tono receloso.

—Intentó liarse contigo, ¿verdad?

Kaye se encogió de hombros. No había forma de explicar lo que realmente había sucedido. Se sentía incapaz de aclarar por qué había permitido que Kenny la

acariciara, por qué no le había importado en absoluto hasta que, de repente, recordó quiénes eran y qué estaba pasando.

—Supongo que sí. Pero, la verdad, yo caí en la trampa. A lo mejor había bebido demasiado, no lo sé... —¿Cómo es que estabais allí arriba?

Kaye sonrió, esta vez con naturalidad.

—Subí a explorar. Allí encontré el caballo de tiovivo más alucinante que puedas imaginar. ¿Lo viste? Le faltaban las patas, pero el resto estaba perfecto; ni siquiera la pintura estaba estropeada —Kaye suspiró con melancolía—. Aunque lograra llevármelo a casa, nunca podría trasladarlo de apartamento en apartamento.

Janet suspiró, dejando claro que estaba de acuerdo.

Kaye dio otra calada al cigarrillo mientras se preguntaba por qué le molestaba la actitud de Janet. Esta vez las volutas de humo le recordaron al cabello de Roiben, seda salvaje color plata. Al pensar en él, se sintió aún más inquieta y disgustada. Tenía que verlo otra vez.

—Kaye, regresa a la Tierra —le exigió Janet—. ¿En estabas pensando?

—En Robin —respondió Kaye. Eso también era algo que probablemente Janet creería sin dificultad.

—¿Existe de verdad? ¿En serio? —Janet dio un sorbo a su batido, intentando aspirar un trozo de frambuesa congelada que obstruía la pajita con la que bebía.

—No seas estúpida —replicó Kaye, pero su tono no denotaba irritación.

—Perdona. Es que resulta muy extraño encontrar a un tío bajo la tormenta mientras vuelves andando a casa. Lo que quiero decir es: ¿qué hacía ahí? Yo ni siquiera me habría parado a hablar con él.

—Me imagino que el episodio encaja en la categoría de «extraño» —respondió Kaye con una sonrisa.

Janet frunció el entrecejo en señal de desaprobación.

—¿Es que ni siquiera tiene coche?

—Mira, sólo voy a estar en la ciudad un par de meses como mucho. Lo único importante es que se trata del chico más guapo que te puedas imaginar —Kaye arqueó las cejas con gesto insinuante.

Este gesto provocó un grito sofocado de escándalo.

—¡Serás cerda! —exclamó Janet con admiración— ¿Sabes si le gustas?

Kaye aplastó en el cemento la colilla de su cigarrillo dejando un rastro de ceniza en forma de círculo. No quería pararse a pensar por qué motivos ella podría gustar a un duende guerrero. No se le ocurría ni uno.

—Le gustaré —respondió Kaye, con la esperanza que, al pronunciarlas, las palabras se hicieran realidad.

Aquella noche Kaye permitió que Isaac y Armageddon corretearan por encima de su cama mientras en el equipo de música sonaba a todo volumen la voz de Grace Slick, repitiendo White Rabbit una y otra vez. La Alicia adulta y destrozada de la que hablaba la canción resultaba apropiada para Kaye. Después eligió Hole, y escuchó



cómo Courtney Love cantaba con voz chirriante: «Quiero ser la chica que se lleve lo mejor del pastel... algún día tú sufrirás como sufro yo».

Kaye abrió un poco la ventana y encendió un cigarrillo, y tuvo cuidado de que el humo saliera al exterior.

Desde la estantería, la hilera de muñecos la observaba impasible, con aspecto ofendido y el decoro propio de quienes se reúnen para tomar el té. Kaye recogió los dos ratones y los colocó junto a los muñecos con el fin de que se conocieran.

Entonces, se giró hacia la cama. La empujó hasta pegarla a la pared y colocó el colchón en el suelo. Ocupaba casi todo el espacio de la habitación, pero al menos los pies podrían sobresalir del borde cómodamente. Si tapaba el somier de muelles con una de las colchas de su madre, casi podría pasar por un sofá.

Kaye apagó el cigarrillo y se tumbó. Entonces, observó cómo los ratones escalaban por encima de los muñecos, sin prestar atención a los atuendos de jinete ni a los trajes de princesa de encaje y oro.

Olisqueaban el cabello de plástico y mordisqueaban los delicados dedos de porcelana. Por fin se le cerraron los ojos, y fue cayendo lentamente en un profundo sueño.



## CAPÍTULO CUATRO



Todo el día y toda la noche mi deseo por ti se desenrosca como una serpiente venenosa.

Samar Sen  
*Love.*

Aquella mañana de lunes Kaye se despertó temprano, se vistió y simuló que iba a la escuela.

Llevaba haciendo pellas casi una semana, desde que su abuela insistiera en que iba a ir a averiguar por qué tardaban tanto en matricular a su nieta. No había forma de decirle que los documentos de traslado de expediente no llegarían nunca, de modo que Kaye empaquetó un sándwich de mantequilla de cacahuete y miel, metió en la bolsa una naranja, y salió a matar el tiempo.

Cuando se mudaron a Filadelfia por primera vez, Kaye se matriculó sin problemas en una nueva escuela. Pero entonces empezaron a ir de un lado para otro: se alojaron seis meses en el campus universitario, y otros cuatro meses en la zona sur de la ciudad; después, un par de semanas en el barrio de los museos. Cada vez que se trasladaban, Kaye tenía que averiguar el camino hasta su antigua escuela o bien cambiarse a una nueva. Un año atrás, aproximadamente, estaba tan desconcertada que empezó a trabajar a tiempo completo en Chow Fat. Su madre y ella necesitaban el dinero.

Y también comida gratis.

Kaye empezó a andar por una calle, y propinó una patada a una lata de refresco aplastada. Era consciente de que no iba por el buen camino, en el sentido más amplio de la expresión. Su abuela tenía razón, se estaba volviendo como su madre; no, peor aún, porque Kaye carecía de ambición. Su único talento residía en la capacidad para robar en las tiendas y en un par de trucos para encender cigarrillos con un mechero Zippo.

Barajó la idea de acercarse a Red Bank a buscar la tienda de Sue y Liz. Tenía algo de dinero; además, a lo mejor podía colarse en el tren sin pagar billete y recorrer un par de paradas. El problema era que su madre no le había dicho el nombre de la tienda.

Se le ocurrió que tal vez Corny lo sabría. Probablemente le quedaba una hora hasta que terminara el turno de noche y llegara el chico que hacía el de mañana. Si lo invitaba a una taza de café, a lo mejor no le importaba verla por allí tan a menudo.

El autoservicio estaba casi vacío cuando Kaye entró y llenó de café con sabor a avellana dos vasos grandes de cartón. Kaye añadió al suyo canela y leche semidesnatada; pero no conocía los gustos de Corny, y se metió en el bolsillo varios

azucarillos y unos cuantos sobres de leche en polvo. La adormilada mujer encargada del autoservicio ni siquiera miró a Kaye cuando ésta hizo sonar el timbre para llamarla.

Corny estaba sentado sobre el capó de su coche, jugando al ajedrez sobre un tablero magnético de bolsillo.

—¡Hola! —exclamó Kaye.

Corny levantó la mirada con expresión de pocos amigos. Kaye le ofreció el café, y él pareció confundido.

—¿No tendrías que estar en la escuela? —preguntó Corny por fin.

—Me he dado de baja —respondió Kaye—. Voy sacarme el Diploma de Educación General.

Corny arqueó las cejas.

—¿Quieres el café, o no?

Un coche se detuvo junto a uno de los surtidores gasolina. Corny suspiró, y se bajó del capó.

—Ponlo en el salpicadero.

Kaye entró en el coche de Corny y colocó cuidadosamente el vaso de café, al tiempo que sacaba del bolsillo el azúcar y los sobres de leche. Entonces, quitó la tapa de su propio vaso y dio un trago largo. El líquido caliente le supo delicioso en aquella fría y húmeda mañana de otoño.

Corny regresó unos minutos después y volvió a sentarse sobre el capó. Tras una mirada indagadora, empezó a echar azúcar en el café, y después lo removió con un bolígrafo mugriento que llevaba en el bolsillo.

—¿Contra quién juegas? —preguntó Kaye, subiendo las rodillas.

Corny volvió la mirada hacia ella y emitió un bufido.

—¿Qué es lo que quieres de mí?

—Sólo pretendo hablar contigo. ¿Quién gana?

Corny esbozó una sonrisa burlona.

—Él, por ahora. Venga, ¿qué haces aquí? Nadie viene a visitarme.

Relacionarse conmigo es algo así como tentar al Apocalipsis.

—¿Y eso por qué?

Corny se bajó otra vez del capó, y soltó un gruñido cuando otro coche se paró junto al surtidor. Kaye observó cómo vendía un cartón de cigarrillos y llenaba el depósito. Se preguntó si el dueño de la gasolinera daría empleo a una chica de 16 años: su última paga se le estaba agotando. Corny había empezado a trabajar en aquel lugar cuando era mucho más joven que Kaye.

—Corny —dijo Kaye cuando éste regresó—. ¿Conoces alguna tienda de discos en Red Bank?

—¿Intentas sobornarme para que te lleve en coche?

Kaye suspiró.

—Eres un paranoico. Sólo quiero saber el nombre de la tienda.

Corny se encogió de hombros y realizó un par de jugadas sin mencionar palabra.

—Mi tienda de cómics está al lado de una tienda de discos, pero no sé el nombre.

—¿Qué cómics te gustan?

—¿Es que tú lees cómics? —Corny adoptó una actitud defensiva, como si Kaye lo estuviera enredando en una especie de trampa verbal.

—Claro. *Batman, Lenore. El hombre demasiado café.* Antes leía *Sandman*, claro está.

Corny la miró fijamente un instante, y al final se relajó.

—Antes leía cómics pornográficos, pero ahora leo muchos japoneses.

—¿*Akira*, por ejemplo?

Corny negó con la cabeza.

—No. Cómics en los que salen chicos y chicas guapos. Oye, ¿sabes lo que significa *donen-ai*? —la expresión de Corny denotaba duda.

—Ojalá supiera japonés —respondió Kaye, moviendo la cabeza en señal de negación.

Corny sonrió burlonamente.

—Creía que eras japonesa.

Kaye se encogió de hombros.

—Eso dice mi madre. Mi padre formaba parte de una banda local de estética gótica que mi madre adoraba cuando estaba en el instituto, de esos de nueva ola. Nunca le conocí. Cosas de fans.

—Salvaje.

—Supongo que sí.

Un coche se detuvo en la gasolinera, pero en lugar de hacerlo junto al surtidor, aparcó al lado del coche de Corny. Un chico con piel oscura bajó del vehículo.

—Muy amable por tu parte venir a trabajar hoy —dijo Corny mientras le lanzaba un manojo de llaves.

—Ya te dije que lo sentía, tío —respondió el chico.

Corny se giró hacia Kaye, y dijo:

—¿Adónde vas ahora?

Kaye se encogió de hombros.

—¿Quieres venir conmigo? Podemos ir a la caravana y esperar a que Janet vuelva a casa.

Kaye asintió con la cabeza.

—Vale.

Caminaron juntos hasta la caravana.

Corny encendió el televisor y después se dirigió a su dormitorio.

—Voy a comprobar mi correo.

Kaye asintió con un gesto, y se sentó en el sofá. Fue entonces cuando se sintió incómoda. Le resultaba embarazoso estar en casa de Janet sin que ella se encontrara allí. Fue cambiando de canal hasta que se decidió por uno especializado en dibujos

animados.

Pasados unos minutos, al ver que Corny no regresaba, Kaye fue a su habitación. El dormitorio de Corny era totalmente diferente al de Kaye. Había estanterías en las paredes, abarrotadas de libros de bolsillo y cómics. Corny estaba sentado en un escritorio que daba la impresión de que apenas podía aguantar el peso de todos los aparatos que tenía encima. Junto a sus pies había una caja llena de cables y lo que parecían las entrañas de un ordenador.

Corny estaba escribiendo sobre el teclado, y dio un gruñido cuando Kaye entró.

—Casi he terminado.

Kaye se sentó en el borde de la cama en la misma forma en que lo hubiera hecho en el cuarto de Janet, y agarró el cómic que tenía más cerca. Estaba escrito en japonés. El chico y la chica protagonistas eran rubios —a Kaye siempre le había extrañado que hubiera tantos rubios en las historietas japonesas; el malo lucía una larguísima melena negra y llevaba en la cabeza un auricular de lo más original. También aparecía una pelota con alas de murciélago que revoloteaba por doquier. Kaye siguió pasando páginas. El protagonista estaba desnudo, y era azotado con un látigo sobre la cama del malo.

Kaye dejó de pasar páginas y se quedó mirando el dibujo: el rubio parecía estar en éxtasis, o acaso era una cara de terror... el villano lo acosaba.

Kaye levantó la vista hacia Corny y sostuvo en alto el cómic.

—A ver si acierto... ¿Esto es *shonen-ai*?

Corny le lanzó una breve mirada desde el ordenador, pero a Kaye no se le escapó la expresión de satisfacción.

—Sí.

Kaye no supo qué responder, aunque probablemente de eso se trataba.

—¿Te gustan los chicos?

—Existe un término específico para eso —respondió Corny—: maricón. Aunque esos tíos son demasiado guapos.

—¿Lo sabe Janet?

Kaye no lograba entender por qué Corny le había hablado del asunto si Janet no lo sabía, porque, de haberlo sabido, su amiga le hubiera comentado algo. Los mensajes por correo electrónico de Janet eran relatos de lo que ocurría cada día; resultaban aburridos y estaban llenos de cotilleos acerca de gente que Kaye desconocía.

—Sí, toda la familia lo sabe. No pasa nada. Una noche, durante la cena, dije: «Mamá, ¿te acuerdas del amor secreto que Spock siente hacia Kirk? Bueno, pues yo también». De esa forma le resultó más fácil entenderlo —daba la impresión de que Corny estaba provocando a Kaye para que dijera algo.

—Confío en que no estés esperando alguna clase de reacción por mi parte —dijo Kaye finalmente—, porque lo único que se me ocurre es que ésa es la forma más extraña de salir del armario que he oído en toda mi vida.

El rostro de Corny se relajó. Entonces, Kaye se echó al reír y, al momento, ambos estaban soltando carcajadas, miraban el cómic y se reían aún más.

Para cuando Janet llegó de la escuela, Corny estaba durmiendo y Kaye se encontraba leyendo una enorme pila de cómics eróticos.

—¡Eh! —exclamó Janet, sorprendida al ver el sofá ocupado.

Kaye bostezó y dio un sorbo de una lata de refresco de cereza medio vacía.

—Ah, hola. Estaba pasando el rato con tu hermano y me ocurrió esperar hasta que volvieres de la escuela.

Janet hizo una mueca y arrojó sobre una silla los libros que llevaba en el brazo.

—¡Viendo a lo que te dedicas, hasta la escuela parece divertida! Si vas a darte de baja, podrías al menos... no sé...

—¿Ser una chica mala?

—Eso es. Oye, voy a salir... He quedado con el grupo. ¿Quieres venir?

Kaye se estiró y se puso en pie.

—Claro.

El restaurante Blue Snapper abría las 24 horas, y a los empleados les daba igual la cantidad de tiempo que uno permaneciese sentado en los reservados forrados de espejo o el número de consumiciones que hiciese. Kenny y Doughboy estaban sentados ante una de las mesas, junto a una chica a la que Kaye no conocía. La muchacha tenía el cabello corto y moreno, las uñas rojas, y las cejas muy finas y marcadas con lápiz de ojos. Doughboy vestía una camiseta deportiva de manga corta encima de otra negra de manga larga; los cordones desabrochados de sus botas de montaña asomaban por debajo de la mesa. Se había cortado el cabello desde la última vez que Kaye lo vio; lo llevaba afeitado en los laterales de la cabeza y la nuca. Kenny llevaba puesta su cazadora plateada encima de una camiseta negra y mantenía el mismo aspecto de siempre: desaliñado, atractivo y totalmente inalcanzable.

—Siento haberme largado de repente la otra noche —dijo Kaye, al tiempo que introducía las manos en los bolsillos de sus vaqueros y abrigaba la esperanza de que nadie quisiera hablar del tema.

—¿Qué pasó? —preguntó la chica.

Cuando habló, se escuchó un ligero sonido metálico, y Kaye comprendió que se trataba del *piercing* que llevaba en la lengua; le chocaba contra los dientes.

Doughboy abrió la boca para hacer un comentario, y Kenny lo cortó.

—No tiene importancia —dijo con un movimiento brusco de barbilla—. Vamos, señoritas, tomen asiento.

—Kaye —terció Janet, mientras se sentaba en el reservado junto a la chica de cabello corto—, ésta es Fátima, te hablé de ella en mis mensajes por correo electrónico. Kaye es mi amiga de Filadelfia.

—Sí, claro. Hola.

Kaye se había perdido la fiesta de Fátima dos días atrás y no tenía ni idea de lo que el grupo podía haber comentado una vez que Kaye se hubo marchado corriendo.

Kenny apenas la miraba; pero Doughboy estaba observándola como: ella estuviese a punto de hacer algo extraño o divertido. Kaye se arrepintió de no haberse quedado en la caravana. La situación le resultaba de lo más incómoda.

—Tu madre está en un grupo musical, ¿verdad? —se interesó Fátima.

—Ya no —respondió Kaye.

—¿Es cierto que se acostó con Lou Zampolis? Janet me ha dicho que tu madre solía hacer los coros de Chainsuck.

Kaye hizo una mueca de disgusto. Se preguntaba si todos sus mensajes electrónicos habían sido hechos públicos de esa manera.

—Por desgracia, sí.

—¿Te molesta? Quiero decir, que salga con tus novios y esas movidas.

Kaye arqueó las cejas.

—Yo no salgo con los tíos de las bandas.

Kaye intentó imaginar la opinión que Ellen tendría de Kenny.

Resultaba imposible imaginar que Ellen llegara a conocer a Roiben.

—Tengo una amiga, ¿sabéis? —contó Fátima—. Un tipo la dejó embarazada, y después su madre y su hermana salieron con él. ¿No es la historia perfecta para salir en la tele?

—Hablas de Erin, ¿no? —terció Janet—. Está en rehabilitación.

La camarera se acercó a la mesa. Llevaba un uniforme marrón excesivamente estrecho y una placa de identificación con su nombre:

Rita.

—¿Queréis tomar algo?

—Cualquier cosa baja en calorías —dijo Janet.

—Café —indicó Kaye.

—Yo quiero... patatas fritas con queso, Rita —terció Doughboy.

—Vuelvo en un minuto —respondió la camarera, lanzando una discreta sonrisa a Doughboy por haberla llamado por su nombre.

Kenny se giró para sacar los cigarrillos y un mechero del bolsillo de su cazadora, y Kaye se fijó en el tatuaje que llevaba en la nuca.

Era un diseño étnico de una especie de escarabajo. Se preguntó si Kenny tendría otros tatuajes ocultos bajo la camisa. Seguro que Janet lo sabía.

—¿Alguien quiere? —preguntó, ofreciendo el paquete.

—Yo —respondió Kaye.

—Lo que quieres, lo consigues —replicó Kenny, pasándole un cigarrillo con una sonrisa burlona que hizo que a Kaye le ardiera la cara.

Janet estaba hablando con Fátima sobre el bebé de Erin, sin prestar atención a Kaye y Kenny. Doughboy se encontraba ocupado comiendo las patatas fritas cubiertas de queso y salsa que la camarera le había plantado delante.

—¿Quieres ver un truco? —preguntó Kaye, quien de repente no quiso arrugarse ante el desafío implícito en la voz de Kenny—. Déjame tu encendedor.



Kenny se lo entregó. Era plateado, con un medallón de esmalte que representaba ocho círculos y estaba soldado en la cara delantera.

Kaye había aprendido aquel truco de Liz, cuando su madre formaba parte del grupo Sweet Pussy. Liz se había ofrecido a enseñárselo afirmando que era una buena forma de impresionar a los chicos. Kaye no entendía por qué Liz iba a querer impresionar a nadie, si ya tenía a Sue, pero había decidido aprender el truco, que al menos le había servido para dejar boquiabiertos a los camareros de los bares que frecuentaba.

Colocó el mechero entre los dedos índice y corazón de su mano izquierda; entonces, lo pasó por encima y después por debajo de cada dedo, de manera que el metal centelleaba como un pececillo. Cada vez más deprisa, Kaye fue pasándolo entre los dedos. Entonces, se detuvo en seco; levantó la tapa, y lo encendió, todo ello sin mover la mano derecha de la mesa. Se inclinó hacia delante y, generosamente, ofreció fuego a Kenny.

Si Kaye encontraba la tienda de discos, tendría que contarle a Liz que estaba en lo cierto: los dos chicos se habían quedado impresionados.

La sonrisa ladeada de Kenny invitaba a travesuras.

—¡Qué chulo! —exclamó Doughboy—. ¿Me enseñas a hacerlo?

—Claro —respondió, mientras encendía un cigarrillo y daba una profunda calada de humo amargo.

Kaye le enseñó el truco a Doughboy, realizándolo a cámara lenta para que el muchacho pudiera ver cómo se hacía. Entonces, le pidió que lo intentara.

—Tengo que salir un momento —dijo Kenny, y Kaye y Doughboy se levantaron para dejarlo salir del reservado. Antes de que Kaye volviera a ocupar su asiento, Kenny le dio en el brazo con el codo y señaló los cuartos de baño con un gesto de la cabeza.

—Vuelvo enseguida —le dijo Kaye a Janet, mientras arrojaba su cigarrillo al cenicero—. Voy al baño.

Janet no debía de haber notado nada raro, porque se limitó a asentir con la cabeza.

Kaye siguió a Kenny hasta el corto pasillo que daba a los aseos.

Aunque ella no tenía ni idea de lo que el chico andaba buscando, las mejillas le ardían y notaba un extraño estremecimiento en el estómago.

Cuando llegaron al pasillo, Kenny se volvió hacia ella y se apoyó en la pared.

—¿Qué me has hecho? —preguntó Kenny, y dio una rápida calada a su cigarrillo al tiempo que se frotaba su barba de tres días con el revés de la mano.

Kaye hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Nada. ¿A qué te refieres?

Kenny bajó la voz pero su tono denotaba un ímpetu innegable.

—La otra noche. El caballo. ¿Qué hiciste? —Kenny hizo una pausa y miró hacia otro lado antes de continuar—. No puedo dejar de pensar en ti.

Kaye se quedó estupefacta.

—Yo... en serio... No he hecho nada.

—Venga, haz algo para liberarme —exigió Kenny, frunciendo el ceño.

Kaye intentó desesperadamente encontrar una explicación.

—A veces, cuando sueño despierta... pasan cosas. Yo sólo estaba pensando en montar en aquel caballo. Ni siquiera te oí entrar.

Las mejillas de Kaye se pusieron al rojo vivo cuando recordó la teoría de Sue sobre por qué todas las niñas quieren tener un *pony*.

Kenny clavó la mirada en Kaye con tanta intensidad como en la caseta del tiovivo, y de nuevo se llevó el cigarrillo a los labios.

—Es horrible —espetó Kenny con cierta desesperación—. En serio, no puedo sacarte de mi cabeza. Sólo pienso en ti, el día entero.

Kaye no acertaba a responder a tal confesión.

Kenny avanzó un paso hacia ella casi sin darse cuenta.

—Tienes que hacer algo.

Kaye quiso moverse hacia atrás, pero la pared se lo impidió.

Notaba el frescor de los azulejos en la espalda. El teléfono público que tenía a la derecha no le permitía ver la caja registradora.

—Lo siento —dijo Kaye.

Kenny avanzó un paso más y juntó su pecho con el de ella.

—Te deseo —dijo con urgencia, acercando su cuerpo al de Kaye.

—Estamos en un restaurante —le espetó Kaye, y acto seguido lo agarró por los hombros para mirarlo directamente a la cara. Estaba pálido, con la excepción de un toque rosado en las mejillas. Tenía los ojos vidriosos.

—Quiero dejar de desearte —dijo Kenny, y se dispuso a besarla.

Kaye giró la cabeza de modo que un mechón de cabello se metió en la boca de Kenny, pero a éste no pareció molestarle. Siguió besándola y acariciándola. Kenny estaba como fuera de sí, y ella mantenía las manos clavadas en los hombros de él mientras la indecisión la consumía. Podía apartarlo de un empujón. Es más, debería apartarlo de un empujón... Sin embargo, decidió esperar un poco más y ver qué sucedía.

—Chicos, estaba... ¿Qué está pasando?

Kenny se apartó en cuanto oyó la voz de Janet. Todavía tenía entre los dedos varios cabellos rubios, que brillaban tenuemente como telarañas. Se incorporó.

—No me vengas con ese rollo tuyo de novia celosa.

Los ojos de Janet estaban cuajados de lágrimas.

—¡La estabas besando!

—¡Cálmate!

Kaye salió corriendo hacia el baño, se encerró en uno de los retretes y se desplomó sobre el suelo mugriento.

El corazón le latía tan deprisa que creyó que se le iba a salir del pecho. Aunque apenas había espacio para moverse, Kaye deseaba echar a andar. Quería hacer algo

que ofreciera respuestas a su mente confusa. La magia, si es que tal cosa existía, no debería manifestarse de aquella forma. No era justo que Kaye hechizara a una persona a la que apenas conocía sin ni siquiera decidirlo por sí misma.

Lo peor era el placer, que la invitaba a pasar por alto el sentimiento de culpabilidad y la hacía reparar en la hermosa realidad:

Kenny no podía dejar de pensar en ella, la estrafalaria Kaye. Sería fácil dejarse seducir por Kenny. Era guapa, interesante y la deseaba.

No era inalcanzable como un duende guerrero. Kenny era alguien a quien Kaye sí podía conseguir.

Respiró profundamente y abrió la puerta. Se acercó a los lavabos y se echó agua en la cara. Levantó los ojos y al mirar su reflejo en el espejo, vio una camiseta con propaganda de Chow Fat, de color rojo desvaído y salpicada de oscuras gotas de agua; el maquillaje de los ojos, emborronado: el pelo rubio, que le caía en mechones enredados.

Al girarse, algo llamó su atención. Acercándose al espejo, se miró otra vez la cara, más de cerca. No, tenía el mismo aspecto de siempre. Kaye hizo un gesto de negación con la cabeza y se dirigió a la puerta. Por un momento le había parecido que la cara reflejada en el espejo era de color verde.

Cuando regresó a la mesa, habían traído más cafés, y dio un sorbo al que estaba colocado frente a su asiento. El cigarrillo se había consumido en el cenicero de cristal. Doughboy hablaba a Kenny del coche que estaba arreglando últimamente, y Janet fulminaba a Kaye con la mirada.

—Con permiso, Kaye —dijo una voz que le resultó familiar y extraña a la vez.

Por un momento, se quedó paralizada. Su mente le gritaba que era imposible. Iba contra las reglas. Nunca actuaban así. Una cosa era creer en las hadas; otra muy diferente, que no te dieran elección.

Si los seres fantásticos podían irrumpir en tu vida cotidiana, entonces pasaban a formar parte de ella. Kaye ya nunca lograría separar la fantasía de la realidad.

Pero era cierto, Roiben estaba de pie junto al reservado. Bajo las luces fluorescentes, su cabello, recogido en una coleta, se veía tan blanco como la sal. Llevaba un abrigo negro de paño que ocultaba el resto de sus ropas y le llegaba hasta las botas de cuero, de última moda. Su rostro estaba tan pálido que parecía carente de todo color, como una foto en blanco y negro.

—¿Quién es este tío con pinta de gótico?

—Robin, creo que se llama —respondió Janet con voz taciturna.

Roiben arqueó una ceja al oír el comentario; pero continuó:

—¿Puedo hablar contigo un momento?

Kaye sólo acertó a asentir con la cabeza. Se levantó y caminando junto a Roiben, se dirigió a una mesa vacía. Ninguno de los dos se sentó.

—He venido a traerte esto.

Roiben se metió la mano en el abrigo y sacó un bulto de tela negra de un bolsillo

oculto. Entonces, esbozó una sonrisa, la misma que Kaye recordaba de la noche del bosque, aquella sonrisa que era sólo para ella.

—Es tu blusa, de regreso del mundo de los muertos.

—Como tú —replicó Kaye.

Roiben hizo un leve gesto con la cabeza.

—Así es.

—Mis amigos me han dicho que no hable contigo.

Kaye no imaginaba que iba a hacer tal comentario hasta que las palabras salieron de su boca. Eran como espinas que le caían de la lengua.

Roiben bajó la mirada y respiró hondo.

—¿Tus amigos? ¿No estarás hablando de esos amigos? —los ojos de Roiben se dirigieron al reservado, y Kaye negó con la cabeza.

—Spike y Lutie —respondió.

Los ojos de Roiben se oscurecieron cuando la volvió a mirar; la sonrisa se había esfumado de sus labios.

—Maté a un amigo tuyo. Tal vez tuyo, también.

Alrededor de Kaye la gente comía, reía y hablaba; pero aquellos sonidos cotidianos parecían estar tan lejos y fuera de lugar como la risa enlatada.

—Mataste a Gristle.

Roiben asintió.

Kaye lo miró fijamente, como esperando que las cosas pudieran barajarse de nuevo, y así cobrar sentido.

—¿Cómo? ¿Por qué? ¿Por qué me lo cuentas?

Roiben no la miró a los ojos al responder.

—¿Existe alguna excusa que yo pudiera ofrecerte para mejorar la situación? ¿Alguna explicación que pudieras encontrar aceptable?

—¿Es ésa tu respuesta? ¿Es que ni siquiera te importa?

—Ya tienes la blusa. Ya he cumplido con lo que vine a hacer.

Kaye lo agarró por el brazo y se giró para mirarlo cara a cara.

—Me debes tres respuestas.

Roiben se puso tenso, pero su rostro permaneció inexpresivo.

—Muy bien.

La ira invadió a Kaye, así como un sentimiento de amargura e indefensión.

—¿Por qué mataste a Gristle?

—Mi señora me lo ordenó. Mi juramento de obediencia me permite poca elección.

Roiben se metió los largos dedos en los bolsillos del abrigo.

Hablaba de forma distendida, como si sus propias respuestas lo aburriesen.

—De acuerdo —dijo Kaye—. De modo que si tu señora te pidiera que te tirases desde un puente...

—Exacto —no había trazo de ironía en su tono—. ¿Debo considerar que se trata

de tu segunda pregunta?

Kaye se detuvo y respiró hondamente. Las mejillas le ardían. La furia que sentía la hacía temblar.

—¿Por qué no...? —comenzó a decir, y al instante se paró. Tenía que pensar. La rabia la estaba haciendo actuar de forma precipitada y estúpida. Le quedaba una pregunta, y estaba decidida a utilizarla para enfurecer a Roiben, aunque no sirviera de nada más. Se acordó de la nota que le había llegado en el interior de la bellota y del recado de sus amigos.

—¿Cuál es tu nombre completo?

Kaye no sabía a ciencia cierta lo que había hecho. Sólo era consciente de que estaba obligando a Roiben a hacer algo que él no deseaba, y con eso le bastaba.

Los ojos de Roiben se nublaron por la furia que sentía.

—Rath Roiben Rye. Espero que el nombre sea de tu agrado.

Los ojos de Kaye se encogieron.

—Bonito nombre.

—Eres demasiado lista. Demasiado lista para tu conciencia, creo yo.

—Bésame el culo, Rath Roiben Rye.

Entonces, inesperadamente, Roiben agarró a Kaye el brazo antes de que ésta pudiera reaccionar. La empujó con fuerza hacia delante e hizo exactamente lo que Kaye le acababa de decir.

El tiempo pareció avanzar a cámara lenta mientras Kaye resbalaba por el suelo. Roiben se puso en pie de un salto y los comensales, estupefactos, se quedaron mirando fijamente la escena.

Kenny intentaba salir del reservado.

Roiben se mantuvo de pie por encima de Kaye y habló con voz monocorde.

—Tal es la naturaleza de la servidumbre, Kaye. El siervo sigue literalmente las órdenes que recibe, no es un ser inteligente. Ten cuidado con lo que dices.

—¿Quién te crees que eres? —le espetó Kenny, que ya estaba junto a ellos, y se agachó para ayudar a Kaye a levantarse.

—Pregúntale a ella —sugirió Roiben, señalando a Kaye con la barbilla—. Ahora sabe exactamente quién soy —se dio la vuelta, y salió del bar.

Los ojos de Kaye se inundaron de lágrimas.

—Venga —dijo Fátima, aunque Kaye apenas prestaba atención—. Llévemola fuera. Sólo las chicas.

Fátima y Janet condujeron a Kaye al exterior, y se sentaron sobre el capó de uno de los coches aparcados. Mientras tomaba asiento, Kaye albergó la esperanza de que el coche perteneciera a alguno de sus amigos, y acto seguido se secó las mejillas. Ya había dejado de llorar. Las lágrimas habían brotado por el susto que se había llevado, más que por cualquier otra cosa.

Fátima encendió un cigarrillo y se lo pasó a Kaye. Ésta dio una calada profunda, pero tenía la garganta irritada y el humo la hizo toser.

—Una vez tuve un novio así. Me pegaba —dijo Fátima, quien se sentó junto a Kaye y le dio unas palmaditas en la espalda.

—A lo mejor te vio con Kenny —terció Janet, sin mirar a Kaye.

Estaba reclinada contra un faro, mirando fijamente hacia la base militar situada frente al restaurante, al otro lado de la carretera.

—Lo siento —dijo Kaye, compungida.

—Dale un respiro —intervino Fátima—. Tú me hiciste lo mismo una vez.

Entonces, Janet se volvió para mirar a Kaye.

—No vas a conseguirlo, ¿sabes? Puede que le atraigas, pero nunca te elegiría como novia.

Kaye se limitó a asentir con un gesto, y se llevó el cigarrillo a la boca con manos temblorosas. Habría sido una buena idea, resolvió, haber jurado mantenerse apartada de los chicos; de todos ellos.

—¿Va a perseguirte ese tal Robin? —preguntó Fátima.

Kaye casi sintió deseos de reír ante la preocupación de Fátima. Si Robin quisiera perseguirla, nadie se lo podría impedir. Se movería tan rápidamente que Kaye apenas podría verlo. Había sido una completa estúpida al no sentir miedo de él.

—No creo —dijo Kaye finalmente.

Kenny y Doughboy salieron del restaurante y, uno detrás del otro, se acercaron a las chicas con andares un tanto altaneros.

—¿Va todo bien? —preguntó Kenny.

—Sólo un par de cardenales —replicó Kaye—. No gran cosa.

—¡Joder! —exclamó Doughboy—. Entre la otra noche y ésta, vas a resultar demasiado extraña como para salir por ahí con nosotros.

Kaye intentó esbozar una sonrisa, pero no pudo evitar preguntarse hasta qué punto las palabras de Doughboy tendrían doble intención.

—¿Quieres que te lleve a casa en coche? —preguntó Kenny.

Kaye levantó la mirada y, cuando estaba a punto de aceptar, Fátima interrumpió:

—¿Por qué no llevas a Janet a casa? Yo llevaré a Dough y a Kaye.

Kenny bajó los ojos, clavó la mirada en sus gastadas botas Doc Martens y suspiro.

—De acuerdo.

Fátima apenas habló durante el viaje, cosa que Kaye agradeció.

La radio estaba puesta y ella, sentada en el asiento del copiloto, simulaba escuchar. La chica paró el coche frente a la casa y apagó los faros.

—No sé qué hay entre Kenny y tú —empezó a decir Fátima.

—Yo, tampoco —respondió Kaye con una risa ahogada.

Fátima sonrió, y se mordió una de sus uñas perfectamente pintadas.

—Oye, no sé nada sobre Robin y tú, pero si estás buscando un modo de cabrear a tu novio, no sigas por ese camino. Janet está enamorada de Kenny, ¿sabes? Lo adora.

Kaye salió del coche.

—Gracias por traerme.

—De nada —Fátima volvió a encender los faros.

Tras cerrar de un golpe la puerta del Honda azul, Kaye se dirigió a la casa. Cuando entró en la cocina, su madre estaba al teléfono, sentada sobre la mesa, con un cuaderno de notas frente a ella. Al ver a Kaye, señaló el fogón con un gesto. Sobre un quemador había una cazuela con espaguetis y salchichas. Kaye agarró un tenedor y empezó a comer los espaguetis fríos.

—¿De modo que a lo mejor puedes conseguir a Charlotte? —dijo su madre al auricular mientras garabateaba nombres de grupos musicales en el cuaderno.

—De acuerdo, llámame cuando sepas algo. Claro que sí. Adiós, preciosa.

Ellen colgó el teléfono, y Kaye la miró con expectación. Su madre sonrió y dio un sorbo de una taza que había sobre la mesa.

—¡Nos vamos a Nueva York!

Kaye se quedó mirándola.

—¿Qué?

—Bueno, todavía no es definitivo, pero Rhonda me ha pedido que forme parte de Meow Factory, su nueva banda, y cree que puede conseguir a Charlotte Charlie. Le he dicho que si la consiguen me apunto. En Nueva York hay muchos más sitios donde actuar.

—No quiero mudarme —replicó Kaye.

Podemos alojarnos con Rhonda hasta que encontremos un sitio donde vivir. Te encantará Nueva York.

—Lo que me encanta es vivir aquí.

—No podemos seguir toda la vida en casa de mi madre —dijo Ellen—. Además, también a ti te hace la vida imposible.

—Hoy he solicitado un empleo. La abuela estará mucho más contenta cuando traiga dinero a casa. Tú podrías unirse a una banda de por aquí.

—Nada es definitivo —sentenció Ellen—, pero más vale que te hagas a la idea de Nueva York, tesoro. Si quisiera quedarme en Jersey, ya lo habría hecho hace años.

Cien estuches de cerillas, procedentes de cien bares en los que su madre había actuado por una noche o de restaurantes en los que habían comido, o de hombres con los que habían vivido. Cien estuches de cerillas, todos ellos en llamas.

Kaye también estaba en llamas, de una manera tan intensa que apenas acertaba a comprender. La adrenalina le convertía los dedos en hielo, y el calor penetraba hacia adentro y le llegaba a la cabeza.

La cólera, unida a un extraño sentimiento de incertidumbre, le corría por las venas.

Paseó la mirada por la habitación en penumbra, iluminada tan sólo por una parpadeante luz naranja. Los ojos de cristal de las muñecas bailaban al ritmo de las llamas. Los ratones estaban hechos un ovillo en una esquina de la jaula. Kaye aspiró el penetrante olor del azufre cuando prendió fuego a otro estuche de cerillas. Observó

cómo la llama recorría las blancas hileras de las cabezas de los fósforos y cómo el fuego prendía la cubierta de cartón. Giró el estuche en las y contempló cómo ardía.





## CAPÍTULO CINCO



Me comí la mitología y empecé a soñar.

Yusef Komunyakaa  
*Blackberries.*

Unos golpecitos en la ventana despertaron a Kaye. En la habitación reinaba la oscuridad, y toda la casa estaba sumida en el silencio.

Algo se asomaba desde el exterior y la miraba. Dos diminutos ojos negros parpadearon bajo unas tupidas cejas, mientras que unas orejas puntiagudas se elevaban a ambos lados de una cabeza desnuda.

—¿Spike? —susurró Kaye.

Al levantarse del colchón situado en el suelo, donde había estado durmiendo, la colcha se le enredó entre las piernas.

Spike dio otro golpe en el cristal, frunciendo el entrecejo. Era más pequeño de lo que Kaye recordaba, y por toda vestimenta llevaba una fina corteza que le cubría la cintura y parte de las piernas. De cada uno de sus codos se proyectaba una punta con forma de espina.

Detrás de él se percibía la delgada silueta de Lutie-loo, que brillaba en contraste con el tejado oscuro. Sus alas eran translúcidas, casi invisibles.

Kaye intentó abrir la ventana; tuvo que dar varios empujones para separarla del viejo e hinchado alféizar. Dos polillas blancas se colaron en la habitación.

—¡Spike! —exclamó Kaye—. ¡Lutie! ¿Dónde habéis estado? Regresé hace mucho tiempo. Os dejaba leche junto a la puerta, pero creo que uno de los gatos se la bebía.

Para mirarla, el hombrecito ladeó la cabeza como una golondrina.

—La Bruja de la Zarza está esperando —dijo Spike—. Date prisa.

Su tono de voz era extraño y apremiante, y denotaba una insólita hostilidad. Spike nunca le había hablado aquella manera. No obstante, Kaye obedeció sin rechistar posiblemente por lo familiar de la situación: la misma habitación, los mismos amigos diminutos que venían a buscarla en mitad de la noche para llevarla a atrapar luciérnagas o recoger cerezas amargas. Se enfundó un jersey color negro encima del anticuado camisón blanco que su abuela le había prestado y, acto seguido, se calzó las botas a toda velocidad. Recorrió la habitación con la mirada, buscando su abrigo, pero en la oscuridad no logró distinguirlo entre las pilas de ropa. Abandonó la idea, el jersey sería suficiente.

Kaye salió por la ventana, y se plantó en el tejado.

—¿Por qué quiere verme la bruja?

Kaye siempre había considerado a la Bruja de la Zarza como una especie de tía

abuela gruñona, alguien que detesta jugar y con quien uno puede meterse en problemas.

—Tiene algo que decirte.

—¿No me lo podéis decir vosotros? —preguntó Kaye y se sentó en el borde del tejado mientras Spike corría hacia ella con pasos diminutos y Lutie llegaba volando con sus alas iridiscentes.

—Vamos —ordenó Spike.

Kaye se dejó caer desde el alero. Aterrizó de pie, ágil como un gato, y las ramas secas de un rododendro le arañaron las piernas.

Mientras corrían en dirección a la calle, Lutie-loo hacía piruetas en el aire alrededor de Kaye y le murmuraba al oído:

—Te he echado de menos. Te he echado de menos.

—Por aquí —indicó Spike innecesariamente, pues Kaye conocía bien el camino.

—Yo también os he añorado —dijo Kaye a Lutie, al tiempo que alargaba la mano y acariciaba su diminuto cuerpo. Al tacto, Lutie resultaba tan resbaladiza como el agua, tan suave como el humo.

El Pantano de Cristal, llamado así por la abundancia de botellas rotas que ahogaban el pequeño riachuelo, discurría por debajo de la carretera, a casi un kilómetro de la calle. A medida que descendían por la inclinada orilla, las botas de Kaye resbalaban sobre el barro.

Encima de las rocas se veían botellas de cerveza, algunas hechas añicos. Los pequeños remolinos del agua centelleaban con tonos multicolores, y recordaban las vidrieras de una iglesia.

—¿Qué está pasando? ¿Qué ocurre? —preguntó Kaye a Spike con un hilo de voz.

Sin duda, algo malo sucedía. Spike avanzaba a toda prisa, como si no fuera capaz de mirarla cara a cara. Tal vez Kaye ya era demasiado mayor, acaso ya no resultaba divertida.

Spike no respondió.

Lutie llegó hasta Kaye volando a toda velocidad, con su cabello albino ondeando al aire.

—Tenemos que darnos prisa. No te preocupes. Son buenas noticias. Buenas noticias.

—¡Silencio! —ordenó Spike.

Según se aproximaban al borde del agua, la densa vegetación que crecía junto al riachuelo obligó a Kaye a disminuir el paso. Una vez en la orilla, la muchacha avanzaba con dificultad, pues la oscuridad no le permitía averiguar si al dar el paso siguiente metería la bota en el agua gélida. Caminaron en silencio mientras Kaye intentaba vislumbrar el trayecto bajo el débil resplandor que emitía Lutie.

Un destello blanco captó la atención de la chica: se trataba de cáscaras de huevo que flotaban en el estrecho arroyo.

Se detuvo a observar la pequeña flota. Algunas eran pequeñas y moteadas; otras,

de un blanco reluciente, como los huevos que venden en los supermercados. En una de ellas correteaba, inquieta, una araña; parecía un comandante reacio a cumplir su misión. Dentro de otro de los blancos navíos, un alfiler negro se alzaba como un mástil mientras la cáscara giraba sin cesar.

Kaye escuchó una risita ahogada.

—Es mucho lo que puede adivinarse con una cáscara de huevo —sentenció la Bruja de la Zarza.

Sus grandes ojos negros miraban fijamente a través de la maraña de hojarasca y brezo que le cubría la cabeza a modo de cabello.

Permanecía sentada en la otra orilla del arroyo, y su oronda figura estaba envuelta en múltiples capas de paño de tonos pardos.

—Nos han llegado a acusar —continuó la Bruja Zarza— por nuestras pociones de cáscara de huevo. Cierto es que el orgullo convierte en necio incluso a quien goza de mayor sabiduría.

Kaye siempre había sentido cierto temor de la bruja pero en esta ocasión la invadió un sentimiento de alivio. Los ojos de la Bruja de la Zarza eran bondadosos, y su voz un tanto chillona resultaba agradablemente familiar. Era totalmente distinta a Roiben y su caballo de las aguas.

—Hola —dijo Kaye, sin saber muy bien cómo dirigirse a la anciana. Cuando Kaye era niña, casi todas las conversaciones que había tenido con la bruja giraban en torno a una astilla clavada en un dedo o una rodilla lastimada, o acaso una disculpa por haber arrastrado a uno de sus amigos a tierras de los humanos para hacer travesuras—. Spike me ha dicho que tienes algo que decirme.

La Bruja de la Zarza clavó la mirada en Kaye durante un buen rato, como si estuviera calculando la altura de la muchacha.

—El huevo encierra tantas cosas... Es vida, es alimento, es la respuesta a un centenar de enigmas. Mira la cáscara. En sus paredes están escritos los secretos. Es en las entrañas de las cosas, en los deshechos, donde los secretos habitan.

La bruja clavó un alfiler a ambos lados de un minúsculo huevo de color azul y se lo llevó a los labios. Sus mejillas se hincharon al acumular aire y, entonces, un chorro denso y viscoso fue cayendo en un cuenco de cobre que se había colocado en el regazo.

Kaye volvió la mirada hacia las cáscaras de huevo, que aún flotaban corriente abajo. No entendía nada. ¿Qué secretos custodiaban? ¿Qué otra cosa había en ellas, además de una araña y un alfiler?

La bruja dio unos golpecitos con la mano sobre la tierra húmeda de la orilla.

—¿Quieres ver lo que yo veo, Kaye? Siéntate a mi lado.

Kaye cruzó el riachuelo de un salto.

Un ser diminuto, enfundado en una pelliza de piel de topo, subió arrastrándose hasta el regazo de la bruja, y miró con curiosidad el interior del cuenco.

—Érase una vez dos comunidades, la Corte Luminosa y la Corte Oscura; los seres

del aire y los de la tierra. Se enfrentaron en combate cual serpiente que devora su propia cola; pero nosotros nos mantuvimos alejados de sus reyertas, nos guarecimos en arboledas ocultas y arroyos subterráneos. Ellos nos olvidaron. Ahora ambas cortes han declarado una tregua, y han caído en la cuenta de que los gobernantes han de contar con súbditos. Tal es el hábito de servidumbre que existe entre nosotros —la Bruja de la Zarza acarició distraídamente la pelliza de la pequeña hada—. Han recuperado la práctica de El Tributo: el sacrificio de un mortal hermoso e inteligente.

La Corte Luminosa podría apoderarse de un poeta y llevarlo a sus tierras; pero la Corte Oscura exige sangre. A cambio, aquellos que habitan el territorio oscuro deben comprometerse a servir a la Corte.

La servidumbre que imponen es dura, Kaye, como crueles son las diversiones de los dirigentes. Y ahora, tú has llamado Su atención.

—¿Por culpa de Roiben?

—¡Oh! Eso es, Kaye, ¡menciona su nombre otra vez! —exclamó Spike, furioso—. Ya de paso, ¿por qué no invitamos a toda la Corte Oscura a tomar el té de la tarde?

—Calla —intervino, conciliadora, la bruja.

Spike golpeó el pie contra el suelo y apartó la mirada.

—Ni siquiera debes pronunciar su nombre —advirtió la bruja a Kaye. La Corte Oscura es terrible; terrible y peligrosa. Y ninguno de sus caballeros es tan temido como aquél con quien hablaste. Cuando se declaró la tregua, ambas reinas intercambiaron sus mejores guerreros.

Él fue la ofrenda de la Corte Luminosa. La Reina Oscura le adjudica las más infames misiones.

—Es tan impredecible que ni siquiera su reina puede confiar en él.

Puede ser amable contigo, o bien acabar con tu vida —terció Spike—.

Mató a Gristle.

—Lo sé —replicó Kaye—. Me lo dijo.

Sorprendido, Spike dirigió la mirada a la Bruja de la Zarza.

—¡No doy crédito a lo que oigo! ¿Qué perverso homenaje a la amistad es éste?

—¿Cómo...? ¿Cómo lo hizo? —preguntó Kaye temiendo la respuesta, pero al mismo tiempo sintiendo la necesidad de conocerla—. ¿Cómo murió Gristle?

Lutie se acercó a ellos y, batiendo las alas en el aire, se paró frente a Kaye. Su diminuto rostro denotaba consternación.

—Gristle estaba conmigo. Fuimos a la Colina del Hadas. Allí había licor de prímula, y Gristle quería que ayudara a robar una botella. Él tenía la intención de intercambiarla con un elfo amigo suyo por unas botas; eran preciosas. Logramos entrar sin ningún problema. Hay un parche de hierba marrón, que es la puerta. Recogimos la botella, fue como coser y cantar, y nos dispusimos a iniciar el camino de vuelta. Entonces, vimos los pasteles.

—¿Pasteles? —Kaye estaba perpleja.

—Deliciosos pasteles blancos elaborados con miel, colocados sobre un plato para quien quisiera probarlos. «Come uno y te volverás más sabio», ya sabes.

—Me parece que no es exactamente así —apuntó Kaye.

—Claro que sí —la contradujo Lutie-loo—. ¿De qué otra forma podría ser?

Dispuesta a proseguir, la pequeña hada asió una ramita y permaneció colgada del arbusto mientras hablaba:

—Gristle engulló cinco pasteles antes de que lo descubrieran.

Kaye no quiso señalar que si aquellos pasteles hubieran vuelto más sabio a Gristle, se le habría ocurrido parar después de comerse el primero. Este hecho no atenuaba lo espantoso de la muerte de su amigo.

—Lo más probable es que lo hubieran dejado marchar —prosiguió Lutie—, pero «ella» necesitaba un zorro para su cacería. Ya que Gristle había robado los pasteles, ella dijo que era el zorro perfecto. ¡Oh, Kaye! Fue horrible... Tenían perros y caballos, y persiguieron a Gristle hasta darle muerte. Roiben fue quien lo alcanzó.

—¿Qué os pasa, estúpidas? ¿Es que no vais a dejar de pronunciar su nombre? —gruñó Spike.

Kaye hizo un gesto de negación con la cabeza. ¿Acaso Roiben mató a Gristle por pura diversión? ¿Y todo porque había robado unos pasteles? ¡Y pensar que ella misma había ayudado a aquel desgraciado! El vello se le erizaba al recordar la familiaridad con la que había conversado con Roiben, la opinión que se había formado de él. Kaye se preguntó qué podría hacer exactamente con el nombre que ahora conocía, qué clase de venganza podía llevar a cabo.

La Bruja de la Zarza sujetó en alto un pequeño huevo.

—Ven, Kaye. Sopla hasta que salga el contenido por el agujero, y después abre la cáscara. Hay un secreto para ti.

Kaye tomó en sus manos el huevo azul. Era tan ligero que temía romperlo tan sólo con la presión de sus dedos.

Kaye se arrodilló frente al cuenco de la bruja y sopló ligeramente por el agujero, perforado con un alfiler. Un torrente viscoso de albúmina y yema se deslizó por un agujero equivalente y cayó en el interior del cuenco.

—Ahora, rompe la cáscara.

Kaye presionó con el pulgar la cáscara del huevo, y ésta se desmoronó al instante. Los fragmentos permanecieron unidos por una fina membrana.

Spike y Lutie parecían sorprendidos, pero la bruja se limitó a asentir con la cabeza.

—Lo he hecho mal —dijo Kaye, y arrojó los restos al arroyo. A diferencia de las pequeñas embarcaciones, su cara parecía un puñado de confeti arrojado sobre el agua.

—Déjame contarte otro secreto, niña, ya que éste te rehúsa. Si te paras a pensar, sin duda admitirás que existe algo raro en ti. Es una rareza que no sólo atañe a tu forma de ser, sino también a algo más.

Tu olor, tu rastro, pone en guardia a los humanos, los hace desconfiar y los atrae

al mismo tiempo.

Kaye negó con la cabeza, sin acertar a vislumbrar que vendría a continuación.

—Cuéntale un secreto diferente —le advirtió Spike—. Con éste sólo conseguirás poner las cosas más difíciles.

—Eres de los nuestros —anunció la bruja, con ojos centelleantes como gemas.

—¿Cómo? —balbuceó Kaye.

Había escuchado las palabras, había comprendido el mensaje; pero intentaba ganar tiempo para que el cerebro le empezase a funcionar de nuevo. Tenía la impresión de que el aire no le llegaba a los pulmones. Existían niveles diferentes de irrealidad. Cada vez que Kaye consideraba que se encontraba en el estadio más bajo, la tierra parecía abrirse para volverse a cerrarse por encima de su cabeza.

—Las chicas mortales son lentas y torpes —dijo Lutie—. Ya no tienes que disimular más.

Kaye seguía negando con la cabeza; pero sabía que lo que había escuchado era cierto. El insólito descubrimiento desequilibraba y volvía a equilibrar su mundo de una forma tan perfecta que Kaye se extrañaba de no haberse percatado con anterioridad. Después de todo, ¿por qué razón era la única persona a la que las hadas visitaban? ¿Por qué sólo ella contaba con poderes mágicos que escapaban a su control?

—¿Por qué no me lo dijisteis? —recriminó Kaye.

—Demasiado arriesgado —replicó Spike.

—Entonces, ¿por qué me lo decís ahora?

—Porque tú serás la elegida para El Tributo —la Bruja de la Zarza cruzó sus largos brazos con serenidad—. Y porque tienes derecho a conocer la verdad.

Spike dio un bufido.

—¿Cómo? Pero antes me has dicho que yo no... —Kaye se detuvo.

Ni un solo comentario inteligente había salido de su boca en toda la noche, y dudaba que tal circunstancia fuera a cambiar.

—Ellos creen que eres humana —dijo Spike—. Y eso nos beneficia.

—Unas hadas lunáticas quieren matarme... ¿y tú piensas que es algo bueno? Oye, ¿creía que éramos amigos!

Spike ni siquiera tuvo la deferencia de sonreír ante la broma.

Estaba totalmente sumido en la maquinación de sus planes.

—Hay un caballero de la Corte Luminosa que puede despojarte del hechizo que oculta tu auténtica apariencia. Llegado el momento, dará la impresión de que la Reina Luminosa se dispone a sacrificar a uno de los nuestros. Muchos la creerían capaz de semejante extravagancia —Spike hizo una pausa y respiró hondo—. Entonces, El Tributo quedaría anulado, y nosotros gozaríamos de siete años de libertad. Por eso necesitamos tu ayuda.

Kaye se mordisqueó el labio superior en un ademán de concentración.

—En este momento estoy completamente aturdida. Lo sabéis, ¿verdad?

—Si nos ayudas, ¡seremos libres! —exclamó Lutie—. ¡Libres durante siete años!

—Veamos, ¿qué diferencia hay entre la Corte Luminosa y la Corte Oscura?

—Existen muchas, muchísimas comunidades, tanto luminosas como oscuras; pero casi siempre las cortes oscuras son peores —explicó Spike—. También es cierto que a los nobles de todas las comunidades les gusta ostentar poder sobre los plebeyos y sobre las hadas solitarias, como nosotros. Al no estar ligados a ninguna de las cortes nos encontramos a merced de quien gobierne las tierras que habitamos.

—Entonces, ¿por qué no abandonáis estas tierras?

—Algunos de los nuestros no pueden hacerlo, los duendes árbol, por ejemplo. Y en cuanto a los demás, ¿adónde iríamos? Otra corte diferente podría ser peor que ésta. —¿Por qué la libertad de las hadas solitarias depende un sacrificio humano?

—Hay quien lo hace por la sangre; otros, por protección. El sacrificio humano es una muestra de poder. Un poder que podría forzar nuestra obediencia. —¿Y no pueden volver a someteros por la fuerza?

—No. Tienen que obedecer el acuerdo al igual nosotros. Están obligados por las limitaciones que El Tributo impone. Como te he dicho antes, si el sacrificio es anulado quedamos en libertad durante siete años. Nadie podrá ejercer el mando sobre nosotros.

—Bueno, sabéis que voy a ayudaros. Os ayudaría a cualquier cosa que me pidiereis.

La amplia sonrisa que iluminó el rostro de Spike hizo que Kaye olvidara de inmediato la preocupación por la anterior brusquedad de su amigo. Lo más probable es que Spike estuviese intranquilo por si ella se negaba a ayudarlos. Lutie comenzó a revolotear alegremente alrededor del Kaye, levantando mechones del pelo de la muchacha.

Los enredaba, o acaso hacía trenzas con ellos.

Kaye respiró hondamente y, haciendo caso omiso a las atenciones de Lutie, se giró hacia la Bruja de la Zarza.

—¿Cómo es posible? Si soy un hada como vosotros ¿cómo es que vivo con mí... con Ellen?

La bruja clavó los ojos en el río y siguió con la mirada las naves de cáscara de huevo.

—¿Has oído hablar de los recién nacidos que intercambiados por otros? Desde tiempo inmemorial, robamos niños y dejamos en su lugar un sustituto de las hadas. Puede tratarse de un ser fantástico a punto de morir, o incluso uno fabricado de madera; pero, gracias a un hechizo, aparenta ser una copia exacta del niño robado. Normalmente no dejamos uno de los nuestros, pero, cuando lo hacemos, la naturaleza mágica del niño resulta más difícil de ocultar con el paso del tiempo. Al final, todos regresan a las tierras de las hadas.

—Pero ¿por qué yo? ¿Por qué me abandonasteis a mí?

Spike negó con la cabeza.



—No conocemos la respuesta, al igual que ignoramos por qué nos encomendaron que te vigilásemos.

A Kaye le abrumaba la idea de que hubiese otra Kaye Fierch, la auténtica Kaye Fierch, en algún lugar del país de las hadas.

—Habéis mencionado un hechizo que oculta mi verdadera apariencia. ¿Acaso este aspecto no me pertenece?

—Se trata de un hechizo muy potente. Alguien debió de emplearse a fondo para que no desapareciera —Spike asintió con la cabeza.

—¿Cómo soy en realidad?

—Bueno, eres un *pixie*, un espíritu travieso, si es que la información te sirve de algo —Spike se rascó la cabeza—. Por lo general, sois duendes de color verde.

Kaye cerró los ojos con fuerza y movió la cabeza de un lado para otro.

—¿Cómo puedo verme?

—No te lo recomiendo —replicó Spike—. Una vez que te despojes del hechizo, nadie podrá devolverte con exactitud tu aspecto actual. Más vale que esperes hasta Samhain, que es cuando El Tributo se lleva a cabo. Alguien podría descubrir lo que eres en realidad si empiezas a cambiar de apariencia.

—Muy pronto el aspecto que hoy tienes desaparecerá. Para siempre, y ya no tendrás que simular que eres humana si tú no quieres —añadió Lutie con voz cantarina.

—Si el hechizo que pesa sobre mí es tan potente, ¿cómo averiguasteis mi verdadera identidad?

La Bruja de la Zarza sonrió.

—El hechizo es una mera ilusión; pero a veces, si se utiliza con destreza, resulta ser algo más que un simple disfraz. Bolsillos imaginarios pueden contener dulces deliciosos; un paraguas ficticio puede proteger de la lluvia; el oro mágico puede seguir siendo oro, al menos hasta que las manos del mago se aparten de las monedas.

Kaye, la magia que te envuelve es la más poderosa que jamás he visto. Te protege incluso del contacto con el hierro, que quema la carne de las hadas. Sé que eres un espíritu travieso porque te conocí cuando eras muy pequeña; entonces habitábamos las tierras luminosas. La mismísima Reina nos pidió que cuidáramos de ti.

—¿Por qué?

—¿Quién acierta a comprender los caprichos de las reinas?

—¿Qué sucedería si yo quisiera despojarme del hechizo? —insistió Kaye.

La bruja avanzó un paso hacia Kaye.

—Existen muchos métodos para librarse de la magia de las hadas: el trébol de cuatro hojas, el fruto rojo del cerval, las piedras con agujeros naturales. La decisión está en tus manos.

Kaye respiró profundamente. Necesitaba pensar.

—Me vuelvo a la cama.

—Una cosa más —dijo la bruja mientras Kaye se levantaba de la orilla y se

sacudía el polvo de los muslos—. Presta atención a la advertencia de tu cáscara de huevo destrozada: dondequiera que vayas, el caos y la discordia te seguirán. —¿Qué significan tus palabras?

La bruja esbozó una sonrisa.

—El tiempo lo dirá. Siempre lo hace.

Kaye permanecía de pie sobre el césped de la casa su abuela.

Reinaba la oscuridad, con la excepción de la Luna plateada, una Luna que esa noche se mostraba inerte; tanto que tenía el aspecto de una fría roca que irradiaba una pálida luz. Eran los árboles desnudos los que parecían haber cobrado vida. Sus ramas retorcidas se asemejaban a flechas capaces de perforar el corazón.

No se encontraba con fuerzas para entrar en casa. Se sentó sobre la hierba, húmeda por el rocío, y empezó a arrancar pequeñas briznas que arrojaba al aire al tiempo que sentía un ligero remordimiento por su actitud. Quizá un duende saldría de repente de un árbol y la regañaría por someter a la vegetación a semejante tortura.

Un *pixie*. La palabra evocaba travesuras. Kaye no pudo evitar que una sonrisa se perfilara en sus labios al pensar que era un ser mágico, tal vez con alas, como Lutie; o acaso con manos amigas de lo ajeno, como Gristle.

Instantes después, Kaye se acordó de Ellen, y su estómago se encogió. Su madre, a quien tantas veces había sujetado la frente mientras vomitaba; quien trasladaba a Kaye de apartamento en apartamento y de bar en bar, en busca de algún sueño remoto. Su madre, que una vez rompió uno de los discos favoritos de Kaye porque «no podía soportar a esa cantante sin talento»; su madre, quien nunca había considerado a Kaye como un ser extraño, quien siempre la había animado a pensar por sí misma, siempre salía en su defensa, y nunca jamás la había llamado mentirosa. ¿Qué pensaría su madre si llegase a descubrir que su hija no era la muchacha con la que había vivido durante 16 años? No, la pequeña niña de Ellen había sido robada por los duendes ladrones.

Era algo demasiado terrible como para reflexionar sobre ello.

Y, si ella no era Kaye Fierch, la extravagante muchacha humana, ¿quién era en realidad? Kaye era consciente de que Spike y Lutie no querían que les estropease el plan que habían trazado para Halloween; pero en ese mismo instante ardía en deseos de ver su auténtica apariencia.

Entre la hierba crecían pequeñas zonas de trébol.

Kaye se inclinó sobre una de ellas, que había adquirido un tono marrón por falta de riego; extendió los dedos e inició la búsqueda.

Había tal cantidad, incluso en invierno, que con plena seguridad encontraría uno de cuatro hojas. El proceso resultaba lento debido a la oscuridad de la noche, y ninguno de los tréboles que arrancó tenía ni más ni menos que tres hojas. Kaye empezó a perder la paciencia y rasgó uno de los pétalos con forma de corazón con el fin de averiguar si la supuesta magia era simbólica o existía verdad. De todos modos, no tenía por qué encontrar el trébol de cuatro hojas; bastaría con que éste la rozara...

¡Qué estupidez! Nunca podría funcionar. Y aunque funcionase, seguía siendo una estupidez.

Kaye se tumbó sobre el césped al tiempo que albergaba la esperanza de que ningún coche pasase por la calle en aquel momento. Entonces, empezó a rodar sobre la masa de trébol. El césped estaba frío; el rocío, salpicado de escarcha.

Rodó una y otra vez, con los brazos por encima de la cabeza. No tuvo más remedio que echarse a reír: la situación era absurda.

Empezaba a resentirse del frío y la humedad pero había algo en el olor a tierra mojada y en el roce de la hierba que sumía a la muchacha en un estado de euforia. Las carcajadas que salían de su boca se transformaban en cálidas bocanadas de aliento.

No se sentía diferente, pero se sentía mejor. Sonreía de oreja a oreja como una tonta. La insensatez había calmado su ansiedad.

Kaye se echó hacia atrás e intentó imaginarse con apariencia de hada, centelleante, con el largo cabello ondeando al viento. No obstante, la única imagen que le venía a la cabeza era la del rostro verde pálido que le había parecido apreciar cuando salía del baño del restaurante. Recordaba aquel rostro con tanto detalle, que más bien parecía la escena una película.

Kaye giró sobre sí misma para levantarse y se dispuso a entrar en la casa, cuando se percató de que un fragmento de piel le colgaba de la mano. Al tocarla con dedos vacilantes la piel se despegó, como si se hubiera quemado por el Sol, y dejó al descubierto una mancha de color verde. Se lamió el dedo e intentó borrar la mancha. No desapareció, sino que aumento de tamaño. El dedo le sabía a tierra.

Kaye se quedó inmóvil. Estaba asustada, muy asustada; pero a la vez la invadió una gran tranquilidad. «Sé valiente», se dijo a sí misma.

«Tú quisiste verlo».

Los ojos le escocían, y se los frotó con los nudillos. Algo le cayó de los dedos. Parecía una lente de contacto, pero de inmediato Kaye comprendió que se trataba de otro fragmento de piel que se le había desprendido de las manos al frotarse los ojos.

Elevó la mirada y tuvo la impresión de que el mundo entero había cobrado luz y emitía un hermoso resplandor. Sobre la hierba se apreciaba una fiesta de colores. El tono marrón de los árboles adquirió de repente un cúmulo de matices. Los surcos de las sombras se veían más profundos y revelaban hermosos secretos.

Kaye abrió los brazos completamente. Olía el verdor acre de la hierba al pisarla. Al dar vueltas como una peonza, percibía el frío cortante del aire, lleno de emanaciones de tubos de escape, de hojas caídas, del humo de alguna hoguera distante. Olfateaba la putrefacción de la madera reseca, los desechos que las hormigas acumulaban para el invierno. Escuchaba el rumor de las termitas, el zumbido de la electricidad que provenía de la casa, el viento que arrastraba un millar de hojas secas como el papel.

Apreciaba diversas sustancias químicas en el aire; notaba el sabor a hierro y a

humo, y a otros elementos que no acertaba a distinguir. Aquellos sabores le bailaban en la lengua, en una danza de oscura armonía.

Resultaba agobiante, sobrecogedor. Kaye no se sentía capaz de filtrar todas las nuevas sensaciones que la asediaban. No podía entrar así en casa de su abuela; pero eso era lo que deseaba. Anhelaba acurrucarse bajo las sábanas y esperar el amanecer, siempre misericordioso. No estaba preparada para aquello; se había dejado arrastrar por la curiosidad. ¿Cuál era su verdadera apariencia?

Debería regresar al pantano, confesarlo todo y pedir a la Bruja de la Zarza que le explicase lo que había sucedido. Kaye inspiró varias veces sin pararse a pensar en los olores que recibía. Se encontraba bien, muy bien. ¡Era un ser sobrenatural! Tan sólo tenía que volver al pantano con cuidado de no rozarse la piel por el camino.

Una vez iniciada la partida, Kaye supo que no le era posible caminar. Comenzó a correr. Corría por los patios traseros de las casas, escuchando ladrar a los perros y mojándose las piernas con la hierba. Pasó a toda velocidad por un aparcamiento casi vacío, donde un muchacho que empujaba carritos de la compra se detuvo a mirarla.

Entonces llegó al solar contiguo, de donde emanaban olores propios de la basura. Se paró allí; el cansancio apenas le permitió respirar, y se apretó los costados con las manos. Entonces, divisó el débil camuflaje de árboles y el arroyo que lo atravesaba.

—¡Spike! ¡Lutie! —gritó Kaye, alarmada por el acentuado jadeo de su propia respiración—. Por favor...

Sólo obtuvo el silencio como respuesta.

Bajó la cuesta tambaleándose, pues las botas se le hundían en el barro. Las cáscaras de huevo habían desaparecido. Sólo permanecía el hedor a agua estancada. A través de sus nuevos ojos, las botellas hechas añicos relucían como joyas punzantes. Se detuvo, impresionada por la belleza que la rodeaba.

—Por favor, Lutie. Que alguien me conteste...

Nadie respondió.

Kaye se sentó sobre el frío lodo. Esperaría. Tendría esperar.

Kaye se desperezó y se apoyó sobre un costado. Las hojas que la cubrían se movieron y, al instante, fueron arrastradas por el viento de la mañana. Unas gotas de agua le cayeron en la mejilla; después, en el brazo; más tarde sobre el párpado de un ojo. Se incorporó.

Notaba los ojos irritados; los labios, doloridos e inflamados.

Cuando giró el brazo bajo la luz, Kaye apreció en la piel un resplandor verdoso. Sus dedos se veían más largos. Ahora contaban con una cuarta falange, y se enrollaban como caracoles cuando cerraba el puño. Levantó la otra mano, donde la piel se había pelado la noche anterior. Tenía un tono verde oscuro.

Nadie había venido. Otra gota le cayó sobre la pierna desnuda, y Kaye dio un respingo. El camisón estaba sucio, y Kaye temblaba, a pesar del jersey que aún la cubría.

Tragándose las lágrimas, cruzó los brazos y empezó a caminar.

No podía ir a casa, todavía no. Resultaba imposible, una vez que había averiguado que no tenía derecho a vivir allí. Pero necesitaba resguardarse de la lluvia. Al menos por esta vez, Janet no podría llamarla mentirosa.

Kaye se paró en un aparcamiento y giró el espejo retrovisor de un coche para mirarse el perfil. Su cabello estaba totalmente enmarañado, lleno de ramitas y empapado por el rocío. La piel se mostraba apagada, con el intenso verde oscuro característico del musgo; no era una mancha, sino más bien un tinte, como si un velo de color esmeralda la cubriera por completo. Veía una oreja más larga, que sobresalía por encima de la cabeza, a través del cabello; la mejilla, hundida y afilada. El ojo, rasgado, revelaba un globo ocular negro y brillante, con una minúscula pupila blanca, como el ojo de un pájaro o el abalorio de un collar.

Se llevó una mano a la cara. La piel se desprendía con facilidad dejando al descubierto tiras verdes como la hierba.

La mano golpeó el espejo y, ante su sorpresa, éste se quebró de parte a parte. Kaye hizo caso omiso del dolor que sentía en la muñeca y de la húmeda quemazón de la sangre en los nudillos. Empezó a correr.

Corny entornó los ojos. Vio cómo una muchacha con maquillaje verde cruzó la calle corriendo y llegó a la gasolinera. La chica elevó la mirada, y a Corny le pareció reconocerla; sin embargo, al acercarse a ella ya no estaba tan seguro.

—Iba hacia casa de Janet —dijo ella, cuya voz era idéntica a la de Kaye—, pero acabo de acordarme de que está en la escuela.

De cerca, la muchacha no se parecía a Kaye en absoluto. De hecho, no se parecía a nadie. Sus ojos rasgados eran tan negros como el petróleo. Estaba demasiado delgada. Tenía orejas puntiagudas que atravesaban su pelo enmarañado y sobresalían a ambos lados de la cabeza. Daba la impresión de que estaba mudando la piel, y bajo ella se veían fragmentos verdes.

—¿Eres Kaye? —preguntó Corny. La muchacha le sonrió, pero la sonrisa resultó ser demasiado amplia, y la piel del labio inferior se desgarró. Corny se quedó mirándola, paralizado. La muchacha pasó de largo y entró en la oficina, al tiempo que estiraba sus dedos como ramas. Corny ahogó un gemido e intentó mantener la mirada fija en el lector de tarjetas de crédito, los mugrientos periódicos, el ambientador de plástico laminado, los objetos familiares. Corny apreciaba el olor que la muchacha despedía; una extraña mezcla de agujas de pino, musgo y hojarasca. Le hacía marearse. Ella se sentó en el suelo, lleno de periódicos atrasados y cajas de comida rápida vacías.

—¿Qué demonios te ha ocurrido?

Kaye alargó la mano y la giró lentamente bajo la luz.

—Estoy enferma —respondió—. Muy enferma.

Corny se puso en cuclillas y la miró otra vez. La piel de Kaye irradiaba luminosidad, una especie de resplandor que hacía que los ojos le brillasen febrilmente. Había algo en su figura que resultaba extraño, un encorvamiento de los

hombros, un ligero abultamiento en la espalda.

Corny recogió un bloque de madera del que colgaba una llave.

—Vayamos al baño. La luz es mejor, y podrás lavarte y quitarte toda esa porquería.

Kaye se levantó del suelo.

—Podría llevarte al hospital —dijo Corny.

Kaye no respondió, y él no insistió. Sabía que no era una cuestión de hospitales. Lo había mencionado por pura formalidad.

El baño estaba mugriento. Ahora que lo pensaba, en todo el tiempo que Corny había estado trabajando allí, nunca había visto a nadie que hiciera algo más que colocar el papel higiénico. Los azulejos, en su día de un blanco reluciente, estaban rotos y cubiertos de un velo grisáceo. Apenas había espacio para dos personas, pero Kaye, obediente, entró con dificultad, se colocó junto al inodoro y se quitó el jersey.

—Quítate el resto de la ropa. Tienes algo en la espalda.

Kaye se quedó mirando a Corny, sopesando la situación, y al momento decidió que si a él no le importaba, a ella tampoco. Se quitó las botas y, a continuación, el camisón. Se quedó en bragas.

Corny hizo un ovillo con el camisón y lo empapó bajo el grifo.

Entonces, lo utilizó para arrancar los restos de piel y el pigmento del cabello. En la espalda, la piel de Kaye era tan fina como el papel de seda. Cuando Corny frotó la tela mojada por la protuberancia situada entre los hombros de la muchacha, la piel se desgarró.

Un fluido blanquecino empezó a filtrarse de entre los omóplatos de Kaye.

—¡Arggg! —Corny se apartó de un salto.

Ella lo miró, y su rostro indicaba que no estaba preparada para aceptar ningún otro descubrimiento insólito. Tal vez Corny captaría el mensaje en los extraños ojos de Kaye.

—No pasa nada —dijo el muchacho, haciendo un esfuerzo por tranquilizarla.

Desde el exterior llegó el sonido de un automóvil que frenó en la gasolinera. Corny lo ignoró.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Kaye.

Algo se movía bajo la superficie de su espalda, algo suave y ligero.

—Espera —dijo Corny.

El denso fluido empezaba a desaparecer, dejando al descubierto una superficie luminosa con nervaduras blancas.

De repente, algo se soltó con un chasquido y se desplegó de tal manera que estuvo a punto de golpear a Corny antes de encajar sobre la espalda de Kaye.

—¡Madre mía! —exclamó Corny—. ¡Tienes alas!

Las húmedas membranas se movieron ligeramente.

Al verlas, Corny sintió que, a pesar del miedo, lo embargaba una intensa emoción. Nunca habría imaginado algo semejante.

—Vamos —dijo Corny—. Vamos a mi casa.



## CAPÍTULO SEIS





Corrí colina abajo y de inmediato  
olvidé las costumbres de los hombres.  
los aromas de la noche, frescos y  
embriagadores,  
despertaron el éxtasis en mí.

Sara Teasdale  
«*August Moonrise*», *Flame and Shadow*

Kaye se sentó con cautela justo al borde del sofá para que sus alas recién adquiridas no se aplastasen contra el respaldo en caso de que hiciera algún movimiento brusco o, sin darse cuenta, se echara hacia detrás.

Llevaba puestos unos pantalones vaqueros de Corny —con las perneras remangadas y sujetos con un cinturón— y una sudadera negra, con capucha. Con unas tijeras, Corny había cortado un buen agujero en la espalda de la sudadera, por donde asomaban las alas.

Éstas eran sumamente sensibles, y Kaye tenía la impresión de que notaban las partículas que flotaban en el aire.

Corny se sirvió un vaso de refresco.

—¿Puedes tomar refrescos?

—Supongo que sí —respondió Kaye—. Antes podía.

Corny llenó otro vaso y se lo pasó a Kaye. Ella se sintió incapaz de probarlo: el líquido burbujeante tenía el mismo color que su piel.

Kaye percibía con nitidez el olor del refresco; los colorantes verdosos y los aditivos químicos. También apreciaba el olor de Corny, su sudor acre y su aliento agrio. El que Kaye respiraba en la caravana tenía un pestilente sabor a tabaco, a plástico, a metal; nunca antes había experimentado tales sensaciones. Con cada inhalación, se iba mareando por momentos.

—Empiezo a asimilar la situación —dijo Corny—, casi puedo mirarte sin pensar que me he vuelto loco.

—No sé por dónde empezar. La historia se remonta mucho tiempo atrás. Tal vez no me acuerde ahora de cosas importantes.

—Bueno, empieza por lo que ha pasado últimamente.

Corny tomó asiento en el sofá. Tenía las pupilas clavadas en Kaye, con una mezcla de fascinación y repugnancia.

—Rodé sobre un prado de trébol —Kaye soltó una risita ante lo absurdo de la explicación.

—¿Por qué? —Corny no esbozó la más mínima sonrisa. Su rostro denotaba total

seriedad.

—La Bruja de la Zarza me contó que era uno de los métodos por los que podría descubrir mi auténtica apariencia. Ya sé que todo esto te parecerá ridículo.

—Es decir, que éste es tu aspecto verdadero.

Kaye asintió con cautela.

—Creo que sí. —¿Quién es esa tal bruja de la garza?

—Bruja de la Zarza —corrigió Kaye.

Entonces, la muchacha inició su narración. Le explicó a Corny que había tenido contacto con las hadas desde que podía recordar; que Spike se encaramaba en el piecero de su cama cuando ella era una niña, y le relataba historias de duendes y gigantes mientras Lutie volaba sin cesar de un lado a otro de la habitación como una luciérnaga enloquecida. También le contó cómo Gristle le había enseñado a emitir penetrantes silbidos con una hoja de hierba y describió el modo en que la Bruja de la Zarza adivinaba el futuro con cáscaras de huevo.

Mientras tanto, Corny no apartaba sus ávidos ojos del rostro de Kaye.

—¿A quién le hablaste de tus amigos fantásticos?

Kaye se encogió de hombros.

—A mi madre, a mi abuela. Bueno, ahora sé que en realidad no son mi familia —Kaye se cortó de repente. La voz se le quebraba, y tuvo que aspirar profundamente—. A todos mis compañeros de primer curso. A ti. A Janet. —¿Y alguno llegó a ver a los duendes?

Kaye negó con la cabeza.

Corny desvió la mirada hacia la pared y frunció el entrecejo en señal de concentración.

—¿Puedes llamarlos cuando los necesitas?

Kaye hizo otro gesto de negación.

—Vienen a mí cuando quieren, siempre ha sido así. Ése es precisamente el problema. No puedo continuar con esta apariencia, y no sé cómo recobrar el hechizo que me hace parecer humana. —¿Existe algún lugar donde puedas encontrarlos?

—No —aseguró Kaye con cierta irritación—. Ya te he dicho que no. El pantano era el único sitio, y ya estuve allí anoche.

—Pero tú también perteneces al mundo de las hadas. ¿Es que no tienes poderes?

—No lo sé —respondió Kaye, al tiempo que Kenny le venía a la memoria. En aquel momento no quería hablar de él. Ya tenía bastantes problemas.

—¿Puedes realizar encantamientos?

—No tengo ni idea. No lo sé. ¡No lo sé! ¿Es que no te das cuenta de que no sé nada en absoluto?

—Ven a mi habitación. Miremos en Internet.

Entraron en la habitación de Corny, y éste encendió el ordenador.

La pantalla se tiñó de azul y, al momento, se descargó el fondo de pantalla. Era un hechicero encorvado sobre un tablero de ajedrez, donde las reinas, una blanca y otra

negra, combatían entre sí.

Kaye se dejó caer boca abajo en la cama, sobre las sábanas enredadas; las alas batían en el aire.

Corny pulsó varias teclas y el módem emitió los agudos sonidos característicos.

—Eso es. «H-a-d-a-s». Veamos. Hmm. «Hadas y homosexuales».

No, ahí no vamos a entrar.

Kaye no pudo reprimir una risa ahogada.

—Aquí está. «Intercambio de niños por hadas. Ilustraciones. Poesía de Yeats».

—Por lo visto soy un *pixie* —intervino Kaye—. Pero pincha en lo del intercambio de niños.

—Interesante.

Corny fue repasando la página con rapidez mientras Kaye intentaba leer el contenido desde su posición, alejada del monitor.

—¿Qué te parece interesante?

—Dice que hay que arrojarlos al fuego para recuperar; al recién nacido humano... También se les puede meter por la garganta un palo o un atizador al rojo vivo.

—Genial. Sigue.

—Allá vamos. *Pixies*. Pueden detectar el bien o el mal; odian a los orcos, y miden poco más de medio metro —Corny soltó una carcajada—. Fabrican «polvo de duendes».

—¿Orcos?

Kaye intentó cambiar de posición, y al instante descubrió que le resultaba difícil identificar los músculos que accionaban sus alas.

Daba la impresión de que éstas se movían por voluntad propia y que una era independiente de la otra como dos insectos aterciopelados que se hubieran posado sobre su espalda.

Corny no paraba de reír.

—Polvo de duendes. Como el polvo que fabrican los ángeles. Los cárteles de droga de todo el mundo se dedican a atrapar a los serafines y a agitarlos. Los sacerdotes, al barrer las iglesias, guardan el polvo en bolsas de plástico con cierre hermético.

Kaye emitió un gruñido.

—Eres imbécil. Lo sabes, ¿verdad?

—Intento no olvidarme —replicó Corny, entre risas.

—Bueno, prueba con «Corte Oscura».

Tras pulsar varias veces el botón izquierdo del ratón Corny anunció:

—Por lo visto es un lugar de la tierra de las hadas donde habitan los tipos malvados. ¿Qué tiene que ver contigo?

—Allí hay un duende caballero que tal vez desee matarme. Mis amigos quieren que yo simule ser humana porque existe una cosa que llaman El Tributo... Es muy complicado.

Corny se incorporó.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Sólo te he contado la parte que tiene sentido.

—De acuerdo —Corny asintió—. Ahora quiero que me cuentes la parte que no tiene sentido.

—No lo entiendo muy bien; pero más o menos se trata de que hay hadas solitarias y hadas gregarias; estas últimas conviven en cortes.

Roiben es miembro de una corte. Lo conocí en el bosque; le habían disparado una flecha y se encontraba herido. Pertenece a la Corte Oscura.

—Vale. Por ahora te sigo, aunque me cuesta un poco.

—Spike y Lutie-loo me enviaron un mensaje en una bellota para advertirme de que es un ser peligroso. Mató a mi otro amigo, Gristle. —¿Un mensaje en una bellota?

—La caperuza se desprendió. La cáscara estaba hueca.

—Sí, está clarísimo.

—Muy gracioso. Ahora busca «El Tributo». Por lo visto, es un sacrificio por el que las hadas que no pertenecen a ninguna corte se ven obligadas a obedecer los mandatos de la corte correspondiente. Yo tengo que simular que soy humana para que en el último momento el sacrificio sea anulado.

Corny tecleó la expresión.

—¡Joder!; no paro de recibir mensajes basura del tipo: «Dame el diez por ciento de tu dinero para poder comprarle a mi perro una caseta con aire acondicionado». A ver, ese sacrificio del que me hablas... ¿no correrás ningún riesgo? Quiero decir, ¿hasta qué punto te puedes fiar de esa gente?

—Confío plenamente en ellos...

—Pero... —adelantó Corny—... pero nunca me contaron la verdad. Ellos la han sabido todo el tiempo y nunca me han mencionado ni palabra ni la más mínima insinuación.

Kaye contempló pensativamente las articulaciones sus dedos. ¿Por qué una falange de más les otorgaba ese aspecto tan horrible?

Corny empezó a chasquear los dedos, como los malos de las películas.

—Cuéntame todo otra vez. Lentamente, desde principio.

Kaye se despertó aturdida, sin saber a ciencia cierta donde se encontraba. Al cambiar de posición notó un bulto que gruñía y la empujaba: Corny. Se quedó mirándolo con los ojos entreabiertos, que al instante se restregó. La habitación estaba a oscuras; sólo se apreciaban fugaces destellos tras los bordes de las gruesas cortinas de color marrón. Kaye escuchó ruidos que procedían de algún lugar de la caravana, ahogados por la risa enlatada de alguna serie de televisión.

Se giró de nuevo e intentó volver a dormir. La mesilla de noche le quedaba a la altura de los ojos: un libro de bolsillo, un bote de ibuprofeno, un despertador con llamas en la esfera y un caballo de ajedrez de plástico negro.

—Corny —susurró, agitando lo que le parecía un hombro del muchacho—. Despierta. Ya lo tengo. Sé lo que podemos hacer.

Corny se retiró la manta de la cabeza. Apenas logrando entreabrir los ojos.

—Más vale que sea así —gruñó.

—El kelpie. Sé cómo llamar al kelpie.

Corny apartó las sábanas y se incorporó. De repente ya no tenía sueño.

—Muy bien. Perfecto.

Salió de la cama, se rascó los genitales por encima de los calzoncillos, que en su día fueran blancos, y se sentó frente al ordenador. El fondo de pantalla desapareció en el momento en que pulsó el ratón.

Desde la entrada de la caravana llegaba la voz de Janet, quien se quejaba a su madre de que, si Corny no le prestaba su coche, ella no lograría sacarse el carné de conducir.

—¿Qué hora es? —preguntó Kaye.

Corny miró el reloj del ordenador.

—Más de las cinco. —¿Puedo usar el teléfono?

Corny asintió.

—Llama ahora. No se puede utilizar cuando estoy conectado. Sólo tenemos una línea.

El teléfono rojo de la habitación de Corny era una reproducción del de Batman; estaba colocado en el suelo, protegido bajo una campana de plástico. Incluso contaba con un piloto de luz que posiblemente parpadearía al recibir una llamada. Kaye se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, retiró la campana y marcó el número de su casa.

—¿Diga? —respondió la abuela de Kaye.

—¿Abuela? —Kaye pasó los dedos por la urdimbre de la alfombra sintética sobre la que estaba sentada. Sus ojos se posaron en los largos dedos verdes y en las uñas, resquebrajadas y con restos de esmalte rojo.

—¿Dónde estás?

—En casa de Janet —respondió Kaye, mientras movía los dedos de los pies en un intento de aceptar que le pertenecían. Dadas las circunstancias, le resultaba difícil hablar con su abuela. Ella sólo había acogido a Kaye y a Ellen porque eran sus familiares; uno siempre tiene que ayudar a la familia—. Sólo quería que supieras que estoy aquí. —¿Dónde estabas esta mañana?

—Me levanté temprano —respondió Kaye—. Tenía que encontrarme con unos amigos antes de ir a la escuela.

La explicación no se alejaba mucho de la realidad.

—Bueno, ¿cuándo vas a venir a casa? ¡Ah! Tengo un mensaje para ti. Joe, el de la gasolinera, llamó para hablar sobre un empleo. Supongo que no estarás pensando en trabajar allí. Un tal Kenny te ha llamado dos veces.

—¿Dos veces? —Kaye no pudo reprimir la sonrisa que comenzaba a perfilarse en

sus labios.

—Sí, dos veces. ¿Vas a venir a cenar?

—No, cenaré aquí —respondió Kaye—. Adiós, abuela. Te quiero.

—Creo que tu madre quiere que vengas a cenar. Tiene que hablar contigo sobre Nueva York.

—Tengo que irme. Hasta luego.

Kaye colgó el auricular antes de que su abuela pudiera continuar.

—Ya puedes conectarte —le dijo a Corny.

Instantes más tarde, Corny emitió un gruñido.

Kaye alzó la vista.

—Tenemos un pequeño problema con tu plan. —¿Qué pasa? Dime...

—Los kelpies suelen ahogar a la gente, y luego se la comen. Todo menos las vísceras. Se supone que uno no debe montarse a lomos de estos caballos acuáticos, bla-bla-bla; son malvados de la leche, bla-bla-bla; y encima cambian de forma todo el rato. Vale, uno puede domarlos si se las arregla para ponerles bridas. Muy fácil, sí.

—Vaya... —¿Te has preguntado alguna vez si todas esas páginas web habrán sido diseñadas por las propias hadas? A lo mejor, con paciencia, logro encontrar un grupo de noticias, una página oficial o algo así.

—De modo que, si no nos subimos al lomo, estamos a salvo.

—Bueno, no lo sé. —¿Mencionan algún antecedente de que hayan ahogado a alguien que no se montara en un kelpie?

—No, pero lo más seguro es que la información esté incompleta.

—Voy a intentarlo. Iré a hablar con uno de ellos.

Corny apartó los ojos de la pantalla.

—Te acompaño.

—De acuerdo —replicó Kaye—. Pero puede ser peligroso.

—Esto es lo mejor que me ha pasado —dijo Corny bajando la voz. Parecía agitado—. No pienso perderme ni el más mínimo detalle. Ni se te ocurra dejarme atrás.

Kaye levantó los brazos, como si se rindiera.

—Quiero que vengas conmigo. En serio, ¿vale? No quiero despertarme en un lugar desconocido, con una maraña de recuerdos, y caer en la cuenta de que nadie me cree. ¿Me entiendes?

Corny se sonrojó.

—Vamos, tu madre o Janet van a oírte; puede que entren aquí. Te prometo que no voy a abandonarte.

Kaye esperó a que Corny se calmara un poco. Mientras tanto, pensaba que más le valdría dejar de elucubrar sobre lo que podría suceder más adelante. Después de todo, cuando uno se encuentra en terreno resbaladizo no puede permitirse el lujo de creer que a partir de cierto momento sus pasos marcarán una línea recta.

El hedor a metal del coche de Corny aturdió y mareaba a Kaye, del mismo modo

en que el envenenamiento por dióxido de carbono afecta a quien está a punto de morir. Kaye apoyó la mejilla sobre el frío cristal de la ventana. Notaba la garganta reseca, y la cabeza le estallaba. La sensación que experimentaba tenía que ver con el aire del habitáculo del coche, que parecía escaldarle los pulmones al respirar. Por fortuna, el trayecto fue corto. Kaye salió del vehículo a toda velocidad, en cuanto Corny le abrió la puerta.

A la luz del día, detrás de los árboles se divisaban hileras de casas. La noche que atravesó la zona boscosa, ésta le había parecido enorme. El arroyo, cuando por fin lo encontraron, estaba lleno de desperdicios. Corny se agachó y limpió el barro de una curiosa botella marrón. Daba la impresión de ser un bote de los que vendían los charlatanes en el pasado, relleno de aceite de serpiente o tónico para el cabello.

—Brillantina —dijo Corny—. Aquí se ven cosas muy antiguas. Seguro que alguien las compraría —empujó otra botella con el pie—. Bueno, ¿cómo podemos llamar a ese caballo?

Kaye recogió una hoja.

—¿Tienes algo punzante?

Corny metió la mano en el bolsillo trasero de su pantalón y sacó una navaja, que abrió con un hábil movimiento del pulgar.

—Recuerda lo que dice la web. No hay que montar en el caballo, de ninguna manera, en ningún momento, pase lo que pase.

—Yo también he visto la página, ¿de acuerdo? No tienes que repetírmelo todo el rato. Un kelpie es un demonio acuático que ahoga a la gente por diversión. Lo he pillado.

—Bueno; no quiero que se te olvide.

Corny le pasó la navaja a Kaye. Ella se clavó la punta de la hoja en la yema del dedo. Al momento emanó una brillante gota de sangre, y Kaye embadurnó la hoja.

—Ahora, ¿qué? —preguntó Corny; a pesar del cinismo de su tono apenas podía articular palabra.

Kaye dejó caer la hoja en el arroyo, con la sangre hacia abajo, como hiciera en la ocasión anterior.

—Soy Kaye —dijo, intentando recordar las palabras adecuadas—. No pertenezco a ninguna corte, pero necesito tu ayuda. Escúchame, por favor.

Siguió un prolongado silencio, y Corny soltó la respiración que había estado conteniendo. Kaye se percató de que el muchacho empezaba a pensar que nada sucedería, y a ella la envolvieron sentimientos contradictorios. Por un lado deseaba demostrar que sabía lo que hacía; por otro, temía lo que estaba a punto de ocurrir.

Instantes después, no quedó rastro de duda: un caballo negro salió de las aguas.

Tal vez porque era de día o acaso por su nueva capacidad de visión, a Kaye la criatura le pareció diferente. Reparó en que el corcel no era negro; su color era verde intenso, muy oscuro. Además, los ojos nacarados de la criatura centelleaban como perlas. Cuando los posó sobre Kaye, a ella le vino a la mente la información que

Corny había encontrado. Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

El kelpie avanzó hasta la orilla y sacudió sus magníficas crines. Al hacerlo, roció a Kaye y a Corny con relucientes gotas de agua. Ella intentó protegerse inútilmente con las manos levantadas.

—¿Qué buscáis? —dijo el caballo con voz suave, aunque profunda.

Kaye respiró hondo.

—Necesito saber cómo recuperar mi hechizo y cómo controlar mis poderes mágicos. ¿Puedes tú enseñarme?

—¿Qué me darás a cambio, niña?

—¿Qué quieres?

—Quizá que alguien cabalgue sobre mí. Te daré lo que me pides si permites que él se suba a mi lomo. —¿Para que puedas matarlo? Ni hablar.

—A veces me pregunto cómo será la muerte; yo, que tal vez nunca llegue a conocerla. Se asemeja mucho al éxtasis. Mientras las víctimas se ahogan, abren la boca y me clavan las uñas en la piel. Los ojos se les salen de las órbitas y se mueven agitadamente, como en un arranque de pasión.

Kaye negó con la cabeza, horrorizada.

—No debes culparme. Lo llevo en mi naturaleza, desde siempre.

—No pienso ayudarte a matar a nadie.

—Tal vez exista alguna otra cosa que pudiera hacerme caer en la tentación de cumplir con tus deseos, pero de momento no se me ocurre nada. Te ofrezco la oportunidad de que se te ocurra a ti.

Kaye suspiró.

—Ya sabes dónde encontrarme.

Acto seguido, el kelpie regresó al agua y desapareció.

Corny permanecía sentado en la orilla, presa de la conmoción.

—Esa cosa quería matarme.

Kaye asintió con la cabeza.

—¿Vas a buscar algo que pueda satisfacerlo?

Kaye asintió otra vez.

—Sí.

—No me parece una buena idea.

—Ya leíste la página web. Sabía que sería así.

—Supongo. Es distinto tenerlo delante... oír su voz. —¿Quieres que nos marchemos?

—No, ni mucho menos. —¿Se te ocurre alguna idea, algo que el caballo pueda desear y que no camine sobre dos piernas?

—Bueno —empezó a decir Corny tras unos momentos de reflexión—, la verdad es que hay un montón de gente que si ese monstruo se la comiera, no me importaría en absoluto.

Kaye se rió.



—No, hablo en serio —insistió Corny.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que hay un montón de gente que no me importaría que se ahogara. De verdad. Creo que deberíamos optar por esa solución.

Kaye elevó la mirada hasta él. No parecía impresionado por lo que estaba sugiriendo.

—De ninguna manera.

Corny se encogió de hombros.

—El novio de Janet, por ejemplo. ¡Menudo gilipollas!

—¿Kenny? —preguntó Kaye con voz un tanto chillona.

—Bueno, no tiene que ser él. Se me ocurre un montón de personas. Lo mejor de todo es que son tan estúpidas que no tendría ningún problema en convencerlas para que vinieran aquí y se subieran al caballo. La estupidez siempre acarrea consecuencias. Vamos, ahora podemos eliminar algunas malas hierbas de la raza humana —Corny arqueó las cejas inquisitivamente.

—No —Kaye fue tajante—. Piensa en otra cosa.

—¿Avena? —preguntó Corny irónicamente—. ¿Una caja enorme de cereales de avena? ¿Una suscripción de Equestrian's Digest? ¿Forraje, tal vez? ¿Montones y montones de pienso?

—No vamos a provocar la muerte de nadie, de modo que abandona la idea, ¿vale?

Kaye empezaba a hartarse de los suspiros de Corny. Por otra parte, estaba segura de que el nombre de Roiben sería un precio suficiente. Después de todo, la criatura acuática no debía de formar parte de ninguna corte, al encontrarse ligado a aquel arroyo. Cuando más lo pensaba más se convencía de que sería un intercambio muy razonable. También sería una forma perfecta de vengar la muerte de Gristle.

Pero entonces, reflexionó Kaye, el kelpie ordenaría a Roiben que le trajera humanos para ahogarlos. Y el duende caballero obedecería. ¿Con qué otra cosa podría convencer al caballo para que la ayudase?

Kaye se acordó de los muñecos de su habitación, pero lo único que le venía a la mente era una niña pequeña siguiendo el rastro de los juguetes hasta llegar a la orilla del arroyo. Lo mismo ocurría con los instrumentos musicales. Se le tenía que ocurrir algo con lo que el kelpie pudiera disfrutar a solas. ¿Ropa? ¿Comida?

Entonces, una idea surgió de repente. Un compañero. Un compañero al que nunca pudiera ahogar. Algo a lo que pudiera hablar; algo que admirase. El caballo del tiovivo.

—¡Corny! —exclamó Kaye—. Ya lo tengo.

Volver a montarse en el coche era lo último que Kaye deseaba, pero no tuvo más remedio. Se sentó detrás y se tapó la boca con la sudadera, como si el tejido pudiera filtrar el sabor a metal que flotaba en el aire.

—Conoces el camino, ¿no es así? —preguntó Kaye, aunque dudaba de que Corny entendiera sus palabras, amortiguadas por el tejido de algodón que le tapaba la boca.

—Sí.

Kaye reclinó la cabeza sobre el asiento de plástico. Una de las alas dio una sacudida y desapareció de su alcance de visión; al instante, la luz que atravesaba la finísima membrana empezó a convertirse en arco iris luminiscentes que danzaban sobre su pierna.

Kaye se concentró en los haces de luz. No existía nada más a su alrededor: Corny no estaba sentado al volante; en la maltrecha radio no sonaba ninguna canción; no pasaba ningún coche; no había casas ni tiendas ni nada que pudiera protegerla de los relucientes motivos que se dibujaban en sus muslos de color verde hierba.

No existían palabras para expresar lo que Kaye sentía ni sonidos, ni nada. No había término alguno que pudiera describir lo que ella era, ninguna explicación que pudiera sacarla de la entumecida oscuridad en la que se hallaba sumida. Kaye notaba que el mareo estaba a punto de vencerla.

—Por favor, abre la ventana —le pidió a Corny—. No puedo respirar. —¿Qué le pasa a la tuya?

Kaye se acurrucó al borde del asiento y alargó las manos hacia el asiento delantero, con las palmas hacia arriba en ademán de súplica.

—Cuando toco metal la mano se me quema. Mira —Kaye extendió una mano y Corny comprobó que tenía una señal de quemadura. Kaye movió los dedos—. Me lo hice con la manilla de la puerta.

—¡Mierda! —Corny aspiró hondo, pero no dio la impresión de que expulsara el aire. Bajó su ventanilla.

El aire fresco limpió la garganta de Kaye, pero no era suficiente para evitarle las náuseas.

—Tengo que bajarme del coche.

—Casi hemos llegado —Corny frenó ante un semáforo en rojo.

Llegaron a la vieja barraca y Corny aparcó en la parte delantera del edificio. De día, la caseta se veía diferente. Et cielo encapotado otorgaba al edificio un aspecto aún más deteriorado.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Corny, girando la cabeza hacia el asiento de atrás.

Kaye hizo un gesto de negación. Iba a vomitar allí mismo, justo encima de las latas de refresco vacías y las cajas de comida rápida aplastadas. Metió la mano en el bolsillo de la sudadera y abrió la puerta del automóvil.

—¡Kaye! ¿Qué haces?

Kaye estuvo a punto de desplomarse sobre el asfalto del aparcamiento y, casi a gatas, se arrastró hasta el borde de hierba y empezó a vomitar. Tenía el estómago prácticamente vacío; sólo expulsaba saliva y jugos gástricos.

—¡Joder! —exclamó Corny, y se puso en cuclillas junto a Kaye.

—Estoy bien —dijo ella, y se incorporó, no sin esfuerzo—. Es el metal.

Corny asintió, volvió la vista al coche y después recorrió los alrededores con la

mirada.

—Tal vez deberíamos olvidarnos de esto.

Kaye respiró hondo.

—No. Vamos.

Kaye empezó a correr rodeando la parte de atrás de la caseta, siguiendo el camino que había hecho con Janet la vez anterior.

—Dame tu cazadora —le dijo a Corny—. Hay cristales.

A la luz del día todo parecía distinto.

Kaye subió las escaleras, y allí estaba. Más deslucido, ahora que lo observaba de cerca; pero seguía siendo hermoso. El tono crema de los flancos era ahora más bien marrón, y el reborde dorado casi había desaparecido. En los labios del animal se apreciaba una mueca de sarcasmo. Kaye sonrió al fijarse en ella.

Entre los dos arrastraron el caballo en dirección a las escaleras.

Al inclinarlo hacia delante, casi todo el peso recaía sobre Corny. Así bajaron los escalones, uno a uno. Apenas había espacio.

Ya en la planta baja, Kaye salió por la ventana y Corny empujó el animal con cuidado hasta sacarlo al exterior. Una vez fuera, él empezó a perder los nervios. No había forma de meter el caballo en la parte de atrás del coche. Peor aún, el maletero estaba lleno de cajas con libros usados y herramientas desperejadas.

—¡Nos van a pillar!

—Tenemos que encontrar una forma de atarlo a la capota.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! —Corny metió la mano en el maletero y sacó una cuerda de alpinismo, dos bolsas de Plástico y un poco de hilo de bramante.

—Este cordel es demasiado fino —dijo Kaye con escepticismo.

Corny enroscó el bramante alrededor del corcel de madera y, a continuación, lo pasó por el interior del vehículo.

—Colócate al otro lado. Alguien nos va a descubrir. Date prisa.

Corny le arrojó el ovillo a Kaye, y ésta lo pasó por encima del caballo y se lo lanzó de vuelta a Corny. Éste lo ató.

—De acuerdo. No está mal. Tenemos que irnos.

Corny se puso al volante de un salto. Kaye dio la vuelta y también se subió al coche; cubrió su mano con la sudadera para cerrar la puerta. Al arrancar, Corny pisó el acelerador con tanta fuerza que las ruedas chirriaron.

Kaye temía que los coches que se detuvieran detrás de ellos fueran de la policía; o que el caballo saliera volando y aterrizara sobre la carretera o encima de otro vehículo pero llegaron a salvo.

Corny paró el coche, y entre los dos arrastraron el caballo de tiovivo hasta el bosque, primero, y, después, hasta el arroyo.

—Más vale que a esa cosa le guste lo que le traemos. Voy a tener agujetas una semana entera.

—Seguro que le gusta.

—Y voy a tener que enderezar la capota del coche; ha hundido por el centro.

—Ya lo sé. Te ayudaría si pudiera tocarla, en serio.

—No pasa nada. Te lo repito: más vale que a ese monstruo le guste el caballo.

—Verás como le gusta.

Depositaron el corcel lisiado sobre el barro de la orilla, colocándolo de manera que se sostuviera más o menos erguido sin necesidad de sujetarlo. Kaye miró a su alrededor buscando una hoja, y Corny sacó la navaja del bolsillo sin que ella se la pidiera.

—No te preocupes. Bastará con arrancarme la costra.

Corny hizo una mueca de disgusto, pero no pronunció palabra.

—Kelpie —dijo Kaye dejando caer la hoja sobre el agua— Tengo algo que te va a gustar.

La criatura surgió de las profundidades y clavó los ojos en el caballo de tiovivo mutilado.

—No tiene piernas —dijo el kelpie.

—De todas formas, es bonito —replicó Kaye.

El kelpie dio una vuelta alrededor del corcel de madera resollando en señal de aprobación.

—Ahora es más bonito, diría yo. Todo lo que está tullido resulta más bello. Esa tara es precisamente lo que pone de manifiesto su belleza.

Kaye esbozó una amplia sonrisa. Lo había logrado. Realmente lo había conseguido.

—Entonces, ¿me enseñarás lo que te pedí?

La criatura miró a Kaye y, de repente, empezó a transformarse.

En el lugar que antes ocupara el caballo de las aguas ahora se encontraba un hombre joven, desnudo y empapado, con el cabello enmarañado y lleno de ramitas de junco. Trasladó la mirada de Kaye a Corny.

—A ella voy a instruirla, pero tú tienes que compensarme si quieres que te adiestre a ti también. Ven y siéntate a mi lado.

—No hay nada que merezca someterse a tus deseos —terció Kaye.

El hombre kelpie sonrió sin apartar los ojos de Corny, al tiempo que trazaba una figura sobre el torso del aterrorizado muchacho.

—No —dijo Corny con un hilo de voz.

Entonces, la criatura se transformó otra vez. Tras una serie de extraños y sinuosos movimientos Kaye se quedó mirando a su propia persona.

—¿Preparada para empezar? —dijo el kelpie con la voz de Kaye y los labios de Kaye. Entonces, sonrió; no era la sonrisa de Kaye, sino una mueca taimada y maliciosa—. Tengo mucho que enseñarte. Y el chico hará bien en escuchar. La magia no es patrimonio exclusivo del mundo de las hadas.

—Antes dijiste que Corny tenía que compensarte de alguna forma.

—Por ahora, el miedo que siente me resulta suficiente. No tengo esa satisfacción

muy a menudo, la verdad —el kelpie miró a Kaye con los propios ojos negros de la muchacha, y ella observó cómo aquellos labios, tan parecidos a los suyos, susurraban —: hace mucho tiempo que no experimento el goce de la caza.

—¿Por qué? —preguntó Kaye sin poder remediarlo.

—Nosotros, los que carecemos de poder, estamos obligados a obedecer a quienes gobiernan. Los mortales son placer reservado a la aristocracia, y no a seres vulgares como tú y como yo. A menos, desde luego, que los humanos accedan a nuestros deseos por su propia voluntad.

Kaye asintió, y reflexionó sobre las palabras de aquel ser acuático.

—¿Sabes lo que se siente al desarrollar energía mágica? —preguntó el kelpie—. Es una especie de hormigueo. Haz un cuenco con la mano y concéntrate en acumular energía dentro de él. ¿Qué notas?

Kaye formó un cuenco con la mano e imaginó que el aire que ocupaba la concavidad se densificaba y se llenaba de energía. Tras unos instantes, levantó los ojos, sorprendida.

—La sensación es como cuando se te duerme la mano e intentas moverla. Una especie de hormigueo, efectivamente como si fueran pequeños calambres. Duele un poco.

—Mueve la energía hacia delante y hacia atrás, en las manos.

Notarás la magia en su estado puro, preparada para convertirse en lo que tú quieras.

Kaye asintió, mientras balanceaba la energía, que escocía como un puñado de ortigas, y dejaba que parte de ella se filtrase entre los dedos abiertos. Era una sensación que recordaba haber experimentado; a veces la notaba en las entrañas, o acaso en el labio superior, justo antes de que algo extraño sucediera.

—A ver, ¿cómo has hecho surgir la energía? ¿Cómo lo has conseguido?

Kaye negó con un suave movimiento de cabeza.

—No lo sé... Me limité a imaginármela y clavé la vista en el hueco de mi mano.

—Te la imaginaste. Eso es lo más fácil. Ahora tienes que aprender a escucharla, a olerla, a saborearla. Sólo entonces tu magia llegará a ser auténtica. Y ten cuidado; a veces un hechizo sencillo puede ser detectado por el ojo de quien mira —el caballo hizo un guiño.

Kaye asintió.

—Cuando se hace magia, existen dos fases: concentración y sometimiento. El sometimiento es la parte que a muchos les cuesta comprender. Para hacer magia debes concentrarte en lo que tienes que conseguir; después, hay que soltar la energía y confiar en que cumpla tu orden. Cierra los ojos. Ahora imagina que la energía te rodea. Imagina, por ejemplo, un anillo en uno de tus dedos. Añade detalles. Piensa en el metal precioso, en la gema, su color, su translucidez, en cómo refleja la luz... Eso es. Perfecto.

Corny emitió un grito ahogado que provocó que Kaye abriera los ojos.

—¡Kaye! Hay un anillo en tu dedo. Es de verdad, lo puedo ver.

Kaye abrió los ojos, y allí estaba, en su dedo índice, justo como lo había imaginado: la plata tallada en forma de niña y una reluciente esmeralda en su boca abierta. Kaye examinó la mano al trasluz. Aun consciente de que el anillo era producto de su magia, lo veía tan sólido como una roca.

—¿Cómo puedo deshacer encantamientos? —preguntó Kaye.

El kelpie echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada que dejó al descubierto su dentadura blanca.

—¿Qué has hecho?

—He hechizado a alguien... para gustarle —dijo Kaye con un murmullo.

Corny la miró, sorprendido y algo enojado. Le molestaba que Kaye le hubiera ocultado parte de la historia.

El kelpie esbozó una amplia sonrisa y chasqueó la lengua.

—Tienes que quitarle el encantamiento de la misma forma en la que eliminarías un hechizo. Palpa la trama de tu magia, alarga el brazo y tira de ella. Practica con el anillo.

Kaye se concentró y dejó que la energía se arremolinara; a su alrededor, que la atravesara. Tuvo la sensación de que, con cada golpe de respiración, la energía disminuía y desaparecía.

Cuando regresaban en el coche Kaye señaló la colina.

—Mira esas luces. Me pregunto quién estará allí arriba.

—Yo no veo nada —dijo Corny, y miró a Kaye a través del retrovisor.

La colina del cementerio era un promontorio con una pronunciada pendiente en la ladera que daba a la carretera. En esa ladera no se veían tumbas ni sepulcros; había mausoleos y otros monumentos. En invierno, los niños de los alrededores acudían a montar en trineo, y apilaban sus guantes y bufandas sobre las estatuas. En la base de otra de las laderas, ésta de pendiente suave, se hallaba un panteón a medio construir. Tenía dos alturas, pero carecía de tejado. Sobre la parte superior crecían hierbajos y enredaderas. A su alrededor había decenas de monumentos, tumbas y lápidas.

—¿Crees que aquí se encuentra la Corte Oscura? —preguntó Kaye en voz baja.

—Quiero comprobarlo —dijo Corny, y dirigió el coche hacia el cementerio.

Aparcaron junto al sendero empedrado y, mientras esperaba a que Corny viniera a abrirle la puerta, Kaye se quedó mirando por el parabrisas posterior las luces que surcaban la noche a toda velocidad.

—Son hadas, no hay duda —aseguró Kaye.

—No veo nada —la voz de Corny delataba un temor cercano al pánico.

Kaye siguió observando las luces, que se movían sin cesar.

Resultaba difícil distinguirlas con claridad. Kaye aceleró el paso, y con las botas aplastaba la hierba cubierta de escarcha. Las luces estaban tan cerca que tal vez pudiese atrapar alguna...

—¡Kaye! —gritó Corny, y ella se giró—. No me dejes atrás. ¿Es que quieres que

me convenza de que voy a ser un lunático de mierda el resto de mi vida? —¡No te voy a abandonar! Estoy intentando atrapar una de las luces.

De repente, se produjo una explosión de luciérnagas, que entraban y salían de las copas de los árboles con inusitada celeridad.

Debía de ser más de medianoche, y ya no era época de luciérnagas; el frío del otoño y la lluvia reciente habían cubierto de hielo la hierba que tenían a sus pies. Sin embargo, los insectos se desplazaban rápidamente de un lado a otro, brillando de forma intermitente.

Entonces, Kaye se percató de que en realidad eran diminutas criaturas con alas, más pequeñas aún que las que había intentado atrapar momentos antes. Una de ellas le pasó por delante y le mostró los dientes.

Kaye emitió un chillido.

—¿Qué pasa? —preguntó Corny.

—No son insectos. Son hadas, minúsculas y repugnantes.

Corny soltó la mano de Kaye e hizo ademán de atrapar una, pero el hada escapó.

—No veo nada. ¿Son esas cosas las que viste desde la carretera?

Kaye negó con la cabeza.

—No, aquellas luces eran más grandes.

Corny se puso en cuclillas, y de su boca emanaban blancas espirales de aliento.

—¿Las ves ahora?

Kaye hizo un gesto de negación.

—Lutie me comentó que había una abertura tapada por un macizo de hierba marrón seca; pero casi toda la colina está cubierta de hierba marrón.

A lo mejor aquel macizo ha desaparecido.

Kaye se arrodilló junto a Corny y apoyó la oreja en el suelo. Se oía una débil música.

—Escucha. Creo que podrás oír esto.

Corny se acercó y también pegó la oreja al suelo.

—Música —afirmó—. Suena a gaitas.

—Es hermosa —dijo Kaye con una sonrisa—, aunque... —enseguida cayó en la cuenta del peligro que entrañaría penetrar en aquel lugar.

—Creo que debemos rodear el perímetro de la colina. Buscaremos un trozo de hierba que nos resulte extraño —propuso Corny, que se puso en pie y esperó a que Kaye iniciara la marcha.

El cementerio estaba inusualmente tranquilo. La Luna se veía más llena y oronda que la última vez que Kaye había reparado en ella.

Parecía antinatural; una pelota en el cielo que le trajo a la memoria el Sol que se desangraba mientras la Luna crecía tumefacta con su luz devoradora.

Las lápidas de granito más recientes habían adquirido un brillo como de espejo, en las que Kaye y Corny se reflejaban a medida que pasaban junto a ellas. Las más antiguas de mármol, se veían pálidas; las manchas de hierba y barro quedaban ocultas

bajo la luz de la Luna, tan pálida como el cabello de Roiben.

—¡Mira! ¿Qué te parece? —Corny señaló un penacho de hierba de un tono marrón diferente.

Corny se arrodilló y tiró de una esquina como si fuese la lengüeta de una tienda de campaña empapada. Entonces, se inclinó hacia delante.

—No —dijo Kaye—. Tengo que entrar sola.

—Yo quiero entrar —insistió Corny—. Dijiste que no me abandonarías.

—Lo más probable es que incluso yo misma corra peligro. Volveré lo antes que pueda —Kaye se detuvo, vacilante, en la entrada—. Lo prometo.

La música sonaba a mayor volumen, los sonidos de gaitas y de la risa quebraban la tranquilidad de la noche a medida que Kaye se adentraba, oyó decir a Corny, indignado.

—No hay derecho, tú te quedas con toda la diversión.





## CAPÍTULO SIETE



Escuché cómo el grillo prisionero entonaba su terrible canto en la colina de granito.

Louise Bogan  
*Men Loved Wholly Beyond Wisdom.*

Kaye se adentró en el interior de la colina. El aire era espeso y dulzón; la respiración de la concurrencia la desorientaba.

Sobre largas mesas de poca altura se apilaban peras y castañas de piel dorada, cuencos rebosantes de pan empapado en leche cremosa, granadas partidas en cuatro pedazos, pétalos violeta en platos de cristal y toda clase de bocados tan extraños como exquisitos. Se veían enormes y orondas copas de plata; unas erguidas, y otras tantas, volcadas. Elegantes hadas vestidas de rojo se codeaban con duendes pobremente ataviados; distinguidos cortesanos bailaban con brujas arpías.

La muchedumbre danzaba y cantaba, bebía y se emborrachaba.

Los atuendos eran muy variados, y no se asemejaban a las ropas medievales. Parecían más bien producto de un lunático diseño basado en la naturaleza. Los alzacuellos se elevaban como aletas gigantes; harapientos bordes elaborados con ramas remataban lujosos vestidos. Al igual que la Luna, las prendas podían resultar grotescas, inauditas o bellísimas; ninguna pasaba inadvertida.

—La Corte Oscura —dijo Kaye en voz alta.

Había esperado algo distinto; una cueva, tal vez, llena de huesos humanos roídos y hadas encarceladas. Algo previsible. Al mirar la caterva de juguistas, no supo qué pensar.

La propia estancia era gigantesca, tanto que no era posible otear el extremo contrario. A lo lejos se divisaba una especie de gigante, desplomado junto a un estrado. A cada paso que daba, Kaye parecía seguir un rumbo diferente, a cuál más repleto de esplendor. Un violinista tocaba un insólito instrumento con varios mástiles y tal número de cuerdas que el intérprete se veía obligado a mover el arco de forma frenética.

También reparó en una mujer de nariz alargada, cubierta de pecas y con orejas de chacal. Tres hombres pelirrojos con dos hileras de colmillos mordisqueaban pedazos de carne cruda y chupaban la sangre con deleite. Una descomunal criatura, con alas de murciélago y piernas como zancos estaba apoltronada en lo alto de una mesa y lamía un tazón de cobre lleno de nata; cuando Kaye pasó a su lado, la criatura emitió un sonido silbante.

Por encima de la multitud, el techo abovedado se adornaba con raíces colgantes.

Kaye tomó una de las copas que encontró en una mesa. Estaba profusamente

ornamentada y era muy pesada; pero parecía limpia. De una garrafa de plata que ocupaba el centro del tablero, escanció un fino líquido rojo. Aunque pequeñas semillas quedaron flotando en la superficie, la bebida emanaba un perfume agradable. Al fin y al cabo, no tenía mal aspecto. Kaye dio un trago. La poción sabía dulce y amarga a la vez, y se le subió a la cabeza de tal manera que tuvo que aferrarse al borde de la mesa para no caer redonda al suelo.

Entonces, seleccionó una manzana plateada de una pirámide de asombrosas frutas con espinas, la giró varias veces en la mano y, con cierta cautela, dio un mordisco. Por dentro era de color rojo intenso, y sabía a miel. Era tan deliciosa que Kaye se la comió entera, incluido el corazón; después, se chupó los dedos, pegajosos por las gotas de néctar. A continuación eligió otra fruta de color marrón y aspecto putrefacto; la pulpa, aunque arenosa, sabía a delicioso licor dulce.

Kaye notó que un vértigo contagioso la envolvía. En aquel lugar, nada de lo que uno hiciera resultaba extraño. Tenía plena libertad para girar como una peonza, bailar al ritmo de la música o cantar a voz en grito.

De repente, cayó en la cuenta de que se había adentrado en la estancia más de lo que quisiera. La habían empujado tantas veces de un lado para otro que ya no sabía localizar el camino hacia la salida.

Intentó volver sobre sus pasos. Tres mujeres pasaron junto a Kaye, con trajes de plata que arrastraban una estela de gasa. El pronunciado escote posterior de los vestidos idénticos dejaba al descubierto las espaldas huecas de las mujeres; espaldas cóncavas tan suaves y vacías como cuencos. Kaye se forzó a seguir caminando. Un hombre pequeño —un enano tal vez— con intrincados brazaletes de plata y negro cabello rizado que le llegaba a los hombros miró a Kaye de soslayo cuando ésta mordió un albaricoque.

A cada momento que pasaba, la situación parecía más irreal.

Un muchacho con alas se acercó volando hasta Kaye, y le dedicó una amplia sonrisa.

—Hueles a hierro —le espetó, y alargó un dedo para tocarla en el costado.

Kaye se apartó bruscamente, lo que provocó un coro de carcajadas. Enfocó la mirada a las alas del chico; eran de un verde pálido y recordaban a las de los saltamontes.

Kaye se fue abriendo camino a empujones entre la multitud, y fue dejando atrás grupos de bailarines que saltaban y se entrecruzaban en complicados círculos. Al pasar junto a una mesa cubierta hasta el suelo, una garra que salió por debajo del grueso mantel escarlata la agarró del tobillo. También dejó a un lado lo que parecía una depravada partida de ajedrez viviente.

Vio a un sátiro de barba rizada y cuernos de marfil que estaba encorvado y, con sumo cuidado, arrancaba un ala a una pequeña hada que sujetaba en el puño. El hada chillaba y batía frenéticamente la otra ala entre los dedos que la mantenían presa. Sobre la mano del sátiro se derramaban gotas de sangre de color verde. Kaye se

detuvo, horrorizada, y observó cómo el barbudo arrojaba al aire a la minúscula criatura. Ésta, desesperada, comenzó a hacer en círculos en el aire, hasta que cayó en espiral sobre el suelo de tierra. Antes de que Kaye pudiera acercarse a recogerla, la bota del sátiro cayó sobre ella y el hada diminuta quedó aplastada en el polvo.

Kaye se sintió desfallecer y arrancó a caminar, empujando a las masas a un lado para poder avanzar. Mientras intentaba encontrar la salida, pensaba en lo estúpida que había sido al adentrarse en aquel lugar. La Corte Oscura. Allí se encontraba lo peor de la tierra de las hadas; allí se acudía a emborracharse y a sumirse en el desenfreno.

Tres hombres enfundados en relucientes fracs de color verde, con piernas y brazos tan largos y delgados como palos de escoba, acosaban a un muchacho con ojos de ciervo y patas de saltamontes; cada vez que éste se agachaba y disponía a saltar, alguno de los hombres lo sujetaba o le daba un empujón.

—Dejadlo en paz —dijo Kaye, acercándose al grupo. El chico le recordaba a Gristle, por lo que la situación le resultaba aún más desagradable.

Los hombres se giraron para mirarla; eran idénticos. El muchacho intentó escapar, pero uno de ellos lo agarró del cuello.

—¿Qué pasa? —espetó uno de los hombres escuálidos.

—Os daré algo a cambio del chico —dijo Kaye, mientras intentaba trazar un plan de acción.

Uno de los hombres dejó escapar una risita socarrona y otro sacó un pequeño cuchillo con puño de marfil y hoja de metal que apestaba a hierro; el tercero agarró al muchacho por el cabello y le echó la cabeza hacia atrás.

—¡No! —gritó Kaye, al tiempo que la daga de hierro se clavaba en el ojo izquierdo del joven.

El globo ocular saltó como una uva, y el rostro del muchacho quedó surcado por pálidos fluidos y sangre escarlata, mientras el desdichado joven chillaba sin parar. Cuando la hoja de hierro le tocaba la piel, ésta emitía un sonido silbante.

—Nos gusta tener público —dijo uno de los escuálidos.

Kaye se tambaleó hacia atrás, se acercó a una mesa y lo único que encontró fue una copa de plata. La agarró como si fuera un pequeño garrote, sin saber a ciencia cierta cómo iba a emplearla.

Uno de los hombres escuálidos arrastró la hoja de la daga por la mejilla del muchacho y la deslizó por el cuello a medida que el chico emitía gritos de dolor y ponía en blanco el ojo que le quedaba. El hierro fue dejando una fina línea roja a su paso; la piel burbujeaba con ampollas blanquecinas.

—¿Vas a salvarlo, muñeca? —preguntó otro de los hombres.

Las manos de Kaye temblaban. La copa le pesaba en la mano y, ciertamente, no era un arma adecuada.

—No vamos a matarlo —terció el hombre que sujetaba al chico por el cabello.

—Sólo queremos ablandarlo un poco —añadió el que blandía el cuchillo.

Cegada por la cólera, Kaye arrojó el recipiente de plata con fuerza y golpeó en el

hombro al que sostenía el arma; el frac se manchó con los restos de vino de la copa, que cayó sobre el suelo de tierra rodando en círculos.

Uno de los hombres soltó una carcajada, y otro se lanzó hacia Kaye. Ésta se escondió entre la multitud, propinó un empujón a una estrafalaria dama y continuó su camino.

Entonces, se paró en seco. Medio oculto por tres criaturas con piel de sapo que jugaban una partida de dados, estaba Corny, recostado sobre una mesa volcada; a duras penas sujetaba una copa en la mano. Con los ojos cerrados, mecía la cabeza hacia delante y hacia atrás. Un charco de vino le había empapado los pantalones, pero al parecer no le importaba.

La muchedumbre apretujaba a Kaye de tal manera que se vio obligada a meterse debajo de la mesa.

—¡Corny! —exclamó Kaye, casi sin respiración.

Corny estaba frente a ella; pero no parecía verla.

Kaye lo zarandeo.

Corny reaccionó y, por fin, elevó la mirada. Parecía borracho.

Completamente borracho.

—Te conozco —dijo Corny arrastrando las palabras.

—Soy yo, Kaye.

—¿Kaye?

—¿Qué haces aquí?

—Dijeron que no era para mí. —¿Qué no era para ti?

La mano que sujetaba la copa se movió ligeramente.

—¿El vino?

—No para mí. Por eso me lo bebí. Me gustan las cosas que no son para mí.

—¿Qué te ha ocurrido?

—Nada de particular —dijo Corny, y esbozó una mueca que podría haber sido una sonrisa—. Lo he visto.

Kaye giró la cabeza en dirección a la muchedumbre.

—¿A quién?

Corny señaló hacia una plataforma elevada donde un grupo de hadas, pálidas y esbeltas, charlaban y bebían en copas de plata.

—Tu chico. Robin, el del pelo blanco. Me parece que era él.

—¿Qué hacía?

Corny negó con la cabeza, que se le desplomaba hacía delante.

—¿Vas a vomitar?

Corny levantó los ojos hasta el rostro de Kaye y sonrió.

—Estoy a punto de hacerlo.

Entonces, Corny empezó a cantar King of Pain, en voz baja y desafinando. Tenía la mirada perdida, y sonreía ligeramente; con una mano jugueteaba con un botón de su camisa, como si intentara abrocharlo otra vez.

*Hay un rey en un trono con los ojos arrancados.  
Hay un hombre ciego que busca la sombra de una duda.  
¡Oh, rey del dolor!, siempre seré... el rey del dolor.*

—Voy a buscarlo —dijo Kaye.

Miró a Corny, quien murmuraba palabras ininteligibles al tiempo que limpiaba el interior de la copa con un dedo que, a continuación, se llevaba a los labios.

—Espérame aquí, ¿de acuerdo? No te marches.

Corny no respondió; de todas formas, lo más seguro era que no pudiera mantenerse en pie. Su aspecto no podía ser más deplorable.

Kaye se adentró de nuevo en la multitud y se encaminó en la dirección que Corny le había indicado.

Una mujer con gruesas trenzas de pelo escarlata se sentó en un trono de madera rematado con crestas y pinchos. El asiento estaba horadado por las termitas, y parecía haberse construido con celosía. A los pies de la dama, jugueteaban varios trastos.

Roiben se acercó hasta el trono y se postró sobre una rodilla.

Kaye sintió la necesidad de acercarse, no veía bien. Entonces, reparó en una pequeña cavidad en la pared que le serviría para ocultarse, a una distancia suficiente para observar los acontecimientos. Estaba decidida a encontrar el modo de hacer pagar a Roiben por lo que había hecho.

Rath Roiben Rye se abrió paso entre la multitud; dejó a un lado una mesa donde una pequeña hada se retorció bajo el abrazo de un ogro, tal vez a causa del placer, o acaso del pánico. Tiempo atrás, cuando pertenecía a la Corte Luminosa, se habría detenido. Llevaba en la cintura su espada de plata; pero su Reina lo aguardaba, y él había aprendido a ser un esclavo complaciente, por lo que prosiguió su marcha.

*Lady Nicnevin*, reina de la Corte Oscura, permanecía en pie, rodeada por sus cortesanos. Su cabello rojo enmarcaba un rostro blanco engarzado con ojos de zafiro, y Roiben volvió a quedar maravillado por la gélida belleza de la soberana. Cuatro trastos retozaban a su alrededor. Uno de ellos le tiraba de las faldas, como un niño pequeño. Rath Roiben Rye cayó de rodillas e inclinó la cabeza hasta tocar el suelo con su cabello del color del estaño; entonces, besó la tierra a los pies de la dama.

Roiben no deseaba encontrarse allí aquella noche. Todavía le dolía el pecho, y lo único que anhelaba era tumbarse y cerrar los ojos.

Pero en el momento en que los entornaba, sólo veía el aterrorizado rostro de la muchacha humana, cuando él la arrojó sobre el mugriento suelo del restaurante.

—Puedes levantarte —dijo la dama—. Acércate. Tengo una misión para ti.

—Soy vuestro —respondió Roiben Rath Rye, rozando el suelo con los labios.

La Reina esbozó una tenue sonrisa.

—¿Es eso cierto? ¿Me sirves con tanta fidelidad como serviste a mi hermana?

Roiben dudó antes de contestar.

—Mejor, tal vez, ya que vos me planteáis mayores desafíos.

La sonrisa desapareció de los labios de la soberana.

—¿Intentas burlarte de mí?

—Os ruego me disculpéis, señora. No bromeo en absoluto. Pero no puede decirse que vuestras misiones sean precisamente festivas.

La Reina soltó una carcajada tan fría como la plata, que al emanarle de la garganta recordaba a los cuervos cuando remontan el vuelo.

—Caballero, tu lengua no está hecha para las gentilezas. Sin embargo, me agradas. ¿Por qué será?

—¿Quizá porque me encontráis divertido, señora? —aventuró Roiben.

Los ojos de la Reina eran duros y húmedos, pero su risa poseía una belleza inigualable.

—Sin duda, mas con mi actitud no doy muestras de sabiduría.

Levántate. Tengo entendido que debo agradecer a una muchacha mortal tu presencia aquí esta noche.

Roiben se puso en pie con rostro serio. No quería dejar traslucir su sorpresa.

—Me temo que fui negligente.

—Debe de ser una chica extraordinaria. Háblanos de ella.

Varios aristócratas que rodeaban a la Reina sonrieron abiertamente, y atendían a la conversación como quien presencia un duelo.

Roiben fue cauteloso, e hizo esfuerzos por mostrarse natural. Su voz tenía que resultar despreocupada; no podía dar la impresión de que medía sus palabras.

—Dijo que ciertas hadas solitarias la conocían. Goza de clarividencia. Una muchacha inteligente y bondadosa.

La Reina sonrió ante el comentario.

—¿No fueron las hadas solitarias quienes te hirieron, caballero?

Roiben asintió y no pudo evitar que una tenue sonrisa le iluminara el rostro.

—Supongo que no han entablado fuertes alianzas entre ellas, mi señora.

A la Reina no le agradó lo que acababa de oír. Roiben se dio cuenta.

—Se me ocurre una idea —dijo ella, al tiempo que llevaba un delicado dedo a sus labios sonrientes—. Consíguenos a esa muchacha.

El Tributo forzará la lealtad de las hadas solitarias. Una joven con dotes de clarividencia sería un candidato excelente...

—¡No! —interrumpió Roiben.

Fue una especie de ladrido, una orden tajante. Las cabezas de los cortesanos se giraron de inmediato. Roiben notó que la bilis le subía por la garganta. No había actuado de forma inteligente. En absoluto.

Los labios de *lady* Nicnevin se curvaron en señal de triunfo.

—Me gustaría señalar que, si las hadas la conocen, será una forma perfecta de recordarles que no deben romper mis juguetes —dijo la dama, quien no hizo mención alguna al arrebato de Roiben.

La Reina lo había llamado «juguete», pero Roiben apenas prestó atención. Se

estaba imaginando a la joven siendo sacrificada. Veía cómo los labios de la muchacha maldecían el nombre de Roiben.

—Permitidme encontrar a otra víctima —dijo Roiben, casi sin pensar.

En otra circunstancia a su Reina le habría parecido divertida la situación: la búsqueda de un inocente que sustituyera a otro.

—No voy a hacerlo. Tráeme a la muchacha dentro de dos días.

Quizá, una vez que la haya visto, reconsidere mi decisión. Nephamael acaba de llegar de la corte de mi hermana con un mensaje. Tal vez lo podamos persuadir para que te ayude a encontrarla.

La mirada de Roiben se dirigió al caballero que la Reina acababa de mencionar, quien estaba conversando con una poetisa con patas de cabra y, por el momento, no prestaba atención a la soberana.

Roiben se sentía desfallecer con sólo mirar el círculo de hierro que ardía en la frente del caballero Nephamael; decían que cuando se lo quitaba, la ardiente cicatriz le llegaba a lo más profundo de la carne.

Para Roiben aquel guerrero ataviado con una capa forrada de espinas era una pesadilla. La reina de la Corte Luminosa enviaba con frecuencia a Nephamael de regreso a la Corte Oscura, a la que había pertenecido, para realizar alguna pequeña misión. Roiben se arrodilló e hizo una reverencia hasta tocar el suelo con la frente; pero la atención de la Reina ya estaba en otra parte.

Roiben caminó entre la muchedumbre y pasó junto a la mesa en la que había visto al ogro. Nada quedaba de la pareja, salvo tres gotas de sangre color cereza y el polvo reluciente de las alas del hada.

Su juramento de obediencia le atravesaba la carne como un estilete.

Kaye observó cómo Roiben descendía del estrado mientras ella intentaba luchar contra los sentimientos que le atenazaban la garganta. «Una muchacha inteligente y bondadosa». Aquellas palabras le habían desbocado el corazón de una forma que a Kaye no le agradaba en absoluto. ¿Se habría dado cuenta Roiben de que su voz adquiriría un tono diferente al hablar de Kaye?

*«Es tan impredecible que ni siquiera su Reina puede confiar en él.  
Puede ser amable contigo, o bien acabar con tu vida».*

Pero el recuerdo de los labios de Roiben sobre su piel permanecía. Aunque se frotara la zona. Aunque se rascara con fuerza.

Kaye se levantó mientras otro caballero se acercaba a la Reina y se agachaba para besar el borde del vestido de la soberana.

—Levántate, Nephamael —dijo la Reina—. Tengo entendido que traes un mensaje para mí.

La esbelta figura se levantó con la misma elegancia y formalidad que antes mostrara Roiben. Aquel caballero llevaba un anillo de metal clavado en la frente; la



piel que lo rodeaba se veía negra, como si estuviera quemada. En sus ojos amarillos había algo que a Kaye le resultaba familiar.

—He aquí el mensaje que mi señora desea que escuchéis —su sonrisa traslucía connotaciones de deslealtad—. Mi Señora afirma que, aunque se ha aprobado una tregua en cuanto a los asuntos de guerra, desconoce los acuerdos relativos a la influencia de los mortales. Mi Reina cuenta con varios favoritos que desean cruzar vuestras fronteras, y busca un medio por el que proporcionarles un pasaje seguro a través de estas tierras. Debo esperar vuestra respuesta. No parece que tuviera prisa por mi regreso. Confieso que me agrada volver a casa a tiempo para El Tributo. — ¿Es eso todo lo que ha dicho?

—Ciertamente, sí; aunque una dama luminosa me pidió que preguntase por su hermano. Por lo visto no ha tenido noticias de él desde que se unió a vuestra corte. Una Joven encantadora.

Larguísimo cabello blanco, tan largo que se podría fabricar un látigo con él. Se parece mucho al caballero con el que habéis estado conversando —otra sonrisa picara—. La dama desea saber por qué nunca lo utilizáis como mensajero.

La Reina sonrió también.

—Es agradable tenerte en casa, Nephamael. Tal vez puedas ayudar a mi caballero a encontrar una víctima para el sacrificio.

—Será un honor para mí. De hecho, he oído hablar de un candidato perfecto. Se trata de una muchacha que conoce a un miembro de vuestra corte.

De repente, Kaye notó que alguien la agarraba con fuerza por el brazo, y gritó.

—No deberías estar aquí —el tono de Roiben era gélido, y su mano seguía aferrada al brazo de Kaye.

Kaye respiró hondo y lo miró a los ojos.

—Sólo quería escuchar a la Reina.

—Si alguno de sus caballeros te hubiera descubierto espionando, sin duda hubiera disfrutado al dejarte en evidencia. Esto no es un juego, *pixie*. Este lugar es demasiado peligroso para ti. ¿*Pixie*? Entonces, Kaye cayó en la cuenta de que Roiben estaba contemplando su nueva apariencia: piel verde, ojos negros, alas plegadas. Roiben no la había reconocido. Kaye soltó una bocanada del aire que había estado reteniendo.

—Yo no soy asunto tuyo —replicó, y empezó a mover el brazo para liberarse de la presión de Roiben.

Kaye se dijo a sí misma que Roiben la dejaría marchar pero las palabras de Spike le llegaban a los oídos como un eco. Imaginó a Roiben a lomos de un caballo negro con lucientes ojos blancos; el rostro del caballero manchado de barro y sangre, los ojos iluminados con el brillo propio de los lunáticos. Lo vio cabalgando sobre el pobre Gristle, mientras éste intentaba ocultarse entre los arbustos.

—¿Eso crees? —Roiben no le soltó el brazo, sino que empezó a arrastrarla a través de la multitud de seres fantásticos. Éstos se apartaban para dejarlo pasar, con tanto ímpetu que en ocasiones caían al suelo, unos sobre otros—. Soy caballero de la

reina Nicnevin.

Quizá debería preocuparte lo que te pueda ocurrir.

Kaye sintió un escalofrío.

—¿Qué vas a hacer?

El caballero suspiró.

—Nada. Siempre que te marches de inmediato. ¿Nada? Kaye apenas se atrevía a mirarle el rostro, por lo que pudiera encontrar. Sin embargo, cuando lo hizo, tan sólo apreció abatimiento. En sus pálidos ojos no encontró el brillo de la locura.

Kaye no podía marcharse, y tampoco podía explicar a Roiben que su amigo humano estaba borracho al otro lado de la colina hueca.

Tenía que encontrar una forma de salir de la situación.

—¿No me está permitida la estancia en este lugar? No parece que exista una lista de invitados.

Ante el comentario de Kaye, los ojos de Roiben se oscurecieron; bajó la voz para decir:

—A la Corte Oscura le encanta que los espías de las hadas solitarias acudan a sus fiestas. Son escasas las ocasiones en las que contamos con voluntarios para nuestras diversiones.

Kaye notaba que se estaba adentrando en terreno peligroso. La tristeza había abandonado el rostro de Roiben, que ahora se mostraba inexpresivo. Una sensación de temor empezó a invadirá la muchacha.

«Le encanta...», «diversiones». Las implicaciones de los comentarios del caballero no le pasaron inadvertidas.

—Puedes marcharte por aquí —dijo Roiben, y le mostró un túnel de tierra diferente al que Kaye había recorrido para entrar a la colina.

Éste estaba oculto por un sillón y parecía estar más cerca del gigante. Pero tienes que darte prisa. Márchate ahora. Antes de que alguien me vea hablando contigo.

—¿Por qué? —inquirió Kaye.

—Porque podrían dar por hecho que me agradas. Entonces, me obligarían a torturarte para divertirse viéndome sufrir.

El tono de Roiben era frío y monocorde. Las palabras parecían desplomarse de sus labios carentes de significado, palabras vacías que caían a la oscuridad.

Kaye recordó la escena del restaurante, y sus manos se convirtieron en témpanos de hielo. ¿Qué se sentiría al ser una marioneta? ¿Qué sensación se tendría al observar que tus propias manos te desobedecen?

La rabia envolvió a Kaye como una nube negra, deseaba entender los motivos por los que Roiben había matado a Gristle. No quería perdonarlo. Sobre todo, no quería sentir deseo por él.

—¡Ahora, *pixie*! —dijo Roiben—. ¡Ahora!

—No sé si debo creerte —terció Kaye—. Bésame.

Ya que no podía dejar de pensar en sus labios, tal vez si los besaba lograría

apartarlos de su mente. El riesgo merecía la pena.

—No hay tiempo para tus travesuras de duende —replicó él.

—Si quieres que me marche ya, más vale que des prisa —Kaye se quedó sorprendida ante sus propias palabras.

Se quedó aún más sorprendida cuando los labios de Roiben rozaron los suyos. Una especie de calambre le recorrió el cuerpo.

—Vete —insistió Roiben, pero pronunció la palabra un hilo de voz, como si Kaye le hubiera arrebatado la energía. Sus ojos se mostraban ensombrecidos.

Kaye se introdujo en el túnel sin pararse a pensar en que lo acababa de hacer. Tampoco se detuvo a averiguar si había actuado por venganza.

En el exterior brillaba la luz, y el frío era intenso era de día. Una bocanada de brisa hizo temblar las escasas hojas que quedaban en las ramas de los árboles. Kaye se frotó los brazos y empezó a correr por la colina con la intención de entrar en calor. Sabía dónde encontrar el penacho de hierba marrón. Sólo tenía que entrar otra vez por el orificio. Si se limitaba a quedarse junto a la pared, nadie se percataría de su presencia. Corny estaría allí, y esta vez Kaye prestaría más atención y marcaría la salida de alguna forma.

La hierba estaba igual de seca por todas partes. Kaye recordaba el emplazamiento de la abertura con claridad. Se encontraba junto a una lápida cuya inscripción rezaba: «Adelaide». Se hincó de rodillas y empezó a excavar; clavaba las uñas frenéticamente en el terreno medio congelado. No había más que tierra, muy prensada, como si allí jamás hubiera existido un pasadizo hacia un palacio subterráneo.

—¡Corny! —gritó Kaye con todas su fuerzas, consciente de que su amigo no podría oír su llamada desde las profundidades de la colina.



## CAPÍTULO OCHO



La belleza no es más que el comienzo de lo terrible, que a duras penas soportamos.  
La admiramos en tal medida porque, serenamente, rehúsa destruirnos.

Rainer María Rilke  
*Primera elegía de Duino.*

Un tañido de campanas despertó a Corny, que dormía en la ladera de la colina. Tiritaba de frío, los dientes le castañeteaban y la cabeza le estallaba; con el más mínimo movimiento, se le revolvía el estómago. Su cazadora había desaparecido.

Se encontraba solo, tendido sobre el suelo de un cementerio, y no tenía ni idea de cómo había llegado hasta allí. Vio su coche junto a la carretera, donde lo había aparcado la noche anterior. Las luces de emergencia aún centelleaban débilmente. Una oleada de náusea lo invadió y, con gran esfuerzo, se giró hacia un lado para vomitar.

El sabor a vino que le ardía en la garganta le trajo el recuerdo de la boca de un hombre sobre la suya; la mano de un hombre que lo acariciaba. Horrorizado, intentó poner rostro a aquella boca y a aquellas manos; pero la cabeza le dolía demasiado para concentrarse.

Se puso en pie e intentó mantener el control de sus pasos a medida que se acercaba al coche. A pesar de que las luces habían estado encendidas toda la noche, el motor arrancó sin dificultad.

Corny puso la calefacción al máximo y se quedó inmóvil, disfrutando del chorro de aire caliente. Sintió un escalofrío de placer.

Sabía que bajo los envoltorios de comida rápida y las novelas a medio leer había un bote de aspirinas; pero se sentía incapaz de moverse. Echó la cabeza hacia atrás, y aguardó a que el calor que le subía lentamente por piernas y brazos lograra acabar con el desmayo que lo acechaba. Entonces, recordó a Kaye sobre el asiento trasero del vehículo, y el atardecer del día anterior regresó de repente, con inusitada intensidad.

La piel de Kaye se agrietaba y se desprendía; unas alas húmedas empezaban a agitarse; el nuevo y extraño cuerpo de la muchacha se tumbaba sobre el asiento posterior de su coche; la música...

Entonces, se encontró solo en la ladera de la colina, y una maraña de recuerdos lo asediaba. Corny había escuchado historias parecidas, hombres y mujeres que despertaban en una colina y afirmaban haber pasado la noche en el país de las hadas. Ya nunca podían regresar.

Enfadado, Corny se preguntó si Kaye seguiría allí, bailando al ritmo de flautas distantes, sin recordar que él había entrado tras ella.

El estómago se le encogió al pensar que tal vez hubiera otra explicación para la ausencia de Kaye. La recordaba encorvada sobre él y susurrando: «Voy a buscarlo. Espérame aquí».

Cuanto más pensaba en ello, con más claridad le venían a la memoria los brutales acontecimientos de la noche anterior. El grito lejano que no lograba situar; la visión algunos de los participantes de la fiesta con los dientes manchados de sangre, y aquel hombre, el hombre de la capa forrada de espinas que había encontrado a Corny tirado sobre el suelo de tierra, totalmente borracho...

Corny negó con la cabeza. Le resultaba difícil recordar los detalles; sólo la suavidad de aquellos labios y los arañazos de las espinas. Se llevó las manos a los puños de la camisa y enrolló las mangas. Los brazos estaban llenos de rasguños de un rojo intenso que eran prueba irrefutable de lo que había sucedido durante la noche. Al palpar las magulladuras lo asalto un deseo tan intenso que se sintió morir.

Kaye llegó a la puerta de atrás dando traspiés. Una rápida ojeada al reloj del microondas le confirmó que casi era mediodía.

El agotamiento la embargó mientras se esforzaba por percibir en sus dedos la urdimbre propia de la magia. Se sentía como un trozo de cuerda excesivamente tirante que, poco a poco, se iba deshilachando.

Había buscado inútilmente la forma de regresar al interior de la colina.

Tal vez sólo se abriría al atardecer; tendría que volver por la noche, seguir el mismo recorrido y aguardar.

Todos sus sentidos retenían una extrema sensibilidad; el débil hechizo que ahora ocultaba su auténtica apariencia no tenía comparación con el anterior. Aún escuchaba el ligero roce de las alas en su espalda; olía la basura oculta bajo el fregadero, incluso identificaba los olores por separado: posos de café, cáscaras de huevo, un trozo de queso enmohecido, detergentes y el denso líquido venenoso con el que su abuela rellenaba las trampas para cucarachas. El aire mismo retumbaba con una energía antes desconocida para Kaye. Si se dejaba llevar por ella, quizá lograra olvidar el cansancio. Pero no deseaba hacerlo; lo que quería era aferrarse con todas sus fuerzas a su fachada de humanidad.

—¿Kaye? ¿Eres tú? —su abuela entró en la cocina, procedente de la sala de estar. Vestía bata y zapatillas, con el escaso pelo gris recogido con rulos—. ¿Acabas de llegar?

—Hola, abuela —dijo Kaye con un bostezo.

Kaye se acercó a la mesa, apartó una pila de periódicos y folletos, y apoyó la cabeza sobre las manos. Casi sintió alivio al notar cómo su abuela se iba poniendo furiosa por momentos; parecía que todo había vuelto a la normalidad.

—Llamé a la escuela esta mañana.

Kaye hizo un esfuerzo por no lanzar un bufido.

—¿Sabías que no está permitido darse de baja sin el consentimiento por escrito de los padres? Según tu historial académico, no asistes a la escuela desde que tenías 14 años.

Kaye hizo un gesto de negación con la cabeza.

—¿Qué quieres decir? ¿Acaso lo niegas?

—Ya sé que no he asistido a la escuela —replicó Kaye enojada ante el tono infantil de su propia voz.

—Bueno, menos mal que lo sabes, señorita; pero soy yo quien quiere saber qué has estado haciendo todo este tiempo. ¿Adónde te escapabas?

—A ningún lado —respondió Kaye con un hilo de voz— No quería que te enteraras. Sabía que te pondrías furiosa.

—Entonces, ¿por qué no te volviste a matricular? ¿Es que quieres no ser nadie en esta vida?

—Me voy a sacar el Diploma de Educación General —apuntó Kaye.

—¿El Diploma? ¿Cómo un camello cualquiera? ¿Cómo una adolescente embarazada? ¿Es que quieres acabar viviendo en una asquerosa caravana, como esa amiga tuya?

—¡Cállate! —gritó Kaye, mientras se sujetaba la cabeza—. Te crees que lo sabes todo sobre la gente, ¿verdad? Te crees que el mundo es algo fácil de entender. ¡No me conoces en absoluto, no sabes ni lo más mínimo de mí! ¿Cómo puedes saber algo sobre Janet si no sabes nada sobre mí?

—No voy a permitir que me grites en mi propia casa. Tú y tu madre sois iguales. Os creéis que basta con desear algo. Creéis que si queréis algo con todas vuestras fuerzas, vais a conseguirlo por arte de magia.

Magia. El rostro de Kaye adoptó una expresión a medio camino entre una mueca y una sonrisa.

—Sólo con trabajo y esfuerzo se llega a alguna parte. Además, casi nadie consigue lo que desea. La gente sufre y nadie conoce el porqué. Muchas personas con talento, como tu madre, no logran tener éxito a pesar de sus cualidades. ¿Qué vas a hacer tú? No puedes confiar en la suerte. ¿Cómo saber si uno va a ser afortunado en la vida?

Kaye se sorprendió al descubrir que su abuela consideraba que Ellen tenía talento.

—No confío en la suerte —aseguró Kaye con un tono insensible.

—¿En serio? ¿Qué planes tienes, entonces?

—No lo sé —respondió Kaye. Estaba cansada, y notaba que la voz se le quebraba. Tenía miedo de echarse a llorar, pues si empezaba, no sería capaz de parar. Peor aún, su tono resultaba engreído, como si le molestara que la hubieran descubierto, lo que no se apartaba mucho de la realidad—. Necesitábamos el dinero.

Su abuela la miró con expresión de horror.

—¿Qué dinero?

—¿Es eso lo que crees? No, mejor no me lo digas —dijo Kaye, escondiendo la

cara entre los brazos cruzados—. Estuve trabajando en un restaurante chino, ¿de acuerdo? En la ciudad. A tiempo completo.

Necesitábamos el dinero.

Su abuela, confundida, no apartaba la vista de Kaye.

—Todavía no he conseguido un empleo aquí —confesó—, pero a lo mejor me coloco en la gasolinera, donde trabaja el hermano de Janet. He presentado una solicitud.

—Tú vas a terminar tu Enseñanza Secundaria, jovencita; aunque no lo hicieras, una gasolinera no es lugar para una muchacha. ¿Quién saldría con una chica que trabajase allí?

—¿A quién le importan los chicos? —protestó Kaye—. Escucha, abuela, mamá firmará cualquier formulario que yo pueda necesitar para conseguir mi Diploma de Educación General.

—¡No, no lo hará! —exclamó la abuela de Kaye—. ¡Ellen!

—¿Qué? —el grito, que denotaba irritación, había llegado desde el piso superior.

—¡Baja aquí y escucha a tu hija! ¿Sabes qué planes tiene? ¿Sabes lo que ha estado haciendo?

Un par de minutos más tarde, la madre de Kaye entró en la cocina, con el pelo recogido en un pañuelo rojo. Llevaba una camiseta negra y pantalones de chándal.

—¿Qué has hecho?

—¿Hacer? Yo no he hecho nada —replicó Kaye. Podía haber imaginado que esta discusión se avecinaba, pero notaba una cierta distancia, como si sólo fuera una observadora más de la escena—. No he ido a la escuela, y la abuela no lo sabía.

—No te hagas la lista —advirtió la abuela.

Ellen se apoyó en el quicio de la puerta de la cocina.

—Mira, no importa lo que haya estado haciendo, porque a principios de la semana que viene estaremos en Nueva York. Voy a ser la solista de Melow Factory.

Tanto Kaye como su abuela se quedaron mirando a Ellen con expresión de horror. Ellen se encogió de hombros, pasó al lado de ellas y se dispuso a llenar la cafetera de agua.

—Te lo pensaba decir anoche, pero no viniste a cenar.

—No pienso ir a Nueva York —aseguró Kaye, enojada por lo pueril de su tono de voz. ¿Era ésta la misma muchacha que había insultado al caballero favorito de la Corte Oscura? ¿La que había hablado con un kelpie?

—Ellen, no puedes decir en serio que te da igual que tu única hija no asista a la escuela —la abuela de Kaye apretó los labios en señal de desaprobación.

Ellen se encogió de hombros otra vez.

—Kaye es una chica inteligente, mamá. Puede tomar esa clase de decisiones por sí misma.

—Tú eres su madre. Tu deber es asegurarte de que tu hija tome las decisiones adecuadas. —¿Acaso funcionó conmigo? Intentaste tomar todas decisiones por mí, y



mira adonde hemos llegado. No voy cometer el mismo error con Kaye. ¿Qué pasa si no quiere terminar la Secundaria? Cuando yo tuve que hacerlo, la Secundaria apestaba; imagino que seguirá siendo igual. Kaye sabe leer y escribir, cosa que algunos alumnos de último curso no pueden afirmar; posiblemente ha leído más libros que cualquier chica de su edad.

—Ellen, no seas estúpida. ¿Cómo va a ganarse la vida? ¿Qué futuro le espera? ¿No quieres para ella algo mejor que lo que tú has conseguido?

—Quiero que tenga el futuro que ella elija.

Kaye salió de la cocina. Sabía que iban a seguir discutiendo y no repararían en su ausencia. Lo único que deseaba era dormir.

El teléfono sonó al lado de su cabeza, donde Kaye lo había dejado caer. Emitió un gruñido y pulsó el botón.

—¿Sí? —dijo, atontada por el sueño.

Había dormido mal, no había parado de dar vueltas en toda la noche. Las mantas le daban demasiado calor, pero no quería apartarlas porque le ofrecían seguridad; temía quedar al descubierto.

Sus sueños estaban llenos de seres de ojos rasgados que la pinchaban con dedos como garras.

—¡Joder! Estás ahí.

Kaye reconoció la voz de Corny. Su tono denotaba tanto asombro como alivio.

—¡Corny! Me echaron. No pude volver a entrar para buscarte —Kaye miró el reloj. Era la una de la tarde—. Puede que sólo abran la colina de noche.

—Voy a tu casa.

Kaye asintió con un gesto y, al darse cuenta de que Corny no la veía, dijo:

—Sí, claro que sí. Ven a mi casa. ¿Te encuentras bien?

Corny colgó el teléfono, y Kaye se pasó la mano por la cabeza, inquieta, antes de dejarse caer sobre la almohada.

Corny entró en la habitación de Kaye y lo primero que dijo fue:

—El hechizo te sienta bien. ¡En, tienes ratones!

Kaye miró a Corny con ojos entreabiertos.

—¿Cómo lograste salir? Me volví loca buscándote. Si la policía me hubiera visto, me habría tomado por una profanadora de tumbas que intentaba desenterrar cadáveres con sus propias manos.

Me desperté esta mañana en la ladera de la colina. Creí que me habías abandonado y que me había convertido en una especie de Rip Van Winkle; era el año 2112, y nadie había oído hablar de mí. Corny mostró una sonrisa burlona.

—Roiben me echó. Lo siento. No quería abandonarte, pero temía que si le hablaba de ti él averiguase mi identidad.

Corny sonrió otra vez.

—¿No te reconoció?

Kaye negó con la cabeza y sintió un escalofrío.

—Bueno, ¿qué te pareció la Corte Oscura?

Una sonrisa malévola fue iluminando el rostro de Corny.

—¡Oh, Kaye! —dijo al fin—. Fue maravilloso. Perfecto.

Kaye entornó los ojos.

—Estaba bromeando. Son asesinos, Corny. Matan por pura diversión, a seres como tú y como yo.

Dio la impresión de que Corny no la escuchaba. Con la mirada perdida, el muchacho dirigió la vista hacia la ventana, por donde el Sol entraba a raudales.

—Allí había un caballero, no me refiero al tuyo. Era... —Corny sintió un estremecimiento, y pareció cambiar bruscamente el rumbo de sus palabras—... llevaba una capa forrada de espinas.

—Lo vi hablar con la Reina asintió Kaye.

Corny se quitó la cazadora. Tenía los brazos cubiertos de arañazos.

—¿Qué te ha pasado?

Corny volvió a sonreír, y la expresión de sus ojos delataba que estaba recordando algo. Giró la mirada hacia Kaye.

—Me metí dentro de la capa.

Kaye exhaló un bufido.

—¡Menudo eufemismo! ¿Te hizo daño aquel caballero?

—No más del que yo le permití replicó Corny.

A Kaye le resultaba tan desagradable la forma en la que Corny hablaba como el aspecto que adquiriría al recordar aquel asunto.

—¿Y tú, Kaye? ¿Te pudiste vengar de Robin, el del pelo blanco?

Kaye no pudo reprimir el sonrojo que le tiñó las mejillas.

—¡Dime! —insistió Corny; Kaye se iba sonrojando más y más a medida que relataba lo que había sucedido. Al contar la historia en alto, sonaba aún más patética.

—De modo que has hecho que te besara una vez en los labios y otra en el culo.

Kaye le clavó las pupilas, furiosa; pero no pudo evitar una risita nerviosa.

—Puede que el caballero tenga miedo de que utilices su nombre en el futuro. ¿Por qué no sigues dándole órdenes indefinidamente?

Kaye empezó a hacer muecas en señal de burla.

—¿Qué me dices de ti y tu caballero? Mírate los brazos. ¿Te parece normal?

—Cuando los toco, siento un escalofrío dijo Corny bajando la voz.

—No se nos da mal asustarnos el uno al otro.

—Si, es verdad. Bueno, me voy a casa. ¿Qué tenemos ahora en la agenda de las hadas?

Kaye se encogió de hombros.

Supongo que ahora viene mi sacrificio.

—Genial. ¿Cuándo es eso?

Kaye negó con la cabeza.

—Ojalá lo supiera. Supongo que en Samhain, es decir, en Halloween. De noche,

lo más probable.

Corny la miró con incredulidad.

—Halloween es dentro de dos días.

—Ya lo sé —replicó Kaye—. Pero yo no tengo que hacer nada. Sólo tengo que chillar y gritar, y simular que soy humana durante un rato. —¿Qué pasa si se ponen furiosos al verse engañados?

Kaye se encogió de hombros otra vez.

—No lo sé. No es mi problema. Mi deber consiste en ser una buena víctima.

—Si, aunque confío en que no demasiado buena.

—Spike y Lutie nunca permitirían que me ocurriese nada malo.

Bueno, vale. Me alegro.

—¿Crees que lo harían?

—Lo que creo es que me parece arriesgado. Todo lo por ahora conocemos del mundo de las hadas es peligrosos.

—Es verdad —convino Kaye.

—¡Ah! —interrumpió Corny—. Jimmy me vio cuando pasé por la gasolinera. Dice que, si quieres el empleo, puedes empezar esta tarde a las seis. Es el turno anterior al mío así que supongo que no me ha despedido, después de todo.

Kaye sonrió.

—Bueno, pues te veré esta tarde. Me alegro de que estés bien.

—Estaría mejor si todavía siguiera allí —terció Corny y la preocupación volvió a invadir a Kaye como una ola.

—Corny...

Él sonrió, con aquella sonrisa distante y extraña que había adquirido en la colina. Kaye sintió deseos de zarandearlo por los hombros para hacerlo salir de aquel estado.

—Nos vemos esta tarde —dijo Corny mientras se enfundaba la cazadora.

Hizo un gesto de dolor cuando los brazos rozaron con la tela del forro; Kaye, sin compasión, se alegró de que le doliera. Cuando Corny se hubo marchado, Kaye se fijó en los papelitos de color rosa pegados en la puerta de su habitación. Los había colocado su madre, y eran acerca de las llamadas que Kaye había recibido. Una era de Jimmy —posiblemente para hablar del empleo—, y todas las demás eran de Kenny.

Kaye colocó el colchón en el suelo, agarró el auricular del teléfono y marcó el número que aparecía en el papelito de la primera llamada de Kenny. Podía dejarle un mensaje diciendo dónde iba a trabajar aquella noche. Era un lugar público. Si iba a visitarla, Kaye podría despojarlo del encantamiento; entonces, su amistad con Janet volvería a ser la de siempre.

—¿Diga? —dijo una voz masculina. De fondo se oía una especie de zumbido metálico.

—Ah, hola —balbuceó Kaye—. Pensé que estarías en la escuela.

—Me has llamado al móvil —dijo Kenny—. Estoy en una tienda.

—Soy Kaye.

Kaye se sintió estúpida otra vez, como si un puñado de palabras de Kenny fueran una especie de bendición de la que ella no era digna.

—Ya lo sé. El profesor está enfermo, y nos han soltado antes.

Quiero verte. Esta noche.

—Tengo que trabajar. Podrías venir...

—¿A qué hora? —interrumpió Kenny.

Kaye se notaba incómoda, excesivamente consciente de cada palabra que Kenny pronunciaba, y esperaba que en cualquier momento éste empezase a burlarse de ella. Al ver que no lo hacía, Kaye se sintió agradecida de una forma absurda.

—A las seis.

—Ven a buscarme a la salida de la escuela. ¿Conoces mi coche?

—No. ¿Por qué no vienes tú al trabajo? —Kaye intentó recuperar el control de la conversación.

—En la entrada, entonces. La principal. Tengo que verte.

Kaye dudó; no existía ninguna razón por la que no pudiera ir a buscarlo, la verdad. Después de todo, deshacer el encantamiento sería cosa de un momento. Por lo que pudiera suceder a continuación, tal vez sería mejor que Kaye se encontrase en un lugar del que pudiera marcharse.

—De acuerdo.

—Bien.

Entonces, Kenny colgó el teléfono, y Kaye se quedó con una sensación desagradable, como quien, con el estómago vacío, se bebe de golpe un café preparado dos días atrás. Tenía los nervios destrozados. Levantó una mano, comprobó sin sorpresa que temblaba ligeramente, como una cuerda de guitarra que se acabara de rasgar.

Cerró los ojos y respiró Profundamente; entonces, se quitó la ropa de Corny y eligió la suya propia. La camiseta se acopló al espejismo de su espalda lisa, pero Kaye notaba cómo el suave tejido de algodón rozaba las alas.

Era extraño esperar a la puerta de una escuela a la que uno debería haber asistido. Algunos de los chicos y chicas le resultaban familiares —los había conocido en la escuela primaria—, pero casi todos eran desconocidos.

«Humanos», susurraba su mente. «Todos son humanos y tú, no».

Kaye negó con la cabeza. No le agradaban aquellos pensamientos. Ya resultaba bastante insólito que no hubiera asistido a la escuela secundaria desde hacía años. A veces, como en aquel momento, la echaba de menos. De pequeña, Kaye odiaba el colegio.

Ella y Janet se hicieron amigas por pura necesidad. Los niños se burlaban de Janet por su ropa de segunda mano; de Kaye, por las estafalarias historias que contaba. Pero en la ciudad, Kaye pasaba inadvertida, nadie la conocía; además, había un montón de chicos y chicas raros. Justo cuando las cosas empezaban a ir mejor, Kaye

abandonó la escuela.

—Hola —dijo Kenny. Llevaba gafas de sol y una camiseta gris debajo de una gruesa camisa militar de franela. Se quitó las gafas al acercarse a Kaye. Alrededor de sus ojos se veían círculos negros—. ¿Por qué no me llamaste ayer? Dejé cientos de mensajes en tu casa.

Tu madre me dijo que estabas en casa de Janet, pero fui y no estabas.

—Lo siento —dijo Kaye—. Estuve por ahí.

Kenny tenía una expresión tan seria que, de repente la situación adquirió un matiz de humor. Kaye notaba que la energía mágica le llegaba con facilidad; la notaba en los dedos y en la lengua, pero por el momento no hizo nada por terminar el encantamiento.

—Kaye, yo... —empezó a decir Kenny; entonces, consideró cómo proseguir—. No puedo dormir. No puedo comer. Lo único que hago es pensar en ti.

—Ya lo sé —replicó Kaye con suavidad. Los chicos y chicas pasaban junto a ellos y miraban Kenny de reojo. Kaye entendió de repente por qué le había permitido que la besara en el restaurante, por qué le había deseado. Quería controlarlo. En Kenny veía a todos los novios arrogantes que habían maltratado a su madre; a todos los chicos que le habían dicho que era una excéntrica; a todos los que se habían reído de ella, o que sólo querían que Kaye cerrase el pico y se marchase. Kenny era mil veces más irreal que Roiben.

El rostro de Kaye se iluminó con una amplia sonrisa. No quería seguir fingiendo más, no había necesidad de demostrar su propia valía consiguiendo el aprecio de Kenny, ya no deseaba saber la diferencia entre los labios de un chico admirado y los de cualquier otro chico.

—Por favor, Kaye —suplicó Kenny mientras la agarraba de la muñeca y tiraba de ella hacia sí.

Esta vez, Kaye se apartó con brusquedad y no le permitió abrazarla ni besarla. Al contrario, se liberó de la sujeción de Kenny y dio un salto hacia atrás.

—¿Quieres algo? —se burló Kaye.

Un grupo de adolescentes se había congregado alrededor y observaba.

—Te quiero a ti —dijo Kenny, e intentó sujetarla, esta vez inútilmente.

Apartándose, Kaye se rió con malicia.

—No puedes tener lo que no puedes atrapar —canturreó Kaye, ladeando la cabeza.

La cólera hacía que la sangre le hirviera en las venas. ¿Cómo se atrevía Kenny a hacer que se sintiera incómoda? ¿Cómo se atrevía a hacer que ella midiera sus palabras?

Kenny le agarró la mano, pero Kaye la retiró con facilidad y empezó a girar como una peonza sobre el suelo de cemento.

—¡Kaye! —gritó Kenny.

Kaye se puso en cuclillas, con las piernas abiertas y la cara mirando hacia Kenny.

—¿Me adoras, Kenny?

—Sí —respondió él, desesperado.

—¿Estás cautivado por mí? ¿Morirías por hacerme tuya?

—¡Sí!

Los ojos de Kenny se oscurecieron por el deseo y la furia. Detrás de él, los estudiantes se reían y cuchicheaban. Kaye también se rió. No le importaba, en absoluto.

—Dime otra vez lo que harías por tenerme.

—Lo que sea —aseguró él sin dudar un segundo—. Dame una oportunidad. Pídeme que haga algo.

La risa de Kaye se apagó. Retiró el encantamiento, apartando con la mano las redes de magia, como quien retira una telaraña.

—Da igual —dijo Kaye, enfadada sin saber bien por qué.

Kenny miró a su alrededor; por primera vez, la escuela se veía con claridad. Kaye notó que el sonrojo le subía al muchacho por su cuello tatuado. Se quedó mirando a Kaye con una expresión de horror en los ojos.

—¿Qué coño me has hecho?

—Dile a Janet que me llame —se limitó a decir Kaye sin importarle que su frase careciera de sentido; sin importarle nada, sólo que tenía que salir corriendo de allí antes de perder el control por completo.

Ella ni siquiera le dirigió la mirada cuando al marcharse se dispuso a atravesar el aparcamiento de los estudiantes.

Jimmy la estaba esperando en la oficina de la gasolinera. Le entregó una cazadora azul con el logotipo de Amenco, igual que la que Kaye había visto llevar a Corny. Kaye se la enfundó mientras Jimmy le explicaba lo que tenía que hacerlo.

Cuando los coches se detenían a repostar, Kaye sujetaba la manguera con cautela, para no rozar el metal. La cabeza le daba vueltas al aspirar las emanaciones tóxicas de la gasolina; también se sentía desfallecer al recordar su terrible actuación con Kenny. En aquel momento había disfrutado de la humillación del muchacho, y daba la impresión de que burlarse de él no tenía nada de malo. Ahora que conocía sus poderes, ¿podría prescindir de ellos, o tal vez era cuestión de tiempo volver a utilizarlos?

Se oyó un ligero sonido en los alrededores, y Kaye miró con cierto temor en dirección al bosque. Era la noche anterior a Halloween; Jimmy la había alertado de que podían acudir los niños del vecindario a intentar envolver la gasolinera con papel higiénico.

Sin embargo, la figura que emergió de la oscuridad tenía el pelo negro como el petróleo, y la capa que llevaba sobre los hombros estaba revestida de espinas, dispuestas de igual forma que los clavos de la cama de un faquir. Su piel era pálida, e iba vestido de negro de los pies a la cabeza. De una larga cadena atada al cuello colgaba una piedra blanca.

—¿Tú? —dijo Kaye—. ¿Eres el caballero de la Corte Luminosa al que se refirió Spike?

Kaye lo había visto hablando con Nicnevin en la fiesta, parecía leal a la Reina. ¿Formaba, tal vez, parte del plan?

—Ahora estás en buenas manos —aseguró Nephamael.

—Tú provocaste los arañazos en los brazos de Corny.

—Desde luego que sí. Es un muchacho exquisito.

De cerca, los ojos del caballero eran amarillos. Al mirarlos, Kaye entendió por qué le resultaban familiares. Los había visto en aquel bar, la noche en que Lloyd perdió la cabeza y casi agradece a Ellen.

—Tú —repitió Kaye—. Le hiciste algo a Lloyd, ¿no es así?

—Necesitamos que regreses a casa, Kaye.

El caballero acarició la piedra que llevaba colgando al cuello, y Kaye notó que la magia la atrapaba y se instalaba sobre su cuerpo como un peso insoportable. Por un momento notó que se asfixiaba y se le nublaba la vista.

—Recuerda, tenemos que hacer que parezca real —dijo el caballero mientras Kaye se ahogaba.

—¿Qué me estás haciendo? —logró preguntar Kaye, que percibía un extraño entumecimiento.

—Ese hechizo que te envolvía no engañaría a nadie. Me he limitado a devolverte el hechizo anterior.

—Pero Halloween no será hasta mañana —protestó ella. Kaye notaba pinchazos por los brazos. Esta vez no parecían provenir de su interior. Algo inaudito estaba sucediendo. Su corazón se aceleró, y la invadió una sensación de extrañeza. Entonces, una sombra oscura salió de repente de las nubes.

Algo rugió por encima de ellos.

Kaye se tapó la cara con las manos. Intentó gritar, pero cuando abrió la boca no logró emitir sonido alguno.

Varias manos la agarraron de la falda, las piernas y cabello; la elevaron en el aire y comenzaron a trasladarla encima de una multitud de criaturas. Kaye empezó a dar patadas, a tirar de los sedosos cabellos de los seres fantásticos y a rasgar sus alas, cubiertas de polvo. Los rostros afilados como de gato, emitían sonidos silbantes; los dedos punzantes la pellizcaban. Kaye continuó pasando por encima de una larga cadena de monstruos de la que no podía escapar.



## CAPÍTULO NUEVE





Vosotros, a quienes no logré salvar,  
escuchadme.

Czeslaw Milosz  
*Dedication.*

Kaye tenía la garganta en carne viva de tanto gritar. Afiladas garras le sujetaban las muñecas, mientras innumerables alas de pájaros, murciélagos e insectos batían en el aire sin hacer el menor ruido, como si fueran sábanas secándose al sol. El sanguinario séquito se desplazaba, invisible, por las calles de la ciudad. Kaye chillaba; pero nadie parecía escuchar, nadie levantó la vista. Algunos viandantes sintieron un escalofrío, o acaso dieron un ligero respingo a medida que la horda de monstruos pasaba volando por encima de sus cabezas. Kaye intentaba morder y arañar a sus captores; se retorció sin cesar de manera que el polvo de sus propias alas bañaba a las criaturas que la mantenían presa. En ningún momento la soltaron.

Formaban una masa compacta de la que Kaye sólo era una minúscula parte. Lo único que podía hacer era gritar con todas sus fuerzas.

Entonces, empezaron a descender. La caída fue tan rápida que a Kaye se le cortó la respiración. Más abajo se divisaba la colina del cementerio, dispuesta a recibirla. El aire se le metía por la garganta y sofocaba sus alaridos.

Al caer sobre las manos y rodillas, se le torció un tobillo. Durante unos instantes, su respiración se cortó. Los monstruos fueron aterrizando junto a ella, dando pequeños saltos al desplomarse sobre el suelo. Kaye notó que los cortes y magulladuras que había recibido volvían a cobrar vida, cada vez con mayor intensidad. Le daba la impresión de que todos los huesos se le habían dislocado.

Las criaturas que la rodeaban se quedaron mirándola, con ojos negros y brillantes. Una de ellas la agarró del cabello y le echó la cabeza hacia atrás, y Kaye se quedó mirando unos ojos de lechuza, salpicados de reflejos dorados.

—Deliciosa niña.

Los labios gruesos y oscuros de la criatura pronunciaron las palabras con lentitud. Su voz sonaba como las hojas secas al ser aplastadas.

Kaye cerró la boca. Los otros seres fantásticos se arremolinaron a su alrededor, y casi juntaron sus rostros con el de Kaye. El cálido aliento que emanaban le provocaba náuseas, y agitó violentamente los brazos, para librarse de ellos. Las minúsculas criaturas aladas empezaron a revolotear mientras dejaban al descubierto sus afilados dientes.

—¡Qué divertida es la caza! —exclamó el hada con ojos de lechuza, y al momento tiró con fuerza del cabello de Kaye hasta ponerla en pie. Es un placer sin

igual.

Entonces, la criatura soltó la melena de la muchacha y Kaye cayó al suelo sobre sus rodillas, ya magulladas.

—Dejadla en paz —ordenó Nephamael, que tiró de la muchacha para ponerla en pie otra vez.

Entonces, Kaye reparó en la colina. Era como si alguien la hubiera serrado por la base y después colocado sobre gigantescos pilares. El suelo estaba salpicado de setas pálidas como cadáveres, del tamaño de un puño. Bajo el techo de tierra, que recordaba a una carpa, una muchedumbre de seres a cuál más asombroso celebraba una fiesta.

Los dedos de Nephamael presionaron con fuerza los hombros de Kaye, como si deseara hacerle daño. Las espinas que remataban los dedos de sus guantes le arañaban la piel con cada movimiento.

El caballero guió a Kaye hasta el estrado de tierra, mientras que ella intentaba por todos los medios superar el pánico que la acechaba.

La Reina se sentaba al trono; dos gemelos con patas de cabra se arrodillaban a ambos lados, y uno de ellos arrancaba notas de una flauta. Roiben permanecía en pie a la izquierda de la soberana. Sus ropas estaban confeccionadas con un tejido color plata oscuro que parecía tela y metal al mismo tiempo; el cuello y los puños estaban rematados con perlas de agua dulce de forma irregular. Tenía un aspecto magnífico, y brillaba como la mismísima Luna. También lo envolvía la frialdad propia del astro de la noche; su sombrío rostro se veía carente de expresión.

Al lado derecho de la Reina se encontraban otros dos caballeros.

Uno de ellos iba vestido de rojo muy oscuro, casi marrón; el otro, de azul grisáceo. Al fondo del estrado, casi oculta por el trono, una criatura con cara de zorro, que portaba un extraño casquete en la cabeza, hizo una pausa. En una de las garras sujetaba un pincel, sobre una corteza de abedul blanco que empleaba a modo de pergamino.

Nephamael empujó a Kaye hasta hacerla caer de rodillas. Él mismo se arrodilló junto a ella; en sus labios se asomaba una sonrisa.

El cabello de la Reina, rojo como la sangre, estaba recogido con trenzas adornadas con joyas, y el vestido gris perla resaltaba la blancura de su rostro. Nicnevin era de una belleza inigualable; pero su sonrisa no denotaba afabilidad. Sin apenas darse cuenta, Kaye le devolvió el gesto y se quedó mirando aquellos crueles ojos azules con la esperanza de que mostraran su aprobación.

En el aire flotaba un intenso olor a polen que mareaba a Kaye y le impedía respirar con normalidad. Los ojos de la Reina eran demasiado claros, demasiado azules para ser reales; parecían una imitación.

Entonces, una sensación de vértigo embargó a Kaye.

—Kaye Fierch, la Corte Oscura desea concederte un honor —las palabras de la Reina fueron cayendo una por una en la mente de Kaye, carentes de todo sentido—.

¿Te someterás a él?

Kaye era consciente de que le habían formulado una pregunta y de que su respuesta sería de suma importancia. Intentó agrupar sus pensamientos dispersos. La intensa mirada azul no se apartaba de la suya. Kaye deseaba cerrar los ojos, quería poner fin al frío que sentía en su interior, que le rasgaba el pecho y la hacía temblar. Sólo fue capaz de parpadear lentamente.

—Tal vez su silencio sea suficiente —Kaye escuchó la voz de Roiben como si llegara desde muy lejos.

—Acércate, pequeña mortal.

La Reina se inclinó hacia delante, extendió una mano blanca como la nieve y Kaye, apenas sin darse cuenta, se arrastró hacia ella para rozarla. La Reina acarició el cabello de la muchacha, lo despeinó y lo volvió a alisar.

—Quieres agradarnos, ¿no es así, pequeña?

—Sí —Kaye deseaba hacerlo. Nunca había deseado nada con tanta intensidad.

Nicnevin mostró una amplia sonrisa.

—De hecho, tu único deseo es agradarnos, ¿verdad que sí?

—Sí —Kaye sintió un escalofrío de placer cuando la mano de la soberana le rozó la mejilla.

—Nos agradarás en gran medida, niña, si muestras obediencia y alegría; no debes formular preguntas sobre aquello que te resulte inexplicable. ¿Entiendes mis palabras?

—Sí.

—Te solicitamos que nos honres con tu participación en El Tributo. ¿Aceptas el peso de tan gran honor?

Había algo en la pregunta que le resultó extraño, Kaye no dudó en responder.

—Sí.

La sonrisa de la Reina era deslumbrante. Kaye miró Roiben de soslayo y vio que éste fruncía el ceño por motivo desconocido. ¿Acaso no se alegraba de la satisfacción de su señora?

—Mi caballero se encargará de que seas acicalada y ataviada adecuadamente. Más vale que no intentes agradarle; es inútil.

La Reina hizo un movimiento de cabeza, casi imperceptible.

Roiben se colocó junto a Kaye y la ayudó a ponerse en pie.

Despedía un ligero olor a especias.

Rath Roiben Rye se hallaba de pie a la izquierda de su Reina —en el lugar de honor—, y cerraba los puños con tanta fuerza que notaba las incisiones en forma de medialuna que las uñas le producían en las palmas de las manos. La muchacha estaba respondiendo fatídicamente, con su voz suave como la ceniza. En ningún momento había mostrado intención de pronunciar el nombre de Roiben; ya era demasiado tarde.

Tenía que relajarse, no quería que Nicnevin llegara a averiguar la forma tan

arriesgada en la que él había actuado. Al comunicar su nombre a la muchacha —lo que le otorgaba poder absoluto sobre su persona— no lo hizo de forma intencionada; fue una de las muchas decisiones desacertadas que había tomado recientemente. En un primer momento, Roiben pensó que quizá se estaba poniendo a prueba; pero en realidad sus razones entrañaban más complejidad.

Cada vez se entendía menos a sí mismo; sus actuaciones no eran coherentes, no seguían un patrón que acertase a comprender.

Paseó la mirada por la muchedumbre. Conocía la Corte Oscura, sabía de las diversas facciones y sus planes, las rencillas que las enfrentaban, sus deseos y costumbres. En ningún momento intentó involucrarse ni tomar partido, y la Reina apreciaba tal circunstancia.

Ese aprecio se contradecía con el deleite que la soberana sentía ante el dolor de Roiben.

Todo es equilibrio. Todo es ritual. Todo es dolor.

Las hadas solitarias se fueron congregando con cautela alrededor del estrado. Roiben era consciente de que muchos de aquellos seres no deseaban estar ligados a la Corte Oscura, y por un momento se preguntó si podían, de alguna forma, negarse al sacrificio. Sin embargo, desde donde se encontraba percibió que estaban bebiendo el tradicional vino de ortigas. Habían aceptado la servidumbre. De hecho, tal servidumbre podría ofrecerles la protección que la independencia les negaba.

Un tenue sonido hizo que Roiben volviera a dirigir la mirada hacia Kaye. Observó sus cardenales y arañazos. La muchacha miraba a la Reina con una adoración repulsiva. ¿Fue así como él mismo miró una vez a la reina Luminosa, cuando le juró obediencia? Roiben recordó que cada vez que la luminosa señora miraba a uno de sus caballeros, aunque fuera por un instante, éste tenía la impresión de que el Sol brillaba sólo para él. Roiben no tuvo dificultad alguna en jurarle su lealtad y expresar todas sus promesas, envueltas en frases rimbombantes. En realidad, aún seguía cumpliendo con sus deseos.

Kaye aguardaba a que él la condujera hasta las sombrías cuevas del palacio de la Corte Oscura y ordenara que la embellecieran como preparación para su sacrificio. Mientras contemplaba la expresión risueña de la muchacha, Roiben volvió a preguntarse hasta qué punto tanto dolor merecía la pena.

—Ven —dijo a Kaye.

Roiben se alejó del estrado y empezó a recorrer largos pasillos de piedra donde refulgía la mica y de cuyos techos colgaban raíces enmarañadas. La iluminación era tenue y escasa; las velas situadas en nichos rezumaban cera que caía por los muros. Roiben escuchaba tras de sí el monótono golpeteo de las pesadas botas de Kaye, y estuvo tentado de darse la vuelta y ofrecerle el consuelo de una sonrisa mientras la muchacha avanzaba por los sinuosos pasadizos; pero sería un consuelo hipócrita y, además, ¿de qué le serviría?

Pasaron por huertos de árboles frutales, blancos como el marfil y cargados de

frutos púrpura; atravesaron cavernas de cuarzo y de ópalo; cruzaron el umbral de innumerables puertas, cada una con un rostro diferente esculpido sobre él. Por encima de sus cabezas, el techo brillaba tenuemente como una luz distante.

—Puedes preguntarme lo que desees. No tomo como propias las prohibiciones de la Reina —Roiben abrigó la esperanza de que el encantamiento con el que la soberana había seducido a Kaye, cualquiera que fuese, se pudiera deshacer.

—Perdóname, por favor —dijo Kaye con un hilo de voz. Sus ojos entornados se veían vidriosos a causa del encantamiento.

Kaye pasó una mano por la pared de reluciente mica; la acariciaba como si fuera la abultada tripa de un animal gigantesco.

—¿Que te perdone? —repitió Roiben.

—El restaurante —replicó Kaye, que oscilaba ligeramente y se apoyaba en el muro para mantenerse en pie—. No sabía lo que estaba preguntando.

Roiben dio un respingo. El poder de Kaye sobre él era mayor que cualquier juramento; él le pertenecía por completo, y ella podía utilizarlo a su antojo. Sin embargo, le estaba pidiendo disculpas por haber sido tan inteligente. Tal vez se tratase del encantamiento que la envolvía, que la forzaba a alejarse de todo aquello que la ayudara a sobrevivir.

Kaye dirigió la vista al suelo.

Roiben respiró hondo.

—Fue una actuación brillante. Tal vez aún puedas encontrar la forma de utilizar tus conocimientos.

No debería haberle ofrecido tal consejo. Roiben no lograba entender por qué había hecho pasar a Kaye por la dificultad de arrancar la flecha de su pecho cuando se estaba poniendo en la diana para que lo hiriesen de nuevo.

De repente, Kaye dejó escapar una carcajada.

—¿Es cierto que vas a conseguirme un vestido?

Roiben asintió con la cabeza.

—Hay una costurera que sabe extraer seda de las arañas. Seguro que va a confeccionar un vestido... —Roiben se detuvo a mitad de frase. No estaban hablando de un atuendo de fiesta, sino de una mortaja—. Un vestido magnífico —balbuceó.

Kaye sonrió, entusiasmada, y empezó a dar pequeños pasos de baile mientras seguía a Roiben por el reluciente corredor y repetía sus palabras:

—Seda de las arañas...

Los aposentos de Skillywidden se encontraban en las profundidades del castillo, donde Roiben apenas solía acudir. Sobre el suelo de la estancia sumida en la penumbra se amontonaban piezas de raso dorado, sedas que pasarían sin dificultad por el ojo de una aguja y lujosos brocados con extraños animales vivos. Una larga mesa de madera estaba cubierta de cuencos de plata de varios tamaños que contenían alfileres, bobinas de hilo y aderezos, como pieles de ratón, gotas de rocío, hojas que nunca se secaban y otros tantos objetos menos agradables.

Roiben sabía que las piezas más extraordinarias de la sala eran aquellas que parecían más corrientes. El telar de aspecto vetusto e inofensivo podía transformar a las hadas en tapices, donde tenían que permanecer encerradas hasta que se cumplieran ciertos requisitos.

Algo parecido ocurría con el huso; era sencillo, de madera, pero la larga hebra de color negro que pendía de él estaba elaborada con cabello humano.

La propia costurera era una criatura de pequeño tamaño con extremidades largas y esbeltas. Vestía de negro de pies a cabeza y llevaba oculto medio rostro; estaba tan encorvada que los largos brazos casi le llegaban al suelo. Roiben hizo una ligera reverencia cuando los brillantes ojos negros de la anciana se posaron en él.

Skillywidden lo saludó con voz silbante y arrastró los pies hasta Kaye. A continuación levantó uno de los delgados brazos de la muchacha y lo rodeó con el pulgar y el índice para comprobar su grosor. Cuando los ojos pardos de Kaye se cruzaron con los de Roiben, éste apreció un destello de temor en ellos, aunque el cuerpo de ella seguía sin denotar tensión.

—Buena dentadura —dijo Skillywidden con voz áspera—. Piel suave. ¿Qué quieres a cambio? Podría hacerte una túnica con aroma a la flor del manzano. Te traería recuerdos de tu hogar, ¿no es así?

Kaye sintió un escalofrío.

—He venido a por un vestido, no a comerciar —dijo Roiben, quien también tuvo que reprimir un escalofrío—. La Reina desea un atuendo lujoso para la muchacha, ya que —de nuevo, era difícil encontrar las palabras adecuadas para no alarmar a Kaye— es una invitada de honor.

Skillywidden empezó a canturrear a medida que repasaba las piezas de tela. La mirada drogada de Kaye denotaba que había olvidado el temor que sentía hacia la anciana costurera, y ahora la muchacha estaba acariciando un tejido que cambiaba de color según le pasaba la mano por encima.

—Estira los brazos —graznó la costurera—, lo más alto que puedas.

Muy bien.

Kaye mantuvo los brazos en alto mientras Skillywidden le colocaba encima diversas telas y cuchicheaba de forma incoherente.

De repente, la anciana agarró a Kaye por la barbilla y tiró de ella para abajo; entonces, se dirigió a los cuencos de plata y examinó su contenido. Roiben no tenía más remedio que aguardar.

La flor del manzano ya no le traía recuerdos de su casa, aunque era el aroma característico de la Corte Luminosa. Ahora, ese olor le recordaba a una hada del bosque, cuyo rostro marrón permanecía tranquilo a pesar de encontrarse tan alejada de su árbol. Era una profetisa que se negaba a realizar augurios para la reina Oscura. A Roiben se le encomendó la misión de persuadirla.

Se acordaba con nitidez de las últimas palabras de la mujer árbol.

Las pronunció mientras sus dedos de musgo arañaban la mejilla de Roiben, a

medida que brotaba savia espesa de las numerosas incisiones de su cuerpo.

—Eres tú quien muere. Uno puede romper un objeto; pero no siempre es posible otorgarle a continuación la forma que se desea.

—Caballero —dijo Skillywidden mientras levantaba un retal de fina seda blanca—, ¿os parece bien?

—Envía el vestido a mis aposentos —dijo Roiben, dejando a un lado sus pensamientos—. La Reina desea que la Muchacha sea preparada y regrese ante su presencia esta misma noche.

Skillywidden levantó la vista de las piezas que estaba seleccionando, parpadeó como una lechuza y emitió un gruñido.

Roiben pensó que ya era suficiente; no tenía necesidad de insistir a la costurera para que se diera prisa. Si se retrasaba, Kaye saldría beneficiada.

—Ven —ordenó Roiben, y Kaye lo siguió si rechistar. Daba la impresión de que la magia la había emborrachada.

Roiben volvió sobre sus pasos a través del Palacio de las Termitas y, finalmente, condujo a Kaye hasta una puerta de madera con el relieve de un unicornio. La abrió con una llave de plata y permitió a Kaye que pasara antes que él. Observó cómo ella se paraba a contemplar los libros que cubrían una mesa baja, cómo pasaba los dedos por los delgados volúmenes de Yeats y Milton en edición de bolsillos y cómo se detenía a acariciar un tomo encuadernado en piel con hebillas de plata. Era un ejemplar de antiguas canciones, pero en la polvorienta portada no aparecía ningún título; Kaye no quiso abrir los cierres para hojearlo. De la pared colgaba un antiguo tapiz que Roiben había destrozado con la espada una noche, mucho tiempo atrás. El caballero se preguntó si aquella habitación le recordaría a Kaye a una celda. Tras las maravillas que había contemplado en el palacio, la austeridad del aposento de Roiben debía de haberla decepcionado.

Kaye se quedó mirando al tapiz, y examinó con atención lo que quedaba de él.

—Es hermosa. ¿Quién es?

—Mi Reina —respondió Roiben. Quiso corregir sus palabras, pero no fue capaz.

—¿No la reina Oscura? ¿La otra?

Kaye se sentó sobre la desgastada colcha de la cama, ladeó la cabeza y siguió contemplando el tapiz.

Roiben no necesitaba mirar el retrato para recordar el cabello oscuro que caía como una capa sobre la espalda su vestido esmeralda. Era hermosa, pero irreal; sólo se trataba de una labor de artesanía. Un mortal había tejido el tapiz; era un hombre que, tras contemplar en una ocasión a la reina Luminosa, pasó el resto de su vida reproduciendo la imagen de la soberana. Murió de inanición, y sus dedos en carne viva mancharon de sangre su última obra. Mucho tiempo atrás Roiben había admirado aquella devoción incondicional.

—Sí, la otra —convino Roiben.

—He leído ese libro —Kaye señaló el ejemplar de El Paraíso perdido—. Bueno,

algunos capítulos.

—«El horror y la duda perturban sus confusos pensamientos, y desde el fondo agitan el Infierno que habita en él, porque dentro de sí lleva el Infierno, que también le rodea, y del Infierno no puede alejarse un solo paso, como tampoco puede huir de sí mismo aunque cambie de lugar» —citó Roiben.

—Formaba parte de uno de esos gruesos volúmenes de antologías, pero la verdad es que no hablamos sobre él en clase. Cuando abandoné la escuela lo conservé. ¿Sabes lo que es la enseñanza secundaria? —La voz de Kaye sonaba somnolienta, aunque la conversación que mantenían era relativamente normal. El encantamiento no había desaparecido, pero daba la impresión de que ya no la abrumaba. Roiben lo tomó como un síntoma positivo.

—Sabemos de vuestro mundo, al menos de manera superficial.

Las hadas solitarias lo conocen con más profundidad. Son ellas quienes se asoman a las ventanas y miran la televisión a través de las persianas. He sido testigo del intercambio de una barra de labios por una desorbitada cantidad de ninfas de los bosques.

—¡Qué pena no haber traído mi bolso! Podría haber escapado de aquí con sobornos —Kaye soltó una risita burlona y se tumbó en la cama.

Estaba apoyada en el cabecero, con sus vaqueros negros deshilachados por el dobladillo, que llegaba hasta las botas, llenas de rozaduras. Una chica corriente. Una muchacha que no debería haber sido tan valiente. Llevaba una cinta de goma alrededor de la muñeca, donde también se averiguaban descoloridos dibujos realizados con tinta azul. No llevaba anillos en los dedos. Se mordía las uñas. Eran detalles en los que Roiben debería haber reparado. Parecía cansada.

Roiben apenas sabía nada de cómo había transcurrido la vida de Kaye antes de que él mismo la metiera en semejante lío. Con una mueca, recordó la blusa rasgada que había acabado de destrozar para vendar las heridas de un desconocido.

—Conocemos algunos aspectos de vuestro mundo. Sin embargo, yo ignoro muchas cosas sobre ti.

—Yo no sé casi nada del mundo —terció Kaye—. Sólo conozco el horrible pueblo en el que crecí y la ciudad, más horrible todavía, a la que nos mudamos. Nunca he salido al extranjero. Mi madre quiere ser una cantante famosa, pero casi siempre acaba emborrachándose y afirmando a gritos qué las otras intérpretes apestan. ¡Vaya! ¡Sí que suena deprimente!

Roiben se paró a considerar qué ocurriría si el sacrificio no llegara a producirse, si por medio de la astucia o la suerte Kaye lograra escapar. Entonces, las hadas solitarias disfrutarían de siete años de libertad. Sería el caos total; pero a Roiben no le disgustaba la idea.

—Yo tampoco me he mostrado precisamente alegre, querida Kaye.

Ella exhaló un suspiro, sonrió y dejó caer la cabeza hacia atrás.

Su despeinada melena rubia se extendía como una aureola sobre las almohadas.



Sin apenas darse cuenta, Roiben pensó que le gustaría peinar su cabello en trenzas, como solía hacer con el de su hermana.

—Fui a la escuela secundaria durante un tiempo —continuó Kaye, de forma un tanto ausente—, y más tarde la abandoné. Casi todos piensan que soy una excéntrica, lo que ahora me resulta de lo más irónico.

Roiben permanecía sentado al borde de la cama, escuchando a Kaye.

—Yo consideraba que la excentricidad era buena, en serio; creía que era algo que debía cultivarse. Pasé mucho tiempo frecuentando bares, instalando equipos de sonido, desmontándolos, llenando furgonetas, sacando la cabeza de mi madre de los retretes. Hacía cosas desconocidas para el resto de chicos y chicas. A veces, ocurría algo extraordinario, algo mágico que yo no podía controlar. Y todo esto, tú mismo... es difícil aceptar que existes en realidad —Kaye pronunció las últimas palabras en voz baja, con un respeto del que Roiben se sentía totalmente indigno.

Con todo, Kaye hablaba como una chica corriente. También tenía el aspecto de una muchacha normal, aunque tal vez la naturalidad con la que se tumbaba sobre la cama de un extraño resultaba excesiva.

—¿Todavía deseas agradarme?

Kaye sonrió, un tanto confundida.

—Claro que sí.

—Más valdría que no lo hicieses —dijo Roiben, dubitativo, mientras intentaba encontrar una manera de convencerla para que se librara del encantamiento. Si seguía atrapada por él cuando se celebrara la ceremonia, no habría nada que Roiben pudiera hacer por Kaye—. Lo mejor será que actúes siguiendo tus propios deseos.

Kaye se incorporó y clavó la mirada en Roiben.

—¿Acaso tú lo haces? ¿No quieres regresar a casa?

—¿A la Corte Luminosa? —se atrevió a decir Roiben. Durante unos momentos, reflexionó sobre las palabras de Kaye y, a continuación, negó con la cabeza—. Hace tiempo lo deseaba con todas mis fuerzas.

Ahora creo que no sería bien recibido en la corte y, aunque lo fuese, ya no encajaría allí.

—Tú no eres como la gente dice —aseguró Kaye, mientras le clavaba los ojos con tal intensidad que Roiben se sintió incapaz de sostener su mirada—. Lo sé muy bien.

—No sabes nada sobre mí —afirmó Roiben.

Deseaba castigar a Kaye por la confianza que apreciaba en su rostro; quería eliminarla para no tener que presenciar el momento en el que aquella confianza fuera traicionada. Deseaba decirle que la encontraba irresistible, a pesar de que no se había liberado del encantamiento, de que tenía el cuerpo lleno de arañazos y magulladuras, de que era totalmente inconsciente de que no viviría más allá de la madrugada. Roiben se preguntó cómo reaccionaría Kaye ante sus pensamientos, y dibujó una sonrisa forzada.

—Déjame que te lo explique otra vez. Muchos miembros de la Corte Oscura no dan importancia a la sangre o la muerte; las consideran puro entretenimiento. Es una corte peligrosa. Nicnevin ejerce su reinado siguiendo secretos ancestrales, escondidos en las entrañas de cavernas y pantanos. El crepúsculo oculta tantas verdades como el amanecer, tal vez más, ya que aquéllas se perciben con mayor dificultad. No, creo que no sería bien recibido de vuelta a casa, ahora que lo pienso.

—Pero... —empezó a decir Kaye.

Roiben levantó una mano para impedir que continuara.

—Para poder existir, las comunidades de pequeños seres, entre ellas las cortes de las hadas, necesitan enemigos. Piensa en los ángeles de Milton. ¿No crees que su Dios fue sabio al entregarles un Satán contra el que luchar?

Kaye permaneció en silencio unos instantes.

—De acuerdo, me estás diciendo que la razón de ser de la Corte Luminosa es la Corte Oscura. ¿Piensas acaso que no todas las hadas oscuras son malvadas?

—La Reina es la encarnación de la maldad; pero he visto clemencia en algunos miembros de su corte. Más bondad y sabiduría de la que jamás habría esperado. —  
¿Cuál es el enemigo de la Corte Oscura?

—De nuevo, el paralelismo con vuestros demonios es sorprendente. El enemigo de la Corte Oscura es su propio aburrimiento. Se trata de un combate que con frecuencia requiere entretenimientos de la máxima crueldad.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Kaye.

—¿Y tú?

Roiben se encogió de hombros. Casi había olvidado lo que era mantener una conversación.

—Yo soy otra cosa; en el fondo no pertenezco a ninguna corte, pero tampoco a los seres solitarios. Mi alma tiene demasiados dueños.

Kaye se puso de rodillas sobre la cama y agarró las manos de Roiben.

—Quiero que sepas una cosa: confío en ti.

—No deberías hacerlo —dijo Roiben de forma automática.

De todas formas, cayó en la cuenta de que ya no deseaba castigar a Kaye por la fe que depositaba en él. Más bien sintió deseos de merecer tal confianza. Quería volver a ser el caballero que un día fue. Sólo por un instante.

Roiben observó que Kaye respiraba hondo, tal vez con la intención de continuar la conversación; se dio cuenta de que no podía seguir controlando sus impulsos. Sin pensarlo dos veces, se inclinó hacia delante y besó los secos labios de Kaye. Al abrirse, la boca de la muchacha emanó una ráfaga de aliento cálido; sus manos recorrieron los hombros de Roiben y, suavemente, se posaron en la nuca de éste.

La lengua de Roiben recorrió la boca de Kaye, tal vez buscando la forma de escapar del frío que lo congelaba por dentro. Sentía tal placer que hasta los dientes se le estremecían.

«Del Infierno no puede alejarse un solo paso, como tampoco puede huir de sí

mismo». Embrujada. Estaba besando a una muchacha embrujada. Apartó su boca de la de Kaye. Ella, un tanto aturdida, se pasó la lengua por el labio inferior; pero no articuló palabra.

Roiben se preguntó qué pensaría Kaye de aquella situación cuando se librara del encantamiento y pudiera ver las cosas con más claridad. Entonces, la mente le susurró que el día siguiente nunca llegaría para ella. Sólo existía el presente.

Kaye se movió ligeramente hacia atrás para apartarse de Roiben, y dobló las rodillas contra su pecho.

—¿Crees que esto la pondría furiosa?

Roiben no tuvo necesidad de preguntar a quién se refería Kaye.

—No —respondió Roiben, quien se pasó la mano por la cara y dejó escapar una risa ahogada—. Sin duda lo encontraría divertido. —¿Y la otra... la otra dama?

Roiben cerró los ojos en señal de reflexión, como si algo lo hubiera golpeado. Se preguntó cómo había llegado a enamorarse de una chica que podía diseccionarlo con un simple comentario, desconcertarlo al máximo con una pregunta aparentemente inofensiva.

—Si quieres, puedes besarme —dijo ella con suavidad y aspereza a la vez, antes de que Roiben tuviera tiempo de aclarar sus pensamientos. Daba la impresión de que el encantamiento se había evaporado, porque los ojos de Kaye se veían claros y brillantes—. Debería dejar de formularte preguntas estúpidas.

Roiben se inclinó hacia adelante; pero en ese mismo instante se escuchó el golpe de unos nudillos en la puerta, suave e insistente. Por un momento Roiben se quedó inmóvil. Quería hacer un comentario sobre los ojos de Kaye, interrogarla una vez más sobre su encantamiento, decirle que estaba deseando ayudarla. Y también quería besarla, lo deseaba tanto que apenas fue capaz de ponerse en pie, dirigirse a la puerta y abrirla.

Por algún motivo, Skillywidden había elegido un duende pintón para entregar el vestido. El duende permanecía en pie en el quicio de la puerta, su gorro rojo apestaba a sangre coagulada y a putrefacción; al sonreír, dejaba al descubierto sus dientes afiliados. Miró a la muchacha tumbada sobre la cama del caballero.

Roiben le arrancó el vestido blanco de las manos.

—Más vale que esté limpio.

—La señora desea saber si habéis terminado con la muchacha —la mirada lasciva del malvado duende dejaba ver cómo había interpretado las palabras de la costurera.

La cólera invadió a Roiben, lo ahogó de tal forma que casi se puso a temblar. Respiró profundamente varias veces y confió en que el mensajero no se diese cuenta de su reacción. Los pintones no solían detectar los pequeños detalles.

—Puedes decirle que aún no he terminado —respondió, sosteniendo la mirada del duende. Roiben mostró una ligera sonrisa, inclinó la cabeza y, a medida que cerraba la puerta, continuó—: Espero terminar en breve.

Roiben se giró hacia Kaye, cuyo rostro se mostraba inexpresivo, e intentó ignorar

la emoción que la embargaba.

—Póntelo —ordenó con tono áspero, sin hacer el más mínimo intento por eliminar la cólera de su voz, dejando que Kaye pensase que iba dirigida a ella.

Roiben lanzó el vestido hacia Kaye y observó cómo ella daba un respingo mientras la sedosa prensa se deslizaba por el borde de la cama. Vio que ella se inclinaba en silencio para recogerla.

Después de todo, no confiaba en él. Estupendo.

—Ha llegado la hora —sentenció Roiben.



## CAPÍTULO DIEZ



Una palabra muere  
al pronunciarse,  
he oído decir.  
yo afirmo que es entonces  
cuando empieza a vivir.

Emily Dickinson  
*VI. Una palabra*

Emily Dickinson VI. Una palabra Corny se sumergió aún más en el agua cálida y enlodada cuando Nephamael entró en la sala. Las hadas que le habían cortado el pelo y habían extendido aceite sobre su piel dieron por terminado el trabajo y se marcharon en silencio.

—Te han dejado muy guapo —dijo Nephamael, cuyos ojos amarillos reflejaban la luz de las velas.

Corny se removió, inquieto. El aceite en la piel le producía una sensación incómoda, incluso dentro del agua. En el cuello, los cabellos cortados que habían quedado pegados por el ungüento le hacían cosquillas.

—Dejarme guapo a mí es tan ardua tarea como convertir el plomo en oro —murmuró Corny, con la esperanza de haber dicho algo ingenioso.

—¿Tienes hambre? —preguntó Nephamael con voz cremosa como la mantequilla.

Corny deseaba interrogarlo acerca de Kaye, pero, al observar cómo el caballero se acercaba a él con pasos lentos y regulares, le fallaron las fuerzas.

Corny asintió con la cabeza. Temía que su propia voz le jugase una mala pasada. Todavía no daba crédito a que Nephamael lo hubiera arrancado de una vida desdichada y absurda y lo hubiera trasladado a aquel maravilloso lugar.

—En este país existen frutas que saben mejor que la carne que consumís los mortales —los gruesos labios de Nephamael esbozaron una sonrisa.

—¿Y yo puedo...?

—Claro que sí, desde luego —el caballero señaló una pila de ropa—. Vístete y te lo enseñaré.

Corny se sintió a la vez aliviado y decepcionado cuando Nephamael salió de la estancia para que se vistiera a solas. A toda prisa se enfundó la túnica de terciopelo azul y las estrechas mallas, sin ni siquiera secarse la piel empapada.

Nephamael lo esperaba en el vestíbulo. Pasó los dedos por el cabello de Corny, con la intención de peinarlo.

—Supongo que un piropo estaría fuera de lugar.

Con aquellas manos acariciándole la cabeza, Corny no logró emitir respuesta alguna.

—Ven —indicó Nephamael, y Corny se dispuso a seguirlo. Por los muros se derramaba la cera de las velas, como si fuera una imitación de las estalactitas que colgaban sobre ellos. Corny escuchó el sonido de la música y de las risas que procedían de la distancia. Cruzaron el umbral de una cancela forrada de hiedra plateada y llegaron a un jardín donde las ramas de los árboles estaban tan cargadas de manzana de plata que casi rozaban el suelo.

Un estrecho sendero de piedras blancas surcaba el recinto. Por encima del huerto el techo abovedado relucía como si fuera de día, como si los árboles se encontraran en el exterior. Corny percibió el olor a tierra recién removida, a hierba recién cortada, a fruta en proceso de descomposición.

—Adelante —dijo Nephamael, haciendo un gesto en dirección a los árboles—. Come todo lo que quieras.

Corny ya no estaba tan seguro de tener hambre. De todas formas, por educación y para no ofender al caballero arrancó una manzana, que se desprendió sin dificultad. La piel de plata se notaba cálida al tacto, como si bajo la superficie circulara sangre.

Corny dirigió la mirada a Nephamael, quien al parecer examinaba un pájaro blanco posado en una rama. Entonces, clavó los dientes en la fruta. Sabía a abundancia, a añoranza, a buenos deseos y a codicia; un solo mordisco no era suficiente. Nephamael sonrió burlescamente al observar cómo Corny chupaba con desesperación el jugo de la manzana, devoraba los restos de pulpa, caía de rodillas y lamía las pálidas semillas de la fruta.

Varios miembros de la Corte Oscura se habían congregado para contemplar la glotonería que Corny mostraba. Bellos rostros de rasgos alargados y ojos con forma de lágrima se volvieron hacia el muchacho como flores hacia el Sol. Se reían a carcajadas. Corny no lograba parar de comer, ni siquiera prestó atención a la estentórea risa de Nephamael. Una mujer con finos cuernos arqueados le arrojó una ciruela demasiado madura, que reventó al caer sobre el suelo. Corny se lanzó sobre el fruto y lamió con fruición la pulpa, mezclada con la tierra; una vez terminada la ciruela, siguió lamiendo el polvo con la esperanza de encontrar alguna gota perdida.

Sobre los frutos pegajosos que habían caído de los árboles se arrastraban hormigas negras. Corny también las engullía en su enloquecida búsqueda de cualquier pedazo de alimento.

Pasado un rato, Nephamael se acercó y colocó una galleta salada sobre los labios de Corny. Éste la tragó sin dudarle; sabía a serrín, pero la engulló de todas formas. Le cayó como un peso en el estómago, y el ataque de hambre cesó de repente. Corny se quedó de cuclillas bajo un árbol, consciente de lo que había ocurrido. Se miró las manos sucias, las ropas manchadas; observó a quienes se reían de él, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no echarse a llorar como un niño.

—Tranquilo, cálmate —Nephamael le dio unos golpecitos en el hombro.

Corny se puso en pie, con los puños apretados.

—Pobre Corny. Pareces tan frágil que temo que tu corazón pueda romperse —en la voz del caballero se apreciaba un matiz de regocijo.

Corny notó que su cuerpo reaccionaba ante aquella voz rica y suave; notó que el bochorno y la vergüenza desaparecían hasta carecer de importancia.

—Ven, ven aquí, pequeño mío. Te has puesto perdido —Nephamael hizo una seña con la mano para llamar a Corny.

Al mirar aquellos ojos amarillos, Corny sucumbió. Se lanzó a los brazos del caballero y sintió el placer de las espinas al arañarle.

Aquella noche los invitados a la fiesta parecían tranquilos. No se veían violinistas frenéticos ni desenfundadas danzas en corro.

Tampoco había pilas de fruta ni pastelitos de miel. Sólo se oían murmullos y risas apagadas. La tenue iluminación procedía de los candelabros repartidos por toda la colina y de las pequeñas hadas que revoloteaban por encima de la muchedumbre.

Kaye tenía dificultad para pensar con claridad. Notaba los pies fríos al caminar por el suelo de tierra. El encantamiento iba desapareciendo poco a poco; pero cuanto más se desvanecía, más asustada se encontraba. Iba a morir. Daba igual que sus pies estuvieran helados.

Kaye tenía ante sí la espalda de Roiben, que la guiaba a través de la muchedumbre; su cabello color estaño descendía por los hombros de su manto como mercurio. Ella no iba a morir, se recordaba a sí misma. Era un juego, sólo un juego.

Sin darse apenas cuenta, Kaye se llevó un dedo a los labios, hinchados y cuarteados. Recordaba con precisión boca de Roiben, su suavidad. También le vino a la mente la expresión de su rostro cuando se apartó de ella; una expresión de horror, o acaso de repulsión. Kaye sacudió la cabeza para borrar aquella visión, pero fue inútil.

Algunos de los ojos que la observaban al pasar brillaban con tanta avidez que se preguntó si las hadas solitarias estaban planeando repartirse lo que quedara de ella.

Kaye respiró profundamente el frío aire de otoño. La situación no tenía nada de divertida.

Roiben la agarraba con fuerza por el brazo y la conducía a través de los extraños seres; unos, bellísimos, y otros, grotescos. Bajo sus pies descalzos notaba la humedad de la tierra, e intentó concentrarse en esa sensación para no desplomarse.

La Reina se encontraba de pie en mitad de lo que parecía una pista de baile de plata. El círculo estaba compuesto por varias piezas esculpidas con figuras de humanos y hadas, que encajaban como un rompecabezas. Justo en el centro se hallaban unos grilletes profusamente decorados y sujetos a cortas y pesadas cadenas. Los grilletes y las cadenas, sin duda, eran de hierro. Kaye podía olerlo sin dificultad.

Las capas de gasa negra del vestido de Nicnevin ondeaban al viento. La más larga de todas, que formaba una extensa cola, estaba sujeta por tres duendes. El alzacuello era rígido y se elevaba como una aleta translúcida de color negro. Kaye se quedó mirando la garganta de la soberana, recorrió con la vista el intrincado peinado de



trenzas rojas que coronaba su cabeza; dirigía los ojos a cualquier parte excepto hacia aquellos letales ojos azules.

Roiben cayó sobre una rodilla, y Kaye se postró junto a él.

—Levantaos —dijo la Reina.

Kaye y Roiben obedecieron.

Nicnevin hizo un impaciente gesto a Roiben para que se retirase.

Él dudó por un momento y, a continuación, se acercó a la soberana y volvió a hincarse de rodillas.

—Daría cualquier cosa porque la liberarais —dijo Roiben, en voz tan baja que Kaye estaba convencida de que sólo quienes se encontraban más cerca de la Reina lo habrían oído.

Roiben bajó la vista, tal vez al suelo de tierra, o acaso a los pies de la soberana. La sinceridad de su voz asustó a Kaye. Roiben hablaba de una manera que podía resultar peligrosa. ¿Pensaba que tenía alguna deuda pendiente con ella? ¿Se veía obligado a actuar de aquella manera porque la había besado?

La mano de Nicnevin rozó la cabeza de Roiben. Su voz era tan suave como la de él, pero sus ojos brillaban con placer salvaje. La Reina tenía la mirada perdida.

—¿Acaso no eres ya mi siervo en todo? ¿Es que hay algo tuyo que no me pertenece?

Roiben levantó la cabeza y, entonces, clavó la mira en los azules ojos de Nicnevin. Kaye deseó gritarle que no hiciera, pero no fue capaz.

—Tal vez pudiera ofreceros mi entusiasmo —dijo Roiben—. A menudo habéis lamentado mi carencia en ese aspecto.

Los labios de la Reina se estremecieron en una especie de sonrisa, pero no parecía estar de broma.

—No. Te prefiero tal como eres.

—Tiene que haber algo —insistió Roiben.

La Reina colocó el dedo índice sobre sus labios escarlata y dio unos golpecitos. Al hablar, su voz tenía la altura suficiente para que todos los congregados en la colina la oyeran.

—La tragedia es algo irresistible. Me siento inclinada a proponerte un juego. ¿Aceptas?

—Os doy mi agradecimiento, señora —dijo Roiben con la cabeza aún inclinada. Nicnevin volvió la mirada hacia Kaye.

—Bueno, niña. Por lo visto mi caballero se ha encaprichado contigo. Responde a una adivinanza y la Corte Oscura te entregará a él.

Un murmullo de expectación recorrió la colina.

Kaye asintió con la cabeza, pues desconocía el protocolo de las cortes de hadas.

En la voz de la soberana se averiguaba que encontraba la situación de lo más divertida.

—Si me cortas lloro con lágrimas tan rojas como mi carne; pero mi corazón es de

piedra. Dime, niña mortal, ¿qué soy?

«Eres tú misma», pensó Kaye, quien se mordió el labio inferior para no soltar la risa histérica que volvía a atenazarle la garganta. De acuerdo, piel roja, centro de piedra... ¿qué podría ser? Kaye tenía el vago recuerdo de una historia en la que el corazón de alguien se convertía en piedra, y regresaba a su estado normal cuando unas lágrimas caían sobre él; pero no recordaba de dónde procedía aquella historia. No, las adivinanzas solían requerir respuestas sencillas, lógicas, de una sola palabra. Una vez que se conocía la respuesta, siempre parecía obvia.

Carne. ¿Era, tal vez, alguna clase de fruta? Y la piedra, ¿podía ser el hueso? ¡Una cereza! ¿Qué tenía aquello de divertido?

Kaye se mordió el labio otra vez. Si contestaba correctamente, lograría escapar de allí, algo que deseaba con todas sus fuerzas.

Kaye dirigió la vista a ambos lados de la Reina, con la esperanza de descubrir a Spike o a Lutie, pero no logró divisarlos entre la multitud.

En aquel preciso momento Kaye no estaba realmente interesada en el plan que sus amigos habían trazado.

Kaye se mordió el labio con más fuerza al caer en la cuenta de hasta qué punto Roiben se había arriesgado por ella. ¿No habían reparado Spike y Lutie en que Kaye necesitaría protección mientras estuviera prisionera en la Corte Oscura? Si los comentarios que Kaye había escuchado aquella noche eran ciertos, Roiben estaba actuando como un cobarde; de todos era sabido que un caballero de la corte podía disponer a su antojo de un prisionero humano. Sabiendo esto, dado que Spike consideraba que Roiben era peligroso, ¿cómo es que había convencido a Kaye para que siguiera un plan que la dejaba en manos del caballero casi toda la noche?

No, Kaye iba a contestar la pregunta antes de que las cosas se descontrolaran. Iba a responder la pregunta, a contarle todo a Roiben —sobre todo, a pedirle perdón— y confiaba en que fuera comprensivo.

Después, buscaría a Spike y le exigiría explicaciones.

—Una cereza —dijo Kaye con toda la firmeza que pudo.

Roiben, que seguía de rodillas, exhaló un suspiro tan prolongado que Kaye se preguntó cuánto tiempo habría estado reteniendo el aire.

—Señora, no podéis... —el escribano con cara de zorro empezó a hablar, pero la reina Oscura lo detuvo con gesto de la mano.

—Levántate, caballero. Has elegido bien. Es toda tuya.

Roiben se levantó y se giró ligeramente hacia Kaye con una expresión de alivio en el rostro. Kaye acercó la mano hacia él. En cuanto la Reina les permitiera marcharse, Kaye le explicaría toda la historia, y conseguiría que la entendiera.

—Ahora, te ordeno que ofrezcas como víctima del Tributo el premio que acabas de recibir —dijo la Reina.

Kaye vio cómo la furia y el bochorno de Roiben se fundían en una expresión terrible cuando éste dejó caer la mano sobre la empuñadura de la espada. Entonces,

recobró el control de sí mismo e hizo una reverencia a Nicnevin al tiempo que sonreía. Se giró hacia Kaye, agarró a la muchacha por la cadera, le puso los labios en el cuello y le habló en voz tan baja que sólo ella pudo oírlo.

—¿Qué es aquello que te pertenece, pero que los demás utilizan más que tú? —Al notar los labios de Roiben en su cuello, Kaye se estremeció. Abrió la boca como para hablar, pero él hizo un gesto de negación con la cabeza, levantó la mano y le acarició la mejilla con el pulgar—. Piénsalo.

Roiben soltó a Kaye, y se apartó a un lado para colocarse junto a los demás caballeros.

Tres figuras vestidas de blanco ataron a Kaye con correas. Las manos de las criaturas, forradas con gruesos guantes, asieron con cuidado los grilletes de hierro. Primero sujetaron los tobillos; después, las muñecas. Las argollas de hierro quemaban ligeramente la piel de la muchacha.

Cuatro caballeros de la Corte Oscura procedieron a colocarse al norte, sur, este y oeste del círculo. Roiben se puso al sur, bajo los pies de Kaye. Sus miradas no se encontraron.

«¿Qué es aquello que te pertenece, pero que los demás utilizan más que tú?».

Cuatro hombres corpulentos y de corta estatura transportaron braseros en los que ardían llamas de color verde, los colocaron en los cuatro puntos donde se habían situado los caballeros. A continuación, se pusieron a cuatro patas e instalaron los braseros sobre sus espaldas, como si fueran peanas vivientes.

El escriba de cara de zorro levantó las manos, y la corte entera se sumió en el silencio. Un silencio aterrador. Kaye recorrió la vista por la multitud en busca de algún rostro familiar. Por un momento le pareció divisar a Spike, pero no podía asegurarlo. La colina estaba abarrotada.

Alrededor del recinto crepitan más llamas verdes, que arrojan extrañas sombras sobre los allí congregados.

De algún lugar lejano llegó el toque de un único tambor.

La reina Oscura tomó la palabra, y su voz produjo eco en la silenciosa estancia.

—Nos hemos reunido esta noche sagrada para cumplir con nuestra venerable deuda. Esta noche, nosotros, que ostentamos el poder, debemos arrodillarnos.

Como un solo ser, toda la Corte Oscura se hincó de rodillas. Sólo las hadas solitarias permanecieron de pie. Incluso la Reina se arrodilló, y las capas de su vestido se arremolinaron a su alrededor.

—Nosotros, la Corte Oscura, guardianes de los secretos de la Tierra, dueños de la carne mortal, ofrecemos a esta víctima que se ha prestado al sacrificio de forma voluntaria a cambio de la obediencia de quienes habitan nuestras tierras.

Kaye pensó que nadie parecía reparar en que la víctima voluntaria estaba atada con cadenas. El lento repique del tambor resultaba exasperante, y contrastaba con los latidos de su corazón, que se desbocaba bajo las costillas.

La reina Oscura continuó hablando.

—¿Qué sacrificio ofrecemos?

La corte respondió al unísono:

—Sangre mortal. Espíritu mortal. Pasión mortal.

Los ojos de Kaye se percataron de la presencia de Corny situado junto a Nephamael, a corta distancia de la Reina. Su rostro se mostraba inexpresivo. Llevaba el cabello castaño mucho más corto, peinado sobre la frente; el nuevo corte y la ausencia de sus gafas lo hacían parecer más vulnerable. Iba vestido de pies a cabeza de terciopelo azul oscuro como si fuera a representar una obra de teatro clásico una vez que el sacrificio se hubiese consumado. Nephamael observaba a Kaye con sus implacables ojos amarillos; ésta albergó la esperanza de que no tardase mucho en llevar a cabo su cometido.

Kaye intentó comprobar si su energía mágica era capaz de retirar el hechizo que la envolvía y le otorgaba apariencia humana. No percibió magia alguna. Ni siquiera sentía las alas.

—¿Qué pedimos a cambio? —la voz de la reina oscura sonaba tan hermosa como terrible. De nuevo, la corte contestó:

—Obediencia. Templanza. Sumisión.

Kaye clavó sus ojos en Roiben. Arrodillado, pronunciaba las palabras del ritual. Su mirada ardía, como si al través de ella quisiera comunicarse con Kaye.

«¿Qué es aquello que te pertenece, pero que los demás utilizan más que tú?».

Se trataba de otra adivinanza, desde luego. ¿Qué te pertenece?

En el mundo de los acertijos, siempre es lo básico, cuerpo, cerebro, espíritu. Kaye estaba segura de que utiliza su cuerpo, cerebro y espíritu más que los que la rodeaban.

—Os preguntamos, ¿entendéis vosotros el acuerdo que ofrecemos?

Esta vez contestaron las hadas solitarias; sus voces no estaban tan bien coordinadas, y la respuesta creó un efecto de eco:

—Sí, lo entendemos.

Kaye decidió que no iba por buen camino en cuanto a la respuesta. Roiben deseaba que ella actuara de alguna forma. La adivinanza era sobre algo que Kaye ya sabía. Volvió mirar el rostro de Roiben y, de repente, tomó conciencia con tanta nitidez que casi perdió la respiración.

«¿Qué es aquello que te pertenece, pero que los demás utilizan más que tú?».

Tu nombre.

La voz de la reina Oscura le hizo perder la concentración. Parecía hablar al ritmo del tambor remoto.

—¿Aceptáis a esta mortal como víctima?

—Aceptamos.

Kaye miró a su alrededor. El terror empezaba a hacerse presa de ella. ¿Para qué demonios quería Roiben que mencionara su nombre? La colina era enorme, y estaba abarrotada de gente. ¿Cómo iba ella a poder escapar de allí?

—¿Estáis dispuestos a uniros a nosotros?

Los seres solitarios contestaron:

—Sí, estamos dispuestos.

Kaye empezó a tirar de las cadenas de forma frenética. El pánico le corría por las venas, y le helaba la sangre.

—¿Cuánto tiempo durará vuestra obediencia?

Se acercaba el amanecer. Más allá de las llamas verdes, Kaye divisaba el resplandor rojo del alba.

—Nuestra obediencia durará siete años.

La Reina alzó su puñal.

—Sellemos el acuerdo con sangre.

Nadie acudía a salvarla. Kaye tiró de las cadenas con más fuerza, lanzando todo su peso sobre ellas; pero las habían sujetado bien.

Cuando Kaye se movía, el hierro le quemaba la carne con más intensidad. La reina Oscura pareció sorprendida ante el desasosiego de Kaye. Probablemente había creído que aún se hallaba bajo los efectos del encantamiento.

Kaye intentó serenarse para poder razonar. Era el momento de utilizar aquel nombre. No tenía ni idea de qué misión podía encomendar a Roiben. ¿Tal vez una orden concreta? Sálvame...

Detén el sacrificio... Sácame de aquí...

La mirada de Roiben la atravesaba como un puñal, ¿cómo podía desear que ella pronunciara su nombre? No tenía ni pizca de sentido; pero ya no quedaba tiempo para reflexionar.

—Rath Roiben Rye —el tono de Kaye era suave; el pánico la empujaba a hablar a toda velocidad. Al darse cuenta de lo que estaba haciendo, la garganta casi se le cerró —. Libérame de las cadenas.

Roiben desenvainó su delgadísima espada, y un estrépito recorrió la Corte Oscura. Tras un momento de duda, Roiben sonrió. Era una sonrisa oscura y espantosa; la expresión más espeluznante que Kaye había visto jamás.

Antes de que siquiera pudiera penetrar en el círculo, tres caballeros se arrojaron sobre él. La pesada espada del caballero vestido de verde golpeó contra la de Roiben en el mismo momento en que un caballero ataviado de rojo lo atacaba por la espalda. Roiben se giró a toda velocidad, y su hoja cruzó el rostro del guerrero rojo. Éste se llevó la mano a los ojos y empezó a dar traspiés; su espada cayó con estrépito dentro del círculo metálico.

Roiben intentó esquivar un golpe del tercer caballero, una hembra que portaba un hacha; pero fue demasiado tarde. La hoja le golpeó el hombro izquierdo con tanta fuerza que lo más probable era que le hubiese alcanzado el hueso. Se tambaleó hacia atrás, jadeando de dolor, con la espada pendiendo de su mano derecha y la punta rozando el círculo de plata. La levantó justo a tiempo para clavarla en el pecho del caballero verde cuando éste se abalanzó sobre él. El noble cayó de costado y se quedó inmóvil. Sólo se veía un agujero en su armadura, por donde la sangre manaba a

borbotones.

Roiben y el caballero hembra empezaron a moverse en círculos, intercambiando golpes de tanteo. Sus armas no eran adecuadas para esa clase de combate, pues la espada de Roiben era demasiado ligera y el hacha de la hembra, demasiado pesada; pero el arrojo de ambos combatientes compensaba con creces tal circunstancia. Ella se lanzó hacia delante, balanceando el hacha hacia el brazo de Roiben, y no hacia el torso, con la intención de pillarlo desprevenido. Él se apartó y esquivó el golpe, pero al blandir la espada no logró alcanzar a su contrincante.

Otras tropas de la Corte Oscura se precipitaron sobre ellos; eran tantos guerreros y tan diferentes que Kaye se vio incapaz de contarlos. Había trolls, elfos y pintones. La Reina permanecía inmóvil; sus labios apretados marcaban una fina línea.

Kaye tiró de las cadenas inútilmente, y arqueó el cuerpo hacia arriba con todas sus fuerzas.

La tela que cubría el hombro de Roiben estaba empapada de sangre. Cuando éste golpeó el costado de su enemiga, con tanta fuerza que la arrojó al suelo, diez adversarios más procedieron a atacarlo. El combate se tornó confuso; las estocadas cada vez eran más fieras, y Roiben giraba de forma frenética para arrancar de cuajo una garra o clavar la hoja en un abdomen al descubierto. Siguieron llegando más contrincantes, y la intensidad de la lucha aumentaba por momentos.

Kaye giró la cabeza con esfuerzo y escupió en las palmas de las manos con la esperanza de lubricarlas para poder sacarlas de los grilletes; todo fue en vano, y empezó a murmurar:

—No, no, ¡no!

La Reina vociferaba, pero Kaye no podía distinguir sus palabras debido al fragor de la batalla y a los ensordecedores gritos de los espectadores.

Una pequeña figura se situó junto a Kaye. Era Spike, que empezó a manipular los grilletes de las muñecas con un diminuto cuchillo.

—Ha salido mal —dijo el hombrecito—. ¡Oh, Kaye! Todo ha salido mal.

—¡Roiben va a morir! —exclamó Kaye a voz en grito. Entonces, tuvo una idea. Tan alto como pudo, Kaye gritó—: Rath Roiben Rye, ¡corre!

La reina Oscura se giró bruscamente al oír sus palabras. Con expresión salvaje, avanzó hacia Kaye. Murmuraba algo que la muchacha no lograba descifrar.

Roiben atacó a otro adversario mientras seguía de espaldas a Kaye; tal vez no había escuchado su orden, o le resultaba imposible salir corriendo.

—Deprisa, Spike —lo apremió Kaye, haciendo un fuerzo por mantenerse quieta para que su amigo pudiera hacer saltar la cerradura.

El pequeño elfo fruncía el entrecejo en señal de concentración; al tocar el hierro, los dedos se le llenaban de quemaduras. De repente, unas manos invisibles lo apartaron de un manotazo.

—A pesar de la diversión que nos has ofrecido, ya empiezo a cansarme —dijo la reina de la Corte Oscura, al tiempo que colocaba su pie enfundado en seda sobre la

garganta de Kaye.

Kaye notó que se le cortaba la respiración y que la presión ejercida por la Reina podía llegar a romperle el cuello. Al momento, el pie se retiró de su garganta, y Nicnevin empezó a caer. Gruesas gotas de sangre se derramaron sobre el rostro de Kaye justo antes de que el cuerpo de la soberana se desplomase encima ella. Cuando la Reina golpeó las cadenas de hierro, se produjo un desagradable sonido silbante.

Estaba muerta.

Roiben bajó la vista y la miró, aunque sus ojos se mostraban enloquecidos y desenfocados. Tenía la boca manchada de sangre, posiblemente de algún enemigo. Blandió su espada en el aire y, antes de que Kaye pudiera emitir un grito, la hoja cayó con fuerza sobre las cadenas que le sujetaban los tobillos.

Spike se acercó de nuevo y empezó a golpear el cuerpo inerte de la reina Oscura mientras murmuraba para sí. Una ola de silencio recorrió la colina.

De repente, Kaye notó a su alrededor un ligero movimiento.

Percibió que la magia la envolvía y que los grilletes que la apresaban le quemaban la carne de forma insoportable. Al momento, su piel se volvió demasiado tirante, demasiado caliente, y empezó a pelarse a toda velocidad; no poco a poco, como en el césped de casa de su abuela. Las alas no tardaron en liberarse de la fina capa de piel que las escondían y, justo entonces, Roiben golpeó con su espada la cadena que le sujetaba la mano derecha.

Roiben abrió los ojos de par en par, y empezó a tambalearse hacia atrás. Estaba tan estupefacto al observar la transformación de Kaye que ni siquiera reparó en un duende pintón que se disponía a atacarlo. Se giró, demasiado tarde, y la pequeña espada del duende le hizo un corte en el muslo.

Sin la protección del potente hechizo, el hierro quemaba los tobillos y muñecas de Kaye como si estuviera al rojo vivo. Aullaba de dolor y se removía intentando liberarse de los grilletes y quitarse de encima el cadáver de la Reina.

Spike pareció recuperarse lo suficiente como para continuar manipulando las cerraduras, y consiguió abrir la del único grillete que aún seguía unido a la cadena. La carne que había estado en contacto con el hierro estaba plagada de ampollas.

—¡Tenemos que irnos! ¡Muévete! —Spike tiraba de la mano de Kaye, con el rostro blanco a causa del miedo.

El caos había estallado en la corte. Las criaturas corrían de un lado a otro, luchaban entre sí o se batían en retirada; Kaye no acertaba a saber quiénes eran enemigos y cuáles aliados. Tal vez no tuviera allí ningún amigo, con la excepción del elfo que la apremiaba para que se pusiera en pie; y Roiben, cuya espada se elevó en el aire y chocó contra una lanza que blandía una criatura moteada, con brillantes ojos dorados.

La sangre caía a chorros por la mano derecha del caballero, al igual que por la pernera izquierda de su pantalón. Kaye se percató de que los movimientos de Roiben eran cada vez más rígidos. Intentó olvidarse del dolor que el hierro le había producido

y concentrarse en ponerse de pie.

—No podemos abandonarlo.

Una descarga de espinas voló por encima de ellos; al caer, estallaron en llamas.

—¡Claro que podemos! —dijo Spike, tirando de Kaye con renovada determinación—. Más vale que no te ponga la mano encima una vez que has pronunciado su nombre.

—No, no lo entiendes —protestó Kaye, aunque sabía era ella la que no había entendido.





## CAPÍTULO ONCE



Acaso deba indagar  
por si fueras mi enemiga.  
¡Oh, no! Amada mía, olvidémoslo;  
¿Qué importa, mientras el fuego  
nos consuma?

Yates.  
*La máscara*

Era ella la que había simulado ser quien no era. Roiben todo momento le había ofrecido su vida.

—¡Rath Roiben Rye, te ordeno que salgas de aquí una puta vez y vengas con Spike y conmigo! ¡Ahora mismo! —gritó Kaye tan alto como pudo, segura de que, esta vez, estaba lo bastante cerca como para escucharla.

Roiben se giró; sus ojos lanzaban destellos de cólera. Daba la impresión de que canalizaba su furia a través de espada, porque su siguiente estocada atravesó la garganta la criatura de ojos dorados.

Kaye permanecía en pie, tambaleándose, intentan que las rodillas no se le doblaran, procurando no sumirse en la oscuridad. Sus tobillos y muñecas ardían, y el hedor a hierro le inundaba la nariz y la garganta.

Entonces, Roiben la agarró con su mano empapada de sangre y la condujo a través de la muchedumbre. Tirando de ella, arrancó a correr; Spike también corría junto a ellos.

Al salir de la colina, una figura les hizo frente, pero Roiben la derribó con la espada antes de que Kaye pudiera distinguir algo más que una criatura alta y desgarbada, de color gris pálido.

Entonces, llegaron al cementerio, bajaron a toda velocidad por el sendero empedrado, dejaron a un lado flores de plástico y latas de refresco aplastadas, pisaron sobre colillas de cigarrillos y tuvieron la impresión de que eran talismanes capaces de mantener a los monstruos a raya.

Hasta que Kaye cayó en la cuenta de que ella misma era uno de los monstruos.

Kaye subió por el camino de acceso a casa de su abuela; el Ford Pinto de su madre le resultaba familiar y extraño al mismo tiempo, como si formara parte de un decorado de cartón que de un momento a otro pudiera desplomarse. La puerta del porche de atrás se asemejaba a un portal entre dos mundos; a pesar de encontrarse tan cerca, Kaye no estaba convencida de que se le permitiera el acceso a la cocina, que se hallaba al otro lado.

Más que cansancio, notaba una especie de entumecimiento.

Roiben se apoyó sobre un olmo y cerró los ojos; a duras penas sujetaba en una mano su espada desenvainada. Su cuerpo temblaba ligeramente y, en contraste con la domesticidad del entorno, la sangre que le empapaba el hombro presentaba un aspecto terrible.

En ese momento, Lutie descendió volando desde la copa de un árbol y trazó dos círculos alrededor de Kaye antes de aterrizar en su hombro y estampar un beso en la húmeda piel del cuello de la muchacha. Kaye, sorprendida, dio un respingo.

—Asustada, está asustada, asustada, muy asustada —canturreó Lutie, que seguía encaramada en el hombro de su amiga.

—Sí que lo estoy —respondió Kaye, y acarició el minuto cuerpo del hada.

—Para cuando llegue la noche, ya se habrán inventado montones de canciones en tu honor —apuntó Spike, con un destello de orgullo en los ojos.

—Habrían inventado muchas más si yo hubiera muerto; ése era vuestro plan, ¿no es así?

Spike abrió los ojos de par en par.

—Nosotros nunca...

Kaye se mordió el labio en un intento por frenar la ira que acechaba en su garganta.

—Nephamael me iba a quitar el hechizo, pero por poco se lo quita a mi cadáver.

—Espídamme, *pixie* —dijo Roiben. Sus ojos, carente de toda expresión, hicieron que Kaye se estremeciera—. Actué de forma irresponsable; no os guardo rencor ni a ti ni a los tuyos, pero esta locura debe terminar ahora mismo.

—No pronuncié tu nombre de forma premeditada. No tenía intención de emplearlo con ningún fin —Kaye alargó la mano y la pasó por la manga de Roiben.

La reacción fue instantánea. Roiben la agarró por la muñeca y apretó con fuerza. Lutie emitió un chillido y se lanzó al aire desde el hombro de Kaye.

La voz de Roiben no denotaba cólera ni sarcasmo; tampoco pasión. Estaba tan hueca como sus ojos.

—Si deseas que soporte tus caricias, debes darme la orden pertinente.

Entonces, soltó la mano de Kaye con tanta rapidez como si fuera de hierro. Kaye temblaba, demasiado asustada como para llorar; demasiado triste como para articular palabra. Spike la miró con los ojos muy abiertos, como si estuviera intentando razonar con un lunático.

—Vamos, Kaye, dile que puede marcharse. Dice que no te guarda rencor. Es una oferta generosa...

—No —interrumpió Kaye, en voz más alta de lo que hubiera deseado.

Todos se quedaron observándola, atónitos. La mirada de Roiben se oscureció.

Kaye tenía que dar una explicación. Se volvió hacia él, con cuidado de no rozarlo.

—Entra en la casa. Allí puedes limpiarte las heridas. Sólo quiero hablar contigo. Puedes marcharte esta noche.

Los ojos de Roiben ya no se veían impasibles; ahora brillaban de furia. Por un

momento, Kaye temió que quisiera matarla antes de que ella lograra balbucear su nombre. Entonces, pensó que tal vez decidiera alejarse, desafiando a Kaye a que lo detuviese. Estaba confundida.

—Como digáis, mi señora —las palabras que salieron de su boca hirieron a Kaye como cuchillos—. Preferiría que nadie más volviese a escuchar mi nombre.

Spike clavó los ojos en el caballero y no pudo reprimir un escalofrío. Lutie observaba la escena desde una rama del olmo.

—La Bruja de la Zarza tiene que enterarse de lo que ha ocurrido esta noche —dijo Spike con cautela.

—Vamos a casa —dijo Kaye—. Más tarde hablaremos de eso.

Kaye sacó una llave de debajo de una polvorienta botella de lejía y abrió la puerta con el mínimo ruido posible. En la vivienda reinaba el silencio.

Roiben siguió a Kaye hasta la cocina. Cuando ella observó cómo el caballero cerraba la puerta trasera cuidadosamente y a continuación llenaba un vaso —posiblemente sucio— de agua del grifo, la visión le resultó tan incongruente que tuvo que apartar la mirada. Al beber, Roiben echó hacia atrás la cabeza de manera que su esbelto cuello quedaba al descubierto. Debió de notar que Kaye lo miraba, porque al terminar la última gota se volvió hacia ella.

—Perdón —dijo.

—No, adelante. Voy a hacer un poco de café. El baño está ahí —Kaye indicó la dirección.

—¿Tienes sal? —preguntó Roiben.

—¿Sal?

—Para mi pierna. No sé cómo curarme el brazo.

—Oh —Kaye empezó a rebuscar en el armario de especias de su abuela y sacó una lata de sal—. ¿No sería mejor ponerte yodo, o algo parecido?

Roiben se limitó a negar con la cabeza con expresión seria y se dirigió al cuarto de baño.

Unos minutos más tarde, regresó con una apariencia casi humana. Su cabello se veía más blanco que plateado; los huesos de la cara eran algo menos pronunciados y sus orejas más pequeñas.

Se había quitado la camisa y Kaye quedó desconcertada ante la multitud de cicatrices que le cruzaban el torso. Debía de haber encontrado un trozo de gasa, pues bajo una de las perneras del pantalón se notaba una zona acolchada.

Kaye llenó dos tazas con café y se alarmó al comprobar que las manos le temblaban. Echó azúcar en una de las tazas y miró a Roiben de forma inquisitiva. Él asintió con la cabeza, y volvió a asentir cuando Kaye le ofreció leche.

—Cuando te conocí, yo no sabía que era un hada —comentó Kaye.

Roiben arqueó una ceja.

—Supongo que sabías que no eras humana cuando me hiciste chantaje para que te besara.

Kaye notó que el rubor le ardía en la cara y, simplemente, asintió con un gesto.

—La cuestión, sin duda, es si me ayudaste en el bosque con el fin de conseguir mi nombre como recompensa.

La sensación de náusea que Kaye sentía en el estomago se intensificó. Si eso era lo que Roiben creía, no era de entrañar que estuviera furioso. Acertó a balbucear:

—Yo no podía saber de ninguna manera lo que ibas a ofrecerme.

En el restaurante, sólo pretendía fastidiarte y ya sabía... que a los seres fantásticos no les gusta revelar su nombre.

—Un día alguien te va a arrancar esa lengua tan afila que tienes —espetó Roiben.

Kaye se mordió el labio inferior mientras escuchaba. ¿Qué esperaba? ¿Una declaración de amor, sólo por qué se habían besado?

Kaye clavó la mirada en la taza caliente que sujetaba en las manos. Estaba convencida de que si daba un solo sorbo, vomitaría.

Necesitaba fumar. La cazadora de Ellen estaba tirada sobre el respaldo de la silla; Kaye rebuscó en los bolsillos y sacó un encendedor y un cigarrillo. A pesar de la expresión de sorpresa de Roiben, lo encendió y dio una intensa calada.

El humo le quemó los pulmones como si fuera fuego. Cayó de rodillas sobre el suelo de linóleo y apenas podía respirar; el cigarrillo empezó a quemar el plástico.

Roiben lo apagó con una de sus botas y se inclinó hacia Kaye.

—¿Qué has hecho?

—Yo fumo —respondió Kaye, sentándose en el suelo.

Sus ojos, ya húmedos por el ataque de tos, no pudieron seguir luchando contra las lágrimas. Tal vez resultaba estúpido que fuera un cigarrillo lo que provocara su llanto; pero empezó a sollozar con tanta intensidad que el estómago se le revolvía.

—Los cigarrillos son veneno —dijo Roiben con incredulidad—. Incluso matan a los humanos.

—Ya lo sé —Kaye apoyó la cara en las rodillas, se secó el rostro con el traje de hada y se arrepintió de no haber dejado marchar a Roiben cuando se lo había pedido.

—Estás cansada —dijo él, y exhaló un largo suspiro que bien podría haber sido de irritación—. ¿Dónde duermes? También deberías considerar la posibilidad de recobrar el hechizo —su rostro estaba impassible, carente de toda emoción.

Kaye se pasó las manos por las mejillas y asintió.

—¿Estás cansado?

—Exhausto, más bien —Roiben no sonrió, pero su expresión se relajó un poco.

Subieron al cuarto de Kaye sin hacer ruido. Los sentidos que había adquirido recientemente distraían la atención de la chica.

Escuchaba el silbante ronquido de su madre y respiración más ligera y amortiguada de su abuela. Al subir las escaleras, percibía el olor de las astillas de madera y excrementos de la jaula de sus ratones; los jabones y olores les del cuarto de baño; incluso la gruesa capa de polvo pringoso que cubría casi todas las superficies. Los olores eran mucho más intensos y diferenciados de lo que Kaye

recordaba. No hagas caso, se decía a sí misma; lo mismo ha ocurrido la última vez que se liberó del hechizo. Sólo se trataba de una compensación por no poder tocar la mitad de objetos de metal de la casa, y por no poder dar ni una calada a un cigarrillo.

Entraron en su dormitorio, y Kaye cerró la puerta con llave.

Consiguiera o no su hechizo, no había forma de explicar a su abuela la presencia de Roiben.

—Tú me enseñaste tu habitación —dijo Kaye—, y ahora yo te enseño la mía.

Roiben atravesó el desordenado cuarto y se sentó en el colchón, colocado sobre el suelo. Kaye rebuscó entre las bolsas de basura y encontró una colcha verde, llena de quemaduras de cigarrillo, con la que cubrirse. La colcha era la que utilizaba habitualmente estaba sobre el colchón, y Kaye albergó la esperanza de que no oliese demasiado a sudor.

Roiben se quitó las botas y paseó la mirada por el dormitorio. Primero fijó la vista en la jaula de los ratones; después en las pilas de ropa, libros y revistas que cubrían el suelo.

—Parece una especie de basurero, ¿verdad? —Kaye se sentó en el somier de muelles que seguía encajado en la cama de color blanco.

Se quedó observando a Roiben, que se estiraba sobre el colchón, y se sintió fascinada al notar cómo los músculos se movían bajo su piel. A pesar de encontrarse agotado, herido y envuelto en una colcha rosa, su aspecto seguía siendo amenazador.

—¿Qué le hiciste? —Roiben levantó la vista y la miró con ojos entreabiertos a través de sus pestañas de plata.

—¿Qué?

—La chica a la que pertenece esta habitación. ¿Qué has hecho con ella?

—¡Vete a la mierda! —exclamó Kaye, tan indignada que por un momento olvidó su intención de demostrar a Roiben su arrepentimiento.

—¿Crees que voy a dar crédito a las lágrimas de una *pixie*? —preguntó él, apartando la cara para que Kaye no la viera.

Los insultos que Kaye no llegó a pronunciar se le clavaban en la lengua como espinas; al tragárselos, le arañaban la garganta. Los dos estaban cansados. Además, estaba de suerte: Roiben todavía le dirigía la palabra.

A pesar del agotamiento no lograba conciliar el sueño, y se dedicó a observar a Roiben, que se movía de un lado a otro del colchón enredando las sábanas que lo cubrían. Notó cómo su rostro se fue relajando, y cómo una de sus manos agarraba con fuerza la esquina de una de las almohadas. Nunca le había parecido tan real como en aquel momento, con el pelo suelto y enredado; un pie descalzo que sobresalía del borde del colchón se apoyaba sobre un libro de la biblioteca que Kaye siempre tenía la intención de devolver.

Pero no quería pensar en él como alguien real. No quería pensar en él de ninguna manera.

Entonces, alguien la despertó, zarandeándola. Parpadeó bajo la penumbra

artificial de la persiana bajada. Roiben estaba sentado junto a ella sobre el duro somier de muelles, y sus manos agarraban los hombros de Kaye con tanta fuerza como para dejar cardenales.

—Dime lo que pensabas contarme, Kaye —dijo él, con ojos brillantes.

Kaye hizo un esfuerzo por acabar de despertarse. Aquella escena carecía de sentido, y más disparatada aún parecía la angustia del rostro de Roiben.

—Ibas a contarme que eras un hada —insistió él—. No te dio tiempo.

Ella asintió, todavía aturdida por el sueño. Roiben le parecía enorme, toda la habitación quedaba reducida por su presencia, de manera que era imposible mirar a nada no fueran sus ojos.

—Dime —repitió Roiben, al tiempo que soltaba hombros de Kaye y le retiraba el cabello de la cara, a manera de tosca caricia.

—Yo no tenía intención... yo quería —balbuceó Kaye, adormecida.

Le resultaba difícil hablar con coherencia.

Las manos de Roiben se quedaron inmóviles. En esta ocasión habló en voz baja:

—Haz que pueda creerlo.

—No puedo —dijo Kaye. Tenía que concentrarse, encontrar la respuesta que hiciera que todo volviera a estar bien—. Sabes que no puedo.

—Vuelve a dormir, Kaye —replicó Roiben con suavidad. Sus manos ya no la acariciaban; ahora mantenía los puños cerrados sobre sus propias rodillas.

Kaye se incorporó sobre los codos al darse cuenta de que tenía que detenerlo antes de que abandonara el somier.

—Espera —dijo, y se inclinó hacia delante para besar a Roiben en la boca; los labios de éste se abrieron sin oponer resistencia.

Permitió que Kaye lo besara como si, a través de su lengua, él pudiera averiguar toda la verdad. Un instante después Roiben apartó a Kaye con suavidad.

—No me refería a eso —dijo con una leve sonrisa, cuando Kaye se echó hacia atrás, con las mejillas teñidas de rojo; ahora se encontraba totalmente despierta y consternada por lo que acababa de hacer.

Roiben se levantó del somier y se sentó en el suelo. No miraba a Kaye, sino que mantenía la vista clavada en la delgada línea de luz que sobresalía bajo la sucia persiana enrollable de plástico.

Kaye se giró sobre el costado y contempló el perfil de Roiben; con los dedos intentaba arrancar una gota de cera de la manta.

—Contesté la adivinanza. Creí que ella me dejaría marchar y contesté.

Roiben volvió la mirada hacia Kaye, sorprendido.

—Efectivamente, lo hiciste. ¿Por qué? Kaye deseaba explicar la situación con la mayor claridad posible. Roiben estaba dispuesto a escucharla, al menos por el momento. Kaye intentó que su voz no se quebrara, que resultara totalmente sincera.

—Porque se suponía que las cosas iban a ocurrir de otra manera.

Yo nunca había pensado en utilizar tu nombre como lo hice... Se suponía que tú

no...

—Alégrate de que lo hiciera —interrumpió Roiben; pero sus palabras indicaban amabilidad. Levantó la mano y pasó tres dedos por la mandíbula de Kaye—. Resulta extraño verte así.

Kaye sintió un escalofrío.

—¿Cómo?

—Verde —respondió él.

Los ojos de Roiben le recordaban a la neblina, al humo, al agua.

Kaye se desmoronaba al contemplarlos. Era demasiado hermoso.

Posiblemente se tratara de un encantamiento que pronto iba a desaparecer. Cuando él volvió a hablar, lo hizo con un hilo de voz.

—Estoy harto de matar, Kaye.

Kaye no supo decidir si sus palabras eran un arrepentimiento del pasado o una súplica para el futuro.

Entonces, Roiben se tumbó en el colchón con la manta sobre los hombros, y Kaye se quedó contemplando cómo se movían las telarañas con cada soplo de aire que penetraba por las viejas ventanas. Una serie de palabras hacía eco en las fronteras de su mente; eran frases que oía, pero no llegaba a escuchar. Kaye había visto las cicatrices que cubrían el torso de Roiben, decenas de marcas, pálidas líneas de piel blanca bordeadas de un tono rosa.

Kaye se imaginó la Corte Oscura tal y como la había visto la noche en la que entró en la colina seguida por Corny, excepto que todos estaban mirando su nuevo juguete, un caballero luminoso con pelo de plata y hermosos ojos.

—¿Roiben? —susurró Kaye en el silencio de la habitación—. ¿Estás despierto?

Si lo estaba, no llegó a responder.

La siguiente vez que Kaye se despertó fue porque alguien golpeaba la puerta con fuerza.

—Kaye, es hora de levantarse —dijo su madre con voz cansada.

Kaye soltó un gruñido. Se incorporó con dificultad de la incómoda posición que había mantenido en la pequeña cama; aún notaba la presión de los muelles del somier, que se le habían clavado en la espalda.

Los golpes en la puerta no cesaban.

—Tu abuela va a matarme si te permito faltar otro día a la escuela.

Abre la puerta de una vez.

Kaye se bajó de la cama, tropezó con Roiben y giró la llave de la puerta.

Roiben se incorporó, con los ojos entornados por él sueño.

—El hechizo —dijo con voz ronca.

—¡Mierda!

Kaye había estado a punto de abrir la puerta con la piel verde y las enormes alas en su espalda.

Se concentró unos segundos para extraer energía de sus manos y percibió cómo le



vibraba en los dedos. Imaginó su rostro, sus ojos, su piel y su cabello, sus alas. Los tobillos y las muñecas aún le dolían, y se aseguró de que el hechizo cubrían la piel abrasada por el hierro.

Entonces, abrió la puerta.

Ellen la miró y después dirigió la vista hacia Roiben.

—Kaye...

—Es Halloween, mamá —explicó Kaye, con voz un tanto chillona.

—¿Quién es?

—Robin. Bebimos demasiado, no pudimos utilizar coche. No me mires así. Ni siquiera hemos dormido en la misma cama.

—Es un placer conocerla, señora —dijo Roiben con voz imprecisa.

Podía pensarse que estaba borracho, y Kaye sintió un irresistible deseo de echarse a reír.

Ellen arqueó las cejas.

—Muy bien, dormid la borrachera. Pero que no se convierta en una costumbre —dijo por fin—. Y si alguno de vosotros vomita, que se encargue de limpiar.

—De acuerdo —Kaye bostezó y cerró la puerta.

Teniendo en cuenta las enormes cantidades de vómito que Kaye había recogido en los últimos 16 años —casi todo de su madre—, consideró el comentario poco amable; pero estaba demasiado cansada para meditar sobre el asunto.

Momentos más tarde, Kaye se hallaba de nuevo dormida sobre el somier.

La tercera vez que Kaye se despertó, había oscurecido tras la ventana. Se estiró con pereza, y notó una desagradable sensación en el estómago. Alcanzó la lámpara de la mesilla de noche y la encendió; la habitación se iluminó con una pálida luz amarillenta.

Roiben se había marchado.

La manta rosa estaba arrugada a los pies del colchón, con dos almohadas al lado. La sábana que lo cubría estaba descolocada por una esquina, señal de que Roiben había tenido un sueño agitado. No había nada que pudiera dar pistas sobre dónde se encontraba; no había forma de despedirse de él.

Kaye sólo le había pedido que se quedara durante el día. Al atardecer, Roiben se había sentido libre para marcharse.

Fuera de sí, Kaye se quitó el vestido de hada por encima de la cabeza, lo tiró al suelo, junto al resto de la ropa, y se vistió con lo primero que encontró: una camiseta blanca y pantalones a cuadros con cremalleras a los lados. Se deshizo las trenzas y se peinó el cabello con los dedos. Tenía que encontrarlo... lo encontraría...

Kaye se quedó inmóvil, con una mano aún enredada en la helena.

Él no quería que lo siguiera. Si Roiben hubiera querido seguir viéndola, al menos se habría despedido. Ella se había disculpado, y él la escuchó. Incluso la había perdonado, aunque fuera a medias. Eso era todo. No había razón alguna para seguirlo, a menos que se tuviera en cuenta que había acariciado a Kaye en la mejilla, y que

había aceptado sin rechistar otro beso. No, eso no significaba nada. Nada en absoluto.

Cuando se disponía a bajar las escaleras, lo vio. Allí estaba Roiben, sentado en el sofá de flores de su abuela; Ellen se encontraba a su lado. La madre de Kaye llevaba un vestido rojo y, a través del cabello, le asomaban unos cuernos de diablo forrados de lentejuelas.

Kaye, atónita, se paró en seco en el hueco de la escalera. La irracionalidad de la escena que tenía ante los ojos se contradecía con la absoluta cotidianeidad de la misma. El televisor estaba encendido, y la parpadeante luz azul afilaba los rasgos de Roiben de tal manera que Kaye no acertaba a saber si aún estaba envuelto por el hechizo que le hacía parecer humano.

Roiben untaba rebanadas de pan con miel; grandes regueros de denso líquido ámbar que se llevaba a la boca con deleite.

—Gracias —dijo—. Está deliciosa.

La madre de Kaye dio un bufido por toda contestación a la cortesía de Roiben.

—No sé cómo te puedes comer eso. ¡Qué asco! —Ellen hizo una mueca—. Demasiado dulce para mi gusto.

—A mí me encanta —Roiben sonrió de oreja a oreja y se chupó los dedos.

Su sonrisa era tan sincera que parecía fuera de lugar en aquel rostro. Kaye se preguntó si ése era el aspecto que tenía cuando llegó a la Corte Oscura.

—Eres un jovencito bastante raro —dijo Ellen, lo hizo que Roiben sonriera con renovada intensidad.

Kaye pensó que tal vez sonreía por la broma de madre, o acaso por la verdad que encerraba el comentario. Entonces, bajó unos cuantos escalones, y Ellen levantó la mirada. Roiben también la miró, aunque Kaye no descifró ningún mensaje al contemplar aquellos ojos grises.

—Buenos días —dijo Roiben, con voz tan dulce como la miel que acababa de comer.

—Tienes una pinta horrible, tesoro —dijo su madre—. Bebe agua y tómate una aspirina. El alcohol deshidrata.

Kaye dio un bufido y bajó el resto de las escaleras. En el televisor, Batman perseguía a Joker a través de un viejo almacén abandonado. Le recordó a la caseta del tiovivo.

—¿Estáis viendo dibujos animados?

—Las noticias son dentro de 10 minutos. Quiero ver el pronóstico del tiempo. Voy a Nueva York, al desfile. Por cierto, el otro día vi a Liz y estuvimos hablando de ti. Te ha mandado una cosa.

—¿Viste a Liz? Pensé que estabas furiosa con ella.

—No. Agua pasada —Ellen siempre estaba de mejor humor cuando formaba parte de un conjunto musical.

—¿Me ha mandado un disco?

—No. Una bolsa llena de ropa usada. Iba a desecharla, se le ha quedado pequeña.

Está en el comedor, en la bolsa gris.

Kaye abrió la bolsa de plástico. Estaba llena de prendas relucientes, confeccionadas con lentejuelas, cuero y vinilo. Sí, allí estaba, de un color púrpura tan intenso como el que Kaye recordaba desde niña: la malla. La sacó de la bolsa con admiración.

—¿Cómo es que no me dijiste la verdadera razón por la que no quieres ir a Nueva York? —Ellen miró hacia Roiben de forma significativa.

El rostro de Roiben mantenía una estudiada falta de expresión.

Kaye no consiguió encontrar una respuesta satisfactoria.

—¿Os apetece un café? —preguntó.

Su madre se encogió de hombros.

—Queda un poco en la cocina. Es de esta mañana. Si queréis, hago más.

—No, tomaré el que hay hecho —replicó Kaye.

Se dirigió a la cocina y se sirvió el líquido negro en una taza. Al añadirle leche, adquirió un repulsivo tono gris.

Añadió varias cucharadas de azúcar y, haciendo un esfuerzo se lo bebió.

Roiben no parecía estar enfadado; al contrario, parecía absurdamente cómodo, apoltronado en el sofá. A pesar de todo, Kaye no se sentía mejor. El estómago se le seguía revolviendo.

Había llegado el atardecer, y pronto Roiben se marcharía. Kaye lo deseaba; quería que él también la deseara a ella. Eso era más de lo que podía esperar, y la realidad resultaba tan amarga como el café que acababa de tomar.

—¿Kaye? —era Roiben, apostado en el quicio de la puerta con un bote de miel vacío en la mano.

—Ah, hola —respondió Kaye, de forma un tanto estúpida, y levantó la taza que sostenía en la mano—. Está malísimo. Voy a hacer otro.

—He estado... Quería darte las gracias. —¿Por qué?

—Por explicar lo que pasó. Por obligarme a entrar aquí anoche.

Kaye arrojó por el fregadero el café amargo mientras intentaba ocultar la sonrisa que le asomaba a los labios. Llenó la cafetera de agua caliente y la removió antes de arrojar el agua nuevamente a la pila.

Cuando Roiben volvió a hablar, lo hizo con un hilo de voz.

—Por no tener miedo de mí.

Kaye exhaló un bufido.

—¿Estás de broma? Me das pánico.

Roiben sonrió; una de sus sonrisas de mercurio, tan fugaz como deslumbrante.

—Entonces, gracias por disimular. Lo haces muy bien.

Kaye le devolvió la sonrisa.

—De nada. En fin, si hubiera sabido que te agradaba tanto, yo no...

Roiben puso los ojos en blanco. Era estupendo estar juntos allí, sonriéndose tímidamente el uno al otro. De repente, todas las palabras que Kaye había querido

decirle empezaron a agolparse en su garganta, deseando ser pronunciadas.

—Me alegro de que se haya terminado —dijo Kaye, mientras se giraba para llenar el filtro con café.

Roiben se quedó mirándola con incredulidad.

—¿Terminado?

Kaye se quedó inmóvil por un instante.

—Sí, terminado. Estamos aquí, a salvo. Todo ha terminado.

—No quiero disgustarte —dijo Roiben—, pero dudo mucho...

—¡Kaye! —gritó Ellen desde la sala de estar—. Ven a ver esto. Un oso anda suelto.

—Un minuto, mamá —respondió Kaye, y se dirigió a Roiben—. ¿Quieres decir que no se ha acabado?

—Kaye, el país de las hadas es un lugar gobernado por costumbres estrictas y vinculantes. Lo que has hecho tiene consecuencias.

—Todo tiene consecuencias —terció Kaye—, y la consecuencia de lo que he hecho es que las hadas solitarias son libres otra vez, tú mismo eres libre, y la Reina ha muerto. En mi opinión, eso quiere decir que el peligro ha terminado.

—Kaye, para cuando vengas se habrá acabado —insistió Ellen.

Kaye respiró hondo y se dirigió hacia su madre.

Ellen señalaba el televisor.

—¡Mira eso!

En la pantalla, un periodista se encontraba en medio del Parque Nacional Allaire y anunciaba que un hombre había sido asesinado y, en parte, devorado. A juzgar por los primeros indicios, las autoridades especulaban con la posibilidad de que se tratase del ataque de un oso.

—Tengo hambre —dijo Kaye.

El reportero continuó; llevaba el canoso cabello peinado hacia atrás con gomina para que no se agitara con el viento. Su voz tenía un tinte de exagerado dramatismo.

—El perro del hombre fue encontrado atado a la mano de éste por una correa; nos informan de que el animal se encuentra en perfecto estado de salud. La oficina local de Sociedad Protectora de Animales lo ha tomado bajo custodia y aguarda a que los familiares del difunto acudan a reclamar la mascota.

—Me pregunto qué clase de perro será —estaba diciendo Kaye cuando Roiben entró en la sala de estar. Ellen hizo una mueca.

—Voy a terminar de maquillarme. Entérate de si va llover; enseguida hablarán del tiempo.

—Vale —dijo Kaye, y se tumbó en el sofá.

En la pantalla, apareció otra vez el mismo reportero con otra advertencia sobre la fiera que andaba suelta; por lo visto, existían varias denuncias aún no confirmadas sobre bebés y niños desaparecidos. También había noticias, más improbables, sobre niños secuestrados mientras se encontraban en cunas, cochecitos de paseo o en los

columpios de los parques. Nadie había visto nada sospechoso.

Un portavoz del zoológico de la ciudad hablaba en una conferencia de prensa. El hombre, de pelo blanco, se limpiaba las gafas sistemáticamente y, al borde de las lágrimas explicaba que resultaba casi imposible precisar qué animal había escapado del recinto, ya que por la mañana se había descubierto que todos los animales estaban cambiados de jaula. Los tigres se habían comido varias llamas antes de que pudieran apartarlos del lugar; los ciervos estaban encerrados en un pequeño aviario, y se sentían aterrorizados en aquel recinto cerrado. Él sospechaba de una asociación defensores de los derechos de los animales, de corte radical. No podía entender cómo tan lamentable suceso había ocurrido en parque zoológico con una organización impecable.

—También han llegado noticias de que esta mañana una joven fue secuestrada por agresores no identificados cuando regresaba de la Universidad Monmouth. Tras pasar el tiempo siendo obligada a responder adivinanzas para evitar la tortura, fue puesta en libertad a última hora de la tarde. En el momento está siendo atendida en el hospital de Monmo y su estado permanece estable.

Kaye se incorporó de un salto.

—¡Adivinanzas!

—Mira lo que has hecho —dijo Roiben, observando a Kaye desde el otro extremo de la oscura sala de estar—. ¿Qué opinas del primer día de los próximos siete años?

Kaye negó con la cabeza, incapaz de entender qué estaba sucediendo.

A continuación, la pantalla mostró imágenes del parque Thompson, donde varios hombres y mujeres estaban siendo transportados en camillas. Fueron encontrados desnudos, bailando en corro; se negaron a parar y los agentes de policía se vieron obligados a reducirlos. Sus ropas se hallaron en los alrededores; en los documentos de identificación no se encontró ninguna conexión entre aquellas personas. Todas estaban siendo atendidas por síntomas de deshidratación y ampollas en los pies.

Tras las cámaras, Kaye divisó sin dificultad las enormes setas que crecían formando un círculo. Nerviosa, se pasó la mano por la cara.

—Pero ¿por qué? No entiendo nada.

Roiben empezó a recorrer la sala de estar de un lado a otro, y dijo:

—Todo es más fácil cuando lo consideramos blanco o negro, ¿no es así? Tus amigos son buenos e inteligentes; entonces, todas las hadas solitarias deben de ser buenas e inteligentes. Tus amigos conocen a los humanos, los respetan y los temen; por lo tanto, todas las hadas solitarias actúan de igual manera.

El teléfono sonó, y Kaye se sobresaltó. Se levantó y descolgó el auricular.

—¿Diga?

Era Janet. Su voz tenía un cierto matiz de disculpa.

—Hola, Kaye.

—Ah, hola —Janet era la última persona con la que Kaye esperaba hablar en ese momento.

—¿Te apetece salir?

—¿Cómo dices?

—No, en serio. Vamos a una fiesta esta noche. ¿Quieres venir?

—¿Has visto las noticias?

—No, ¿por qué?

Kaye intentó encontrar una explicación.

—Dicen que un oso anda suelto.

—Vamos a ir al muelle. No digas cosas raras. ¿Vienes?

—No hay que salir esta noche. Janet, hazme caso, es peligroso.

—Bueno, pues no vengas —replicó Janet—. Por cierto, ¿has visto a mi hermano?

De repente, a Kaye se le heló la sangre en las venas.

—¿Ha desaparecido?

—Si —contestó Janet—. No sabemos nada de él desde ayer.

Kaye notó un escalofrío. Corny estaba bajo la maldita colina. Lo sabía. Miró a Roiben con desesperación, pero él le devolvió una mirada inexpresiva. No oía a Janet, y ni siquiera conocía a Corny.

—Nos vemos, ¿vale? —dijo Kaye.

—Claro. Cuando quieras. Adiós.

Kaye colgó el teléfono.

—¿Quién era? —preguntó Roiben.

—El hermano de Janet sigue en la colina... con Nephamael.

Al escuchar el nombre de Nephamael, Roiben se quedó inmóvil.

—¿Más secretos?

Kaye se estremeció.

—Corny. Estaba conmigo aquella noche que tú no me reconociste.

Cuando me marché, él... conoció a Nephamael.

Roiben arqueó ambas cejas, atónito.

—Corny perdió por completo la cabeza. Nephamael lo hirió, pero a él... le agradaba. Quería regresar a la colina a toda costa.

—¿Dejaste a un amigo, a un mortal, bajo la colina... solo? —la voz de Roiben denotaba incredulidad—. ¿Es que no tienes corazón? Sabías a lo que se exponía. — ¡Tú me obligaste a marcharme! No pude volver a entrar. Lo intenté.

—Pensé que íbamos a ser sinceros el uno con el otro. ¿Qué clase de sinceridad es ésta?

Kaye se sentía más desdichada por momentos.

—¿Sabes quién es Nephamael?

Ella negó con un gesto, mientras una sensación de terror la embargaba y le entraban ganas de desplomarse.

—Es... quien me aplicó el hechizo, y quien me lo quitó.

—En su día fue el mejor caballero de la Corte Oscura, antes de ser entregado a la Corte Luminosa como parte de un acuerdo de tregua. A mí me entregaron a la reina

Nicnevin.

Kaye permanecía en pie, desconcertada, reflexionando sobre la conversación que había escuchado entre Nephamael y Nicnevin. ¿Cómo no se había dado cuenta? ¿Qué otra cosa habría podido significar?

—De modo que Nephamael todavía sirve a Nicnevin.

—Puede ser, aunque parece más probable que sólo se sirva a sí mismo. Kaye ¿sabes quién fraguó el plan para sabotear El Tributo? —¿Crees que fue Nephamael?

—No lo sé. Dime, ¿cómo supieron tus amigos que era una *pixie*, si ni siquiera la reina de la Corte Oscura pudo descubrir tu hechizo?

—La Bruja de la Zarza me dijo que ella se acordaba de cuando me intercambiaron.

—¿Cómo es que conocen a Nephamael?

—No lo sé.

—Hay algo que no sabemos, Kaye.

—¿Por qué querría Nephamael crearle problemas a Nicnevin?

—Puede que quisiera vengarse por haber sido enviado fuera de su comunidad. Dudo que la Corte Luminosa fuera de su agrado.

Kaye negó con la cabeza.

—No sé Tengo que encontrar a Corny.

—Kaye, si lo que dices es verdad, sabes que tal vez haya muerto.

Kaye respiró hondo.

—Corny está bien —aseguró.



## CAPÍTULO DOCE





Cuando las máscaras permanecen  
para bailar de noche sobre el mar inmaculado.

Arthur Rimbaud.  
*Est-elle aimée?*

Kaye sólo había llevado a otra persona al Pantano de Cristal. Fue el verano en que tenía nueve años y Janet no paraba de gastar bromas acerca de sus amigos imaginarios. Kaye tomó la decisión de demostrarle, de una vez por todas, que sus amigos existían de verdad. Camino del arroyo, Janet pisó una botella rota que le cortó la suela de la zapatilla y se le clavó en la planta del pie. Nunca llegaron a su destino.

Hasta aquella noche, a Kaye no se le había pasado por la imaginación que Spike, Lutie o el pobre Gristle hubieran tenido relación alguna con el accidente.

Desde la calle se divisaban numerosas luces que surcaban el aire a toda velocidad; también se escuchaban gritos empujados por el viento. Kaye no podía distinguir las voces con claridad, e ignoraba si Roiben y ella iban a encontrarse con una pandilla de adolescentes bebiendo cerveza o con otros seres totalmente distintos.

Roiben iba de negro de pies a cabeza; vestía vaqueros, camiseta y un abrigo largo que debía de haber producido por arte de magia a partir de rayos de la Luna, de telarañas o algo así, porque Kaye estaba segura de que no procedían de los armarios de casa de su abuela. Roiben se había recogido parte del cabello hacia detrás; cuando iba vestido con ropa moderna, su blanca melena lo hacía parecer incluso menos humano.

Kaye pensó que tal vez a ella le ocurría lo mismo. ¿Acaso su apariencia externa ponía a los demás en guardia? Siempre había asumido que la tachaban de extravagante, y no había requerido más explicaciones. Al observar a Roiben, la duda le venía a la mente.

Roiben miró a Kaye sin girar la cabeza y arqueó las cejas en silenciosa interrogación.

—Sólo te estaba mirando —respondió ella.

—¿Y eso?

—Quería saber cómo... de dónde has sacado la ropa.

—¡Ah! —Roiben miró hacia abajo, como si hasta entonces no hubiera reparado en lo que llevaba puesto—. Es un hechizo.

—Entonces, ¿qué llevas puesto en realidad? —las palabras brotaron espontáneamente de la boca de Kaye, quien al momento se dio cuenta de su error.

A Roiben no pareció importarle; de hecho, le dedicó una de sus fugaces sonrisas.

—¿Y si te dijera que nada en absoluto?

—Entonces, te respondería que a veces un hechizo puede ser detectado por el ojo de quien mira —replicó Kaye.

Sorprendido, Roiben soltó una carcajada.

—¡Qué consuelo para los dos que llevo la misma ropa con la que me viste esta tarde! Aunque debiera señalar que con ese atuendo que llevas, lo último que debería preocuparte es mi sentido del pudor.

—¿Es que no te gusta? —Kaye miró la malla de vinilo púrpura. No había encontrado motivo para no ponérsela de inmediato. Después de todo, seguía siendo Halloween.

—Ésa es la clase de pregunta que me he acostumbrado a esperar de ti: ninguna respuesta es válida.

Kaye sonrió, consciente de que su sonrisa perduraría mucho tiempo. Podían conseguirlo; encontrarían una solución; todo iba a salir bien.

—¿Bajamos por aquí? —preguntó Roiben, y Kaye asintió con un gesto.

—Atuendo poco discreto —fue todo lo que Roiben dijo antes de clavar las botas en el barro y empezar a descender hacia el riachuelo.

Kaye lo siguió a su propio ritmo, dando traspiés por el accidentado camino.

En la parte más profunda del arroyo se hallaban sumergidos hasta la cintura varones y hembras de piel verde; seres andróginos cubiertos de corteza de árbol, y pequeñas hadas que emitían una trémula luz.

Al ver a Roiben, algunas de las criaturas se adentraron en el agua, y otras se retiraron a la orilla. Se escucharon murmullos.

—Kaye —dijo una voz ronca.

Kaye se giró y vio a la Bruja de la Zarza, sentada sobre un tronco.

La anciana dio unos golpecitos con la mano en la tierra húmeda.

—Las cosas no fueron bien en la colina.

—No —convino Kaye mientras se sentaba a su lado; deseaba, sin éxito, mostrar más irritación en su tono—. Estuve a punto de morir.

—El caballero de Nicnevin te salvó, ¿no es cierto?

Kaye asintió, y levantó la vista para mirar a Roiben. Sumido en las sombras, con las manos en los bolsillos del abrigo, emitía un resplandor magnífico. Kaye deseó sonreírle, pero temía que él le devolviera la sonrisa y arruinara así su actitud furiosa.

—¿Por qué lo has traído aquí, con nosotros?

—Si no fuera por él, yo ya estaría muerta.

La Bruja de la Zarza miró al caballero y, a continuación, volvió los ojos hacia Kaye.

—¿Sabes las atrocidades que ha cometido?

—¿No lo entiendes? ¡La Reina lo obligó!

—No es mi deseo ser acogido entre vosotros, anciana mujer —dijo Roiben, apoyando una rodilla en la tierra—. Sólo quiero saber si sois conscientes del precio de vuestra libertad. Existen trolls y otras criaturas perversas que, al carecer de dueño,

están deseosas de actuar según su propia voluntad.

—¿Qué tiene eso de malo? —intervino Spike, a medida que se acercaba a ellos por detrás—. Que los mortales sufran como hemos sufrido nosotros.

Kaye no daba crédito a lo que estaba oyendo. Recordó el desdén que Lutie solía mostrar hacia las chicas humanas y, entonces, cayó en la cuenta de que tanto la diminuta hada como Spike sólo eran sus amigos por puro interés. Pasó los dedos por el plástico de color púrpura que le cubría las piernas y con las uñas marcó finas líneas en el vinilo. Había creído que aquellos seres fantásticos eran mejores que los humanos, pero estaba confundida; Kaye ya no sabía cómo eran, la verdad.

En los últimos días se había sometido a demasiadas emociones, la continua descarga de adrenalina la había embriagado; estaba preocupada por Corny, y también por Janet.

—¿Es que ahora van a enfrentarse a nosotros? No me refiero a la Corte Oscura. ¿Desde cuándo los mortales son los enemigos de las hadas solitarias? —preguntó Kaye, cuya voz temblaba de cólera.

Volvió a mirar a Roiben; la cercanía de éste le otorgaba seguridad, y eso también la preocupaba. Resultaba insólito que, en tan sólo unas horas, Roiben hubiese pasado de ser alguien que odiaba a convertirse en el único ser en el que podía confiar.

Roiben le puso la mano en el hombro unos segundos para consolarla. A Kaye le resultó divertida la forma en la que Spike abrió los ojos. ¿Qué pensaría sobre la relación que habían establecido entre ellos?

—Piensas como un mortal —la acusó Spike.

—¡Claro! Excepto la última semana, he pasado toda mi vida creyendo que lo era. Spike frunció sus pobladas cejas y ladeó la cabeza; sus ojos negros brillaban.

—No sabes nada sobre el país de las hadas. No sabes a quién debes tu lealtad.

—Si lo desconozco, es porque nunca me lo habéis contado. Me habéis mantenido en la oscuridad; me habéis utilizado.

—Accediste a ayudarnos. Te diste cuenta de la importancia de lo que estabas haciendo.

—Tenemos que decirles a las hadas solitarias que Nicnevin era inocente, que desconocía que yo era uno de los vuestros. Spike, esto no puede continuar así.

—Me niego a ser un esclavo otra vez. No lo haré ni por los mortales ni por nadie.

—Pero la reina Oscura ha muerto.

—Da lo mismo. Siempre viene otra, peor aún que la anterior. Ni se te ocurra deshacer lo que está hecho. No te atrevas a ir por ahí contando mentiras.

—¿O si no...? —preguntó Roiben con suavidad.

—No es asunto suyo —protestó Spike, mientras, nervioso, retorció con los dedos una de sus largas cejas—. El Tributo no se llevó a cabo.

Los motivos ahora no vienen al caso, pues el resultado es el mismo.

Durante siete años, las hadas solitarias de las tierras de Nicnevin disfrutarán de libertad.

—A menos que accedan a un nuevo acuerdo.

—¿Por qué iban a acceder? —protestó Spike—. Dicen que la reina Luminosa va a venir desde el norte y traerá consigo a casi toda su corte.

Roiben se quedó pasmado al oír la noticia.

—¿Cuál es el motivo? —preguntó con respiración entrecortada.

Spike se encogió de hombros.

—Es posible que quiera comprobar el provecho que puede sacar de esta situación, antes de que la Corte Oscura se ponga de nuevo en pie. No son buenos tiempos para sellar acuerdos.

—¿Crees que Nephamael llevará a Corny a la Corte Luminosa? —preguntó Kaye a Roiben.

Roiben asintió con un gesto.

—Si pretende quedárselo, tendrá que hacerlo.

Roiben no explicó que si Nephamael no desease conservar a Corny, lo mataría.

—¿Sabes dónde piensan instalarse? —preguntó Kaye a Spike.

—En un huerto —contestó Spike—. Un lugar donde la gente compra manzanas que recoge directamente de los árboles. El séquito llegará allí mañana, al amanecer.

Kaye conocía el lugar. Lo había visitado en una de las excursiones de la escuela, y otras dos veces con su abuela.

—Espera, quiero ir con vosotros —dijo Lutie, y emprendió el vuelo para posarse en el hombro de Kaye. Al aterrizar, quedó enredada en un mechón de cabello de la muchacha y le dio un buen tirón.

—Lo siento —se disculpó la pequeña hada.

—Roiben, te presento a Lutie-loo. Lutie-loo, éste es Roiben.

A Kaye le agradaba ver sonreír a Roiben; le encantaba su sonrisa.

—Es un verdadero placer conocerte —dijo Roiben; mientras rozaba con dos dedos la minúscula mano.

Kaye caminó por la pasarela de madera, como había hecho menos de una semana atrás. Contempló la Luna, que había cambiado de forma y ahora estaba en cuarto menguante. La sal procedente del mar se le pegaba a la cara y al cabello formando una finísima capa; a medida que Kaye se movía, las diminutas motas plateadas emitían tenues destellos sobre el vinilo púrpura de la malla de Liz.

Se encontraba inquieta por no saber del paradero de Corny.

Deseaba acudir a algún lugar donde Nephamael hubiera podido llevarlo, pero no tenía ni idea de por dónde empezar. Por fin, había decidido aceptar la invitación de Janet y salir con el grupo aquella noche. Estaba preocupada por Corny y por Janet hasta tal punto que necesitaba hacer algo, no podía quedarse quieta.

El golpeteo de la música procedente del edificio abandonado era tan fuerte que hacía vibrar la pasarela. La antigua discoteca, en tiempos llamada Galaxia, ocupaba parte de la calle y de lo que quedaba del embarcadero. Varios años atrás una zona de éste se había incendiado; el fuego arrasó varias de las casetas de juego, un tobogán de

agua y una casa encantada. El edificio hueco y ennegrecido que se conservaba sólo se utilizaba para lanzar los fuegos artificiales que se encendían todos los años. En su día, Galaxia fue una de las muchas discotecas de la costa de Jersey; el rótulo desvaído y erosionado por la arena aún colgaba de la puerta.

A través de la ventana, Kaye divisó cápsulas de luz y disfraces de vivos colores que lanzaban destellos bajo los focos que giraban en el techo. Kaye no sabía si los jóvenes habían alquilado el local o, simplemente, habían entrado allí sin permiso. En los alrededores de la puerta se congregaba una masa de chicos y chicas. Algunos iban disfrazados con atuendos propios de Halloween; otros vestían los habituales vaqueros demasiado grandes y camisetas de algodón. Una chica peinada con cientos de trenzas brillantes brincaba sin parar, con un osito de peluche atado a la cintura mediante un cordón amarillo fluorescente.

Antes de acercarse, Roiben recogió dos hojas de la cuneta. En su mano, se convirtieron en billetes de banco, que dobló y guardó en un bolsillo del abrigo. Lutie se asomó a hurtadillas y volvió a ocultarse entre el cabello de Kaye.

—No me vendría mal aprender a utilizar esta clase de hechizos, ¿no te parece? —dijo Kaye.

Roiben se limitó a sonreír.

A la entrada, una chica con una enorme peluca azul, lápiz de labios azul y un *piercing* en el labio, también azul, cobró las entradas a Roiben y le devolvió el cambio.

—Bonita malla —dijo la chica, mirando de arriba abajo el atuendo de Kaye, no sin cierta envidia.

Kaye sonrió en señal de agradecimiento, y pasaron al interior. Los cuerpos se hallaban pegados unos a otros, y se movían al unísono como una ola gigantesca; tal era la falta de espacio que, para bailar, sólo se podía dar botes sin moverse del sitio. Sobre la barra saltaba un payaso, maquillado con pintura fosforescente que relucía en la oscuridad. Dos chicas vestidas de gato, con leotardos blancos a los que habían cosido una cola felina, bailaban junto a él. El volumen de la música era tan alto que Kaye ni siquiera intentó hablar con Roiben; sólo lo tomó de la mano y lo condujo a través de la multitud. Él se dejó guiar hacia la parte posterior de la estancia, donde unas puertas dobles conducían al embarcadero ennegrecido por el fuego, que estaba siendo utilizado como pista de baile por los que no cabían dentro del local. El embarcadero también estaba atestado, y los cuerpos se apretaban unos contra otros; incluso los jóvenes que se sentaban apoyados en la pared se rozaban entre sí.

—¿Ves algo? —gritó Kaye. Roiben negó con la cabeza.

Alguien que arrastraba una carretilla llena de botellas de agua los empujó. A Kaye le pareció distinguir a Doughboy entre la multitud, aunque no estaba segura; no iba disfrazado.

—Kaye —le gritó Roiben en la oreja—. Allí. Mira.

Kaye siguió con la mirada el rápido movimiento de la mano de Roiben, pero no

logró ver nada. Se encogió de hombros, sabiendo que era inútil intentar hablar.

—Busca a tus amigos —gritó Roiben.

Ella asintió con la cabeza mientras Roiben encaminaba sus pasos hacia una mujer alta, de labios gruesos y pelo castaño. La mujer dejó de bailar y empezó a gritarle, moviendo los brazos de forma frenética según Roiben se acercaba. Entonces, se giró en redondo para salir huyendo, pero Roiben la sujetó con firmeza por el brazo.

Kaye los dejó discutiendo y se adentró entre la muchedumbre. Si sólo había un hada entre la multitud y Roiben la había encontrado, no había motivo para preocuparse. Al contemplar cómo la masa bailaba y saltaba al ritmo de la música, parecía imposible que allí pudiera haber algo peligroso o ajeno al mundo real. Kaye empezó a relajarse.

Kenny se encontraba en el embarcadero, bailando con Fátima y Janet. La primera vestía una falda larga de tres capas, llevaba un pañuelo atado a la cabeza y grandes aros en las orejas; tenía aspecto de cingara, o tal vez de pirata. Janet iba vestida de negro de pies a cabeza y se había pintado bigotes con un lápiz de ojos; los bigotes se asemejaban más a los de un ratón que a los de un gato.

Kaye aspiró profundamente.

—Hola.

Fátima arqueó las cejas, y Kenny se quedó mirándola tan atónito como si no llevara al hechizo que la hacía parecer humana.

—Hola —respondió Janet.

De nuevo, Kaye se preguntó por qué motivo Janet la habría invitado. ¿Para darle una lección a Kenny, quizá? Por la forma en que éste la había mirado al llegar, posiblemente el plan de Janet estaba dando resultado.

Kaye empezó a saltar al ritmo de la música. No había casi espacio para mover los brazos, por lo que tenía que subirlos por encima de su cabeza.

—Voy a por agua —gritó Kenny.

Salió caminando en dirección al edificio.

—Vuelvo enseguida —dijo Kaye a Janet, quien a su vez intentó dirigirle la palabra a medida que Kaye se giraba para seguir a Kenny.

Lo encontró en la cola para entrar al baño.

—Lo siento.

Los ojos de Kenny se contrajeron. No respondió.

Kaye respiró hondo. Su mente, confundida, giraba a toda velocidad; cayó en la cuenta de que no tenía nada que decirle, y tampoco había nada que ella necesitase oír de él. Era suficiente con comprobar que Kenny se encontraba bien; sus ojos se veían limpios, libres de cualquier encantamiento.

—Nos vemos allí otra vez —dijo Kaye, que se sentía como una estúpida tras haberlo seguido por toda la discoteca sin ningún motivo.

Kaye empezó a bailar mientras se acercaba a Janet y Fátima.

Entonces, el ritmo cambió. Se seguían escuchando los sonidos característicos de

la música electrónica, pero los instrumentos resultaban diferentes: era dance. Sin apenas darse cuenta, Kaye respondió al compás y empezó a moverse frenéticamente junto a la multitud.

Todos bailaban, apretujados entre sí, con los brazos agitándose en el aire y las cabezas moviéndose arriba y abajo al ritmo de la música. Nadie seguía apoyado contra la pared nadie hacía cola en el baño ni fumaba un cigarrillo al borde del mar. Los sudorosos cuerpos brincaban arrastrados por la música.

En un primer momento el compulsivo movimiento de la masa no le llamó demasiado la atención. Al cabo de un rato, Kaye empezó a reparar en las hadas.

El primer ser fantástico que detectó fue uno de cara pecosa y cabello rojo que de un salto se elevó por los aires; cuando notó que Kaye le clavaba la vista, le guiñó un ojo. Entonces miró rápidamente a su alrededor y descubrió a muchos otros. Hadas con alas, con diminutos aros de plata clavados en los picos de las orejas; trasgos del tamaño de perros, que bebían agua embotellada sentados en lo alto de la barra; un *pixie* de piel verde, que se había introducido en la boca una cápsula luminosa de color azul. También divisó otros seres fantásticos que, como sombras, se desplazaban junto a las paredes de la discoteca; apreció destellos de relucientes escamas que atraían a los bailarines hacia los baños vacíos y hacia el embarcadero del exterior.

Junto a Janet bailaba un muchacho de piel oscura que le resultaba peligrosamente familiar. Kaye empezó a empujar con todas sus fuerzas para abrirse paso entre la multitud, y justo en ese momento vio cómo Janet sonreía al kelpie y lo seguía hacia el extremo del embarcadero.

—¡Janet! —gritó Kaye, abriéndose camino hacia el agua.

Pero cuando llegó a la orilla, sólo vio una masa de rizos rojos que se hundía bajo las olas. Se quedó mirando unos instantes, hasta que la desesperación la embargó y dio un salto hacia delante. El agua gélida y oscura se cerró sobre su cabeza.

Al caer al mar, se le contrajeron los músculos; cuando salió a la superficie, los dientes le castañeteaban y empezó a escupir agua salada. Movié las manos con impaciencia y agarró el cabello de Janet; empezó a tirar de él al tiempo que agitaba las piernas para mantenerse a flote.

Al levantar la mano, comprobó que lo único que sostenía era un mechón enmarañado de pelo rojo.

—¡Janet! —gritó Kaye mientras una ola rompía justo encima de su cabeza y la empujaba hacia los pilares del embarcadero. Tomó aire y se sumergió en el agua con los ojos abiertos, en un intento desesperado por discernir el destello de una melena escarlata, mientras movía las manos como si fueran garras intentando capturar una presa.

Salió de nuevo a la superficie y, al intentar recobrar la respiración, tuvo un ataque de tos. Era imposible ver en la profunda oscuridad. Su esfuerzo había sido inútil.

—¡Janet! —volvió a gritar Kaye, mientras golpeaba el agua con la mano y una nube líquida se desplomaba sobre ella.

Seguía golpeando el agua con violencia. Estaba furiosa con Janet, consigo misma y, sobre todo, con el negro y gélido mar que, carente de todo sentimiento, se había tragado a su amiga.

Entonces, como una estatua magnífica, el kelpie se elevó entre las olas; de las ventanas de su nariz emanaban nubes de cálido aliento.

—¿Dónde está Janet? —gritó Kaye.

—Ah, no; ahora estás en mi elemento. No puedes exigirme nada.

—Entonces, hagamos un trato. Déjala marchar.

A Kaye le resultaba difícil hablar, pues sus dientes no cesaban de castañetear.

Su cuerpo, entumecido, se iba adaptando poco a poco a la temperatura del océano. Kaye se quedó mirando aquellos ojos blancos y brillantes, que se reflejaban en el negro mar como dos lunas distantes.

—Por favor.

—Cualquier trato es ya inútil. He terminado. Si quieres, puedes quedarte con los restos.

Un cuerpo emergió a la superficie, junto al caballo, se encontraba boca abajo, con los brazos flotando bajo el agua y el cabello rojo enredado con algas marinas.

Kaye se acercó nadando hasta Janet y le levantó la cabeza.

Observó sus ojos, carentes de vida; los restos de los bigotes pintados aún le manchaban las mejillas; los labios estaban azules y la boca abierta, llena de agua.

—Se comportó admirablemente —dijo el kelpie.

—Oh, no, Janet. ¡No!

Kaye abrazó el cuerpo de su amiga con fuerza, intentando de forma desesperada mantener la inerte cabeza en alto. De la boca de Janet salía agua, como de una garrafa.

—¿Por qué te pones tan triste? Algún día tenía que morir.

—¡Esta noche, no! —chilló Kaye; en ese momento una ola le cubrió la cabeza y le hizo tragar una buena cantidad de agua—. No debería haber muerto esta noche.

—Existe poca diferencia entre un día y otro.

—Díselo a Nicnevin. Algún día pasarás por lo que ha pasado Janet. Todo tiene su fin, kelpie, incluso tú y yo; ni siquiera los seres fantásticos se libran.

El kelpie adquirió un aspecto un tanto apesadumbrado. Dio un resoplido y, entonces, se hundió en las aguas y dejó a Kaye sola, flotando en el mar, agarrada al cuerpo de Janet. Llegó otra ola, que arrastró el cadáver en dirección a la playa. Kaye tomó una de las manos de su amiga, tan gélida como las suyas pero totalmente inanimada, y empezó a nadar hacia la orilla. Según se acercaba, las olas cobraban mayor fuerza y violencia, y rompían por encima de su cabeza. El cuerpo de Janet se alejó y quedó varado en la arena.

Kaye vio que Roiben corría hacia la playa. Se agachó para contemplar a Janet mientras Kaye se esforzaba por ponerse en pie en el agua poco profunda; la marea tiraba de ella con fuerza y le resultaba difícil. Al toser, escupió saliva y arena.



—¿Por qué buscas el peligro? Uno diría que, después de tantos años de ser humana, tendrías más conciencia de la muerte —le espetó Roiben.

Sus palabras le recordaron la conversación que acababa de mantener con el kelpie.

Roiben se desabrochó el abrigo y abrazó a Kaye, sin prestar atención a las ropas empapadas de la muchacha, que le mojaban las suyas. Se escuchó el gemido de sirenas, y Kaye divisó luces parpadeantes que se acercaban.

—No —la mano de Roiben sujetó a Kaye por la nuca para que no volviera la cabeza—. No mires. Tenemos que irnos.

Kaye se apartó.

—Necesito verla. Quiero despedirme.

Kaye avanzó unos pasos y cayó de rodillas junto al cadáver, haciendo caso omiso de las olas que se adentraban en la orilla y le cubrían las rodillas. Janet había sido arrojada desde el mar como madera a la deriva, y había quedado tumbada en la playa en una postura imposible. Kaye colocó a Janet sobre la espalda, con los brazos estirados a ambos costados. Le acarició el cabello rojo, le pasó la mano por la cara helada con sus dedos helados. En ese momento, Kaye tuvo la impresión de que el mundo entero estaba atrapado por el frío y que ella nunca volvería a sentir calor.



## CAPÍTULO TRECE



Pues juré que eras blanca y radiante,  
mas negra eres como el infierno  
y oscura como la noche.

William Shakespeare.  
*Soneto CXLVLL*

Kaye se despertó sobre el colchón de su dormitorio, entre las mantas enredadas. Sólo llevaba encima la ropa interior y la camiseta que Roiben había tomado prestada la noche pasada. Apoyaba la cabeza sobre el torso desnudo de él y, por un momento, no logró recordar la razón por la que tenía el pelo encrespado y las pestañas pegadas con una fina capa de sal. Entonces, el terrible suceso le vino a la mente y se incorporó con un gemido.

Janet había muerto, ahogada. El agua le había encharcado los pulmones. Muerta. ¡Estaba muerta! La palabra producía eco en su cabeza como si, al repetirse, pudiera cambiar el curso de los acontecimientos.

Kaye tenía difusos recuerdos de la noche anterior. Roiben la trajo a casa, y lanzó un encantamiento sobre su abuela, para que dejara de gritar mientras él subía a Kaye por las escaleras. Kaye le chilló por haber actuado de aquella forma; le chilló, y también rompió a sollozar, hasta que, por fin, se quedó dormida.

Se acercó al espejo. Estaba demacrada. La cabeza le dolía de tanto llorar y los ojos, con oscuros círculos a su alrededor, estaban hinchados por falta de sueño. Incluso los labios se veían pálidos y cortados; cuando se los humedeció con la lengua, notó un intenso sabor a sal.

Janet estaba muerta. Por culpa de Kaye. ¡Ojalá no hubiera seguido a Kenny!  
¡Ojalá no hubiera provocado los celos de Janet!

Entonces, su amiga tal vez no se habría ido con el kelpie.

Y Corny seguía sin aparecer.

Cerró los ojos y retiró el hechizo que la cubría, dejando que se dispersara por el aire. Lo que vio entonces fue aún peor. Su cabello seguía rígido a causa de la sal, los labios todavía estaban cortados y sus rasgos de hada intensificaban las señales de agotamiento.

En el espejo, Kaye vio el reflejo de la camiseta que llevaba puesta y recordó que, a pocas manzanas de la pasarela de madera, tras intentar inútilmente calentarla con su abrigo, Roiben la había ayudado a quitarse la malla de vinilo, que había atrapado agua en el interior.

Después, le puso encima su camiseta y el abrigo.

Kaye acumuló energía mágica en los dedos para eliminar los círculos oscuros que

le rodeaban los ojos y cambiar el estado de su cabello, de manera que adquiriese suaves rizos, como los que se ven en las revistas. Fue fácil y, mientras se aplicaba línea de ojos con tan sólo pasar la uña por la base del párpado, en sus labios se perfiló una sonrisa de sorpresa. Al tocar los párpados con las yemas de los dedos, éstos adquirieron un brillante tono azul; los tocó otra vez, y se volvieron de color violeta intenso.

Bajó la vista y aplicó un encantamiento por el que quedó ataviada con un lujoso vestido de seda roja con miriñaque, engastado de piedras preciosas. Le resultaba vagamente familiar, y al instante comprendió que la imagen procedía de una ilustración de «El príncipe rana», un cuento infantil que conservaba de su niñez. A continuación, con un movimiento de la mano, cambió el elegante atuendo por una casaca de color verde esmeralda y mallas a juego, la indumentaria del príncipe del mismo cuento.

Roiben se agitó sobre el colchón y la miró con ojos entreabiertos.

No llevaba hechizo alguno, y su cabello brillaba como una moneda de plata bajo el reflejo de la luz. Lutie estaba tumbada sobre la misma almohada, y su larga melena blanca la envolvía como una manta.

—No puedo bajar las escaleras —dijo Kaye.

Se sentía incapaz de enfrentarse a su abuela tras la noche anterior, y sabía que su madre no había regresado a casa. Kaye recordaba que la última vez que había acudido al desfile de Halloween, en Nueva York, la muchedumbre iba disfrazada con plumas y lentejuelas, y numerosos hombres encaramados en zancos transitaban por las calles. En aquella ocasión, Ellen bebió tanto champán de tres dólares la botella que olvidó por completo dónde se alojaban, y terminaron pasando la noche en los pasillos del metro.

—Podemos salir por la ventana —propuso Roiben, y Kaye se preguntó si se estaba burlando de ella o si realmente había aceptado sin rechistar sus anticuados celos con respecto a su abuela.

No recordaba bien lo que había dicho la noche anterior; tal vez se había comportado de forma tan horrible e irracional que a Roiben ya nada le sorprendía.

—¿Cómo vamos a llegar al huerto? Queda lejos de aquí.

Roiben se pasó la mano por el cabello para peinarlo con los dedos y, entonces, se volvió hacia Lutie.

—Me has hecho nudos en el pelo.

Lutie lanzó una risita, no exenta de temor.

Roiben suspiró y se giró hacia Kaye.

—Hay varias formas de llegar —dijo—, pero supongo que no te parecerán las adecuadas.

Kaye no dudó de sus palabras.

—Vayamos en el coche de Corny —sugirió.

Roiben arqueó las cejas.

—Sé dónde está, y también sé donde guarda un juego de llaves.

Roiben se levantó del colchón y se sentó sobre el somier de muelles, como si realmente fuera el sofá en el que un día Kaye intentó convertirlo.

—Los coches están hechos de acero, por si lo has olvidado.

Kaye permaneció inmóvil unos instantes y, a continuación, empezó a rebuscar en las bolsas de basura. Al cabo de un rato, con expresión de triunfo, sostuvo en alto un par de manoplas de color naranja, haciendo caso omiso de la expresión de incredulidad de Roiben.

—Mis botas tienen piezas de acero —dijo Kaye, al tiempo que se las enfundaba—, pero el cuero impide que me roce... apenas lo siento.

—¿Qué tal si te fumaras un cigarrillo, para rematar? —dijo Roiben con sequedad.

—Me agradarías más si tuvieras un poco de sentido del humor.

Roiben contestó con cautela.

—Pensé que no te agradaba en absoluto.

Kaye se echó hacia atrás el cabello, ahora suave como la seda, y se frotó las sienes con la mano. Debería dar alguna explicación, actuar de alguna forma; pero era consciente de que, si intentaba ordenar los confusos pensamientos que le asaltaban la mente, se derrumbaría sin remedio. ¿Se refería Roiben a la noche anterior?

Kaye apenas recordaba el modo en que le había gritado ni las acusaciones que le había lanzado; sólo le quedaba la sensación de angustia y de cólera. Una vez que había llegado la mañana, todo era diferente entre ellos, y Kaye, una vez más, no sabía cómo enderezar la relación.

Alargó la mano, la posó ligeramente en el hombro de Roiben y abrió la boca para hablar; enseguida la cerró. Hizo un ligero movimiento de negación con la cabeza, con la esperanza de que entendiera su arrepentimiento, que comprendiera que se sentía agradecida, que Roiben le gustaba muchísimo, tal vez demasiado.

Negó con la cabeza otra vez, ahora con más fuerza, y dio un paso hacia atrás.

Lo primero era encontrar a Corny. Lo demás tendría que esperar.

Salieron por la ventana. Roiben descendió sin ninguna dificultad por el árbol que se elevaba junto a la casa; Lutie alzó el vuelo desde el alero, y Kaye se las arregló para planear torpemente hasta el suelo. Al aterrizar, dio un traspies.

—¡Vuelas! —exclamó Lutie.

Kaye le clavó las pupilas con furia y, acto seguido, se puso los guantes. Entonces, cayó en la cuenta de que llevaba puesta la casaca. Roiben iba vestido de cuero negro. Las alas de Lutie emitían reflejos de colores sobre Kaye y Roiben a medida que la minúscula hada realizaba piruetas en el aire como una libélula enloquecida.

—Por aquí.

Kaye los guió hasta el parque de caravanas. La puerta del coche estaba cerrada, y Kaye no dudó en golpear el cristal de la ventanilla con la mano enfundada en una manopla. El vidrio se resquebrajó, y Kaye siguió propinando golpes hasta que los nudillos le empezaron a sangrar.

—Para ya —ordenó Roiben, y la agarró de la mano cuando iba a lanzar otro golpe.

Kaye se detuvo, aturdida, y se quedó mirando la ventanilla.

Roiben sacó un cuchillo que llevaba en el interior de una bota. ¿Lo había llevado allí todo el tiempo, o sería producto de la magia?

—Utiliza la empuñadura —dijo Roiben—, o emplea una piedra.

Kaye logró hacer un agujero en el cristal del tamaño suficiente para meter la mano en el interior y subir el seguro de la cerradura.

Paseó la vista por el parque de caravanas, sorprendida de que nadie hubiera acudido a detenerla mientras asaltaba un coche a plena luz del día.

Se volvió a colocar la manopla, abrió la puerta y se introdujo en el vehículo. Al aspirar el aire rancio y metálico del habitáculo, no pudo reprimir una mueca de disgusto. Se inclinó hacia delante y subió el seguro de la otra puerta. Antes de sacar la llave de la visera, donde estaba escondida, bajó la ventanilla. Roiben se colocó en el asiento del copiloto con cautela, y Lutie entró volando detrás de él, arrugando la nariz a medida que revoloteaba por el asiento posterior; finalmente, se encaramó sobre el polvoriento salpicadero.

Kaye colocó la llave en el motor de encendido y la giró; a través de los guantes notaba el escozor del metal. No le quemaba exactamente, aunque le producía un zumbido en la cabeza que sin duda iría en aumento.

Kaye pisó el acelerador. El motor gruñó, pero el coche no se movió. Murmurando maldiciones por lo bajo, quitó el freno de mano, colocó la palanca en posición de arranque y pisó con fuerza el acelerador. El automóvil salió despedido con tanta fuerza que se vio obligada a frenar en seco. Lutie salió rodando y cayó en el regazo de Kaye.

Roiben, agarrado al salpicadero, se quedó mirándola.

—¿Cuántas veces has conducido un coche?

—Ninguna —contestó Kaye con un gruñido.

—¿Ninguna?

—No tengo edad para conducir.

Kaye se echó a reír de una forma un tanto histérica. Apretó el acelerador con suavidad, y el coche respondió. Giró el volante, y se dirigió hacia la calzada.

Lutie emitió un pequeño chillido y fue ascendiendo por la casaca de Kaye.

El olor a hierro era insoportable.

Kaye tomó la rampa que conducía a la autopista, aliviada porque ya no encontraría más curvas, atascos ni señales de ceda el paso. Lo único que tenía que hacer era mantenerse en el carril correspondiente hasta que casi hubieran alcanzado su destino. Se recordó a sí misma que tenían que llegar allí a tiempo de rescatar a Corny. Pisó con más fuerza el acelerador, y albergó la esperanza de poder continuar por el mismo carril sin dar demasiados bandazos a medida que avanzaban por la autopista.

Kaye notaba que la visión se le volvía borrosa y que el metal provocaba que la cabeza le diese vueltas. El aire fresco que entraba por la ventanilla no era suficiente. Sacudió la cabeza, intentando librarse de la sensación de peso que notaba como un anillo alrededor de las sienes.

—¡Kaye! —chilló Lutie, justo a tiempo para que Kaye diera un volantazo y se alejara del automóvil contra el que había estado a punto de chocar.

El coche de Corny invadió el arcén derecho de la carretera antes de que Kaye pudiera recobrar el control. El grito de Lutie sonó como el gorjeo de una golondrina. Roiben no emitió sonido alguno, pero Kaye prefirió no apartar la vista de la carretera para contemplar su expresión.

Por fin, se acercaron a la salida, y Kaye se lanzó por el lateral a excesiva velocidad. Como no lograba acceder a la nueva carretera a causa del denso tráfico, continuó por el arcén. Pasados dos semáforos, llegaron al huerto, y Kaye aparcó el coche; las ruedas pisaban la línea amarilla que delimitaba el espacio del aparcamiento.

Apagó el motor con un suspiro.

Roiben saltó del coche antes de que se parase por completo.

Mientras tanto, Lutie se aferraba, temblorosa, a la casaca de Kaye.

—Corny puede conducirlo cuando nos marchemos de aquí —dijo Kaye con un hilo de voz.

—Mi entusiasmo por nuestro objetivo se renueva ante semejante idea —la voz de Roiben temblaba ligeramente, a pesar de su intento por parecer indiferente.

El huerto abarcaba un extensísimo terreno de árboles frutales. En el recinto había una tienda, ambientada como una granja, donde se ponían a la venta leche, mermelada y sidra de canela, como Kaye recordaba de la excursión que realizara con la escuela. También se veían pilas de calabazas en oferta, a precios irrisorios; algunas estaban aplastadas.

En el aparcamiento paraban innumerables vehículos familiares de los que salían montones de niños; las madres los perseguían e intentaban que no se escaparan. Kaye siguió a Roiben a medida que éste atravesaba la multitud y bordeaba una estatua elaborada con balas de paja y calabazas. Una de las madres apartó a su hijo hacia a un lado de forma brusca cuando pasaron. De inmediato, Kaye levantó una mano para comprobar su hechizo y asegurarse de que tenía la piel rosada. Entonces, dirigió la vista a Roiben y entendió que su aspecto era lo bastante raro para que una madre reaccionara de aquella forma.

Cuando entraron al huerto, Kaye notó un cambio en el aire. El sonido de los motores de los coches y de las risas se fue desvaneciendo. Ya no olía a hierro; Kaye hizo una profunda inspiración y al expirar se libró de las emanaciones tóxicas que había retenido. Al igual que cuando se introdujo en la colina, notó aquella extraña sensación que había aprendido a asociar con el paso de la frontera a la tierra de las hadas.

En la pradera pastaban caballos blancos; cuando levantaban la cabeza, las campanillas plateadas que llevaban al cuello repicaban.

Los manzanos aún estaban cargados de fruta, con la cosecha de finales de otoño. El aire era cálido y dulce, y evocaba promesas de primavera y de nueva vida. Los ciudadanos de la Corte Luminosa se encontraban esparcidos por el terreno, sentados o tumbados sobre mantas de seda extendidas en el suelo. Mientras Kaye se movía entre ellos, percibía el olor a lavanda fresca y a brezo.

Las hadas luminosas eran tan variadas como las de la Corte Oscura, aunque sus atuendos mostraban colores más vivos. Pasaron junto a un hombre con cara de zorro ataviado con un sayo confeccionado con cintas. Otra criatura llevaba puesto un vestido ajustado, tan dorado como el mismísimo Sol; estaba susurrando algo al oído de un muchacho que también lucía un vestido, éste de color azul verdoso. Varios seres fantásticos estaban congregados alrededor de lo que parecía un juego en el que había que arrojar guijarros brillantes a un círculo horadado en la tierra. Kaye no entendía el sentido del pasatiempo, pero la multitud suspiraba o arrancaba en vítores dependiendo, imaginó, de la posición en que las piedras caían en el círculo.

Cerca de allí, en los alrededores de la multitud que rodeaba el hoyo, una mujer árbol con la piel de corteza y los dedos acabados en hojas susurraba a un manzano mudo, y de vez en cuando giraba la cabeza lentamente para clavar una mirada de cólera sobre siete hombrecitos, unos subidos sobre los hombros de los otros. Formaban una escalera que ondulaba desde la base hasta la parte superior, donde uno de ellos intentaba agarrar una oronda manzana.

Una chica con alas pasó por allí corriendo, junto a un niño pequeño que la seguía; el pelo de éste estaba entrelazado con flores.

Era un niño humano. Kaye sintió un escalofrío.

Miró a su alrededor otra vez, y distinguió más niños humanos, ninguno mayor de seis años. Estaban siendo cuidados y mimados; algunos, somnolientos, tenían los ojos entrecerrados y la mirada distante. Uno de ellos se encontraba junto a un hada de piel azul y apoyaba la cabeza sobre las rodillas de la mujer. Tres niños con coronas de margaritas bailaban torpemente junto a tres hombrecitos con gorros de champiñón. Las damas y caballeros fantásticos que presenciaban la escena rompieron en aplausos.

Kaye aceleró el paso, con la intención de detener a Roiben e interrogarlo acerca de los niños; pero entonces descubrió lo que él estaba mirando y Kaye olvidó todas las preguntas que deseaba formularle.

Junto a los árboles cargados de flores, a pesar de ser otoño, había un hada de cabello castaño con un abrigo verde esmeralda tan vaporoso como un vestido. Cuando Kaye la vio, se detuvo en seco y se le cortó la respiración. Era el ser más hermoso que Kaye había contemplado jamás. Su cutis era impecable; su cabello, coronado por una diadema de hiedra y flores de cerezo, brillaba como el cobre bajo los rayos del Sol; sus ojos relucían como las manzanas verdes que colgaban de las



ramas de los alrededores. Kaye no lograba apartar los ojos de aquella mujer; sostuvo en ella la mirada hasta que todo lo demás desapareció de su campo de visión.

Roiben no se vio en la necesidad de comunicar a Kaye que se encontraba ante la reina de la Corte Luminosa.

Las damas que la rodeaban llevaban vestidos de tejidos ligeros, en tonos gris perla y rosa. Al acercarse, una de ellas aspiró con tanta intensidad que casi sonó como un grito, y se llevó las manos a la boca. Roiben giró la cabeza para mirarla, y sonrió.

Kaye notó que la tensión la atenazaba. En el rostro de Roiben la sonrisa parecía incongruente; era más bien una mueca, y no un gesto de placer.

De repente, un caballero se interpuso entre ellos y la Reina.

Vestía coraza de color verde, y su cabello era de color oro pálido, como el trigo. Portaba una lanza insólita, con tan profusa ornamentación que Kaye se preguntó si podría ser utilizada como arma.

—Talathain —dijo Roiben, e inclinó ligeramente la cabeza.

—No eres bien recibido entre nosotros —espetó el caballero.

Lutie salió del bolsillo de Kaye y miró al caballero con absoluta fascinación.

—Anúnciame a la Reina —solicitó Roiben—. Si no desea verme, abandonaré el huerto de inmediato.

Kaye empezó a protestar; pero Roiben le puso una mano en el brazo.

—Mis acompañantes, desde luego, son libres para permanecer aquí si lo desean —continuó.

La mirada de Talathain se desplazó hasta la Reina y volvió a posarse sobre Roiben; la expresión de su rostro denotaba algo parecido a la envidia. Un gesto de su mano, enfundada en un guante, señaló a otros caballeros. Un paje se acercó escuchó a Talathain y partió a toda velocidad para comunicar el mensaje a la Reina.

Tras inclinarse con suma elegancia para escuchar al pequeño escudero, la soberana se alejó de sus damas y atravesó la hierba en dirección a ellos; sus ojos no se apartaban de Roiben.

Kaye notó el cambio de expresión de éste cuando miró a su señora. La devoción que demostraba sorprendió en gran medida a la muchacha, pues recordaba a la mirada de un perro que se hubiera vuelto salvaje pero que aún deseara la suave caricia de la mano de su amo.

Kaye pensó en el tapiz de la habitación de Roiben, en lo que él había dicho y lo que había silenciado. Entonces, entendió por qué Roiben se había apartado de los besos de Kaye; debía de haber mantenido vivo el amor por su Reina, con la esperanza de volver a verla algún día. Kaye había estado ciega, se había dejado llevar por sus deseos y no había caído en la cuenta de aquella circunstancia.

Cuando Roiben se hincó de rodillas, Kaye sintió alivio por poder arrodillarse a su lado; al inclinar la cabeza tuvo la oportunidad de ocultar el dolor que su rostro reflejaba.

—Siempre cortés, mi caballero —dijo la Reina.

Kaye miró de soslayo los ojos de la soberana. Eran suaves y húmedos como gemas. Suspiró. De repente, se sintió muy cansada, y carente de toda belleza. Deseó que Roiben se limitase a preguntar sobre Corny, así podría regresar antes a casa.

—Ya no os pertenezco —dijo Roiben, como si lo lamentase.

—Si no eres mío, dime, ¿de quién eres?

La conversación tenía un trasfondo que Kaye no acertaba a comprender. ¿Habrían sido amantes?

—De nadie, Silarial —respondió Roiben con deferencia; mostraba una tenue sonrisa, y sus ojos se veían interrogadores. Hablaba como quien teme hacerlo demasiado alto, por si algo muy frágil, muy valioso, llegara a romperse—. Tal vez soy yo mi propio dueño.

La sonrisa de la soberana se mantuvo con la misma intensidad.

Era una sonrisa perfecta: la curvatura de los labios, el equilibrio entre la alegría y el afecto. Era tan perfecta que Kaye, fascinada, perdió el hilo de la conversación, por lo que quedó perpleja cuando escuchó decir a la Reina:

—¿Por qué vienes a nosotros, si no es para regresar a tu hogar?

—Busco a Nephamael. Retiene a un joven a quien mi acompañante quiere devolver al mundo de los humanos.

Silarial negó con la cabeza.

—Ya no se encuentra entre los míos. Cuando la reina de la Corte Oscura murió y las hadas solitarias quedaron libres... —la Reina hizo una pausa y miró a Roiben. Algo perturbó su expresión—, Nephamael se hizo con el trono y se ha proclamado Rey.

La tensión atenazó a Kaye. Con los ojos desorbitados apenas sin darse cuenta, tomó la palabra.

—¿Es Nephamael el rey de la Corte Oscura?

Kaye se mordió el labio ante su propia temeridad; pero la Reina le dirigió una mirada no exenta de indulgencia.

—¿A quién has traído entre nosotros?

—Su nombre es Kaye. Fue intercambiada por una niña humana —Roiben habló de forma distraída.

La Reina arqueó sus cejas de color castaño.

—¿La estás ayudando a encontrar al muchacho mortal que Nephamael ha hecho desaparecer?

—Efectivamente —asintió Roiben.

—¿Cuál es el precio del servicio de Roiben, el caballero que sólo se pertenece a sí mismo? —la mano de la soberana se posó ligeramente sobre un amuleto que le colgaba del cuello.

Kaye no podía mirar con tranquilidad la perfección de aquel rostro, y clavó la vista en el colgante de la Reina. La piedra era blanca como la leche, y pendía de una larga cadena. Le resultaba familiar.

Las mejillas de Roiben adquirieron un ligero tinte rosa. ¿Sería verdad que se sonrojaba?

—No existe precio alguno.

Kaye recordaba aquel colgante; Nephamael llevaba uno igual la noche que había ido a recoger a Kaye para ofrecerla como víctima en El Tributo.

La Reina se inclinó hacia delante, de forma un tanto conspiradora, como si se hubiera olvidado de Kaye.

—Una vez me dijiste que harías cualquier cosa para demostrar tu amor por mí. ¿Todavía mantienes tu promesa?

El sonrojo de Roiben se intensificó; pero al hablar su voz denotaba la frialdad del acero.

—No, ya no la mantengo.

Kaye se preguntó sobre el significado de las palabras de Roiben.

Tenían que representar algo, de eso no había duda; posiblemente tenían que ver con la Reina muerta, más que con su amor por la soberana Luminosa. Kaye cayó en la cuenta del tema sobre el que versaba la conversación. Su Reina lo había tratado como un juguete del que se había cansado, y había decidido intercambiarlo, sin pararse a pensar si su nueva dueña sería cuidadosa con él, sin preocuparle que pudiera romperlo. Pero ahora la Reina deseaba recuperar a Roiben.

—¿Y si te dijera que ya me has demostrado tu amor? Quédate un tiempo con nosotros. Hay licor de miel y deliciosas manzanas rojas.

Siéntate de nuevo junto a mí.

Kaye se mordió el labio con fuerza. El dolor la ayudó a aceptar que Roiben no le pertenecía, que nunca sería suyo. Ya que era demasiado tarde para simular que no le importaba, al menos podía enterrar el sufrimiento en lo más profundo de su ser para que Roiben nunca llegara a enterarse.

Roiben se quedó mirando a Silarial con una mezcla de añoranza y de desprecio.

—Debéis perdonarme —intervino Roiben—; pero el olor de las manzanas me hace vomitar.

La Reina se quedó atónita; después, se indignó. Roiben, impasible, observaba las distintas emociones que marcaban el rostro de la soberana.

—Entonces, más vale que te alejes a toda prisa —replicó la Reina.

Roiben asintió e hizo una reverencia. En el último momento, Kaye se acordó de imitarlo.

Cuando se habían alejado unos pasos, la dama del pelo blanco, risueña, agarró a Roiben del brazo.

—¡Roiben! —era la muchacha que se había sorprendido al verlo. El cabello le llegaba hasta las rodillas, y varias trenzas gruesas le coronaban la cabeza. Su vestimenta indicaba que pertenecía al séquito de la Reina—. Estaba preocupada por ti —prosiguió, mientras la sonrisa le temblaba en los labios—. He oído cosas...

—Todas verdaderas, sin duda —dijo Roiben, con ligereza. Pasó la mano por el

cabello de la dama y Kaye sintió un escalofrío al recordar el contacto de aquellos dedos—. ¡Qué cabellera tan larga!

—No me la he cortado desde que te fuiste —la muchacha se volvió hacia Kaye—. Apenas oí cómo te presentó ante mi hermano la Reina. ¿Está Roiben intentando protegernos de ti, o intenta protegerte a ti de nosotros?

Kaye, sorprendida, se echó a reír.

—Ethine —dijo Roiben, señalando a una y, a continuación, a la otra—, Kaye.

La risa de la muchacha sonaba como el cristal al romperse.

—Veo que has descartado tus modales cortesanos.

—Eso me han dicho —replicó Roiben. Ethine subió el brazo y, de las ramas del manzano, arrancó una flor.

—Todo lo que importa es que ahora estás en casa —aseguró Ethine, mientras colocaba la flor sobre la oreja de Roiben. Kaye percibió que el caballero daba un respingo ante el gesto de la dama, y se preguntó si Ethine se sentiría ofendida por la reacción.

—Ésta ya no es mi casa —precisó Roiben.

—Claro que lo es. ¿A qué otro lugar podrías acudir? —los ojos de su hermana se trasladaron hasta Kaye con un matiz de interrogación—. La Reina te ha herido, lo sé; pero con el tiempo la perdonarás. Siempre la perdonas.

—Los deseos cambian —afirmó Roiben.

—¿Qué han hecho contigo? —preguntó Ethine, con expresión de horror.

—Lo que hayan hecho conmigo, lo que yo mismo haya podido hacer... Al igual que la sangre mancha mis manos, también alcanza el borde del vestido de la reina de las hadas.

—No hables así. Una vez la amaste.

—Todavía la amo, lamentablemente.

Kaye se dio la vuelta. No deseaba escuchar nada más. No era asunto suyo.

Se encaminó hacia el coche. Un niño humano se encontraba de puntillas junto a un árbol e intentaba agarrar una manzana que tan sólo rozaba con los dedos. Vestía una túnica verde, atada a la cintura con un cordón de seda.

—Hola —dijo Kaye.

—Hola.

El niño miró hacia Kaye con ojos suplicantes, y ella arrancó la fruta; la rama emitió un ligero chasquido.

—¿Dónde está tu madre? —preguntó Kaye, al tiempo que sacaba brillo a la manzana frotándola contra su abrigo.

El pequeño frunció el ceño; un rizo de cabello oscuro le caía sobre un ojo.

—Dame. —¿Siempre has vivido con las hadas?

—Sí —contestó el niño, cuyos ojos no se apartaban de la manzana.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Kaye.

El niño alargó su brazo regordete, y Kaye le entregó la fruta. Él dio un mordisco

al instante. Kaye esperó mientras el niño masticaba; en cuanto tragó el bocado, dio otro mordisco. Entonces, como si de repente se acordara de Kaye, elevó la mirada con aire de culpabilidad.

Se encogió de hombros y, con la boca llena, masculló:

—Siempre.

—Gracias —replicó Kaye, y despeinó con la mano su cabello castaño oscuro. No tenía sentido preguntarle nada más; el niño sabía tan poco como ella. Entonces, se giró de nuevo hacia él—: Oye, ¿conoces a una niña llamada Kaye?

El pequeño arrugó la cara en una exagerada expresión de concentración; entonces, señaló hacia una de las mantas.

—Sí. Está por allí.

Al instante Kaye notó que una oleada de sangre le subía de repente a la cabeza, como si la hubieran colgado boca abajo. Tenía los dedos como témpanos de hielo.

Dejó al niño comiéndose la manzana y empezó a caminar entre las mantas extendidas en el suelo; cada vez que pasaba junto a una niña, la detenía y preguntaba:

—¿Te llamas Kaye, pequeña?

Cuando Kaye se vio a sí misma, se reconoció al instante. Los ojos almendrados se veían fuera de lugar bajo el cabello rubio; a pesar del cuerpo rollizo y las orejas redondas, tenía aspecto de hada: rubia y de rasgos asiáticos. Kaye no podía apartar los ojos de la niña pequeña, que recogió una flor, enrolló el tallo con cuidado y la lanzó en dirección a una hermosa dama, quien se echó a reír.

Todas las preguntas que Kaye deseaba formular se le agolpaban en la garganta. Dio la vuelta sobre sus pasos, se dirigió a Ethine y a Roiben, y agarró a éste por el brazo.

—Tenemos que irnos ahora mismo —gritó, indignada y temblorosa—. Corny podría estar muerto.

Ethine abrió los ojos, atónita, al comprobar que Roiben se tragaba la respuesta que pensara dar y asentía con un gesto. Kaye se giró en redondo y se dirigió al coche a toda velocidad, dejando que Roiben la siguiera.



## CAPÍTULO CATORCE



En las colinas, los robles gigantescos  
caen de rodillas  
y dejan al alcance de la mano  
las partes más inaccesibles.

Kay Ryan.  
*Crown*

Kaye no llegó hasta el coche.

—Kaye, espera. ¡Párate!

La voz de Roiben llegaba desde atrás, a corta distancia.

Kaye se detuvo y se quedó contemplando los automóviles familiares y la autopista, al otro lado del aparcamiento. Deseaba fijar la vista en cualquier cosa, excepto en la Corte Luminosa o los niños que nunca crecían; tampoco quería mirar a Roiben.

—Estás temblando.

—Estoy furiosa. Te dedicas a perder el tiempo, y tenemos mucho que hacer.

La actitud calmada de Roiben provocaba que la cólera de Kaye fuera en aumento.

—Vaya, lo siento.

El tono de Roiben no denotaba arrepentimiento alguno, más bien tenía un matiz de sarcasmo.

A Kaye le ardía la cara.

—¿Por qué estás aquí, conmigo?

Se produjo una pausa.

—Porque me has obligado a interrumpir una conversación de forma poco cortés.

—No me refiero a eso. ¿Por qué sigues aquí? ¿Por qué has venido?

Kaye no veía el rostro de Roiben; tendría que darse la vuelta para hacerlo, y no estaba dispuesta. Cuando él tomó la palabra, lo hizo con voz tranquila.

—¿Quieres que me vaya?

Los ojos de Kaye se inundaron de lágrimas que no llegaron a brotar. Ya no podía más.

—Todo lo que hago... —empezó a decir Kaye, pero su voz se quebró—. ¡Mierda! No podemos perder más tiempo.

—Kaye...

—No —Kaye, inquieta, empezó a dar pasos de un lado para otro—. Tenemos que irnos. Ahora mismo.

—Si no eres capaz de recobrar la calma, no vas a serle de gran ayuda a Cornelius.

Kaye se detuvo en seco y levantó las manos, con los dedos extendidos.

—¡No puedo! ¡No soy como tú!

Roiben la agarró por los hombros, y ella se negó a mirarlo a los ojos. De forma brusca, Roiben tiró de Kaye y la apretó contra su cuerpo. Los músculos de la muchacha se contrajeron, mientras Roiben seguía abrazándola en silencio. Tras unos instantes, ella se rindió y exhaló un largo suspiro que la hizo estremecerse. Los largos dedos de Roiben le acariciaron el cabello. Kaye percibió su olor a miel, a sudor y al detergente que utilizaba su abuela.

Kaye frotó la mejilla contra el pecho de Roiben y cerró los ojos en un intento por detener los pensamientos que le asediaban la mente, que reclamaban su atención de forma constante.

—Estoy aquí porque eres adorable, bondadosa y muy valiente —dijo Roiben en voz baja—. Y porque quiero estar contigo.

Kaye levantó los ojos y lo miró a través de las pestañas. Roiben sonrió, colocó la barbilla sobre la cabeza de Kaye y le pasó la mano por la espalda.

—¿Quieres estar conmigo?

Roiben soltó una carcajada.

—Claro que sí. ¿Acaso lo dudas?

—¡Oh, Roiben! —respondió Kaye, incapaz de asimilar la alegría que la invadió de repente. Una alegría capaz de dejar a un lado, al menos por un instante, todas sus preocupaciones. Roiben estaba allí, con ella, y no con la reina Luminosa—. No, no lo dudo.

Roiben seguía acariciando la espalda de Kaye, desde la base de las alas hasta la cintura.

—¿Y eso te agrada?

—¿Cómo? —Kaye miró hacia arriba otra vez, y frunció el ceño—. ¡Claro que sí! ¿Estás de broma?

Roiben se echó hacia atrás para mirarla a los ojos.

—Bien —suspiró y, una vez más, apretó la cabeza de Kaye contra su pecho, cerró los ojos y le pasó la mano por el cabello—. Muy bien.

Permanecieron así, abrazados, durante unos minutos. Por fin, Roiben se separó y dijo:

—Por fortuna, no tenemos que utilizar el coche para llegar a la Corte Oscura. Caminaremos.

El árbol era centenario y gigantesco; daba la impresión de que el tronco, lleno de protuberancias y hendiduras, fuera a desplomarse por su propio peso de un momento a otro. La fina corteza se descascarillaba, como si fuera piel muerta. En la base del tronco se apreciaba un profundo orificio, donde las raíces se dividían.

Lutie subió aleteando desde el agujero.

—No hay guardias —anunció y, acto seguido, posó su minúsculo cuerpo sobre el cabello enmarañado de Kaye.

—¿Adónde conduce?



Kaye intentaba controlar el temblor que la acechaba, no quería revelar lo asustada que se sentía.

—Atraviesa las cocinas —replicó Roiben y, no sin dificultad, metió los pies entre las raíces.

Al momento, varios mechones de su cabello quedaron atascados en la corteza astillada y, finalmente, su cabeza desapareció en la oscuridad. Un golpe seco indicó que había aterrizado sobre el suelo.

Kaye empujó la abertura con las botas, y parte de la madera cedió. Entonces, introdujo las piernas hasta las rodillas y, de espaldas, se fue arrastrando como una serpiente hasta que logró pasar todo el cuerpo. La caída era pronunciada, y tuvo que hacer un esfuerzo para ahogar el grito que le apretaba la garganta mientras aterrizaba.

En el túnel, cubierto de vapor, el calor era intenso. El rostro de Roiben estaba empapado de sudor; cuando se echó el cabello hacia atrás, lo notó húmedo y apelmazado. Movi6 la cabeza hacia la izquierda, y Kaye se colocó por delante de él. Siguieron avanzando a través de la densa nube de vapor. La cocina era una sala gigantesca; en el centro había una hoguera, hundida en el suelo, y al parecer no existía sistema de ventilación. Numerosas criaturas, envueltas por el humo, se afanaban de un lado a otro y transportaban pucheros de grandes dimensiones, montones de ratas despellejadas, pequeños pasteles, cestas llenas de manzanas plateadas y toneles de vino. El hedor era insoportable. La sangre manchaba las paredes y el suelo, hervía en las marmitas y goteaba de las bandejas llenas de carne cruda. Roiben caminaba detrás de Kaye, con una mano apoyada en su espalda. Cuando quería que continuase, la empujaba; si deseaba que se detuviera, la agarraba por la casaca.

Entraron sigilosamente en la estancia, sin apartarse de las paredes. Un duende anciano y macilento estaba sentado a corta distancia de ellos. Sus raquíticas piernas colgaban de un taburete, y sacaba la lengua en señal de concentración mientras aplicaba una capa de brillante pintura roja a una pila de manzanas negras.

Enmarañados mechones de cabello blanco coronaban su cabeza como pinchos; de vez en cuando, se ajustaba las diminutas gafas, que se le escurrían por la nariz.

Junto al pintor de manzanas se hallaba un hombre verde de tamaño gigantesco, con pequeños cuernos sobre la cabeza calva y largos colmillos que le asomaban del grueso labio superior. La enorme criatura golpeaba con un hacha los cadáveres de extraños animales, y los cortaba en pequeños pedazos, como para hacer estofado. Los fornidos brazos del carnicero estaban plagados de tatuajes de rosas y espinas.

Kaye se desplazó con tanto sigilo como cuando llegaba tarde a casa por la noche, como cuando salía de una tienda con los bolsillos llenos. Se concentró en el movimiento de sus pies, inclinó un poco la cabeza y atravesó lentamente el umbral de la puerta.

Al poco rato, el estrecho pasillo empezó a descender y dio paso a un corredor más amplio, con suelo de mármol gris y jalonado por enormes columnas talladas; del

techo colgaban estalactitas. De repente, se escuchó el sonido de pasos que procedía de más adelante; sobre el suelo de piedra, los zapatos sonaban como escarabajos.

Roiben tiró de Kaye, y ambos se situaron detrás de una columna; entonces, desenfundó su espada y la apoyó contra el pecho. Kaye sacó el puñal que Roiben le había entregado con anterioridad y asió la empuñadura con todas sus fuerzas.

Las pisadas giraron hacia otro pasillo. Kaye soltó el aire que había estado reteniendo.

Siguieron avanzando en silencio hasta que se toparon con una puerta negra de doble hoja.

—¿Qué hay dentro? —preguntó Kaye.

—Vino, licores y cosas por el estilo —respondió Roiben en un susurro.

La estancia era toda de piedra y apestaba a levadura. Junto a las paredes se alineaban barriles, y por todas partes se veían tarros de cristal llenos de infusiones de distintas clases de plantas y flores; había pétalos de rosa y de violeta, caléndulas, ortigas que flotaban como naves espaciales y otras hierbas que Kaye no logró identificar.

—¿Qué son? —preguntó Kaye con un hilo de voz. La estancia estaba vacía.

—Ajeno, milenrama, prímula, alelí, agrimonia, hinojo...

—Apuesto a que te encantan las infusiones de hierbas —dijo Kaye.

Roiben no sonrió, y condujo a Kaye hacia la más pequeña de las dos puertas de la sala. Kaye entendió que Roiben ni siquiera se había dado cuenta de que su comentario era una broma.

—La lavandería —indicó Roiben.

La sala siguiente, al igual que la cocina, estaba inundada de vapor; aquí salía a través de pequeños respiraderos situados en el techo. En la estancia había varios barreños enormes, llenos de agua jabonosa. Una mujer pálida, de ojos negros, retorció un paño blanco mientras que otra removía la ropa sumergida en uno de los recipientes con un palo de madera, largo y retorcido. Un hombre con joroba, de brazos larguísimos, echaba unos polvos a los barreños, y el agua producía un sonido silbante.

El lugar era relativamente pequeño, y Kaye dirigió una mirada a Roiben. No era posible atravesar la sala sin que los descubrieran.

—Maigret —dijo Roiben, y de inmediato sonrió y abrió los brazos.

Una de las lavanderas miró hacia arriba; su sonrisa dejó al descubierto que le faltaba un diente.

—¡Nuestro caballero! —se acercó, cojeando, hasta Roiben y le dio un tosco abrazo. Los pies de la mujer quedaban cubiertos por las largas enaguas de su vestido, por lo que Kaye no pudo comprobar la razón de su cojera. Al otro lado de la sala, el hombre y la mujer abandonaron su faena por un instante y sonrieron—. Pensé que nunca más volveríamos a verte.

—Estoy buscando a un muchacho —indicó Roiben—. Un chico humano. Está

con vuestro nuevo Rey.

La mujer emitió un gruñido de disgusto.

—Ése... ¡Menudo rey! Sí, por ahí anda un muchacho, pero no puedo decirte más. He aprendido que más vale no llamar la atención de los nobles.

Roiben sonrió con ironía.

—Igual que yo.

—Te están buscando; lo sabes, ¿verdad?

Roiben asintió.

—El final de mi servicio en esta corte fue bastante espectacular.

La vieja lavandera soltó una estridente carcajada y se despidió de ellos. Roiben abrió la puerta pequeña, que daba a un corredor en cuyas paredes relucía la mica.

—¿Cómo sabes que no hablarán a nadie de nosotros?

—Maigret considera que tiene una deuda conmigo —dijo Roiben mientras se encogía de hombros.

—¿Le ocurre algo en los pies?

—Un noble de la Corte Oscura quedó descontento con ella. Hizo que le pusieran zapatos de hierro al rojo vivo y la obligó a bailar con ellos.

Kaye sintió un escalofrío.

—¿Tiene eso que ver con la deuda que has mencionado?

—Tal vez —admitió Roiben.

—¿Qué hay por allí?

—La biblioteca, la sala de música, el conservatorio y la sala de ajedrez.

—¿La sala de ajedrez?

—Sí, a la Reina le fascinaba el ajedrez. Hacen apuestas, como los mortales apuestan en los juegos de cartas. Recuerdo que una vez Nicnevin utilizó una partida para ganar un consorte.

—A Corny le encanta el ajedrez; pertenecía al equipo de la escuela.

—Para llegar, tenemos que atravesar la biblioteca —Roiben titubeó.

—¿Qué ocurre?

—No hemos visto guardias. Ni en la entrada ni aquí.

—A lo mejor es que lo estamos haciendo muy bien.

—Tiene que haber una explicación.

La puerta que conducía a la biblioteca era grande y suntuosa, muy diferente a las puertas más sencillas de las estancias menos importantes. De madera oscura y adornada con bandas de cobre, contenía inscripciones talladas en un idioma desconocido para Kaye.

Roiben empujó la puerta, que se abrió sin dificultad.

Las estanterías estaban dispuestas en un laberinto de tal altura que resultaba imposible divisar el otro lado de la estancia o descubrir salida alguna. Los propios estantes estaban profusamente decorados con tallas de gárgolas y otras criaturas extrañas; el olor a tierra removida era abrumador. Cuando Kaye miraba en una

dirección, por el rabillo del ojo notó que algo se movía. Los libros eran de tamaños muy variados, y Kaye se preguntó quién los leería. Mientras caminaban, intentó descifrar los títulos, pero todos estaban en idiomas extraños. Al torcer en una esquina, Kaye vio una figura que se deslizó entre las sombras. Era esbelta y recordaba a un humano.

—Roiben —susurró.

—Son los guardianes de los secretos —dijo Roiben, sin volver la vista atrás—. No le dirán a nadie que hemos pasado por aquí.

Kaye sintió un escalofrío, y se preguntó qué estaría escrito en aquellos tomos que llenaban las estanterías, si de lo que se trataba era de guardar secretos. ¿Eran aquellas figuras guardianes, o acaso escribas?

Al llegar a una encrucijada entre las estanterías, Kaye divisó otra forma oscura; ésta tenía largo cabello pálido, que nacía justo encima de las cejas, y relucientes ojos negros. La figura se sumió en las sombras con tanto sigilo y velocidad como la anterior.

Kaye sintió alivio cuando llegaron a una puerta ovalada de pequeño tamaño que Roiben abrió suavemente con un gesto de la mano. De las paredes de la sala de ajedrez colgaban pesados cortinajes. Toda la superficie del suelo estaba cubierta de losetas blancas y negras; las piezas de ajedrez, de metro y medio de altura, se elevaban, amenazantes, en los extremos de la estancia. Corny estaba dormido en el suelo; su cuerpo ocupaba dos casillas del tablero.

—¿Cornelius?

Roiben se arrodilló y sacudió a Corny por el hombro.

Corny levantó los ojos. Tenía la mirada perdida y el cuerpo plagado de magulladuras. Lo peor fue la sonrisa de satisfacción que les dirigió. Su rostro parecía haber envejecido; en el cabello se adivinaba un mechón blanco.

—Hola —dijo Corny, que apenas podía hablar—. Eres Robin, el de Kaye.

Kaye cayó de rodillas.

—Todo irá bien —dijo Kaye, más a sí misma que a Corny, y empezó a peinar los húmedos mechones de cabello de su amigo—. Te vas a poner bien.

—Kaye —dijo Roiben en tono monocorde.

Ella se giró. Nephamael acababa de entrar en la sala, desde detrás de los cortinajes de la pared del fondo. Con la mano acariciaba las crines de mármol del caballo negro.

—Saludos —dijo Nephamael—. ¿Me perdonaréis la broma si os digo que sois como una espina que se me clava en el costado?

—Más bien creo que estás en deuda conmigo —replicó Roiben—. Gracias a mí conseguiste la corona.

—Desde ese punto de vista, es una lástima que la vida sea tan injusta, Rath Roiben Rye.

—¡No! —exclamó Kaye, horrorizada. ¿Cómo podía saber su nombre? Roiben

estaba apartado de los demás cuando ella lo había pronunciado, en voz tan baja que casi era imposible oírlo. Y Roiben había matado a todos los caballeros que, desde su posición, hubieran podido escucharlo.

—Nadie más lo conoce —dijo Nephamael, como si adivinara su pensamiento—. Maté al elfo que quiso congraciarse conmigo comunicándomelo.

—Spike —dedujo Kaye.

—Rath Roiben Rye, por el poder que tu nombre me confiere, te ordeno que nunca me inflijas daño alguno, y que me obedezcas en todo momento sin cuestionar mis deseos.

Roiben aspiró tan profundamente que sonó como un aullido.

Nephamael arrojó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada, mientras seguía acariciando la pieza de ajedrez.

—También te ordeno que no te provoques daño a ti mismo, a menos que yo así lo disponga. Y ahora, mi nuevo caballero, sujeta a la *pixie*.

Roiben se giró hacia Kaye al tiempo que Lutie, desde el bolsillo de ésta, emitía un agudo chillido. Kaye se lanzó en dirección a la puerta, pero Roiben fue más rápido. La agarró por el cabello y tiró de la cabeza hacia atrás; entonces, de improviso, la soltó. Tras un instante de asombro, Kaye salió por la puerta a toda velocidad.

—Puede que estés versado en acatar órdenes; pero eres un novato a la hora de imponerlas —dijo Roiben, mientras Kaye corría hacia el laberinto de la biblioteca.

Anteriormente, se había limitado a seguir a Roiben a través de la maraña de estanterías; al encontrarse sola, no tenía ni idea del camino que debía recorrer. Giró una y otra vez, aliviada por no cruzarse con los extraños guardianes de secretos. Entonces, al pasar junto a un estrado sobre el que se apilaba una pequeña cantidad de volúmenes, se encontró en un pasillo sin salida.

Lutie salió del bolsillo de Kaye y empezó a revolotear a su alrededor.

—¿Qué hacer, Kaye? ¿Qué hacer?

—Shh —Kaye la mandó callar—. Escuchemos.

Kaye oía su propia respiración; también escuchaba el sonido de páginas que se agitaban en algún rincón de la estancia, así como algo que sonaba como tela arrastrándose por el suelo. No se oían pisadas.

Nadie las seguía.

Entonces, decidió convocar un hechizo que le hiciera adquirir el color de la pared a sus espaldas. Notó el cosquilleo de la magia que la envolvía y se quedó mirando la mano, del color de la madera. ¿Qué podían hacer? La culpabilidad y la tristeza amenazaban con abrumarla. Sentada en el suelo, metió la cabeza entre las piernas y respiró hondo varias veces.

Tenía que conseguir salir de allí, junto a Lutie.

La idea era absurda; Kaye sólo era una vulgar *pixie*. Apenas sabía utilizar sus poderes mágicos, casi no sabía emplear sus propias alas.

«Piensa, Kaye. Piensa».

Tomó aire. Había respondido a las adivinanzas. Había sacado a Roiben de la corte. Había averiguado, más o menos, cómo utilizar su hechizo. Por lo tanto, era capaz de salir de allí.

—Vamos. Por favor, vamos —suplicó Lutie, al tiempo que se posaba sobre la rodilla de Kaye.

Kaye hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Lutie, tiene que haber alguna forma. Se me tiene que ocurrir algo.

Todos ellos eran seres fantásticos. De acuerdo; entonces, ella tenía que pensar como una humana. Debía tener en consideración cosas que supiera hacer. Trucos con un encendedor. Robar en las tiendas. Tenía que pensar en algo que no agradase a las hadas.

Hierro.

Kaye miró a Lutie.

—¿Qué ocurriría si me tragase un trozo de hierro?

Lutie se encogió de hombros.

—Te quemarías la boca. Podrías morirte.

—¿Y si envenenara a alguien con hierro?

Lutie, incómoda, cambió de posición sobre la rodilla de Kaye; su expresión denotaba incredulidad.

—¡Si aquí no hay hierro!

Kaye inspiró con fuerza y soltó el aire poco a poco. Su mente corría a demasiada velocidad. Tenía que calmarse. Tal vez sí que hubiera hierro en la Corte Oscura; en las armas, por ejemplo, aunque Kaye no tenía ni la más remota idea de dónde las guardaban. En algún lugar lejos de allí.

Bajó la vista y se miró el cuerpo. ¿Qué llevaba consigo que procediera del mundo de los humanos? La camiseta, la ropa interior, las botas... la casaca verde era producto de la magia.

Kaye se desató las botas a toda prisa. Sin duda, había hierro en ellas; no se notaba a simple vista, pero allí estaba. Se descalzó y se quedó mirándolas con atención. Había partículas de hierro en los remaches de acero; Kaye sentía el calor a través de la fina película negra. También había placas de refuerzo de acero, ocultas en la puntera de las botas, aunque tal vez resultaran demasiado grandes para sus propósitos, a menos que pudiera reducirlas con una lima. Del bolsillo de la casaca, Kaye sacó el cuchillo que Roiben le había entregado y empezó a arrancar las suelas. Al hacerlo, quedaron expuestos una serie de pinchos, brillantes clavos de acero tan pequeños que podían tragarse sin dificultad.

Kaye agarró el cuchillo en una mano, una bota en la otra, y empezó a arrancar los clavos uno a uno.

Corny estaba abrumado por tantas emociones nuevas. Se encontraba sentado en el suelo de tierra de un gigantesco palacio subterráneo. Mientras los cortesanos tocaban instrumentos musicales, Nephamael le introducía en la boca gruesas uvas de color

negro. Por los alrededores pululaban numerosas criaturas, grandes y pequeñas, que saciaban su sed, apostaban a las adivinanzas o practicaban un juego consistente en lanzar guijarros redondeados.

Para Corny, el mundo se limitaba a las uvas que Nephamael le ofrecía. No existía nada mejor que el roce de aquellos dedos contra sus labios; nada más dulce que el estallido de las negras gemas en su boca.

—Considero que dispones de excesiva dignidad. Te ordeno que bailes —dijo Nephamael a su nuevo prisionero.

Bajo el estrado, se congregó una pequeña multitud para observar cómo bailaba Roiben.

El cuerpo del caballero parecía la cuerda de un arco que se rompe al disparar. Su cabello plateado ondeaba como una bandera; pero sus ojos parecían tener vida propia, y se movían a toda velocidad, como los de un animal capaz de arrancarse la pierna antes que seguir apresado por una trampa. No paró de moverse, y sus gestos eran fugaces; sus giros, desesperados. Corny no quería sentir lástima, de modo que apartó la vista. De la mano del Rey, una uva cayó al suelo; a Corny no le importó.

El caballero danzaba sin cesar mientras los nobles de la Corte Oscura se reían y se burlaban de él.

—Demasiado fácil. Tardará mucho en cansarse. Golpeadle con el látigo mientras baila.

Varios trasgos se acercaron para cumplir la orden. En el pecho y la espalda de Roiben se empezaron a abrir surcos de color rojo.

Corny se alegró de que Kaye no se encontrara allí.

—¿Qué tarea podría encomendarle como sanción para que regrese a la corte? Quiero conservarlo. Hasta ahora me ha traído suerte.

—Que encuentre un pájaro sin alas que pueda volar.

—Que consiga una cabra con las ubres llenas de vino, y no de leche.

—Sí, que nos traiga una cabra así.

—No, eso no me divierte —dijo Nephamael mientras se reclinaba en el trono. Bajó la vista hacia Corny y esbozó una sonrisa, como si fuera a clavar los dientes en un pastel—. Se han escapado algunas uvas —dijo en tono jocoso—. Recógelas... con la boca.

Corny alejó la mirada de Roiben, sin darse cuenta de que los ojos de éste estaban desenfocados. Entonces, se dispuso a obedecer.

No podía considerarse un plan propiamente dicho. Kaye se había aplicado un hechizo para adquirir la apariencia de Skillywidden, la única persona que recordaba de la Corte Oscura que no se colocaba junto al trono. En el silencio de la biblioteca, empezó a imitar a la anciana; Lutie no fue de gran ayuda, pues no paró de reírse con tanta intensidad que apenas podía mantenerse en el aire.

Entonces, con los finos clavos de acero quemándole en la palma de la mano, Kaye salió en busca del salón principal. Lo encontró sin dificultad. Más allá de la sala

de ajedrez había otras puertas, pero sólo existía una escalera que conducía a la planta superior.

El salón de la Corte Oscura se veía tal y como Kaye lo recordaba, y estaba casi tan abarrotado como la última vez. Al entrar desde el palacio, accedió a una estancia justo detrás del estrado. Roiben estaba bailando, y tenía la espalda llena de heridas. Nephamael ocupaba el ornado trono de madera; el círculo de hierro le quemaba la frente. Kaye percibió cómo bajaba la mano para acariciar el cabello de Corny.

Hizo una profunda inspiración, subió al estrado y se encaminó hacia el duende pintón que se encargaba de servir vino; sujetaba en la mano una garrafa de plata y de piel de lagartija con la que rellenaba la copa del Rey.

—¡Eh, costurera! —le dijo el duende con tono burlón, y al sonreír dejó a la vista sus dientes afilados y amarillentos, amontonados entre sí.

Entonces, Lutie actuó como habían acordado, y pasó volando junto a la cara del pintón. El hombrecito intentó atraparla con una mano, de manera que no vio a Kaye arrojar los clavos en el vino. Lo contrario de robar en las tiendas. Fácil. Mucho más fácil que introducir ratones en los bolsillos.

—Skillywidden —Kaye se giró para comprobar si Nephamael se dirigía a ella—. Ven aquí, costurera.

Kaye miró a su alrededor; Lutie se las había arreglado para escapar, y no lograba verla. Aunque quizá era lo mejor, y lo más seguro, no podía evitar sentirse preocupada. Ya eran demasiados los que habían sufrido por su culpa. Kaye respiró hondo y dirigió sus pasos hacia Nephamael. Ante su presencia, hizo una reverencia parecida a la que podía haber hecho la propia Skillywidden.

—¡Ah! —exclamó Nephamael, mientras señalaba a Roiben con un gesto—. Mi nuevo juguete. Fuerte, como puedes ver; y muy guapo.

Quiero que confecciones un traje para él. Algo de color verde. ¿Qué tal la librea de un paje luminoso? Eso me agradaría.

Kaye asintió con la cabeza y, cuando el Rey volvió la vista hacia Roiben, empezó a retirarse.

—Un momento —dijo Nephamael. El corazón de Kaye se le desbocaba en el pecho—. Acércate.

Sumisa, Kaye dio un paso al frente.

Con una maliciosa sonrisa en el rostro, Nephamael se levantó del trono de un salto y la agarró por uno de sus delgados hombros. La expresión del Rey tenía un cierto matiz de regocijo que provocó que Kaye temblara de miedo. La magia la rodeaba, y tiraba de su hechizo para arrancarlo. Notó como si unas garras la hicieran pedazos, y empezó a gritar con todas sus fuerzas, consciente de que su hechizo estaba hecho jirones. Cayó de rodillas, vestida con la camiseta y la ropa interior con las que había despertado por la mañana, con el pelo enmarañado por la sal del mar.

Exclamaciones de estupor recorrieron la estancia.

—Amordázala —dijo Nephamael—; después, átale las manos por la espalda y



entrégame el látigo.

Uno de los sirvientes se acercó para cumplir sus órdenes.

Nephamael se recostó en el trono e hizo un gesto para que le sirvieran vino. Kaye contuvo la respiración; pero el Rey se limitó a sostener la copa, sin ni siquiera llevársela a los labios.

—¡Qué placer tan inesperado! Ahora mi humilde diversión será más emocionante. Ven aquí, Roiben.

Roiben hizo una pausa; su cuerpo temblaba de dolor y agotamiento. Las terribles heridas que le cruzaban el pecho y la espalda todavía sangraban. Se acercó y se colocó frente a Nephamael.

—Arrodíllate.

Roiben se hincó de rodillas y emitió un gruñido de dolor.

Nephamael metió la mano entre los pliegues de su capa y sacó un puñal. La hoja era de oro; la empuñadura, de hueso. Lo arrojó hacia Roiben, y cayó al suelo con un ruido metálico.

—He aquí mi orden: cuando te diga «empieza», agarra el puñal y clávalo en la *pixie* hasta que muera. Debes decidir si la matas lentamente, haciéndola sufrir para otorgarme placer, y así ganar tiempo... o si le cortas el cuello de un solo tajo. Eso sería lo más piadoso. ¡Ah! —Nephamael suspiró afectadamente y levantó la copa de vino por encima de su cabeza—. Si dejaras de abrigar esperanzas...

Roiben, conmocionado, mostraba un rostro carente de toda expresión.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Kaye. Apenas podía respirar debido a la mordaza, y no existía forma alguna por la que pudiera articular palabra.

—Empieza —dijo Nephamael, y agitó la copa a modo de saludo.

Roiben se giró, con los ojos húmedos; la barbilla le temblaba.

Respiró hondo, miró el puñal que sujetaba en la mano, y volvió la vista hacia Kaye. Cerró los ojos, y Kaye notó cómo llegaba a un terrible acuerdo consigo mismo.

Kaye también deseaba cerrar los ojos, pero le resultaba imposible. Entonces, intentó captar la mirada de Roiben con la esperanza de lanzar una súplica; pero él no la miró.

Mientras Kaye aguardaba a que la hoja se clavara en su carne, percibió que Nephamael se llevaba la copa a los labios y la levantaba para dar un trago largo. Por un instante, no se produjo ninguna reacción; Nephamael se limitó a limpiarse la boca con dos dedos.

Entonces, empezó a toser con expresión de sorpresa, y recorrió el salón con la mirada. Sus ojos se encontraron con los de Kaye.

Nephamael cayó de rodillas, con las manos aferradas a la garganta.

Abrió la boca, tal vez con la intención de hablar, o acaso gritar, pero no emitió sonido alguno.

Entonces, Roiben se plantó ante ella; temblaba, y aún sujetaba el puñal de oro en la mano. Kaye cayó en la cuenta de que no se le había dado ninguna contraorden;

todavía estaba obligado a obedecer a Nephamael.

Kaye empezó a moverse agitadamente de un lado a otro.

En ese momento, notó que unos dedos diminutos intentaban deshacer el nudo de la mordaza.

El rostro de Roiben era una máscara de conmoción y de horror a medida que observaba cómo su propia mano dirigía la hoja del puñal hacia la piel de Kaye.

Kaye respiró profundamente, preparada para actuar. Cuando notó que la mordaza se aflojaba, la escupió y dio un paso al frente para clavarse el cuchillo al tiempo que susurraba:

—Rath Roiben Rye... te ordeno que te detengas... te ordeno que...

Kaye notó cómo la hoja se le incrustaba en el brazo mientras hablaba, escuchó el sollozo de Roiben y, de repente, el puñal cayó al suelo.

Kaye dio un salto hacia arriba y empezó a batir las alas a toda velocidad. Se elevó hasta el techo con facilidad y, por un momento, se quedó flotando en el aire. Lutie acudió junto a ella, y comenzó a desatar la cuerda que le ataba las manos.

Entonces, desde todas las entradas al salón se escuchó el estruendo de pisadas, el sonido metálico de corazas y el repique de campanas. La Corte Luminosa había llegado.



## CAPÍTULO QUINCE



Mejor es reinar en el Infierno que servir en el cielo.

Milton.  
*El paraíso perdido (Libro I)*

Los caballeros, en primer lugar, entraron en la estancia, ataviados con armaduras de color verde oscuro que recordaban a caparazones de insectos. A continuación, llegaron las damas, que portaban elegantes vestidos de colores diferentes; Kaye reparó en que Ethine iba vestida de oro pálido. Tras los cortesanos apareció la Reina, resplandeciente, con un vestido blanco similar al del tapiz de Roiben.

Sobre los hombros llevaba una capa azulada que arrastraba por el suelo a medida que, serenamente, se dirigía hacia el estrado.

—Roiben —dijo la Reina.

De la Corte Oscura surgió un sonido silbante. Una enorme criatura empezó a avanzar hacia adelante dando traspies, pero se detuvo en seco cuando un caballero le clavó una mirada de odio.

Nephamael seguía retorciéndose sobre el estrado, y se apretaba con los dedos en la garganta y en el pecho. Parecía totalmente ajeno a la llegada de su señora.

Roiben dirigió la vista hacia la reina Luminosa, y después cerró los ojos al tiempo que suspiraba aliviado, lo que provocó que Kaye sintiera miedo. Había algo extraño en aquella situación.

Del cuello de la Reina pendía un colgante blanco, sujeto por una cadena de plata. Kaye se quedó mirándolo, como hipnotizada. Los ojos de la Reina observaban el estrado y contemplaban cómo se retorció el autoproclamado rey de la Corte Oscura.

—¡Nephamael seguía tus órdenes!

La revelación era tan extraordinaria que Kaye la había dejado escapar de su boca sin apenas darse cuenta. Entonces, aterrizó desde las alturas y se colocó junto a Roiben.

Todos quedaron paralizados ante las palabras de Kaye, incluso la Reina.

Kaye prosiguió, sin apartar la mirada de Roiben, y albergó la esperanza de que éste la creyera.

—Roiben, tú tenías que servir a Nicnevin, y el deber de Nephamael consistía en servir a la reina Luminosa. Estabais obligados a hacerlo.

Ninguno de los dos podía desobedecer.

La Reina esbozó una amable sonrisa.

—La *pixie* tiene razón, al menos en parte. Si yo hubiera ordenado a Nephamael que permaneciera a mi lado para siempre, él habría obedecido; pero nunca di tal

orden. Una vez que se hubo marchado, ya no podía escuchar mis mandatos y, por lo tanto, no los acataría. He venido para reestablecer el orden.

Las palabras de la soberana parecían razonables. Kaye deseaba estar confundida, pero el amuleto que colgaba del cuello de la Reina le indicaba que sus sospechas eran ciertas.

—Yo vi el amuleto. Nephamael lo sostenía en la mano cuando me aplicó el hechizo que me hacía parecer humana. Noté que sus poderes procedían del colgante.

—Estás equivocada, *pixie*, y ahora debes permanecer en silencio. Hay asuntos más importantes que tratar en este momento —la voz de la reina Luminosa denotaba firmeza; varios caballeros dieron un paso hacia Kaye.

—Kaye... —empezó a decir Roiben—, el amuleto pertenece a la Reina. Siempre ha sido así.

Kaye se giró hacia Roiben, y sus ojos lanzaban destellos de cólera.

—¡Tengo razón!

Un murmullo recorrió la estancia. Kaye no sabía a ciencia cierta cuál sería el desenlace que podría agrandar en mayor medida a la Corte Oscura; posiblemente uno que trajera consigo el derramamiento de sangre. No dudaba de que algunos de los miembros de la corte se alegrarían de que estuviera insultando a la reina Luminosa.

Roiben levantó la mano.

—Yo la escucharé.

Su decisión provocó que la muchedumbre se sumiera en el silencio, para sorpresa de Kaye. Roiben estaba apoyado sobre el trono con las ropas manchadas de sangre, desarmado y, sin embargo, aún inspiraba tanto respeto que la corte entera se callaba ante sus palabras.

Roiben miró a Kaye y asintió con la cabeza.

—Habla.

Kaye hizo una profunda inspiración y habló en voz alta, con el fin de asegurarse que todos la oyeran.

—Todos veis que soy una *pixie*, pero he mantenido apariencia humana durante 16 años. Conseguí encontrar a la niña mortal por la que fui intercambiada; seguía en la corte de Silarial —Roiben clavó las pupilas en Kaye, pero ella prosiguió sin detenerse—. Eso significa que algún miembro de la Corte Luminosa realizó el intercambio, a pesar de que yo vivía en territorio oscuro, muy cerca de la corte de Nicnevin. Durante mi niñez, tres hadas me vigilaban. También pertenecían a la Corte Luminosa.

»Me mudé a Filadelfia, donde viví un par de años hasta que él —Kaye señaló a Nephamael—, apareció en uno de los conciertos de mi madre. Llevó a un aparte al tipo con el que vivíamos y, minutos más tarde, aquel hombre intentó matar a mi madre. A la mañana siguiente regresamos a esta ciudad. Pasados unos días, mis amigos fantásticos se pusieron en contacto conmigo y me comunicaron que me necesitaban para llevar a cabo su plan.

»Pero ellos no tenían el poder suficiente para sugerir a Nicnevin que me empleara

como víctima para El Tributo. Nephamael sí lo tenía, y se puso al mando. Entonces, ¿cómo es que Nephamael acabó involucrado en un plan de la Corte Luminosa? Porque ella se lo ordenó. Es lo único que tiene sentido. La única razón por la que el caballero se benefició fue por la implicación de Roiben. Si Nicnevin no hubiera muerto, Nephamael no habría obtenido ningún provecho; sólo Silarial habría salido ganando. Aunque él hubiera seguido siendo Rey, realmente sería ella quien gobernaría la Corte Oscura, a través de su siervo.

—No voy a escuchar una palabra más —sentenció la Reina.

—Lo haréis —dijo Roiben, cuya voz se elevó con impaciencia por un momento —. Sois inmortal, Silarial, podéis aguardar unos instantes.

Deseo escuchar el resto de la historia.

Kaye continuó a toda prisa, las palabras se le amontonaban en la garganta, deseosas de ser pronunciadas.

—El amuleto que lleva al cuello me hizo caer en la cuenta de lo que estaba ocurriendo. Nephamael lo llevaba la noche que me trajo aquí para ser sacrificada, lo utilizó para aplicarme un hechizo muy poderoso. Era el colgante de la Reina el que provocó aquel potente hechizo. Iban a permitir que yo fuera sacrificada; a continuación, dejarían la verdad al descubierto y Nicnevin sería acusada. Hoy, cuando llegamos aquí, Nephamael nos estaba esperando, a pesar de que sólo Silarial y su corte sabían que íbamos a venir a buscar a Corny.

Al mencionar el nombre de Corny, Kaye no pudo evitar dirigir la mirada hacia su amigo. Lo que vio le impidió seguir hablando.

Corny había llegado hasta el lugar donde Nephamael se retorció.

Un rizo de cabello le caía sobre el rostro; en la mejilla tenía un cardenal del mismo color que su boca, manchada de uva. La visión le trajo a la memoria los fríos labios de Janet.

Como si notara el calor de la mirada de Kaye, Corny elevó la vista hacia arriba. Sus ojos mostraban angustia.

—Corny —dijo Kaye, al tiempo que daba un paso adelante.

Sin apartar la mirada de Kaye, Corny recogió el puñal de oro que Roiben había dejado caer. Lo levantó y esbozó una sonrisa burlona.

—¡No! —gritó Kaye, y salió corriendo hacia Corny, desesperada por evitar que se clavara el cuchillo.

La hoja cayó con fuerza sobre el pecho de Nephamael. Una y otra vez, Corny acuchilló el cuerpo del caballero. Con cada puñalada, el arma emitía un escalofriante sonido acuoso. Los pantalones de Corny estaban empapados en sangre. Un ruido agudo escapó de su garganta.

Los cortesanos, tanto de la Corte Oscura como de la Corte Luminosa, observaban la escena fascinados. Nadie hizo amago de ayudar a Kaye cuando agarró a Corny por las muñecas e intentó apartarlo del cadáver.

Corny temblaba, y cuando Kaye tiró de él para abrazarlo, cayó en la cuenta de

que se estaba riendo. Se reía con tanta intensidad que se diría que fuera a ahogarse.

—Mira lo que has hecho —dijo la reina Luminosa.

Kaye tardó un momento en darse cuenta de que la soberana le hablaba a Corny.

Un caballero luminoso dio un paso al frente y metió la mano bajo su capa. Kaye, horrorizada, observó cómo sacaba una rama larga y la transformaba en una flecha tristemente familiar. La flecha estaba dirigida hacia ella.

—Roiben, termina con esto o yo lo haré por ti —dijo la reina Luminosa—. Ya he sido demasiado paciente. Ya es hora de que regreses a casa.

Roiben no elevó la voz, pero sus palabras se escucharon en todos los rincones de la estancia; mientras las pronunciaba, se dirigió hacia Kaye, que permanecía en pie.

—Ya estoy en casa, señora. Ahora, decid a vuestro caballero que baje su arma, y os permitiré abandonar la Corte Oscura sin que sufráis ningún daño.

El silencio cayó como un manto sobre la sala.

Kaye estaba atónita. Nicnevin había sabido utilizar a Roiben. Lo había mantenido siempre a su lado, lo había obligado a enfrentarse al resto de la Corte Oscura. Kaye recordaba cómo todos se retiraron para dejarle paso cuando Roiben la acompañó a través de la multitud.

No era uno más de ellos; su actitud distante era la propia de un rey.

Nadie opuso la menor resistencia.

La Reina arqueó las cejas, finas y perfectas.

—¿Te atreves?

La hermana de Roiben dio un paso adelante, aunque no articuló palabra. Sus ojos entonaban una súplica.

Roiben paseó la mirada por la corte y respiró profundamente.

Entonces, tomó la palabra.

—Escuchad el acuerdo que os propongo. Las hadas solitarias han obtenido siete años de libertad; pero siete años pasan en un abrir y cerrar de ojos. Uníos a mí ahora, miembros de la Corte Oscura y hadas solitarias, y la noche de Samhain será toda vuestra. Gozaréis de libertad desde el atardecer hasta el alba, por siempre jamás.

Kaye observó que varias criaturas oscuras se subían al estrado.

No se enfrentaron a los cortesanos luminosos, pero les mostraron sonrisas llenas de malicia.

La tensión de la Reina era patente.

—Espero que sepas, caballero, que reclamar un reino es tarea más sencilla que conservarlo.

Entonces, se dio la vuelta y su larga capa del color del pavo real marcó un amplio círculo en el suelo de tierra. Sus caballeros y cortesanos se giraron igualmente. Sólo Ethine vaciló.

Roiben negó con la cabeza.

Silerial volvió la vista atrás y, al mirar a Ethine, abrió su capa. La hermana de Roiben se dejó abrazar por la soberana y marchó junto al resto de la Corte Luminosa.

No reparó en la sonrisa cruel que bailaba en los labios de la Reina, ni en la manera en que la mirada de la soberana mantenía la de Roiben por encima de la cabeza de su hermana.

Cuando toda la Corte Luminosa hubo abandonado el recinto, Roiben, autoproclamado rey de la Corte Oscura, estuvo a punto de desplomarse. Kaye intentó sonreírle, pero él no la miraba. Sus ojos de color ceniza se perdían al fondo de la estancia.

Corny no había parado de reír en ningún momento.

La sala de la funeraria era pequeña y de aspecto sobrio. El mobiliario, de madera oscura, estaba profusamente decorado. Hasta el papel de las paredes, con flores de lis de terciopelo marrón, resultaba sombrío. Había compañeros de la escuela, chicos y chicas que Kaye recordaba vagamente. Kenny, Doughboy, Marcus y Fátima también estaban allí; apiñados en un banco, no pararon de murmurar ni un solo instante, ni siquiera cuando el predicador tomó la palabra.

Durante todo el funeral Corny mantuvo agarrada la mano de Kaye; sus dedos, fríos y húmedos, la apretaban con tanta fuerza que resultaba doloroso. Corny no derramó una lágrima, ni siquiera cuando Kaye rompió a llorar; pero estaba lívido, y el traje oscuro que llevaba puesto le acentuaba la palidez. Cada vez que Kaye miraba el cardenal que le manchaba la mejilla, éste adquiría un aspecto más obscuro.

La madre de Kaye había pasado momentos terribles, porque creía que su hija también había muerto... Sintió tanto pánico que tomó la decisión de no mudarse a Nueva York; viajaría hasta allí cuando fuera necesario y después regresaría a casa. Incluso la abuela de Kaye se mostraba amable. Aquella noche, Ellen había llevado a Kaye hasta la funeraria y le prometió volver a recogerla cuando Kaye la telefonara. Resultaba extraño y agradable, pero Kaye no quería acostumbrarse a aquella nueva actitud.

Janet yacía en el ataúd como una muñeca, con los rizos rojos peinados y los labios maquillados con carmín. Estaba preciosa, como una Ofelia rodeada de ramilletes de flores cuyo nombre sólo Roiben conocía. Pero Kaye percibía el olor de las sustancias químicas que le habían inyectado, olía la carne en proceso de descomposición, y cuando se acercaron hasta ella el hedor le atenazó la garganta. Con todo, Kaye no pudo evitar poner la mano sobre el brazo de Janet, cuya fría carne se notaba insólitamente firme. Colocó junto al cadáver el regalo que había traído: un esmalte de uñas de purpurina azul.

Corny la seguía sujetando de la mano mientras contemplaba el cuerpo de su hermana.

Minutos más tarde, Corny y Kaye se encontraban en el exterior y aguardaban a que la madre de aquél terminara de despedirse de sus parientes.

—Ah, casi se me olvidaba —dijo Corny en voz baja—. Mi madre paró en la tienda cuando veníamos hacia aquí; yo tenía que comprar cigarrillos —Corny metió la mano en el bolsillo interior de su cazadora de cuero y sacó varias pajitas decoradas



con líneas de colores—. Te he comprado unas golosinas.

Kaye sonrió.

—Soy yo quien tendría que animarte.

—Ya lo hiciste, con aquella actuación digna de un caballero andante —replicó él—. Mira... tienes que rasgar la pajita, y dentro hay auténtico polvo de duendes. Tiene un sabor agridulce.

Kaye soltó una risita. Corny también lo hizo, con una risa extraña y desesperada que se elevó en espiral hacia el cielo, cubierto de estrellas.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Kaye.

—No lo sé. Mierda, aún tengo que digerir todo lo que ha pasado.

—Sé a lo que te refieres... Pero no es culpa tuya; lo sabes, ¿verdad? —¿Ni siquiera la escena final, la del puñal?

—Ni siquiera ésa. Sobre todo ésa no lo es.

—La próxima vez... —musitó Corny, mientras sus ojos adquirían un brillo que alivió a Kaye... hasta que oyó las palabras que pronunció a continuación—: Kaye, nunca más volveré a ser un don nadie. Pase lo que pase. Jamás. —¿Qué quieres decir?

Corny se limitó a apretarle la mano, aún con más fuerza. Tras unos instantes, preguntó:

—Y tú, ¿qué vas a hacer?

Kaye se encogió de hombros.

—¿Te he contado alguna vez que sé cómo convertir hojas secas en dinero?

—¿En serio? —Corny arqueó las cejas.

La madre de Corny se acercó junto con varios parientes, y el muchacho, por fin, soltó a Kaye para entrar en el coche. Kaye notaba la mano húmeda y caliente; cuando la brisa la rozó, tuvo la sensación de que estaba en carne viva.

Ya no quedaba nadie en la funeraria, y el encargado estaba cerrando las puertas, así que Kaye atravesó la calle y se dirigió a la cabina telefónica situada frente al supermercado. Llamó a su madre y a continuación se sentó en el bordillo del aparcamiento, delante de un caballo de plástico que se balanceaba hacia delante y hacia atrás cuando se introducían monedas en una ranura. Las luces fluorescentes, el olor a verduras podridas y el roce de las bolsas de plástico llenas de comida le resultaban tan familiares que se sentía desconectada de los acontecimientos ocurridos dos días atrás.

No había visto a Roiben. No había ocurrido nada malo entre ellos, sólo que Kaye se vio obligada a devolver a Corny a casa, y Roiben tenía que quedarse en la Corte Oscura y ejercer como nuevo monarca. Ni siquiera se sentía mal por no verlo; al contrario, notaba más bien la clase de alivio que se siente al saber que algo doloroso va a ocurrir pero que, por el momento, puede retrasarse. Si lo viera, Kaye tendría que escuchar su opinión sobre la relación entre ambos, ahora que él era el Rey.

Kaye se quedó mirando el caballo de plástico y convocó la energía mágica. Al

momento, el corcel agitó la melena, se liberó de las barras de metal que lo sujetaban y salió galopando bajo la oscuridad de la noche; sus pezuñas de plástico resonaban al golpear el asfalto.

—Tengo algo tuyo que me gustaría devolverte —la voz de Roiben le hizo dar un respingo. ¿Cómo se las había arreglado para acercarse sin que se hubiera dado cuenta? De todas formas, Kaye no pudo reprimir una ligera sonrisa, del mismo modo que no pudo impedir renegar de sí misma por sonreír.

—¿De qué se trata?

Roiben se inclinó hacia delante, salvando la distancia que los separaba, y juntó su boca con la de Kaye. Ella cerró los ojos, y sus labios se abrieron inmediatamente. Un escalofrío le recorrió el cuerpo, y todos sus temores se desvanecieron como el humo.

—Hmm —Kaye se echó hacia atrás, un tanto aturdida—. ¿Por qué dices que ese beso me pertenece?

—Es el beso que te robé cuando estabas bajo los efectos del encantamiento —explicó Roiben con paciencia.

—Ya... ¿Y si no lo quiero? —¿No lo quieres?

—No —replicó Kaye, mientras sonreía de oreja a oreja y deseaba que su madre tardase en llegar—. Quiero que lo recojas otra vez, si no te importa.

—Soy tu siervo fiel —respondió el rey de la Corte Oscura, acercando sus labios a los de Kaye—; tus deseos son órdenes para mí.



## AGRADECIMIENTOS



Deseo dar las gracias a mi amable editor, Kevin Lewis, por su paciencia; a mis queridos amigos Steve Berman, Diana Muzaurieta y Frank Burkhead por sus comentarios, tan ingeniosos como brutales; a Katia Byrne, por ser la primera persona en catalogar mi novela como literatura juvenil; a Tony DiTerlizzi y Angela DeFrancis, por su apoyo incondicional, y a Theo, por compartir mis malos momentos. También quiero mostrar mi agradecimiento a mis primeros lectores: Caitlin, Ed, Gram, Jay, Jenni, Judy, Joe, Jon, Catherine y Mike.



HOLLY BLACK (Nueva Jersey, Estados Unidos, 10 de noviembre de 1971). Durante sus primeros años su familia vivió en una decadente casa victoriana. Se graduó con un B.A. en inglés de *The College of New Jersey* en 1994.

Se casó con Theo Black en 1999 y residen en Amherst, Massachusetts, junto con su hijo Sebastian.

La primera novela de Holly Black, *El Tributo: Un cuento de hadas moderno* (*Title: A Modern Faerie Tale*), fue publicada en 2002 y cuenta con dos secuelas *Valiant* (2005) y *Ironside* (2007). Su novela *The Wrath of Mulgarath* fue *bestseller* en el *New York Times* en 2004. Escribió *Las Crónicas de Spiderwick* junto con Tony DiTerlizzi, y es su obra más famosa, la cual cuenta con una secuela llamada *Más allá de las Crónicas de Spiderwick* (2007). Se hizo una película de la serie en febrero de 2008.

A demás de la serie «*Curse Workers*» (*Gata Blanca*, 2010, *Guante Rojo*, 2011 y *Corazón Negro* 2012) la cual no es tan reconocida, como sus otras obras, ha trabajado en colaboraciones de antologías con otros autores como *Geektastic* (con Cecil Castellucci, 2009), *Zombies vs. Unicorns* (con Justine Larbalestier, 2010), *Welcome to Bordertown* (con Ellen Kushner, 2011) y más recientemente en *Magisterium* (con Cassandra Clare, 2014).